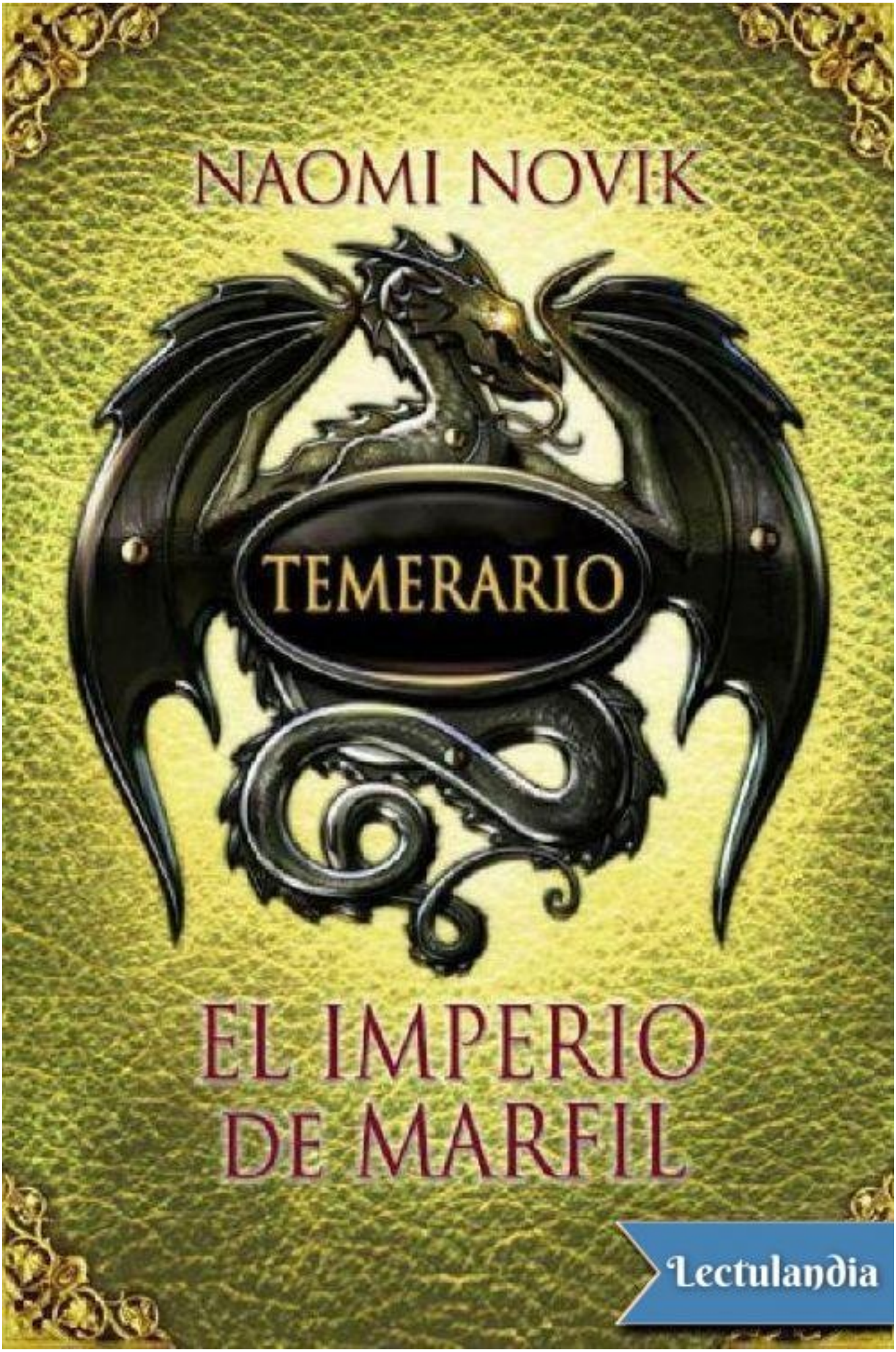
NAOMI NOVIK
TEMERARIO
EL IMPERIO DE MARFIL
Lectulandia

Una epidemia de origen desconocido e incurable está diezmando la flota de dragones, obligando a los afectados a permanecer en cuarentena. Únicamente Temerario y un pequeño grupo de dragones “novatos” está disponible para hacer frente a las incursiones aéreas cada vez más peligrosas de Francia.
Solo hay una solución: Temerario y su capitán, Will Laurence, deberán levantar el vuelo rumbo a África, cuyas costas pueden ser la cura de la misteriosa y mortal plaga. En esta misión no hay tiempo que perder… ¿Conseguirán contener la invasión de los ejércitos de Bonaparte?

EL IMPERIO DE MARFIL

NAOMI NOVIK

TRADUCCIÓN DE JOSÉ MIGUEL PALLARÉS

Título original: *Empire of Ivory*
Naomi Novik, Enero 2007.
Traducción: José Miguel Pallarés
Ilustraciones: Craig Howell

Editor original: don_guaren (v1.0)
ePub base v2.1

Lectulandia

Naomi Novik

El imperio de marfil

Temerario 4

ePUB v1.0
don_guaren 02.07.13

más libros en lectulandia.com

A Francesca,
tal vez siempre huyamos con los leones.

Primera Parte

Capítulo 1

—Lance otra, maldita sea, láncelas todas, y ahora mismo si es necesario —increpó Laurence sin misericordia al pobre Calloway, aun cuando este no se merecía el exabrupto para nada. El artillero disparaba las bengalas tan deprisa que se le había agrietado la piel chamuscada y renegrida de las manos y tenía en carne viva los dedos allí donde se los había manchado de pólvora, pues no se había detenido a limpiárselos antes de acercar otro fósforo a la mecha.

Uno de los dragones ligeros franceses volvió a lanzarse como una flecha contra Temerario: esta vez le tajeó en el costado y cinco hombres se precipitaron al vacío entre gritos cuando se desanudó una pieza del improvisado arnés; todos ellos se vieron arrastrados más allá de la zona iluminada por la luz de la linterna y la negrura los devoró de inmediato mientras se desplegaba la larga soga de seda, hecha con una cortina requisada, que se había rasgado, y los hilachos del desgarrón flamearon en alas del viento. La desgracia provocó un gemido entre los restantes soldados prusianos que aún se aferraban como lapas al aparejo del dragón, seguido poco después de unos airados murmullos en alemán.

Había desaparecido hacía mucho todo indicio de gratitud que los soldados hubieran podido sentir hacia los artífices de su fuga en la asediada ciudad de Danzig tras tres días de vuelo bajo una lluvia gélida, sin otra comida que la que habían logrado meterse en los bolsillos a la desesperada durante los instantes postreros, ni más descanso que una cabezadita en una franja fría y pantanosa de la costa holandesa, y ahora se sumaba a todo ello una interminable noche de acoso por parte de la patrulla nocturna francesa. Aquellos hombres aterrorizados eran capaces de cualquier cosa en un arrebato de pánico; muchos de ellos conservaban sables y pistolas, y a bordo se arracimaban más de un centenar de prusianos frente a la dotación del dragón, una treintena escasa de tripulantes.

Laurence escrutó los cielos con el catalejo una vez más, aguzando la vista en un intento de atisbar unas alas o una señal de respuesta. Resultaban perfectamente visibles desde la costa en una noche tan clara. Gracias a la lente distinguió el centelleo de puntitos luminosos correspondientes a pequeños puertos dispersos a lo largo del litoral escocés, mientras debajo, al fondo, se escuchaba el rugido *in crescendo* del oleaje. No había acudido en su ayuda refuerzo alguno, ni un simple dragón mensajero, a pesar de que las bengalas lanzadas debían haber sido manifiestamente observables en todo el trayecto del camino a Edimburgo.

—Esa era la última, señor —repuso entre toses Calloway; la nube de humo gris le

desdibujó el perfil mientras la sibilante luminaria ascendía en el firmamento para luego desaparecer.

El fogonazo de la pólvora se alejó por encima de sus cabezas, proyectando su luz fulgente sobre las nubes pasajeras y haciendo titilar las escamas de dragón se mirase donde se mirase: las de Temerario eran completamente negras y el resto de colores chillones estaban velados por las sombras grises provocadas por la refulgente luz azul. La noche era un hervidero de alas. Una docena de dragones de centelleantes ojos entrecerrados ladeó la cabeza para volver la vista atrás, y aún venían más, todos ellos abarrotados de hombres, y el puñado de pequeños alados galos de patrulla pasaba entre ellos a velocidad de vértigo.

La escena resultó visible durante un fugaz instante, luego se produjo un estallido y un estruendo atronadores y la bengala se dirigió sin rumbo fijo hacia la negrura. Laurence contó hasta diez, y luego hasta veinte, pero seguía sin haber reacción alguna desde la costa.

El dragón francés se envalentonó y se aproximó una vez. El golpe de Temerario habría noqueado al pequeño Pou-de-Ciel, pero realizó el movimiento con lentitud por temor a perder a algún pasajero más: su minúsculo adversario le eludió con desdeñosa facilidad y se alejó volando en círculos a la espera de la próxima ocasión.

—¿Dónde se han metido todos, Laurence? —preguntó el Celestial mientras miraba a su alrededor—. Victoriatus se encuentra en Edimburgo y al menos él debería haber venido; al fin y al cabo, nosotros le ayudamos cuando estuvo herido. No es que yo necesite refuerzos contra estos dragoncitos, pero parece poco conveniente quedarse a demostrarlo y pelear cuando llevamos tanta gente a bordo.

Eso era poner al mal tiempo algo más que buena cara, no se hallaban en condiciones de defenderse, en absoluto, y Temerario estaba echando el resto: sangraba ya por decenas de pequeños cortes profundos en los costados sin que la tripulación estuviera en condiciones de aplicarle alguna venda de tan apretujados como iban a bordo del dragón.

—Tú solo mantente rumbo a la costa —contestó Laurence. El capitán no tenía otra respuesta mejor, y luego, aunque lleno de dudas, agregó—: Dudo mucho que los gabachos vayan a perseguirnos tierra adentro.

En la vida se le habría pasado por la imaginación que una patrulla napoleónica se hubiera aproximado tanto al litoral inglés, como tampoco que no le hubieran dado el alto. No le hacía la menor gracia la perspectiva de verse obligado a desembarcar un millar de hombres aterrados y exhaustos en medio de un bombardeo.

—Eso pretendo, pero ellos van a seguir deteniéndose para pelear —replicó con hartazgo el Celestial y se aplicó a su quehacer.

Los ataques fulgurantes enloquecían a Arkady y a su zafia banda de montaraces, que intentaban revolverse en el aire e ir a por los dragones de patrulla galos. Sus

contorsiones lanzaban por los aires a más desventurados soldados prusianos de los que podía haber abatido el enemigo. No había malicia alguna en esa falta de cuidado: los dragones salvajes no estaban acostumbrados al contacto con el hombre, excepto con los suspicaces guardianes de vacadas y rebaños de ovejas, y no pensaban en sus pasajeros más que como una carga fuera de lo normal. Sin embargo, con o sin maldad, los prusianos morían de igual modo. Temerario solo podía impedírselo por medio de una vigilancia constante, como ahora, suspendido en el aire sobre la línea de vuelo, a veces engatusando y otras siseando, y en todo momento animando a los demás a continuar.

—No, no, Gherni —bramó el Celestial y se precipitó hacia delante con el fin de propinarle un aletazo a la dragoncilla blanquiazul, que se había dejado caer sobre el espinazo de un estupefacto dragón galo, un Chasseur-Vocifère, un alado de apenas cuatro toneladas incapaz de soportar el peso de la montaraz, por eso se precipitaba en picado a pesar de su frenético batir de alas. La dragona había hundido los dientes en el cuello del enemigo para enzarzarse a continuación en dar tirones adelante y atrás con ímpetu feroz y entretanto los prusianos colgados de su arnés golpeteaban con los pies las cabezas de los tripulantes franceses. Estos los tenían tan cerca que era imposible abrir fuego y no abatir a un enemigo.

Temerario dejó un flanco abierto en su afán por apartarla de ahí y el Pou-de-Ciel aprovechó la oportunidad en cuanto se le presentó. En esta ocasión tuvo la osadía suficiente para probar suerte a fondo y se precipitó contra el lomo del Celestial. Las garras impactaron tan cerca de Laurence que este vio los regueros relucientes de la sangre negra de Temerario resbalar hacia los costados cuando el dragón francés levantó vuelo otra vez. Cerró la mano en torno a la culata de su pistola con impotencia.

—Soltadme, soltadme —Iskierka se removía con furia para zafarse de las sogas que la retenían en el lomo de Temerario. La cría de Kazilik sería pronto una rival a tener muy en cuenta, pero sin embargo, por ahora, había salido del huevo hacía apenas un mes. Era demasiado joven e inexperta como para suponer un peligro serio para nadie, salvo para sí misma.

Habían hecho cuanto estaba a su alcance para sujetarla: habían usado cinchas, cadenas y sermones, a los cuales había hecho oídos sordos, y aunque habían podido alimentarla con poca frecuencia en los últimos días, en un abrir y cerrar de ojos había crecido otro metro y medio, de modo que tampoco cinchas y cadenas habían resultado de mucha utilidad a la hora de refrenarla.

—¿Quieres estarte quieta, por amor de Dios? —le pidió Granby con desesperación mientras proyectaba todo el peso de su cuerpo contra las correas con el fin de mantenerla sujeta. Allen y Harley, los jóvenes vigías apostados en la espaldilla de Temerario, debieron subir y quitarse de en medio con el fin de no llevarse alguna

que otra golpada cuando Granby fue zarandeado de mala manera de un sitio para otro a causa de los intentos de zafarse por parte de la Kazilik.

Laurence se soltó las hebillas, se puso en pie, apoyó los talones sobre el caballón de músculos situado en la base de la nuca del Celestial y cogió a Granby por el cinto del arnés cuando Iskierka le zarandeó una vez más, y logró sujetarle con firmeza, aunque los arreos de cuero se tensaron tanto como las cuerdas de un violín y quedaron tirantes y temblorosos a causa de la tensión.

—¡Pero yo puedo detenerle! —insistió ella, y ladeó la cabeza mientras intentaba liberarse.

Se le escaparon llamaradas de impaciencia por las comisuras de la boca cuando volvió a intentar un ataque contra el dragón enemigo, pero a pesar de las reducidas dimensiones del atacante, este la aventajaba muchas veces en tamaño y tenía demasiadas tablas como para dejarse amilanar por un poquito de pirotecnia. Se limitó a burlarse y aleteó hacia atrás con el fin de exponer todo su vientre cobrizo moteado, ofreciéndolo como blanco en un gesto de insultante indiferencia.

—¡Vaya!

La dragoneta se enroscó sobre sí misma con fuerza a causa de la rabia, echando vapor por todas las picudas protuberancias de su cuerpo sinuoso, y luego se puso de pie sobre los cuartos traseros con un impulso violentísimo que arrancó las correas de la mano de Laurence de forma tan lacerante que reaccionó involuntariamente y se llevó al pecho la mano con el dorso dolorido y los dedos engarfiados y entumecidos. Granby salió disparado por los aires y se quedó colgando del collar de la dragona, inerme, mientras ella soltaba un fino chorro de fuego blanco azafranado tan caliente que el aire de las inmediaciones pareció consumirse hasta evaporarse. Semejaba un estandarte flameante en el cielo de la noche.

Sin embargo, el dragón galo había tenido la astucia de situarse de espaldas al viento, que soplaba con fuerza del Este, y ahora se limitó a plegar las alas y dejarse caer en picado; al desaparecer su corpachón, el aire echó hacia atrás las abrasadoras llamas, que acabaron por alcanzar en el costado a Temerario, todavía ocupado en reñir a Gherni para que volviera a la línea de vuelo. El Celestial profirió un grito agudo de sobresalto y dio una violenta sacudida mientras las chispas se desparramaban sobre su lustrosa piel negra, peligrosamente cerca del arnés de transporte, hecho de seda, lino y cuerdas.

—*Verfluchtes Untier! Wir werden noch alle verbrennen*[1]—bramó con voz ronca uno de los oficiales prusianos al tiempo que encañonaba a Iskierka y con mano temblorosa palpaba a tientas la bandolera en busca de un cartucho.

—Ya basta. Suelte esa pistola.

El teniente Ferris y un par de lomeros quitaron los seguros de los mosquetones a toda prisa y se abalanzaron contra el oficial prusiano con el fin de inmovilizarle las

manos, pero para llegar hasta él debían pasar por encima de otros soldados germanos y no lo lograrían mientras tuvieran tanto miedo a soltarse del arnés, pues la tropa de infantería, rebosante de hostilidad y resentimiento, les cortaba el paso por todos los demás sitios, sacando a relucir los codos y propinando golpes de cadera.

Ajeno a todo eso, el teniente Riggs impartía órdenes en la retaguardia a grito pelado:

—¡Fuego!

Su voz se oyó por encima de creciente murmullo de los prusianos. Un puñado de fusiles disparó sus cargas de pólvora, azufre y pimienta. El dragón galo profirió un pequeño alarido y se dio media vuelta, volando con cierta torpeza. Una bala disparada a bulto había tenido la buena fortuna de acertar en el patagio, una de las partes con piel menos gruesa, y había agujereado la dura y elástica epidermis del pliegue del ala, causando un desgarrón por el cual brotó un manantial de sangre y trazó sobre las escamas un entramado de riachuelos similar a la urdimbre de una telaraña.

El respiro llegó tarde. Algunos hombres ya habían iniciado la escalada hacia el lomo de Temerario en busca de la mayor seguridad brindada por el arnés de cuero al cual estaban sujetos los aviadores gracias a los mosquetones, mas los arreos del Celestial no podían soportar tanto peso, no el de todos, y si cedían algunas cinchas o las hebillas se daban de sí y acababan por abrirse, se vendría abajo todo el arnés, que se enredaría en torno a las alas del Celestial, y entonces todos juntos caerían a plomo en el océano.

Laurence recargó las pistolas y las sujetó en la pretina para luego liberar el sable y ponerse de pie una vez más. Había arriesgado de buen grado la vida de todos para sacar a esos hombres de una ratonera y albergaba el propósito de verlos a todos sanos y salvos en la costa si eso estaba en su mano, pero no iba a poner en peligro a su dragón por culpa del pavor e histeria de los prusianos.

—Allen, Harley, vayan corriendo a la posición de los fusileros y díganle al señor Riggs que si no es posible contenerlos, habrá que cortar el arnés de transporte entero. Y ustedes, asegúrense de mantenerse bien sujetos al ir hasta allí. Tal vez convendría que te quedaras aquí con ella, John —agregó cuando vio que Granby hacía ademán de acompañarle. Iskierka se había callado por una vez y su enemigo había abandonado el campo de batalla, pero ella seguía enroscándose y desenroscándose, descontenta y malhumorada, y no dejaba de murmurar con decepción.

—Oh, sin duda, pero me encantaría ver con mis propios ojos si hay algo que yo pueda hacer —replicó Granby mientras desenfundaba el sable: había dejado de usar pistolas desde que se convirtió en el capitán de Iskierka con el fin de no manipular pólvora en las inmediaciones de la dragoneta.

Laurence no estaba muy seguro del suelo que pisaba con Granby como para ponerse a discutir. Este había dejado de ser su subordinado en el sentido estricto del

término y era el más experimentado de los dos, y eso aun contando todos los años que había pasado subido a las jarcias en los barcos de la Armada. Granby encabezó el grupo mientras cruzaban el lomo del Celestial, moviéndose con la seguridad de quien se ha entrenado para ello desde los siete años. Laurence adelantaba su traílla a cada paso que daba y dejaba que Granby la enganchase al arnés en vez de hacerlo él, pues aquel era capaz de realizar el movimiento con una sola mano y eso les permitía avanzar más deprisa.

Ferris y los lomeros continuaban forcejeando con el oficial prusiano en medio de una creciente melé de hombres; de hecho, habían desaparecido de la vista en medio del intenso agolpamiento y solo resultaban visibles los cabellos trigueños de Martin. Los soldados se hallaban al borde de un motín en toda regla. Los hombres se propinaban puñetazos y patadas unos a otros, sin pensar en otra cosa que una escapatoria imposible. Los nudos del arnés del pasaje se estiraron, perdieron firmeza y se dieron de sí a causa de los forcejeos y las peleas entre los hombres.

Laurence se plantó junto a uno de los soldados. El joven de rostro enrojecido por el viento y poblado mostacho con las puntas humedecidas por el sudor clavó en él sus enormes ojos. Pretendía meter a tientas el brazo debajo del arnés principal a pesar de que su sujeción se había dado de sí e iba a deshacerse del todo enseguida.

—¡Vuelva a su sitio! —bramó Laurence al tiempo que señalaba la lazada del arnés de transporte más próxima y apartaba del arnés principal la mano del hombre.

Entonces le zumbaron los oídos y percibió un intenso hedor a almendras podridas al tiempo que se le doblaban las rodillas. Se llevó la mano a la frente con lentitud y torpor. La tenía húmeda. Sus propias correas le mantuvieron de pie, a pesar de que le apretaban en las costillas al tener que soportar todo el peso de su cuerpo. El prusiano le había golpeado con una botella, el cristal se había hecho añicos y el licor le corría libremente mejilla abajo.

Le salvó el instinto: antepuso el brazo para frenar el siguiente golpe y empujó el vidrio roto hacia el rostro de su agresor. El soldado farfulló algo en alemán y soltó el frasco. La disputa se prolongó durante unos instantes más, hasta que Laurence agarró al hombre por el cinto, le levantó y le empujó lejos del costado del Celestial. El alemán extendió los brazos sin lograr aferrarse a nada; el capitán inglés se quedó mirándole durante unos instantes antes de recobrar la cordura y se lanzó hacia delante con los brazos extendidos todo lo posible para sujetar al prusiano, pero ya era tarde, este resbaló sobre el lomo y acabó llevándose un buen golpazo contra el costado del Celestial con las manos vacías.

Apenas le dolía la cabeza, pero experimentaba una debilidad y una indisposición de lo más extrañas. La fuerza del viento iba cada vez a más y Temerario, tras reunir por fin a su alrededor a los demás montaraces, había reanudado su vuelo en dirección a la costa. Laurence pendió del arnés durante unos instantes, hasta que se le pasó el

malestar y recuperó la movilidad de las manos.

Más efectivos de la infantería prusiana se abrieron paso hacia lo alto. Granby hacía lo posible por contenerlos, pero le sobrepasaron por la abrumadora fuerza del número, y eso que forcejeaban entre ellos tanto como con él. Uno de los soldados involucrados en la refriega por conseguir un asidero en el arnés principal se aupó demasiado lejos de cualquier agarradero y se vino abajo, chocando pesadamente contra los compañeros de debajo a los que arrastró en su caída. Se despeñaron todos como un revoltijo de extremidades y se engancharon en las lazadas sueltas del arnés de pasajeros. El amortiguado y acuoso chasquear de huesos recordaba al de un pollo asado cuando unos comensales hambrientos le arrancaban las extremidades.

Granby, sujeto únicamente por las cinchas de su arnés, se esforzaba por volver a ponerse su aparejo. Laurence se acercó a él andando hacia atrás como los cangrejos y le ofreció su firme brazo para que pudiera agarrarse. Al fondo solo podía distinguirse la aguachinada espuma marina, cuya blancura se recortaba contra la oscuridad del mar. Temerario volaba cada vez a menor altura conforme se acercaban a la costa.

—Ahí viene de nuevo ese maldito Pou-de-Ciel —anunció Granby con voz jadeante mientras recuperaba el equilibrio.

El dragón galo llevaba una especie de apósito sobre la herida del ala, aunque el enorme vendaje blanco estaba colocado con torpeza y cubría bastante más superficie de la necesaria. Parecía un tanto incómodo en el aire, pero volvía con ánimo renovado a la carga, eso estaba claro. Seguramente, los franceses habían advertido la vulnerabilidad del Celestial. Si el Pou-de-Ciel y su dotación habían logrado alcanzar al arnés y hacer buenos cortes, habían llegado a la conclusión de que había un estallido de pánico entre la tropa, y la ocasión de derribar un peso pesado, y más aún uno tan valioso como Temerario, con toda probabilidad iba a tentarles lo bastante como para correr el riesgo.

—Vamos a tener que dejar caer a los soldados —musitó Laurence con desconsuelo.

Y dirigió la mirada hacia los lazos que sujetaban el arnés de pasajeros al de cuero, no muy seguro de tener estómago para soportar la responsabilidad de enviar a la muerte a un centenar largo de hombres a escasos minutos de la salvación ni de mantener un encuentro con el general Kalkreuth después de haberlo hecho: algunos de los jóvenes ayudantes del general se hallaban a bordo y hacían cuanto estaba en su mano para calmar a sus hombres.

Los fusileros de Riggs disparaban ráfagas breves y veloces, mas el dragón galo se mantenía fuera de su alcance a la espera del momento propicio para atacar. Entonces fue cuando la dragoneta se irguió y soltó otra llamarada. Esta vez el Celestial volaba con viento a favor, así que las llamas no se volvieron contra él, pero todos los lomeros situados en sus cuartos traseros debieron tirarse de bruces para evitar el

chorro de fuego, que, por otra parte, se consumió demasiado deprisa como para poder alcanzar al dragón francés.

El Pou-de-Ciel se lanzó como una flecha en cuanto vio distraída a la tripulación. La dragoncilla se preparaba para soltar otra llamarada y los fusileros aún no habían logrado incorporarse.

—Por Dios —exclamó Granby, e hizo ademán de ir a por ella, pero antes de lograrlo se produjo un ruido sordo, como el de un trueno, y debajo de ellos se abrieron muchas bocas redondas en medio de nubes de humo y los destellos de la pólvora. Las baterías costeras abrían fuego desde abajo. El fulgor amarillo de la llamarada de Iskierka iluminó el vuelo de una palanqueta de 24 libras al pasar antes de acertar de lleno en el pecho al dragón galo, que cedió en la zona del impacto como si fuera simple papel mientras el proyectil le atravesaba el costillar y le dejaba sin aire, lo cual le hizo precipitarse contra las rocas del suelo, pues habían llegado a la orilla, volaban sobre tierra, y las ovejas lanudas huían de ellos en estampida sobre la hierba alfombrada de nieve.

Los lugareños del puertecito de Dunbar se hallaban al mismo tiempo aterrados por el descenso en su pacífica aldea de una compañía entera de dragones y eufóricos por el éxito de su nueva batería costera, nunca puesta a prueba desde que la emplazaron allí hacía apenas dos meses. Media docena de dragones mensajeros repelidos, un Pou-de-Ciel abatido, que luego resultó ser un Grand Chevalier, y varios Flammes-de-Gloire muertos de forma espantosa. No se hablaba de otra cosa en la localidad y la milicia local recorría las calles dándose aires en medio de una satisfacción generalizada.

Sin embargo, los aldeanos se sintieron bastante menos entusiasmados después de que Arkady se zampase cuatro ovejas, los demás dragones salvajes cometieran varios actos de rapiña no menos exagerados y el propio Temerario se apoderase de un par de vacas, dos ejemplares de raza Highland, de largo pelaje azafranado, tristemente destinadas a convertirse en presas, que devoró de cabo a rabo.

—Estaban de lo más sabroso —se disculpó el Celestial, y ladeó la cabeza para escupir algunos pelos.

Laurence se decantó por no escatimarles nada en absoluto a los dragones después del arduo e interminable vuelo y en esa ocasión se mostró perfectamente predispuesto a pasar por alto su habitual respeto a la propiedad privada en aras a la comodidad de los alados. Algunos granjeros le montaron un buen número con el propósito de obtener un pago, pero el capitán no estaba dispuesto a sufragar de su propio bolsillo el apetito sin límite de los montaraces. El Almirantazgo podía rascarse el bolsillo, si no tenían nada mejor que hacer que sentarse junto al fuego y silbar mientras la batalla se desarrollaba al otro lado de la ventana y los hombres perecían por falta de una pequeña ayuda.

—No seremos una carga para ustedes por mucho tiempo. Tanto pronto como recibamos noticias de Edimburgo esperamos ser destinados a los barracones de la ciudad —contestó a sus protestas sin una nota de emoción en la voz.

El mensajero salió al galope de inmediato.

La gente del lugar se mostró más hospitalaria con los prusianos, en su mayoría jóvenes de rostro pálido y desencajado después de semejante vuelo. El general Kalkreuth figuraba entre esos últimos refugiados. Necesitaron una eslinga para bajarle de lomos de Arkady. Tras la barba ocultaba un rostro blanco y descompuesto. El médico local pareció dubitativo, pero tras practicarle una sangría, le envió a la granja más próxima para que entrase en calor a base de *brandy* y bolsas de agua caliente.

Otros militares habían corrido peor fortuna. Los arneses desgarrados se vinieron abajo y se formó una montaña anárquica y repulsiva de cadáveres que ya estaban poniéndose verdosos: unos habían sucumbido a los embates franceses; otros a causa de la asfixia, aplastados por sus compañeros en uno de los ataques de pánico, de sed o de puro pavor. Esa misma tarde enterraron a sesenta y tres hombres de los mil fugitivos, algunos de ellos sin identificación alguna, en cárcavas alargadas y poco profundas cuya abertura a golpe de pico en aquel suelo helado había sido de lo más laboriosa. Los supervivientes eran una tropa harapienta de semblantes todavía sucios, vestida con ropas y uniformes bastante mal cepillados para la ceremonia a la cual asistieron en silencio. Incluso los dragones silvestres, incapaces de entender ni una palabra de la ceremonia, percibieron la naturaleza de la solemnidad y se sentaron respetuosamente sobre los cuartos traseros para contemplarla desde lejos.

Les llegaron órdenes de Edimburgo al cabo de unas horas, pero eran tan extrañas como incomprensibles, aun cuando empezaban de un modo lógico: los prusianos debían quedar acuartelados en Dunbar y a los dragones, tal y como se esperaba, se les llamaba a la capital, pero no había invitación alguna para el general Kalkreuth ni sus oficiales, antes bien al contrario, Laurence recibía la indicación estricta no de llevar con él a ningún oficial prusiano, y en cuanto a los dragones, no se les permitía entrar en ninguno de los grandes y cómodos cobertizos, ni siquiera a Temerario; en vez de eso, se le ordenó dejarlos dormir en las calles, cerca del castillo, y acudir a informar al almirante al mando por la mañana.

Laurence reprimió su primera reacción e informó de los planes con la mayor amabilidad posible al mayor Seiberling, el oficial de mayor rango en ese momento, dando a entender lo mejor que supo, y sin soltar ninguna mentira flagrante, que el Almirantazgo tenía la intención de esperar a la recuperación del general Kalkreuth antes de realizar ninguna recepción oficial.

—Ah, ¿debemos volar otra vez? —preguntó Temerario mientras se levantaba del suelo haciendo un gran esfuerzo y se dirigió hacia donde estaban los amodorrados

montaraces para despertarlos a golpe de hocico, pues todos se habían quedado roque después de la comida.

Los días eran cada vez más cortos, y por ello era prácticamente de noche cuando llegaron a Edimburgo. Eso le hizo caer en la cuenta a Laurence de que solo faltaba una semana para la Navidad. No obstante, resultó fácil orientarse: las ventanas iluminadas y los muros llenos de antorchas del castillo venían a ser como un faro erigido en lo alto de una elevada roca de origen volcánico desde donde se dominaba la gran extensión destinada a cobertizo, ahora en sombras, con los estrechos edificios de la parte medieval de la ciudad arracimándose en torno a él.

Temerario permaneció inmóvil en el aire sobre las calles apretujadas y sinuosas. Debía evitar muchos chapiteles y tejados puntiagudos sin apenas espacio entre ellos, lo cual convertía a la ciudad en una suerte de foso lleno de lanzas.

—No veo dónde voy a tomar tierra —admitió el Celestial, dubitativo—. Voy a romper alguno de esos edificios, estoy seguro. ¿Por qué tienen que construir calles tan estrechas? Todo era mucho más práctico en Pekín.

—Si no puedes aterrizar sin hacerte daño, nos alejaremos otra vez y al infierno con las órdenes —respondió Laurence, cuya paciencia era menor a cada momento.

Al final, el Celestial se las arregló para dejarse caer en la plaza de la antigua catedral, tirando solo cuatro trozos de la decoración de mampostería. Los dragones silvestres tuvieron menos dificultades al ser considerablemente más pequeños, sin embargo, andaban todos bastante nerviosos al haber sido alejados de los campos llenos de vacas y ovejas y recelaban de los nuevos alrededores. Arkady se inclinó, pegó un ojo a una ventana abierta para espiar en el interior de un dormitorio vacío y, en medio de un gran escepticismo, se puso a formular preguntas al Celestial cuando este le imitó.

—Ahí es donde duermen los humanos, ¿a que sí, Laurence? Es como un pabellón —repuso Temerario mientras movía la cola con suma cautela en un intento de hallar una posición más cómoda—. Y a veces ahí también venden joyas y otros objetos preciosos, pero ¿dónde están todos?

Laurence estaba convencido de que todos habían salido pitando. El comerciante más adinerado de la ciudad iba a pasar la noche en las cloacas si ese era el único dormitorio disponible en la parte nueva de la urbe, lejos y a salvo de la manada de dragones que había invadido sus calles.

Al final, los montaraces dieron con un acomodo razonable e incluso encontraron de su gusto los redondos y suaves adoquines, acostumbrados como estaban a dormir en cuevas de piedra áspera.

—No me importa dormir en la calle, Laurence, en serio. El suelo está bastante seco y estoy seguro de que por la mañana esta ciudad va a ser muy interesante de ver —observó Temerario con talante consolador, incluso aunque tenía la cabeza

empotrada en un callejón y la cola en otro.

Pero el capitán se preocupaba por él. No era la clase de bienvenida que se merecían tras haberse pasado un año largo lejos de casa, después de que los hubieran mandado al otro lado del globo y vuelta. Una cosa era soportar campamentos incómodos en campaña, donde nadie esperaba nada mejor y cualquiera se daba con un canto en los dientes por disponer de un establo de vacas donde dar una cabezada, y otra muy distinta acabar tirados como fardos sobre las piedras frías e insanas de las calles, con oscuras manchas de excrementos que ya estaban allí al principio de los tiempos. Al menos, podrían haber concedido a los alados el uso de las tierras de granjas a las afueras de la ciudad.

Y tampoco era una malicia hecha a propósito. El hecho solo lo explicaba el extendido e irreflexivo supuesto según el cual los hombres consideraban a los dragones un problema en lo tocante a su manejo y dirección si el número era elevado, lo cual mostraba una consideración nula a los sentimientos de los alados. Laurence se había visto obligado a admitir la atrocidad de tan arraigada suposición solo cuando no le quedó otro remedio ante el vívido contraste con las condiciones observadas en China, donde los dragones eran considerados miembros de pleno derecho de la sociedad.

—Bueno, tampoco debemos sorprendernos: ya sabemos cómo son las cosas aquí, Laurence —comentó Temerario con actitud razonable—. Además, no he venido hasta aquí para estar cómodo, para eso me habría quedado en China. Debemos mejorar las condiciones de todos nuestros amigos. No, no me gustaría tener un pabellón propio —agregó—, pero me encantaría ser libre. Dyer, ¿tendrías la amabilidad de extraerme un cartílago de entre los dientes? No logro sacármelo con las uñas.

Dyer despertó sobresaltado de su duermevela sobre el lomo del Celestial, recogió un piolet de su equipaje y enseguida gateó hasta las fauces abiertas de Temerario para hurgarle entre los dientes.

—Te resultaría más fácil obtener lo segundo si hubiera más hombres dispuestos a concederte lo primero —respondió Laurence—. No pretendo inducirte a la desesperación, no debemos caer en ella, desde luego, pero yo había esperado encontrar algo más de respeto que a nuestra ida, y no menos, lo cual habría supuesto una ventaja material para nuestra causa.

El Celestial no respondió hasta que Dyer hubo regresado a su puesto en el lomo.

—Estoy convencido de que van a escucharnos en función de los méritos —continuó; Laurence no era lo bastante optimista como para compartir esa suposición —, y más todavía cuando haya visto a Maximus y a Lily, y ellos se pongan de mi lado, y tal vez incluso Excidium, ya que él ha tomado parte en tantas batallas e impresiona mucho, nadie puede evitarlo. Comprenderán la sabiduría de mis razonamientos, estoy seguro. No van a ser tan bobos como Eroica y los otros —

agregó Temerario con una nota de resentimiento. El Celestial había intentado convencer a los dragones prusianos del valor de una mejor educación y una mayor libertad, pero aquellos habían acogido semejante idea con desdén, encariñados a la rígida disciplina militar tanto o más que sus cuidadores, y en vez de prestar atención a esas ideas las habían ridiculizado, considerándolas como un amaneramiento adquirido en China.

—Perdona la franqueza, pero me temo que no va a haber mucha diferencia aunque todos los dragones se pongan de tu parte en cuerpo y alma —replicó Laurence—. Como grupo no tenéis mucha influencia.

—Tal vez no la tengamos, pero imagino que si nos presentamos en el Parlamento, deberán escucharnos —repuso el dragón.

Sería una imagen de lo más convincente, mas no iba a causar la clase de atención deseada por el Celestial. El capitán le explicó todo eso y más, y luego agregó:

—Debemos hallar mejores medios de concitar las simpatías de quienes tienen la influencia para propiciar los cambios políticos. Solo lamento no poder contar con el asesoramiento de mi padre, tal y como andan las cosas entre nosotros.

—Pues yo no lo lamento para nada —espetó Temerario, echando hacia atrás la gorguera—. Estoy completamente seguro de que no iba a ayudarnos y de que podemos hacerlo de maravilla sin él.

Dejando a un lado la lealtad filial, lo cual le había valido a Laurence una fría recepción en determinados círculos, este no consideraba extensibles a su persona las objeciones de Lord Allendale hacia el Cuerpo y reaccionaba con virulencia ante cualquier parecer que insinuara la menor divergencia de opinión a pesar de que ellos dos nunca habían coincidido.

—Mi padre lleva media vida metido en política —terció Laurence, y esa actividad se centraba en especial en el movimiento abolicionista de la esclavitud, recibido con un profundo desdén en sus comienzos, tal y como él imaginaba que iba a ser acogido el de Temerario—. Te aseguro que su consejo sería de gran ayuda y tengo intención de llegar a un arreglo, si me resulta posible, lo cual nos permitiría contar con su asesoría.

—Yo lo aceptaría en cuanto lo recibiera —murmuró el dragón, refiriéndose a la fina pieza de cerámica adquirida en China por Laurence como regalo de reconciliación. Temerario había llegado a considerarlo como uno de sus propios tesoros después de haberlo llevado a cuestas durante más de ocho mil kilómetros y ahora suspiró apesadumbrado al ver, por último, cómo se alejaba junto a una breve nota de disculpa.

Pero Laurence era muy consciente de las dificultades que debían encarar y de lo inadecuado de su persona para llevar a cabo una causa tan vasta y compleja. Era un niño la primera vez que había acudido a su casa el filántropo William Wilberforce,

invitado por uno de los amigos metidos en política de Lord Allendale, que recientemente había abrazado con fervor el abolicionismo y el inicio de la campaña parlamentaria para la supresión de la esclavitud. Habían transcurrido veinte años y a pesar de los esfuerzos titánicos de hombres con más aptitud, riqueza e influencia que las suyas, en esas dos décadas, algo más de un millón de almas se habían visto raptadas en sus costas natales y sometidas a cautiverio.

Temerario había eclosionado en enero de 1805, pero a pesar de toda su inteligencia no había sido capaz de comprender el lento y fatigoso camino necesario para conducir a los hombres hasta una determinada posición política, por muy moral, justa e incluso necesaria que esta pudiera ser, si contrariaba de algún modo sus intereses personales. Laurence le dio las buenas noches sin añadir ningún otro comentario descorazonador, pero mientras cerraba las ventanas, que empezaron a golpetear enseguida a consecuencia de la pesada respiración del Celestial, la distancia entre el cobertizo y los muros del castillo situado al fondo del todo se le antojó más difícil de salvar que los miles de kilómetros que se habían visto obligados a recorrer para volver al hogar desde China.

A primera hora de la mañana, las calles de Edimburgo permanecían sumidas en un silencio antinatural y completamente desiertas, a excepción hecha de los dragones, que dormían repantigados sobre los viejos adoquines grises. El enorme corpachón de Temerario se desparramaba de forma poco elegante frente a la catedral manchada de humo mientras la cola descansaba en una callejuela sin apenas espacio para que cupiera. El cielo del gélido día había amanecido de un azul intenso y despejado, salvo un puñado de nubes procedentes del mar dispuestas en bancales, y la temprana luz matinal se insinuaba en las piedras coloreadas de rosa y naranja cuando salió Laurence.

Tharkay estaba despierto y solo él se removió. Se hallaba sentado en cuclillas con la espalda apoyada contra la hoja de una de las estrechas entradas a una elegante casa. La pesada puerta permanecía abierta tras él, dejando entrever los tapices del vacío *hall* de la entrada. El mestizo sostenía una humeante taza de té.

—¿Puedo ofrecerle una? —preguntó—. Dudo que a los propietarios les moleste.

—No, debo irme ya —contestó Laurence, a quien un mensajero del castillo había despertado para convocarle de inmediato a una reunión. Era otra muestra de descortesía, máxime cuando había llegado a una hora tan avanzada, y para empeorar las cosas, el muchacho había sido incapaz de hablarle sobre las previsiones tomadas para alimentar a los dragones hambrientos. La perspectiva de la posible reacción de los montaraces cuando despertasen resultaba de lo menos halagüeña.

—No hay de qué preocuparse. Se las arreglarán por sí solos, estoy seguro —comentó Tharkay, adivinando el motivo de su preocupación.

No era una perspectiva alentadora así que le ofreció su propia taza a modo de

consolación. Laurence suspiró y la bebió de un trago, agradeciendo el calor del fuerte brebaje. Devolvió la taza a Tharkay y vaciló, pues su interlocutor mantenía fija la mirada más allá de la plaza catedralicia con una expresión peculiar y una sonrisa esquinada.

—¿Se encuentra bien? —inquirió Laurence, consciente de que su ansiedad por el bienestar de Temerario le había impedido pensar en sus hombres, y el mestizo era a quien menos caso había hecho.

—Sí, genial. Estoy casi en casa —respondió Tharkay—. Ha llovido mucho desde la última vez que estuve en Inglaterra, pero bueno, estoy familiarizado con el Court of Session.

Tharkay cabeceó hacia el edificio del Parlamento, donde tenía su sede el Court of Session, el Tribunal Superior de Justicia, la más alta instancia civil escocesa, un célebre cementerio de esperanzas rotas, pleitos sin resolver desde la invención de la rueda y disputas sin fin sobre tecnicismos y tierras. En ese momento no había procuradores, abogados, jueces ni litigantes, solo un montón de legajos, reliquias de antiguos acuerdos extrajudiciales, acumulados sobre el costado de Temerario como si fueran apósitos.

El padre de Tharkay había sido un hombre de posibles y él no tenía nada, Laurence estaba al corriente de ambas cosas. El hijo de una mujer nepalí tal vez tenía algunas desventajas a la hora de litigar en los tribunales británicos y la menor irregularidad en sus reivindicaciones sería explotada con facilidad, supuso el aviador.

Por lo menos, miraba todo aquello sin el menor entusiasmo para ser su hogar, si es que lo tenía por tal.

—Supongo —repuso Laurence con cautela, y luego, con una oratoria un tanto torpona, pasó a sugerirle la posibilidad de prolongar su contrato una vez que hubieran cerrado asuntos tan delicados como el pago por los servicios prestados hasta ese momento. El mestizo había recibido unos emolumentos por guiarlos desde China a Estambul a través de la antigua ruta de la seda, pero había reclutado a los dragones salvajes para la causa inglesa, lo cual requería una recompensa superior, y a eso se refería Laurence. Y ahora menos que nunca podía prescindirse de sus servicios, no hasta que los montaraces se hubieran integrado de algún modo en el Cuerpo Aéreo. Por ahora, el mestizo era, junto a Temerario, el único capaz de pronunciar más de un puñado de palabras de una lengua tan flexiva como la dragontina—. Me gustaría hablarlo con el almirante Lenton en Dover si usted no tiene inconveniente —agregó el capitán, que no tenía la menor intención de tratar un asunto tan irregular con ninguno de los capitostes allí destacados, no después del recibimiento dispensado hasta ese instante.

Tharkay se limitó a encogerse de hombros, sin comprometerse a nada.

—El mensajero se está impacientando —contestó, y señaló con un gesto de

cabeza al joven que se movía inquieto y descontento en un rincón de la plaza, a la espera de que Laurence le acompañara.

El muchacho le guió colina arriba hasta culminar el breve repecho que le dejaba en las puertas del castillo, desde donde un infante de marina uniformado con una casaca roja le guió por un camino que culebreaba entre los edificios del cuartel general: la escasa luz del alba los revelaba vacíos y sin muestra alguna de las típicas prisas matinales.

Las puertas estaban abiertas y él las cruzó envarado y erguido, con la desaprobación escrita en las facciones del semblante distante y rígido.

—Señor —saludó con la vista fija en lo alto de la pared, y solo después miró hacia abajo, momento en que añadió sorprendido—: ¿Almirante Lenton?

El almirante despidió al guardia y las puertas se cerraron, dejándolos en aquella cámara llena de libros alineados que olían a papel viejo. La mesa de Lenton estaba totalmente despejada, salvo por un mapa y un legajo de documentos. Él permaneció sentado en silencio durante un rato, al cabo del cual contestó:

—Me alegra mucho verle, pero mucho, mucho de verdad.

La apariencia de Lenton dejó atónito al capitán. Había pasado un año desde su último encuentro, pero para aquel hombre parecían haber transcurrido diez: el pelo había encanecido del todo, un velo empañaba la mirada de sus ojos legañosos y la parte inferior de los carrillos le colgaba flácida.

—Confío en que se encuentre usted bien, señor —dijo Laurence, profundamente apenado.

Ya no hacía falta preguntarse las razones del traslado de Lenton a Edimburgo, el enclave más tranquilo. ¿Qué enfermedad podía haber causado semejantes estragos? ¿Quién le habría sustituido como comandante en Dover?

—Ya… —Lenton hizo un ademán y enmudeció; al cabo de unos instantes agregó —: Nadie le ha dicho nada, supongo. No, eso está bien, acordamos que no podíamos arriesgarnos a que trascendiera la noticia.

—No, señor, no he sabido nada ni nada se me ha dicho —respondió Laurence, en cuyo pecho volvió a inflamarse la llama de la ira—. Nuestros aliados me preguntaban a diario si tenía noticias del Cuerpo Aéreo, hasta que hacerlo dejó de servir para algo.

Laurence había dado garantías personales a los comandantes prusianos, había prometido que el Cuerpo Aéreo no les fallaría y que la compañía dragontina estipulada, capaz de cambiar el curso de la guerra contra Napoleón, haría su aparición en aquella última campaña tan desastrosa. Él y Temerario se habían quedado a luchar en lugar de ellos cuando los alados británicos no llegaron, jugándose la vida y la de la tripulación en una causa cada vez más perdida, y los dragones jamás aparecieron.

Lenton no replicó de inmediato, sino que permaneció allí sentado, asintiendo para él.

—Sí, eso es cierto, desde luego —murmuró, y se puso a tabalear los dedos sobre la mesa mientras miraba sin leer unos papeles, la viva imagen de la distracción.

—Señor, apenas soy capaz de concebir que se haya prestado usted a un juego tan alevoso y corto de miras —añadió el capitán de Temerario con mayor acritud—. Napoleón no habría tenido asegurada la victoria, ni mucho menos, si los prusianos hubieran recibido el refuerzo prometido de veinte dragones.

—¿Qué…? —Lenton alzó los ojos—. Oh, Laurence, esa no es la cuestión, para nada. Lamento mucho el secretismo, pero en lo tocante a no enviar los dragones, a eso no puede llamársele decisión. No había dragones que enviar.

El pecho de Victoriatus subía y bajaba a un ritmo suave y acompasado. Tenía dilatadas y enrojecidas las fosas nasales, cuyos bordes estaban aureolados por una gruesa costra de escamas, y manchas de espuma rosácea en la comisura de la boca. Mantenía cerrados los ojos, pero los entreabría al cabo de unas pocas respiraciones, dejándolos entrever apagados por el agotamiento y mirando sin ver. Tosió de forma áspera y ahogada, lanzando al suelo un esputo sanguinolento, y de nuevo se sumió en ese duermevela, el único estado en que era capaz de manejarse. Su capitán, Richard Clark, yacía en un catre junto a él: sin afeitar, cubierto por una tela de lino, mantenía una mano alzada para cubrirse los ojos y apoyaba la otra sobre la pata delantera del dragón. Ni siquiera se movió cuando se aproximaron.

Lenton tocó el brazo de Laurence al cabo de unos instantes.

—Venga, ya vale, vámonos.

El veterano se dio la vuelta muy despacio y con la ayuda de un bastón guió a Laurence colina arriba, caminando sobre la hierba en dirección al castillo. Una vez que hubieron regresado a las oficinas de Lenton, los pasillos ya no parecían pacíficos, sino silenciosos y sumidos en un pesimismo irreparable.

Laurence rechazó la oferta de un vaso de vino, demasiado atontado como para pensar en un refrigerio.

—Es una especie de consumición —explicó Lenton, contemplando por el cristal de la ventana que daba al patio del cobertizo donde Victoriatus y otros doce grandes alados yacían separados unos de otros por esos antiguos biombos que se usan para protegerse del viento en la playa, ramas apiladas y piedras cubiertas por hiedra.

—¿Hasta dónde se ha propagado…? —quiso saber Laurence.

—Por todas partes —contestó el almirante—. Dover, Portsmouth, Middlesbrough, las zonas de cría de Gales y Halifax, Gibraltar… Por todas partes donde hayan ido los dragones mensajeros, por todas partes —se alejó de los ventanales y regresó a su silla —. Hemos sido manifiestamente estúpidos: pensamos que era un resfriado, ya ve.

—Pero nosotros nos enteramos antes incluso de doblar el cabo de Buena Esperanza durante nuestra singladura hacia Oriente —repuso el capitán, consternado —. ¿Tanto ha durado?

—En Halifax comenzó en septiembre de 1805 —replicó Lenton—. Los cirujanos creen ahora que fue cosa del dragón americano, aquel enorme alado amarillo; se hallaba allí, y luego los primeros dragones en enfermar fueron quienes habían compartido transporte con él hasta Dover. Después, hubo un brote en Gales, cuando se le envío a los campos de apareamiento. Él está como una rosa, ni una tos ni un estornudo, probablemente es el único dragón de Inglaterra en esas condiciones, a excepción de unas cuantas eclosiones que hemos mantenido aisladas en Irlanda.

—Como sabe, le hemos traído otros veinte —terció Laurence, que logró una breve tregua mientras refería su informe.

—Sí, ¿y de dónde vienen? ¿De Turkestán? —repuso Lenton, dispuesto a seguir por ese camino—. ¿Comprendí bien su carta? ¿Son salteadores?

—Me atrevería a calificarlos como… celosos de su territorio —precisó el capitán —. No son agradables, pero tampoco maliciosos, aunque lo que puedan hacer para proteger a toda Inglaterra… —Laurence se detuvo—. Lenton, seguramente algo ha de poder hacerse, y debe hacerse.

El interpelado negó con un ligero movimiento de cabeza.

—Los remedios habituales surtieron algún efecto positivo al principio: calmaron la tos, y demás. Aún podían volar, si bien no tenían demasiado apetito, pero los resfriados son cosas insignificantes para ellos y duraban demasiado, al cabo de un tiempo los remedios parecieron perder todo su efecto y algunos ejemplares empezaron a empeorar —Lenton calló durante unos instantes y luego, haciendo de tripas corazón, agregó—: Obversaria ha muerto.

—Cielo santo —clamó Laurence—. No tengo palabras, señor… Lo siento mucho.

Era una pérdida terrible. Había volado con Lenton cerca de cuarenta años y había sido dragona insignia en Dover durante la última década, y a pesar de ser relativamente joven, ya había producido cuatro huevos. Era tal vez el mejor alado de toda Inglaterra, y muy pocos estaban en condiciones de disputarle siquiera el título.

—Eso debió de ocurrir, déjeme recordar, en agosto —prosiguió Lenton como si no le hubiera oído—. Después de Inlacrimas y antes de Minacitus. Unos sobrellevan la enfermedad mejor que otros. Los jóvenes la sueltan antes y en los mayores persiste más, estos son los que están muriendo antes, pero en todo caso, supongo que al final perecerán todos.

Capítulo 2

—Lo siento, capitán —se disculpó Keynes—. Cualquier imbécil corto de entendederas es capaz de vendar una herida de bala y lo más probable es que en mi lugar os asignen a un imbécil corto de entendederas, pero no puedo quedarme con el dragón más saludable de Gran Bretaña cuando los cobertizos de la cuarentena están llenos de animales enfermos.

—Le entiendo a la perfección, señor Keynes, y no necesita usted decir nada más —repuso Laurence—. No va a volar usted con nosotros a Dover, ¿verdad?

—No. Victoriatus no va a pasar de esta semana y tengo intención de quedarme para asistir a la autopsia con el doctor Harrow —respondió con ese carácter práctico que tanto desconcertaba a Laurence—. Confío en que aprendamos algo acerca de la enfermedad. Algunos dragones mensajeros siguen volando. Uno me llevará a partir de ahora.

—Bueno, ojalá volvamos a vernos pronto —deseó el capitán mientras estrechaba la mano del cirujano.

—Espero que no —repuso el médico con su mordacidad habitual—. No tendré muchos pacientes si eso ocurre, y por cómo va la cosa eso significaría que han muerto todos.

Laurence tenía los ánimos por los suelos, así que sintió aquella marcha casi tanto como una baja. En cualquier caso, lo sentía. Los cirujanos del aire no eran ni de lejos unos zoquetes tan incompetentes como los de la Armada, y a pesar de las palabras de Keynes no albergaba miedo alguno sobre el sustituto. Sin embargo, jamás era agradable perder a un buen hombre cuyas rarezas ya te sabes y cuyo valor y sentido común están probados. A Temerario no iba a gustarle nada.

—¿No está herido ni enfermo? —insistió el dragón.

—No, pero le necesitan en otra parte —le explicó Laurence—. Es un cirujano experimentado y estoy seguro de que tú no vas a negarles los servicios de Keynes a tus compañeros, aquejados de esta enfermedad.

—Bueno, si Maximus o Lily le necesitan… —repuso el Celestial de malas pulgas y abrió zanjas en el suelo con las uñas—. Pero voy a verlos pronto, ¿a que sí? No pueden estar muy mal, estoy seguro. Maximus es el dragón más grande que he visto, y eso incluye a los de China. Se va a recobrar enseguida, estoy convencido.

—Nada de eso, amigo mío —le contradijo Laurence, lleno de inquietud, y soltó lo peor de la noticia—: Ninguno se ha recuperado de esa enfermedad. Debes poner todo el cuidado del mundo en no merodear cerca de las zonas en cuarentena.

—No lo entiendo —repuso el dragón—, si no se han recuperado, eso quiere decir… —Temerario dejó la frase inconclusa.

Laurence desvió la mirada. Resultaba perfectamente comprensible que el Celestial no captara de inmediato las implicaciones de la enfermedad, pues los dragones eran criaturas duras como piedras y la mayoría de las razas vivían más de un siglo. En buena ley, siempre que los azares de la guerra no los apartasen de su lado, era lógico que Temerario tuviera la expectativa de convivir con Maximus y Lily más tiempo del que abarcaba la vida de un hombre.

—Pero yo tengo muchas cosas que contarles, he regresado por ellos —dijo al fin, todavía sin salir de su asombro—, para que sepan que los dragones son capaces de leer, escribir, tener propiedades y hacer otras cosas además de luchar.

—Les escribiré una carta en tu nombre y así podrás saludarlos. Saber que estás sano y a salvo les hará más felices que tu compañía —le aseguró Laurence, pero el Celestial no respondió, permaneció inmóvil y con la cabeza pegada al pecho—. Vamos a estar muy cerca —continuó el capitán—, así que podremos escribirles todo los días si así lo deseas… al final de cada jornada…

—Que consistirá en patrullar sin parar, seguro —replicó Temerario con una inusual nota de amargura en la voz— y realizar más estúpidas maniobras de formación. Ellos están enfermos y no podemos hacer nada.

Laurence bajó los ojos hasta su regazo, allí descansaba el fardo envuelto en hule con todos sus papeles, y en ellos, bien lo sabía él, no iba a hallar ningún posible consuelo para Temerario, solo escuetas instrucciones de ir a Dover, donde lo más probable era que las predicciones del Celestial se cumplieran hasta el último detalle.

Nada más aterrizar acudió a las oficinas del nuevo almirante en el cuartel general de Dover y el hecho de que le dejaran pelarse de frío durante media hora en la sala de espera resultó de lo más desalentador. Allí escuchó los gritos de Jane Roland, mas no fue capaz de identificar por la voz quién contestaba a la almirante. Laurence se puso de pie en posición de firmes cuando se abrió de golpe una puerta por la que salió un hombre alto uniformado con la casaca de la Marina; salía con las ropas desajustadas, las facciones desencajadas y las mejillas encendidas debajo de las pobladas patillas. No se detuvo, pero fulminó a Laurence con la mirada antes de abandonar la estancia como una exhalación.

—Entra, Laurence, entra —le llamó Jane, y él así lo hizo.

La almirante se hallaba en compañía de un hombre de más edad ataviado de una forma excéntrica cuando menos: una levita negra, unos pantalones bombachos hasta las rodillas y unos zapatos con hebillas.

—Me parece que no conoces al doctor Wapping —dijo Jane—. Señor, le presento al capitán Laurence, de Temerario.

—Señor —saludó al tiempo que hacía la venia para ocultar el desconcierto y

desconsuelo. Supuso que si todos los dragones se hallaban en cuarentena, poner el cobertizo entero a cargo de un médico era una decisión muy sensata a juicio de hombres de tierra firme, exactamente igual que lo que le ocurrió en una ocasión cuando un amigo de la familia buscó su influencia para, gracias a ese poco afortunado trato social, pasar de cirujano, ni siquiera cirujano naval, a jefe de un buque hospital.

—Encantado de conocerle, capitán —saludó el médico—. Debo marcharme, almirante. Lamento haber sido la causa de tan desagradable escena, le ruego que me disculpe.

—Tonterías, esos granujas de la oficina de avituallamiento son una pandilla de pícaros sin escrúpulos y estoy encantada de meterles en cintura. Que tenga buen día —le despidió Jane; cuando Wapping hubo cerrado la puerta, la capitana se volvió hacia Laurence—: Los pobres animales comen menos que un pajarito, y no contentos con eso, los muy canallas nos envían reses enfermas y en los huesos, ¿puedes creértelo, Laurence?

»Menuda forma de darte la bienvenida a tu vuelta, ¿eh? —Roland le tomó por los hombros y le plantó un sonoro beso en cada mejilla—. Tienes un aspecto horroroso. ¿Qué le ha pasado a tu casaca…? ¿Te apetece un vaso de vino? —preguntó mientras servía uno para cada uno sin esperar su respuesta, un comportamiento que el recién llegado interpretó como una muestra de inexpresividad causada por el agobio—. He recibido todas tus cartas, Laurence, así que me he hecho una idea razonable de tus andanzas. Perdona que no te haya respondido, pero me resultaba más fácil no contarte nada que expurgarlo todo y contarte solo cosas sin importancia.

—No, es decir, sí, por supuesto —dijo él, y se sentó con ella junto al fuego. Jane había dejado la casaca sobre un brazo de la silla y al posar los ojos en la prenda Laurence pudo ver en la manga las cuatro barras de almirante y el magnífico alamar hecho de galón en la pechera. El rostro de su interlocutora también había cambiado, aunque no para mejor: había perdido una *stone*[2]de peso por lo menos, calculó, y unos brotes grises habían aparecido en su pelo corto siempre tan negro.

—Bueno, lamento estar hecha un adefesio —observó, pesarosa, e impidió las disculpas de Laurence a carcajadas—. Todos estamos bastante desmejorados, Laurence, carece de sentido negarlo. Ya has visto al pobre Lenton, supongo. Aguantó el tipo como un jabato las tres semanas siguientes a la muerte de su dragona, pero luego le encontramos en el suelo de sus aposentos, víctima de una apoplejía. La semana siguiente fue incapaz de hablar sin arrastrar las palabras. Después de eso ha ido a mejor, pero todavía es una sombra de sí mismo.

—Lo lamento mucho —repuso él—. Tenía pensado brindar por tu ascenso —logró decir sin tartamudear, pero hasta eso le exigió un esfuerzo hercúleo.

—Gracias, querido amigo. Supongo que en otras circunstancias estaría muy orgullosa… o si no fuéramos de traspiés en traspiés. Capeamos el temporal

razonablemente bien mientras nos las arreglamos por nuestra cuenta, pero no tanto cuando debo tratar con estas criaturas descerebradas del Almirantazgo. Lo saben, porque se les ha dicho por activa y por pasiva, y aun así, ahí están con sus sonrisitas y sus arrullos, como si yo no fuera capaz de ponerme a lomos de un dragón en lo que ellos tardan en desvestirse y se me quedan mirando como si les estuviera echando una bronca injustificada por querer montarme el numerito del besamanos.

—Les cuesta adaptarse, imagino —respondió Laurence, compadeciendo a aquellos bobos para sus adentros—. Me pregunto si tal vez el Almirantazgo no debería… —y se mordió la lengua, aunque no a tiempo, y tuvo la sensación de que había pisado un terreno peliagudo y peligroso. Resultaba imposible discrepar con la necesidad de hacer todo lo posible por contar con el concurso de los Largarios, tal vez la raza inglesa más mortífera, y como estos alados solo aceptaban cuidadoras, era necesario dárselas. Laurence deploraba profundamente que la necesidad obligara a mujeres de buena cuna a perder su legítimo sitio en la sociedad y adentrarse en un camino de dolor, pero al menos las habían educado para ello y caso de ser necesario, se hallaban perfectamente cualificadas para desempeñar el papel de líderes de formación y transmitir las maniobras a las alas, pero el rango de Roland no era un oficial superior de medio pelo, era almirante, y eso por no hablar de que estaba al frente del mayor cobertizo de toda Gran Bretaña y tal vez también el de mayor importancia.

—No me han dado el cargo de buen grado, pero la elección era una patata caliente —le reveló Jane—. Portland no iba a venir desde Gibraltar, pues Laetificat ya no está para soportar un viaje por mar, así que la cosa quedaba entre Sanderson y yo, y él hizo el ridículo con un numerito de ir lloriqueando por las esquinas de lo preocupado que estaba, como si eso sirviera de algo. No sé si creerás eso de un veterano con nueve acciones conjuntas con la flota —Roland recorrió su pelo corto con los dedos y suspiró—. No importa, no me hagas caso, Laurence. Soy impaciente y Animosia, su dragón, se encuentra bastante mal.

—¿Y qué hay de Excidium? —se aventuró a preguntar Laurence.

—Es un pajarraco con la piel muy dura que se las sabe todas y administra bien sus fuerzas; además, tiene el sentido común de comer aun sin apetito. Puede apañárselas bastante bien una larga temporada, y ya sabes, lleva casi un siglo en el servicio activo, muchos de su edad ya han abandonado del todo el negocio y se han retirado a los campos de cría —Roland esbozó una sonrisa poco entusiasta—. Venga, he sido valiente… Ahora pasemos a cosas más agradables. Me has traído veinte dragones y por Dios que voy a sacarles el máximo partido. Vamos a echarles un vistazo.

—Es de armas tomar —admitió Granby, hablando lentamente mientras los tres examinaban la anatomía enroscada de Iskierka, cuya piel estaba salpicada por púas

punzantes como alfileres por las cuales se escapaban débiles chorros de vapor—. Aún no la he amansado, lo siento, almirante.

La dragoncilla se había asentado por su cuenta y a su propia satisfacción, aunque no a la de los demás; había excavado con las garras una fosa profunda en el claro contiguo al de Temerario, y luego había procedido a acomodarla, rellenándola con una suerte de harina gris hecha con madera de fresno: había desenraizado una docena de árboles y, ni corta ni perezosa, los había quemado dentro del pozo. Por último, había elegido piedras redondeadas y las había caldeado antes de echarlas a ese lecho de arena gris y entonces ya pudo tenderse a dormir cómodamente sobre un nido templado.

El fuego y su persistente rescoldo resultaban visibles a varios kilómetros a la redonda, incluso desde las granjas más próximas al cobertizo, y las primeras quejas, así como un considerable pánico, se produjeron a las pocas horas de la llegada de la dragoneta.

—Lo ha hecho bastante bien enjaezándola en un país extranjero y sin ganado a su disposición —comentó Jane, palmeando el lomo de la adormilada dragoneta—. Por mí, ya pueden quejarse cuanto gusten por la presencia de un dragón lanzafuego, la Armada va a corear su nombre cuando se enteren de que al fin tenemos uno a nuestra disposición. Bien hecho, de veras que sí. Me alegra poder confirmarle en su rango, capitán Granby. ¿Te gustaría hacer los honores, Laurence?

La mayoría de la tripulación de Temerario había estado atareada en el claro de Iskierka, extinguiendo a palos el fuego de las chispas que saltaban del pozo y amenazaban con prender fuego a todo el cobertizo en caso de no sofocarlas. Ahora, estaban cansados y cubiertos de polvo de los pies a la cabeza, pero ninguno de ellos tenía ganas de marcharse, se demoraban adrede sin necesidad de ninguna orden hasta que el teniente Ferris les chivó entre dientes el momento de acercarse para poder ver cómo Laurence colocaba un par de barras doradas en los hombros de Granby.

—Caballeros —les invitó a acercarse Roland una vez que Laurence hubo terminado.

Los soldados lanzaron tres hurras en honor de Granby, rojo como un tomate a causa del entusiasmo, aun cuando se portó con comedimiento. Ferris y Riggs se adelantaron para felicitarle con un apretón de manos.

—Pronto nos pondremos a buscarle una tripulación, caballeros, aunque Iskierka todavía es muy pequeña —comentó la almirante al término de la ceremonia mientras se dirigían a presentarle a los dragones salvajes—. Ahora no andamos escasos de hombres, por desgracia. Aliméntela dos veces al día, a ver si dándole bien de comer logramos recobrar el tiempo perdido en lo que a crecimiento respecta y cuando despierte comenzaré con ustedes las maniobras a lomos de un Largario. No sé si puede hacerse daño con su propia habilidad, como les ocurre a los lanzadores de

ácido, pero tampoco necesitamos averiguarlo durante los entrenamientos.

Granby asintió; al menos, no parecía desconcertado en presencia de Jane, y otro tanto podía decirse de Tharkay, a quien habían convencido para quedarse un poco más, pues era uno de los pocos con algo de mano entre los montaraces. A su manera furtiva y secreta, casi parecía divertido después de haber lanzado una mirada inquisitiva a Laurence. Este no había tenido ocasión de advertirle en privado acerca del encuentro, dado el interés de Roland por hacerse cargo de los dragones ipso facto. Aun así, no mostró sorpresa alguna y se limitó a hacer una amable inclinación antes de proceder a las presentaciones.

El grupo de Arkady había provocado menos caos en sus claros respectivos que Iskierka a pesar de que habían optado por derribar los árboles existentes entre los calveros y permanecer todos agrupados. El frío aire de diciembre no les perturbaba lo más mínimo, acostumbrados como estaban a las temperaturas glaciales de la cordillera del Pamir, pero la humedad levantaba comentarios de desaprobación.

En cuanto se percataron de que estaban en presencia del mandamás del cobertizo, le exigieron de inmediato el cálculo exacto de las vacas prometidas, una al día, oferta por la cual se habían incorporado al servicio de buen grado.

—Su posición es la siguiente: se les prometió una vaca por día y aun cuando no se la hayan comido, el cómputo ha corrido, luego ese ganado acumulado es suyo y, por tanto, les asiste el derecho de pedir su entrega más adelante —les explicó el mestizo.

La ocurrencia provocó las carcajadas de Jane.

—Dígales que van a tener tanta comida como deseen en cualquier momento y si son demasiado desconfiados como para quedarse contentos con eso, les haremos una cuenta: que cojan uno de esos troncos y hagan una marca cada vez que visiten el redil del ganado —contestó Roland, más feliz que ofendida por verse envuelta en semejantes negociaciones—. Pregúnteles si estarían de acuerdo con este intercambio: dos cerdos por una vaca, o dos ovejas. Eso nos permitiría ofrecerles algo más de variedad.

Los dragones salvajes unieron las cabezas y empezaron a farfullar entre ellos en una cacofonía de siseos y silbidos; la conversación era privada solo porque nadie entendía su lenguaje. Al final, Arkady se dio la vuelta y se declaró dispuesto a alcanzar un acuerdo sobre el intercambio, salvo en lo tocante a las cabras, donde insistió en que deberían ser tres ejemplares a cambio de una vaca, pues estos animales les producían cierto desdén: en su lugar de origen los habían comido a menudo y por lo general solían estar en los huesos.

Roland le hizo la venia en señal de asentimiento y él cabeceó hacia atrás con una expresión altamente satisfecha que acentuó todavía más ese aspecto de pirata, con el parche de color azafranado que le cubría un ojo y le salpicaba todo el cuello.

—Son una pandilla de rufianes, de eso no cabe duda —sentenció Jane mientras abría la marcha de regreso a sus oficinas—, ni tampoco su papel durante un vuelo: esas constituciones tan nervudas son perfectas para volar alrededor o encima de un peso pesado, así que estoy encantada de llenarles la panza.

—No, señor, no habrá problemas —dijo el maestresala del cuartel general cuando se le pidieron habitaciones para Laurence y sus oficiales pese a que habían salido de la nada y llegaban sin avisar.

Había espacio de sobra por una razón simple: la mayoría de los capitanes y oficiales prefería estar junto a los dragones enfermos en los territorios afectados por la cuarentena, donde acampaban a pesar del frío y la lluvia. Por eso, el edificio se hallaba extremadamente vacío y sumido en un silencio ni siquiera comparable al del lento discurrir de los días previos a Trafalgar, cuando la práctica totalidad de las formaciones se había marchado al sur como apoyo para derrotar a las flotas francesa y española.

Todos juntos bebieron a la salud de Granby, pero el grupo se disgregó enseguida y Laurence no estaba dispuesto a remolonear mucho más por allí. Unos cuantos tenientes de rostro abatido permanecían sentados en las sombras de un rincón sin decir palabra, un capitán entrado en años roncaba con la cabeza apoyada sobre el brazo de su sillón y una botella vacía en el codo.

Laurence cenó solo en sus habitaciones; lo hizo junto al fuego para combatir el frío, pues las estancias cerradas facilitaban la formación de una corriente que pasaba de un cuarto a otro.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos y el capitán abrió pensando que podría tratarse de Jane o alguno de sus oficiales con noticias de Temerario, pero se sorprendió al encontrarse al mestizo en su umbral.

—Entre, por favor —le invitó Laurence, y ya un poco tarde añadió—: Espero que sepa disculpar el desorden.

La estancia estaba todavía revuelta, así que había optado por tomar prestadas las ropas de dormir de un colega descuidado que las había olvidado en el armario ropero. Tenían muchas arrugas y le quedaban un poco anchas a la altura de cintura.

—He venido a despedirme —anunció Tharkay y negó con la cabeza cuando Laurence hizo un torpe intento de interrogarle—. No, no tengo queja alguna, yo no formo parte de su compañía y tampoco me interesa quedarme solo como traductor. Iba a aburrirme enseguida.

—Me encantaría hablar con la almirante Roland, tal vez haya algún encargo… —aventuró el militar, pero dejó la frase colgando al no saber qué iba a poder hacer ni qué acuerdos podían alcanzarse con el Cuerpo, ni sobre qué materias, salvo que los imaginaba menos formales que en la Armada o en el Ejército, pero no deseaba prometer nada que tal vez fuera inviable.

—Ya he hablado con ella y me ha dado uno —repuso el mestizo—, aunque tal vez no del tipo a que usted se refería. Voy a volver a Turkestán en busca de más dragones salvajes a ver si puedo persuadirlos de que se enrolen en términos similares a los del grupo de Arkady.

Laurence habría sido mucho más feliz si los montaraces ya enrolados fueran mínimamente disciplinados, una cualidad a duras penas alcanzable tras la marcha de Tharkay, mas no cabía efectuar objeciones por su parte. Resultaba difícil imaginar que alguien tan orgulloso como él fuera capaz de permanecer en una posición de simple comparsa, incluso aunque no hubiera descontento por su parte.

—Rezaré porque regrese sano y salvo —le deseó Laurence.

Y a continuación le ofreció un vaso de oporto y una cena.

—Qué extraño compañero nos has conseguido —le dijo Roland a la mañana siguiente en sus oficinas—. Le habría dado su peso en oro si el Almirantazgo no hubiera puesto el grito en el cielo: veinte dragones salidos de la nada, como si los hubiera conjurado Merlín, ¿o fue cosa de San Patricio?

»Lamento privarte de la colaboración de Tharkay y te pido que no me consideres desagradecida. Estás en tu derecho a quejarte, ya es un milagro que hayas logrado traernos a Iskierka y un huevo intacto considerando la facilidad con que Bonaparte está campando por toda Europa, y eso por no hablar de nuestra banda de amistosos bribones. Pero no puedo renunciar a la posibilidad de conseguir más dragones, por mezquinos y esqueléticos que sean, eso da igual mientras aguanten de pie.

En lo alto de la mesa se desplegaba el mapa de Europa lleno de indicadores que representaban dragones. Las banderas marcaban un trayecto desde los confines occidentales del antiguo territorio de Prusia hasta Rusia.

—De Jena a Varsovia en tres semanas —resumió ella mientras uno de los servidores les escanciaba los vasos de vino—. No habría dado un penique falso por esas noticias si no las hubieras traído tú, Laurence, y te habría enviado al médico si luego no las hubiera confirmado la Armada.

El capitán asintió.

—Tengo muchas cosas que contarte acerca de las tácticas aéreas de Bonaparte: las ha cambiado por completo de un tiempo para acá. Las formaciones ya no sirven de nada frente a él. A los prusianos les pasó por encima en Jena, les dio una verdadera paliza. Debemos empezar a idear tácticas para contrarrestar de inmediato esos nuevos modos de batallar.

Pero ella ya estaba sacudiendo la cabeza.

—¿Sabes, Laurence? Dispongo de menos de cuarenta dragones aptos para el vuelo y salvo que Napoleón esté mal de la cabeza, y no lo creo, cruzará el canal con más de un centenar. No va a necesitar ninguna táctica soberbia para derrotarnos. Y en lo que a nosotros respecta, no hay nadie a quien enseñar algo nuevo. Nadie —el

alcance de la debacle acalló a Laurence: disponían de cuarenta dragones para patrullar toda la línea costera del Canal y dar cubertura a los barcos del bloqueo—. Todo cuanto queremos en este momento es tiempo —prosiguió Jane—. Ha habido una docena de eclosiones en Irlanda, un territorio preservado de la enfermedad hasta la fecha, y tenemos allí muchos huevos a punto de eclosionar en los próximos seis meses. De ahí van a salir muy buenos dragones a no mucho tardar. Las cosas pintarían bastante mejor si nuestro amigo Bonaparte fuera tan majo de concedernos un añito. Todo tendría otro cariz en ese momento: estarían emplazadas todas las nuevas baterías de la costa, los dragonetes ya estarían educados y los salvajes serían capaces de dar una a derechas, y eso por no mencionar a Temerario ni a nuestro nuevo dragón lanzallamas.

—¿Y nos lo va a dar?

—Como se entere del lamentable estado de nuestras fuerzas, ni un minuto —replicó Roland—, pero dejando eso a un lado… Bueno, hemos sabido que tiene una nueva amiguita, una condesa polaca de una belleza arrebatadora, según se dice, y le gustaría casarse con la hermana del zar. Le deseamos buena suerte en su cortejo, y también que se lo tome sin prisa. Si es razonable, va a querer una noche invernal para franquear el Canal de la Mancha y los días empiezan a durar más…

»Puedes estar seguro de que Napoleón se nos planta aquí raudo como un rayo si llega a saber que estamos en cuadro… y al infierno con las damas. Por eso, nuestro trabajo en estos instantes consiste en mantenerle bien sumido en la ignorancia. En un año vamos a tener algo con que trabajar, pero hasta entonces, todo cuanto debes hacer es…

—Patrullar —repitió Temerario con desesperación cuando Laurence le transmitió sus órdenes.

—Lo siento mucho, amigo, lo lamento de veras, pero al final… Nuestros amigos han sido relevados de una serie de tareas y si de verdad queremos ayudarles, vamos a tener que asumirlas nosotros —Temerario guardó silencio y se puso a rumiar el asunto con desconsuelo. En un intento de animarle, Laurence añadió—: Pero eso no significa que debamos renunciar a tu causa, ni lo más mínimo. Voy a escribir a mi madre y a todos mis conocidos capaces de dar buenos consejos para saber cómo debemos proceder…

—¿Qué sentido puede tener eso cuando todos nuestros amigos están enfermos y no podemos hacer nada por ellos? Poco importa que a uno de ellos no se le permita visitar Londres cuando ni siquiera es capaz de volar una hora, y a Arkady le importa un bledo la libertad, solo quiere vacas. Sí, podríamos patrullar y también hacer formaciones.

Echaron a volar alicaídos con una docena de dragones salvajes posicionados a su espalda, más ocupados en reñir entre ellos que en prestar atención a sus alrededores.

Temerario no estaba por la labor de hacerles entrar en razón y ahora que Tharkay se había ido, el puñado de infelices oficiales montados a lomos de los montaraces albergaban muy poca esperanza de ejercer algún tipo de control sobre ellos.

El elevado número de dragones enfermos dejaba en tierra a sus tripulaciones; por eso había disponibles muchos jóvenes suboficiales. Quienes ahora montaban en los montaraces habían sido elegidos por su habilidad con los idiomas. Todos los silvestres tenían demasiados años para aprender otra lengua con facilidad, así que los oficiales debían aprender la de los alados. Tener que oírles intentar silbar y chasquear la lengua para farfullar las primitivas sílabas del idioma durzagh se hizo pesado enseguida y acabó por convertirse en una molestia considerable, pero resultó preciso soportarlo, pues nadie lo hablaba con fluidez, salvo Temerario y el puñado de jóvenes oficiales que habían aprendido a chapurrearlo en el curso de su viaje a Estambul.

Laurence ya había perdido a otros integrantes de su ya reducida oficialidad: el fusilero Dunne y el ventrero Wickley habían asimilado los rudimentos suficientes de durzagh para realizar unas señas básicas comprensibles para los dragones salvajes y no eran tan jóvenes como para dar órdenes absurdas. Habían puesto a ambos a bordo de Arkady en una alta posición de autoridad que era pura teoría, al no existir ese lazo natural generado por el primer enjaezado y, por descontado, el líder de los montaraces estaba más dispuesto a seguir sus caprichosos impulsos que las órdenes que ellos pudieran darle, máxime cuando el dragón ya había expresado su opinión acerca de las patrullas sobre el océano: eran absurdas al tratarse de una zona sin valor por la que ningún dragón razonable iba a interesarse. A juicio de Laurence, las probabilidades de que virara bruscamente en busca de algo más divertido eran elevadas.

La derrota elegida por Roland para la primera expedición del grupo discurría junto a la línea costera, donde había poco o ningún peligro de que se produjera una acción bélica. Iban demasiado cerca de la tierra, pero al menos los acantilados despertaron el interés de los montaraces, eso y el bullicio de los barcos alrededor de Portsmouth, adonde se hubieran dirigido alegremente a investigar si Temerario no los hubiera llamado al orden. Volaron cerca de Southampton para luego dirigirse hacia el oeste, en dirección a Weymouth. Los alados se aburrieron del ritmo tranquilo de vuelo así que para entretenerse empezaron a hacer todo tipo de acrobacias alocadas, bajando en picado desde tanta altura que deberían haber quedado mareados y con el estómago revuelto, cosa que no sucedía debido a su antiguo hábitat, uno de los lugares más altos de la tierra. Por esa razón realizaban peligrosas y absurdas maniobras en barrena que los llevaban a levantar surtidores de espuma cuando rozaban la cresta de las olas antes de remontar el vuelo. Era un triste desperdicio de energía, aunque, bien alimentados como estaban ahora, y en comparación con su anterior aspecto famélico, tenían un exceso de energía y a Laurence no le importaba que la gastasen de una forma tan controlada mientras los oficiales subidos aferrados a

los respectivos arneses no estuvieran en desacuerdo.

—Quizá deberíamos probar a ver si pescamos algo —sugirió Temerario, volviendo hacia atrás la cabeza para mirar a Laurence.

Pero entonces, de pronto, Gherni gritó por encima de ellos y el Celestial se ladeó, evitando a un Pêcheur-Rayé que pasó muy cerca de él. Los fusileros a lomos del alado francés abrieron fuego. Las descargas de fusilería sonaron como el descorche simultáneo de varias botellas de champán.

Los hombres empezaron a moverse de forma alocada cuando Ferris gritó:

—¡A sus puestos de combate!

Los ventreros dejaron caer un puñado de bombas sobre el peso medio francés, que ya empezaba a remontar mientras Temerario viraba y ganaba altura. Arkady y los montaraces se llamaban unos a otros con gritos estridentes y girando sobre sí mismos con entusiasmo antes de abalanzarse de buena gana sobre el enemigo, una patrulla de reconocimiento integrada por seis alados, o eso pudo distinguir Laurence entre las nubes de baja altura. El Pêcheur era el mayor del grupo; el resto eran dragones ligeros o correos. Los franceses se hallaban en inferioridad numérica y de peso, y a pesar de todo se la jugaban acercándose tanto a las costas inglesas.

¿Era una imprudencia o se trataba de una temeridad llevada a cabo con toda la premeditación del mundo? El capitán de Temerario se preguntó con preocupación si no había trascendido la noticia de que durante el último encuentro no había habido reacción alguna desde los cobertizos.

—Voy tras ese Pêcheur. Arkady y los otros se encargarán del resto —anunció el Celestial, volviendo la cabeza para mirar a Laurence mientras descendía en picado.

Este estimó más seguro dejar que los montaraces se encargaran de los alados más pequeños, pues eran cualquier cosa menos tímidos, y a raíz de sus juegos se habían convertido en consumados escaramuzadores.

—No efectuéis un ataque sostenido —voceó a través de la bocina—. Basta con echarlos de la costa cuanto antes y…

Le interrumpió el sonido hueco de las bombas al detonar debajo de ellos.

Bum. Bum.

El Pêcheur-Rayé se supo claramente superado al no contar con el factor sorpresa, pues el Celestial era mucho más rápido y de una clase más pesada. Él y su capitán se la habían jugado con el ataque sorpresa y habían fallado, y parecía obvio que no estaban dispuestos a probar suerte de nuevo. Temerario apenas había logrado detenerse antes de que el alado francés estuviera a punto de estamparse contra las olas y batiera las alas en retirada mientras los fusileros abrían un fuego cerrado con el fin de despejar el repliegue.

El capitán se volvió hacia lo alto, de donde venían las voces y gritos salvajes de los montaraces, a los cuales apenas conseguía ver, pues los muy tunantes habían

obligado a los franceses a ganar altura, donde su mayor facilidad para respirar aire con poco oxígeno podía concederles una ventaja.

—¿Dónde diablos está mi catalejo? —clamó, y cogió el de Allen.

Los dragones salvajes habían reducido el rifirrafe a un juego de provocación, acercándose y alejándose de los alados galos a toda velocidad, sin que, por ahora se viera mucha pelea. Aquella táctica hubiera provocado la desbandada de cualquier grupo en su mundo, supuso Laurence, en especial con una diferencia numérica tan notoria, pero dudaba mucho que los disciplinados franceses se dejaran distraer así como así y, de hecho, mientras él estaba mirando, los cinco enemigos, todos salvo el pequeño Pou-de-Ciel, volaban en formación cerrada y enseguida iban a cruzar la nube de montaraces.

Estos siguieron escenificando su bravata y algunos de sus gritos fueron reales, ya que se dispersaron demasiado tarde para eludir el fuego de fusilería y se llevaron más de un balazo.

Temerario aleteaba para ascender; había tomado aire y tenía los costados henchidos como la lona de las velas, aun así, no le resultaba fácil subir tan arriba, y a esa altura iba a estar en desventaja frente a los dragones franceses, más pequeños que él.

—Llámelos enseguida y enseñe el banderín de descenso —voceó Laurence a Turner sin demasiada esperanza, pero los montaraces descendieron en picado cuando este hizo las señales, y ninguno pareció reacio a situarse al amparo del Celestial.

Arkady profería un clamor sordo e indignado mientras empujaba ansiosamente a su lugarteniente Wringe, la dragona que había salido peor parada: su piel de color gris oscuro estaba veteada por arroyos de sangre aún más oscura, pues se había llevado varios balazos en el cuerpo y un golpe desafortunado en el ala derecha que le había cortado al bies, haciéndole una herida bastante fea entre el patagio y el costillar. La malherida se escoraba en el aire cada vez que intentaba moverla.

—Que descienda a la costa —ordenó Laurence, que apenas necesitaba la bocina para hacerse oír: los dragones estaban tan apretados que podía dirigirse a ellos como si estuvieran en un claro y no en cielo abierto—. Haced el favor de decirles que deben mantenerse bien lejos de los fusiles. Lamento que hayan tenido una jornada tan movida… Escuchadme ahora, vamos a mantenernos juntos y…

Sin embargo, el consejo llegaba demasiado tarde: los franceses habían formado en uve y se les echaban encima desde lo alto. Los montaraces siguieron la primera instrucción al pie de la letra y permanecieron todos juntos, quizá demasiado, pero luego se desbandaron por el cielo.

Los franceses también se separaron de inmediato. Ni siquiera juntos eran rival para Temerario, a quien seguramente habían reconocido, y volaron cerca de los montaraces como forma de protegerse frente al ataque de un Celestial. Debió de ser

una experiencia de lo más extraña para ellos. Los Pou-de-Ciel formaban parte de la raza gala más liviana y ahora se descubrían como una suerte de pesos pesados cuando trababan batalla contra los alados salvajes, que, aun cuando tuvieran su misma longitud y envergadura, eran más delgados y de vientres cóncavos, un agudo contraste frente a los pechos amplios y musculados de sus oponentes.

Los montaraces se mostraron bastante más cautos en esta ocasión, pero también más despiadados, enfurecidos por la herida de su compañera y el escozor de sus propias lesiones. Empezaron a embestir como rayos y pronto aprendieron cómo amagar un ataque para provocar una descarga de fusilería y un instante después lanzar el ataque de verdad. Gherni, la más pequeña de todos, y Lester lanzaron un asalto conjunto contra el Pou-de-Ciel al tiempo que Hertaz, el más artero de los montaraces, se le echaba encima con las garras ennegrecidas por la sangre. El resto se enzarzó en combates singulares en lugar de preocuparse por defender a los suyos, pero Laurence se percató enseguida del peligro casi antes de que el Celestial gritara:

—¡Arkady!, *Bnezh s'li taqom*… —Temerario se detuvo en mitad de la frase para decir—: No están escuchando, Laurence.

—Ya, y dentro de un momento van a verse en un apuro —convino el capitán. Los alados franceses aparentaban luchar en un uno contra uno, como los montaraces, pero en la práctica estaban maniobrando para acabar quedando lomo contra lomo; en realidad, solo se estaban dejando arrinconar para quedar en formación y entonces abrirse paso gracias a una embestida demoledora—. ¿Puedes separarlos una vez que se hayan reunido?

—No veo cómo sin hacer daño a nuestros amigos. Están muy cerca unos de otros y algunos son muy pequeños —contestó el Celestial sin dejar de azotar el aire con la cola mientras permanecía suspendido en el aire.

—Señor —intervino Ferris. El capitán se volvió a mirarle—. Siempre nos dicen, como regla general, que más vale llevarse un moratón que un balazo. Eso no les va a doler mucho e incluso si se quedan un poco atontados por algún golpe, estamos lo bastante cerca para ayudarles a amerizar si las cosas se torcieran más de la cuenta.

—Muy bien, gracias, señor Ferris —contestó Laurence, poniendo énfasis en la aprobación.

Se alegraba mucho de ver a Granby en compañía de Iskierka, y más desde que sabía lo escasos que estaban de dragones, pero le echaba muchísimo de menos, máxime cuando quedaba expuesto a lo escaso de su adiestramiento como aviador. Ferris se había apresurado a aprovechar las ocasiones con un entusiasmo rayano en la heroicidad, pero solo era un tercer teniente cuando salieron de Inglaterra, hacía apenas un año, y no podía esperar a sus diecinueve primaveras imponerse a su capitán con la convicción de un oficial veterano.

Temerario bajó la cabeza, respiró hondo para llenar de aire los pulmones y

descendió en picado hacia el menguante puñado de dragones. Al atravesarlo causó un efecto superior al de un gato cuando caía sobre una bandada de palomas desprevenidas. Salieron dando volteretas amigos y enemigos por igual; los montaraces, todavía más entusiasmados, volaron de forma caótica por los alrededores en medio de un enorme griterío y entretanto, los alados enemigos se enderezaron y, a una orden señalizada por el líder de formación, los Pou-de-Ciel dieron media vuelta y se alejaron. Huían.

Los dragones salvajes no los persiguieron, pero acudieron junto al Celestial para chincharle: o bien se quejaban por el golpazo o bien se pavoneaban de la victoria obtenida y la fuga del enemigo. Arkady llegó a insinuar que eso había sucedido a pesar de la interferencia del Celestial, que había realizado aquel movimiento impelido por los celos.

—Eso es totalmente falso —saltó Temerario, ultrajado—. Os habrían hecho picadillo sin mí.

Y se volvió de espaldas a ellos para luego echarse a volar hacia tierra con la gorguera erizada de pura indignación.

Localizaron a Wringe sentada en medio de un campo, lamiéndose la herida del ala. Unos vellones de lana manchados de sangre sobre la hierba y un cierto olor a matanza flotando en el aire sugerían que la dragona había encontrado una forma de consolarse discretamente, pero Laurence optó por hacer la vista gorda. De inmediato, Arkady se presentó ante ella como un héroe y se puso a caminar de un lado para otro, recreando el encuentro. Hasta donde el capitán británico fue capaz de entender, la batalla parecía haberse prolongado durante quince días y en ella habían participado cientos de enemigos, pero Arkady los había derrotado a todos él solito. Temerario soltó un bufido y agitó la cola con desdén, sin embargo los demás dragones salvajes estuvieron más que dispuestos a aplaudir esa visión revisada de la historia, aunque de vez en cuando metían baza para intercalar la historia de sus propias hazañas, también muy heroicas.

Entretanto, Laurence había desmontado junto a su nuevo cirujano, un escuchimizado joven de lentes gruesas, muy nervioso y propenso al tartamudeo, para examinar las heridas de Wringe.

—¿Se recobrará lo suficiente para volar de vuelta a Dover? —inquirió Laurence.

El ala herida tenía un aspecto repulsivo, o al menos la parte que era posible ver, pues ella cerraba el ala con inquietud para evitar el examen médico, aunque, por fortuna, las payasadas de Arkady la distraían lo bastante como para que Dorset pudiera ocuparse de la extremidad.

—No —contestó el médico con despreocupación y sin sombra de su habitual tartamudez—. Necesita mantener el ala inmóvil y con una cataplasma. Y debo extraerle esas balas de inmediato, aunque no ahora. Hay un terreno habilitado para los

correos a las afueras de Weymouth, que es de donde salen todas las rutas. Está libre de cuarentena. Debemos encontrar un modo de llevarla allí.

Soltó el ala y se volvió hacia el capitán, bizqueando con esos ojos suyos de color deslavazado.

—Muy bien —contestó Laurence con desconcierto, pues el cambio de su porte iba más allá de un mayor aplomo—. Señor Ferris, ¿tiene a mano esos mapas?

—Sí, señor, pero, si me permite decirlo, hay más de treinta kilómetros de vuelo directo sobre el agua de aquí al cobertizo de Weymouth.

Laurence asintió y le despidió.

—Temerario puede soportar más que eso, estoy seguro.

El peso de Wringe presentaba menos problemas que su inquietud con la solución encontrada y el repentino ataque de celos por parte de Arkady, que le llevó a proponerse como sustituto de Temerario, algo bastante ilógico, pues Wringe pesaba varias toneladas más que él y no habría sido capaz de levantarla del suelo ni un metro.

—Haz el favor de no portarte como una tonta —le replicó Temerario cuando la dragona expresó sus reservas a ser transportada—. No voy a soltarte a menos que me muerdas. Solo debes quedarte quieta. Además, es un trayecto muy corto.

Capítulo 3

Sin embargo, llegaron al cobertizo de Weymouth poco antes del anochecer y bastante alterados, pues Wringe había expresado cinco o seis veces en el transcurso del vuelo la intención de echar a volar y hacer el resto del viaje por sí misma. Además de eso, había arañado sin querer a Temerario en dos ocasiones y al removerse por culpa de la incomodidad había lanzado por los aires a dos de los lomeros que viajaban sobre ella. Se salvaron solo gracias a las correas atadas de los mosquetones. Tras aterrizar, ambos echaron pie a tierra magullados y mareados por el porrazo y se alejaron de allí con la ayuda de sus compañeros, que les recetaron una dosis generosa de *brandy* en los pequeños barracones.

Wringe montó un alboroto de aúpa antes de que le extrajeran las balas: empezó por deslizarse sobre los cuartos traseros cuando Dorset se aproximó cuchillo en mano e insistió en que ella se encontraba bastante bien, pero a esas alturas el Celestial se hallaba lo bastante fuera de sus casillas como para no tener paciencia con sus evasivas y soltó un gruñido sordo que hizo estremecer la tierra seca y apelmazada de los alrededores e indujo a la herida a tenderse dócilmente en el suelo para ser examinada a la luz de una linterna suspendida en alto.

—Bueno, ya está —anunció el cirujano tras haber extraído la tercera y última de las balas—. Ahora debe comer algo de carne y descansar toda la noche. Este terreno es demasiado duro —añadió con desaprobación mientras bajaba de la paletilla de la dragona con un cuenco donde tintineaban las tres balas ensangrentadas.

—Me da igual que este sea el suelo más duro de Inglaterra —intervino el agotado Celestial al tiempo que inclinaba la cabeza a fin de que Laurence pudiera acariciarle el hocico mientras le aplicaban las cataplasmas a sus heridas, por suerte superficiales —. Solo pido que me traigan una vaca y luego me dormiré.

Le bastaron tres formidables mordiscos para desgarrar y zamparse una vaca entera. Echó la cabeza hacia atrás para que el último bocado le bajara con más facilidad por la garganta. El granjero, a quien habían convencido para que llevara a una de sus reses hasta el cobertizo, quedó paralizado y boquiabierto mientras contemplaba la escena con una suerte de macabra fascinación, y otro tanto podía decirse de sus dos hijos, a quienes los ojos estaban a punto de salírseles de las órbitas. Laurence le puso en la mano unas cuantas guineas de más sin que el hombre opusiera resistencia y luego los echó de allí a todos, sabedor de que a la causa de Temerario no le convenía que se extendieran historias recientes y escabrosas acerca del salvajismo dragontino.

Los dragones salvajes se dispusieron alrededor de la herida Wringe a fin de protegerla de cualquier corriente de aire frío y se acomodaron uno sobre otro de la forma más cómoda posible. Los más pequeños se arrastraron con cuidado hasta ponerse sobre el lomo de Temerario en cuanto este se quedó dormido.

Hacía demasiado frío para dormir al raso y no habían traído consigo las tiendas cuando salieron a patrullar. Laurence tenía la intención de dejarles a sus hombres las barracas, que ya eran demasiado pequeñas como para quitarles más espacio con la división del capitán, e ir a un hotel si lograba encontrar uno. En cualquier caso, estaba muy contento de poder enviar noticias suyas al cobertizo de Dover para que su ausencia no causara zozobra alguna. Todavía no confiaba en ninguno de los montaraces lo bastante como para enviarle solo con un puñado de oficiales tan bisoños.

Ferris se aproximó mientras Laurence hacía averiguaciones acerca de los escasos ocupantes del cobertizo.

—Mi familia vive en Weymouth, señor. Estoy seguro de que mi madre estará encantada de recibirle para pasar la noche si así lo desea —ofreció. Hacía esa oferta muy a la ligera, como así evidenciaba la ansiedad de su rostro, y esa era la razón por la que añadió—: Solo tendría que avisar con un poco de antelación.

—Eso es muy amable de su parte, señor Ferris. Le agradecería que no lo retrasara mucho —repuso Laurence, a quien no le pasó por alto la zozobra del joven.

Probablemente, el tercer teniente se sentía obligado a invitarle por una cuestión de cortesía, aun cuando su familia viviera en el rincón de un altillo y solo tuviera para compartir un mendrugo de pan duro. La mayoría de su oficialidad, bueno, suya en particular y del Cuerpo en general, procedía de las filas de una clase social conocida únicamente como «pobre pero honrada», y todos se inclinaban a tenerle en una posición social superior a la que él mismo pensaba. Su padre poseía una amplia propiedad, sin duda, pero Laurence no había pasado tres meses seguidos en casa desde que se hizo a la mar, sin mucha pena por ninguno de los dos lados, excepto, tal vez, su madre, más habituado a encargarse de un camarote que de una casa solariega.

Aceptó la invitación con independencia de la mayor o menor simpatía que sintiera hacia Ferris ante la probable dificultad de hallar otro alojamiento y su propia fatiga, que le impulsaba a instalarse donde fuera, aunque fuese el rincón de un desván con un mendrugo de pan. Le resultó difícil no dejarse vencer por el desánimo cuando quedó atrás el barullo del día. Los dragones salvajes habían tenido un comportamiento tan malo como cabía esperar y la imposibilidad de defender el Canal de la Mancha con semejante grupo resultaba obvia. Eran el polo opuesto a las estupendas formaciones de los magníficos dragones ingleses, cuyas filas ahora estaban diezmadas por la enfermedad. Eso hizo que lamentara su ausencia con mayor intensidad.

Por tanto, envió un mensaje donde refería lo ocurrido e hizo llamar a un carruaje. Los estaba esperando a la puerta del cobertizo para cuando hubieron reunido sus cosas. Laurence y Ferris descendieron por el largo y estrecho sendero que los alejaba de los claros de los dragones.

El vehículo los llevó a las afueras del burgo de Weymouth en veinte minutos. Ferris se iba encogiendo más y más mientras el carruaje avanzaba a una velocidad de vértigo y el semblante cobró una palidez tan extrema que Laurence habría pensado que se había mareado por culpa del zarandeo de no haber visto perfectamente al oficial en medio de un vendaval en el aire y un tifón en alta mar, por lo cual era improbable que le trastornase el movimiento cómodo de un asiento con muelles. El vehículo dobló una curva y se adentró por un sendero flanqueado por densos arbolados. Laurence comprendió su error cuando ralearon los árboles y los caballos se dirigieron hacia la casa: un vasto edificio de aires góticos más desparramado que espacioso. Una hiedra centenaria cubría la piedra renegrida casi por completo. Todas las ventanas del edificio estaban iluminadas y proyectaban una hermosísima luz dorada sobre un arroyo artificial que serpenteaba entre el césped plantado delante de la casa.

—Es una vista espléndida, señor Ferris —comentó el capitán mientras traqueteaban al pasar el puente—. Debe de darle mucha tristeza no estar en casa más a menudo. ¿Desde cuándo reside aquí su familia?

—Desde siempre —respondió el otro, ladeando la cabeza con aire inexpresivo—. Fue un cruzado o algo así quien construyó el primer edificio, bueno, eso creo, pero no estoy seguro.

Laurence vaciló, pero al final, a regañadientes, contestó a modo de consuelo:

—Mi padre y yo hemos tenido nuestros desencuentros, lamento decirlo, así que no paro mucho en casa.

—El mío ha muerto —repuso Ferris; solo después cayó en la cuenta de que aquella respuesta era demasiado brusca e hizo un esfuerzo inmenso para añadir—: Mi hermano Albert es un buen tipo, supongo, pero nos llevamos diez años, así que en realidad tampoco nos conocemos demasiado.

—Ah —repuso Laurence, que dejó de hacerse el enterado para no causar más consternación a Ferris.

Tal vez los guiaran de inmediato a sus habitaciones a fin de que no los vieran las visitas. Estaba tan cansado que albergaba la esperanza de recibir semejante desaire, pero sucedió justo lo contrario: una docena de criados los esperaban en la avenida de acceso a la casa con fanales encendidos y otros dos los aguardaban con un peldaño de madera para facilitarles la salida del carruaje y una nutrida representación de la servidumbre salió al exterior, a pesar del frío y de que seguramente debían tener mucho trabajo en la casa, haciendo una ostentación del todo innecesaria.

—Espero que no se lo tome muy a pecho si mi madre… —soltó el joven a la desesperada en el instante en que se detuvieron los caballos—. Ella no pretende…

Los lacayos abrieron la puerta en ese momento y Ferris enmudeció por un deber de discreción.

Los llevaron directamente al salón, donde encontraron reunidos a todos los invitados, que los esperaban; no eran muchos, pero sí muy elegantes: todas las damas vestían ropas de un estilo desconocido, el culmen de la moda para un hombre que frecuentaba la sociedad una vez al año, y algunos de los caballeros parecían unos esnobs de mucho cuidado. Entonces Laurence cayó en la cuenta de que vestía unos pantalones y calzaba unas *hessianas*[3]manchadas de polvo, pero eso tampoco debía preocuparle demasiado, y menos aún cuando vio a otros caballeros cuyas mejores galas eran unos pantalones bombachos que les llegaban a la altura de las rodillas. Había también un par de militares entre la concurrencia, uno de ellos era coronel de infantes de Marina cuyo alargado semblante consumido por el sol estaba lleno de cicatrices; el rostro le sonaba lo suficiente para suponer que habían cenado juntos a bordo de algún barco, y un capitán de infantería a juzgar por la casaca roja; era un hombre alto y tristón, y tenía ojos azules.

—¡Henry, cariño! —una mujer alta se levantó de su asiento y acudió a saludarlos con ambos brazos extendidos. Guardaba demasiado parecido con Ferris como para llamar a equívocos. Ambos tenían la misma frente despejada, el pelo de un rojo cobrizo, un cuello de cisne en ambos casos y el mismo gesto a la hora de erguir la cabeza—. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

—Madre —repuso el joven con gesto acartonado, y se inclinó para besar la mejilla que ella le ofrecía—, ¿puedo presentarte al capitán Laurence? Señor, le presento a Lady Catherine Seymour, mi madre.

—Encantada de conocerle, capitán Laurence —contestó ella mientras le ofrecía la mano.

—Mi señora —repuso el oficial, flexionando la pierna para hacerle una reverencia completa—, lamento mucho importunarle. Le ruego sepa disculpar que acudamos con ropas tan sucias…

—Cualquier oficial de la Fuerza Aérea de Su Majestad es bienvenido a esta casa, capitán —sentenció ella—, en cualquier momento, de día o de noche, se lo aseguro, y no necesita de ninguna presentación para ser igualmente bienvenido.

Laurence no supo qué contestar a eso. Se había presentado de improviso, pero no sin ser invitado, a una hora avanzada, que no intempestiva, y había acudido en compañía de uno de sus hijos, por si necesitaba más garantías a ese respecto. Si había sido invitado era bienvenido, no podía suponer que fuese de otro modo. Solucionó la papeleta con una vaga fórmula de cortesía:

—Muy amable.

El resto del grupo no era igual de efusivo. Albert, el hermano mayor de Ferris y actual Lord Seymour, tenía muy subidos los humos y lo dejó claro desde el principio, cuando Laurence elogió aquella casa. Aprovechó la ocasión para dejar caer que esa casa era Heytham Abbey y estaba en posesión de la familia desde el reinado de Carlos II. El cabeza de familia había pasado de caballero a baronet y luego a barón en una firme escalada social, y ahí habían quedado los Ferris.

—Le felicito —dijo Laurence.

No desaprovechó la ocasión de sacar sus propias consecuencias: era un aviador, y sabía muy bien que una mala consideración pesaba más que cualquier otra cosa a los ojos del mundo. No podía dejar de preguntarse por qué habían enviado un hijo al Cuerpo al no hallar indicios de que la propiedad estuviera gravada con una fuerte hipoteca, lo cual hubiera sido una razón de peso, al menos si daba crédito a las apariencias. No habrían podido costear un número tan elevado de criados de estar en la ruina.

Enseguida se anunció la cena; esta supuso una sorpresa para el capitán de la Fuerza Aérea, pues había esperado poco más que algo de sopa fría, convencido de que incluso eso era mucho al haber llegado a una hora bastante avanzada.

—Oh, ni se le pase por la imaginación. Somos cada vez más modernos y a menudo seguimos el horario de la ciudad incluso cuando estamos en el campo —replicó en voz alta Lady Catherine—. Por lo general, tenemos muchos invitados londinenses y sería muy pesado para ellos cenar a primera hora y dejar los platos a mitad para pedir que se los sirvieran más tarde. Ahora no vamos a seguir la etiqueta. Henry va a sentarse a mi lado, pues tengo muchas ganas de que me cuentes todo lo que has hecho, cielo, y usted, capitán Laurence, se sentará con Lady Seymour, por supuesto.

Laurence solo podía hacer la venia y ofrecer el brazo, aunque, sin duda alguna, Lord Seymour tenía prioridad, incluso si su madre elegía hacer una excepción lógica por su hijo. La nuera de Lady Catherine miró a esta durante unos instantes como si deseara contradecirla a gritos, o eso le pareció a Laurence, pero luego aceptó el brazo del aviador sin vacilación alguna y este eligió hacer como que no se enteraba de nada.

—Henry es mi hijo más joven, ¿sabe? —explicó Lady Catherine a Laurence durante el segundo plato. El capitán estaba sentado a la derecha de la dama—. La tradición de esta casa dicta que el segundogénito ingrese en el Ejército y el tercerogénito entre en el Cuerpo. Ojalá eso no cambie nunca —Laurence siguió la dirección de la mirada de la anfitriona y tuvo la impresión de que ese comentario iba dirigido a otra comensal sentada junto a él, pero Lady Seymour no se dio por aludida y siguió hablando muy formal con el compañero de su derecha, el capitán de infantería, Richard, que resultó ser hermano de Ferris—. Me alegra mucho conocer a un caballero cuya familia piensa igual que yo en ese punto, capitán.

Laurence había evitado por los pelos que su airado padre le echara de casa cuando se produjo un cambio brusco en su carrera profesional, y le pareció deshonesto aceptar semejante cumplido, de modo que replicó con cierta torpeza:

—Le pido disculpas, señora, pero he de confesar que nos concede usted una valía inmerecida. Los hijos menores de mi familia ingresan en la Iglesia, pero yo estaba enamorado del mar y no habría aceptado otra profesión —y acto seguido tuvo que explicar toda la historia de su accidental adquisición de Temerario y el subsiguiente traslado al Cuerpo Aéreo.

—No retiro lo dicho, incluso ahora tiene más sentido, pues tuvo usted los buenos principios para cumplir con su deber cuando se le presentó el momento —repuso Lady Catherine con firmeza—. Me parece vergonzoso el desdén mostrado por algunas de las mejores familias hacia el Cuerpo, actitud con la que jamás voy a estar de acuerdo.

Cambiaron otra vez los platos y ella retomó su discurso pomposo en voz alta. Laurence se percató de que los comensales apenas habían probado la comida a pesar de que esta era excelente y eso le hizo llegar a la conclusión de que todas aquellas afirmaciones de la dama eran una patraña: habían cenado antes. Se puso a observar con disimulo la siguiente vez que se llevaron el servicio y comprobó que, en efecto, las damas picoteaban la comida sin demasiado entusiasmo, lo justo para fingir que se llevaban algún bocado a la boca. Entre los hombres, el único en comer de verdad era el coronel Prayle. Este sorprendió a Laurence mientras le miraba y le dedicó un guiño apenas perceptible antes de continuar devorando a la velocidad de un zampabollos, la propia de un soldado profesional acostumbrado a alimentarse cuando tenía la comida delante.

Si en vez de ser dos hubiera acudido de visita un grupo numeroso a una casa sin invitados, Laurence habría esperado de un anfitrión considerado que les reservasen algo de cena o sirvieran a los recién llegados un segundo plato, pero no aquella farsa. Era como si les molestara servirles en sus habitaciones una comida sencilla cuando el resto de los invitados ya había cenado. Aun así, no le quedaba otro remedio que permanecer allí sentado mientras iban trayendo y llevando platos, conscientes de que su presencia no agradaba a ninguno de los allí presentes. El propio Ferris apenas comía y permanecía con la cabeza gacha aun siendo tan tragón como podía esperarse de un chico de diecinueve años que ha pasado mucha hambre en los últimos meses. Lord Seymour ofreció oporto y puros con una nota de cordialidad en la voz tan enérgica como falsa en cuanto las damas se retiraron al salón, pero el capitán de Temerario solo aceptó el vaso más pequeño que no podía rechazar por respeto a su anfitrión. La mayoría de ellos se había dejado caer en algún asiento junto al fuego antes de que hubiera pasado media hora y nadie puso objeción alguna a reunirse enseguida con las damas.

Nadie propuso jugar a las cartas ni oír música. Las conversaciones eran tristes y se desarrollaron en voz baja.

—¡Qué sosos estáis esta noche! —los pinchó Lady Catherine con un cierto nerviosismo—. El capitán Laurence va a encontrar de lo más aburrida nuestra compañía. Supongo, capitán, que no visitáis mucho el condado de Dorset.

—No he tenido ese placer, señora —respondió Laurence—. Mi tío vive cerca de Wimbourne, pero no le visito desde hace muchos años.

—Ah, tal vez conozcáis a la familia de la señora Brantham.

La anfitriona indicó a una dama con un leve movimiento de cabeza y esta se despertó lo justo para contestar sin tacto alguno y con voz soñolienta:

—Estoy segura de que no.

—Es poco probable, mi señora. Mi tío se mueve poco fuera de sus círculos políticos —contestó el invitado al cabo de una pausa—. En todo caso, mi tiempo en el Cuerpo me ha privado del placer de una gran vida social, especialmente en estos últimos años.

—¡Pero menudas compensaciones tiene usted! —repuso Lady Catherine—. Viajar en dragón debe de ser maravilloso, estoy convencida… Va mucho más deprisa y su única preocupación es que le derribe una galera.

—A menos que la nave se canse del viaje y se lo coma… ¡Ja, ja, ja! —dijo el capitán Ferris, codeando a su hermano menor.

—Menuda tontería, Richard, como si hubiera peligro de que fuera a suceder semejante cosa. Me veo obligada a pedirte que retires ese comentario. Vas a ofender a nuestro invitado.

—Nada de eso, señora —terció Laurence, desconcertado. La fuerza de su objeción confería a la broma un peso inmerecido, y en cualquier caso, él estaba más dispuesto a sobrellevarlo que a aceptar unas disculpas que le parecían excesivas y poco sinceras.

—Es usted demasiado tolerante —dijo ella—. Richard bromeaba, por supuesto, pero se sorprendería de cuántas personas dicen y creen eso en el día a día. Tener miedo a los dragones es de apocados, estoy segura.

—Me temo que eso es consecuencia de la infortunada situación aún persistente en nuestro país de mantener aislados a los dragones en cobertizos lejanos. Así lo convertimos en lugares de horror.

—Vaya, ¿y qué otra cosa podemos hacer con ellos? ¿Dejarlos en la plaza del pueblo? —quiso saber Lord Seymour. Encontró muy divertida su ocurrencia. Tenía el rostro colorado de incomodidad tras haber cumplido sus deberes como anfitrión durante la segunda cena, acto heroico al que le estaba haciendo justicia con un segundo vaso de oporto, por lo cual se atragantó con las risas.

—Puede verlos en las calles de todos los pueblos y ciudades de China —contestó

Laurence—. Duermen en pabellones tan próximos a las viviendas como una residencia[4]de otra en Londres.

—Cielos, yo no pegaría ojo —dijo la señora Brantham con un estremecimiento—. Esas costumbres extranjeras son espantosas.

—La disposición me parece peculiar cuando menos —intervino Lord Seymour, frunciendo el ceño—. Mire usted cómo se comportan los caballos. Mi cochero en el pueblo debe alejarse una milla cuando el viento cambia de dirección y sopla desde el cobertizo porque los caballos se vuelven asustadizos.

Laurence se vio obligado a admitir que no era ese el caso: se veían pocos caballos en las ciudades chinas, salvo los bien adiestrados corceles del ejército.

—No obstante, no se nota su ausencia, puedo asegurárselo. Además de carros tirados por mulas, hay dragones contratados para ser una especie de diligencias vivientes y los ciudadanos de alta posición usan sus servicios como mensajeros, y como pueden imaginar todo va mucho más deprisa. Bonaparte ya ha adoptado este sistema, al menos en sus campamentos.

—Ah, Bonaparte —repuso Seymour—. No, gracias a Dios, nosotros organizamos las cosas con un poco más de criterio. En cambio, tengo entendido que debo felicitarles. No pasa ni un mes sin que mis arrendatarios vengan a quejarse de las patrullas aéreas, asustan al ganado y a veces dejan los restos de… —Lord Seymour hizo un ademán elocuente y se saltó esa parte en atención a las damas—. Los dejan por todas partes, pero este semestre nada de nada. Imagino que han abierto ustedes nuevas vías, y se han tomado su tiempo. Casi había decidido hablar del asunto en el Parlamento.

El capitán estaba al tanto de las razones de esa disminución de la frecuencia de las patrullas, pero no podía dar una respuesta amable a ese comentario, así que no contestó y en vez de eso procedió a llenarse otra vez el vaso de vino.

Laurence se alejó y deambuló hasta quedarse junto al ventanal más alejado del fuego y aprovechar la corriente de aire que se colaba por el mismo para refrescarse un poco. Lady Seymour había tomado asiento cerca de allí, por algún motivo que no acertaba a adivinar. Había apartado el vaso de vino y se abanicaba. Cuando el aviador hubo pasado un tiempo allí, ella hizo un esfuerzo por entablar conversación con él.

—De modo que tuvo usted que cambiar la Armada por el Cuerpo… Debió de ser duro, supongo que usted se embarcó cuando tenía…

—Doce años, señora —contestó el capitán.

—Ah, y además usted vuelve a su casa de vez en cuando, ¿no es cierto? Y a los doce años no es lo mismo que irse a los siete. Nadie puede negar esa diferencia. Estoy segura de que su madre jamás pensó en enviarle a la Armada cuando tenía siete años.

Laurence vaciló, consciente de que Lady Catherine y todos los demás invitados

aún despiertos estaban escuchando la conversación con suma atención.

—Tuve la suerte de tener asegurado un camarote casi siempre y no volvía mucho a casa —contestó con la mayor neutralidad posible—. Estoy seguro de que, en cualquiera de los casos, ha de ser muy duro para una madre.

—¿Duro? ¡Por supuesto que es duro! —saltó Lady Catherine, interrumpiendo la conversación—. ¿Y qué…? Debemos tener el coraje de enviar a nuestros hijos allí si esperamos de ellos el coraje necesario para acudir, y no ese sacrificio mezquino y a regañadientes de enviarlos demasiado tarde, cuando tienen demasiados años para adaptarse a esa vida.

—Supongo que también podríamos hacer pasar hambre a nuestros niños para acostumbrarlos a la privación —terció Lady Seymour con una sonrisa irritada— y enviarlos a dormir a las pocilgas para que aprendieran a soportar el frío y la mugre… si nos importaran muy poco.

Aquello acabó con lo poco que hubiera podido avanzar aquella pequeña conversación. Lady Catherine tenía las mejillas coloradas. Lord Seymour había tenido la prudencia de ponerse a roncar junto al fuego con los ojos muy cerrados y el pobre teniente Ferris había emprendido una prudente retirada a la otra esquina de la habitación y miraba fijamente a través del cristal de la ventana hacia los jardines envueltos por el manto de la noche, donde no había nada que ver.

Laurence lamentó haberse metido de forma tan torpe en una disputa que venía de largo y en un intento de calmar las cosas dijo:

—La Fuerza Aérea goza de una reputación inmerecida, si se me permite decirlo. No es más peligrosa ni más desagradable en el día a día que ninguna otra rama del ejército.

»Estoy en condiciones de afirmar por experiencia propia que nuestros marineros soportan una tarea mucho más dura, y seguro que el capitán Ferris y el coronel Prayle pueden dar testimonio de las privaciones de sus respectivas armas —dicho lo cual, alzó la copa en dirección a esos dos caballeros.

—Querida, querida —empezó Prayle con tono jovial, viniendo en ayuda de Laurence—. Los aviadores no tienen la exclusiva de la mala suerte, nosotros también nos merecemos una parte de vuestra compasión, y en todo caso, los aviadores están mucho mejor informados que el resto en todo momento. Usted debe saber mejor que nosotros qué se cuece ahora en Europa. ¿Prepara el emperador otra invasión ahora que ha hecho volverse a casa a los rusos?

—Os lo ruego por favor, no habléis de ese monstruo —pidió la señora Brantham, saliendo de su silencio—. Estoy segura de no haber oído nada tan espantoso como lo que le ha hecho a la pobre reina de Prusia: ¡llevarse a París a sus dos hijos!

—¡Cuánto debe de estar sufriendo la pobre! —soltó Lady Seymour, todavía muy colorada, al oír aquello—. ¿Qué madre podría soportar algo así? A mí se me rompería

el corazón, lo sé.

—Lamento saberlo —contestó Laurence a la señora Brantham tras un incómodo silencio—. Eran unos niños muy valientes.

—Henry me ha dicho que tuvo usted el honor de conocerlos, capitán Laurence, a ellos y a su madre, la reina, en el transcurso de vuestra misión —intervino Lady Catherine—. Estoy segura de que coincidirá conmigo en que por mucho que se le parta el corazón, ella jamás va a pedirles que se comporten con cobardía ni que se escondan detrás de sus faldas.

Nada podía contestar a eso, salvo hacer una reverencia. Lady Seymour se puso a mirar por la ventana mientras se abanicaba con movimientos fuertes y secos. La conversación se prolongó un poco más, hasta que él percibió que era posible disculparse con amabilidad alegando la necesidad de marcharse al día siguiente a primera hora.

Le mostraron un hermoso dormitorio con pinta de haber sido acondicionado a toda prisa, y a juzgar por el peine abandonado en la jofaina parecía haber estado ocupado tal vez hasta esa misma tarde. El aviador movió la cabeza ante esa nueva muestra de obsequiosidad excesiva y lamentaba que hubieran cambiado de habitación a algún invitado por su causa.

El teniente Ferris llamó con los nudillos a la puerta antes de que hubiera transcurrido un cuarto de hora e intentó presentar sus excusas sin dar una disculpa precisa, algo difícil de hacer por otra parte.

—Ojalá ella lo viese de otra manera. En aquel momento no quería irme, supongo, y ella no puede olvidar que me eché a llorar, pero me asustaba irme de casa, como a cualquier niño —dijo, jugueteando con la cortina y con la vista clavada en la ventana con el fin de evitar los ojos de Laurence—. Ahora no me arrepiento nada en absoluto y no dejaría el Cuerpo por nada del mundo.

Enseguida le dio las buenas noches y se escabulló de nuevo, dejando a Laurence con el mal cuerpo de pensar que la gélida y manifiesta hostilidad de su padre podía ser preferible a una bienvenida tan asfixiante y turbadora.

Uno de los criados dio un golpecito en la puerta para asistir a Laurence en cuanto Ferris se marchó, pero él no tenía nada que hacer; Laurence había crecido acostumbrado a ocuparse de sus cosas: ya había sacado la casaca y había dejado preparadas las botas en un rincón, aunque estaba contento de que las lustraran.

Se las dio y volvió a acostarse, pero no transcurrió ni un cuarto de hora antes de que un clamor de ladridos procedente de las perreras y el relincho despavorido de los caballos le despertara otra vez. El aviador se dirigió a la ventana y echó un vistazo al exterior: las luces procedían de los establos lejanos. Entonces, escuchó a lo lejos un tenue silbido en el cielo.

—Haga el favor de traerme las botas ahora mismo y ordene al servicio permanecer dentro de la casa —exigió Laurence al criado que acudió corriendo a la llamada de su timbre.

Salió del cuarto sin terminar de arreglarse y se anudó el cuello de la camisa mientras bajaba las escaleras con una bengala en la mano.

—Eh, ahí, despejen, despejen —clamó a grito pelado, dirigiéndose a algunos criados reunidos en un patio abierto delante de la casa—. ¡Largo de ahí! Los dragones van a necesitar espacio para aterrizar.

Esa noticia despejó el patio en cuestión de segundos. Ferris había acudido a toda prisa con su propia bengala y un candil. Se arrodilló, la encendió y tras sisear, una luz azul subió a los cielos para estallar en las alturas. La noche era clara y la luna apenas un fino gajo. El silbido se acercó otra vez, pero con más fuerza. Era la voz resonante de Gherni en un murmullo de alas.

—¿Es ese tu dragón, Henry? ¿Dónde os sentáis todos? —inquirió el capitán Ferris mientras bajaba las escaleras con gran preocupación.

La duda tenía mucha lógica: Gherni no llegaba al segundo piso y desde luego lo habría tenido difícil para llevar a más de cuatro o cinco hombres. Aun cuando no era posible considerar precioso a ningún dragón, ella tenía una textura blanquiazul similar a la de la vajilla de lo más elegante y la oscuridad suavizaba las aristas de las garras y los dientes, dándoles unos contornos menos amenazadores. Laurence se alegró de que otros invitados, también a medio vestir, se hubieran reunido en el porche para verla.

La dragona ladeó la cabeza al oír la pregunta del capitán y dijo algo de forma inquisitiva, pero lo hizo en la lengua dragontina, ininteligible para todos ellos, y luego se sentó sobre los cuartos traseros y profirió un penetrante grito de respuesta a algún chillido que solo ella había oído.

Le respondió la voz de Temerario, más audible para todos ellos. Se posó en la amplia pradera que había detrás de la casa. La luminosidad de las lámparas arrancaba destellos a sus miles de escalas bruñidas mientras las palpitantes alas levantaban una nube de polvo y guijarros que golpeteó contra las paredes como si fueran balas. El gran dragón tenía la cabeza claramente por encima de la casa y curvó su cuello serpentino para hablar con su capitán.

—Deprisa, Laurence, por favor —le urgió el Celestial—. Un mensajero ha venido a traer el aviso de que un Fleur-de-Nuit estaba molestando a los barcos a las afueras de Boulogne. He enviado a Arkady y a los demás a darle caza, pero no confío en que le pongan interés sin estar yo allí.

—Desde luego que no —coincidió Laurence.

Se volvió un segundo con intención de estrechar la mano del capitán Ferris, pero no se le veía por ninguna parte, ni a él ni a nadie, salvo a Ferris el aviador y Gherni.

Las puertas estaban cerradas a cal y canto y mientras se alejaban cerraron los postigos de todas las ventanas.

—Bueno, para eso estamos, que nadie se llame a engaño —dijo Jane después de haber oído el informe de Laurence en el claro de Temerario: la primera escaramuza a las afueras de Weymouth, la molestia de perseguir al Fleur-de-Nuit, y por último la nueva alarma creada por los dragones después de unas pocas horas de sueño, y todo en vano, pues habían llegado a tiempo de ver al despuntar el alba un único dragón mensajero francés desvanecerse sobre la línea del horizonte, hostigado por las bocas anaranjadas de las terribles baterías costeras emplazadas hacía poco en Plymouth.

—Ninguno de esos ataques era de verdad —alegó él—, ni siquiera la escaramuza, aunque la provocaron ellos. No habrían sacado ninguna ventaja ni aun cuando nos hubieran superado, no con unos dragones tan pequeños, no si deseaban volver a casa antes de desplomarse agotados en la costa.

De hecho, Laurence había dado permiso a sus hombres para dormir durante el viaje de regreso y él mismo había echado un par de cabezadas en pleno vuelo, pero eso no era nada en comparación con la situación de Temerario, absolutamente desfondado, con las alas pegadas sin fuerza a los costados.

—No. Están probando nuestras defensas, y con mayor agresividad de lo que yo había previsto. Sus sospechas son cada vez mayores —repuso Roland—. Te dieron caza en Escocia y no recibiste ayuda ni se encontraron con otro dragón en el aire. Los franceses no son tan tontos como para pasar por alto algo así, aunque la escaramuza acabara tan mal para ellos. El juego habrá terminado si alguno de los pesos pesados penetra en la campiña y sobrevuela algunos cobertizos en cuarentena. Entonces sabrán que tienen vía libre.

—¿Cómo os las habíais arreglado para que no sospecharan hasta ahora? —quiso saber Laurence—. Seguramente habían tenido que notar la ausencia de nuestras patrullas.

—Hasta ahora nos las hemos ingeniado para camuflar la situación haciendo volar a los enfermos en patrullas cortas los días despejados, cuando podían ser vistos desde mucha distancia —contestó Jane—. Muchos de ellos todavía eran capaces de volar e incluso de luchar un rato, aunque ninguno podía soportar un viaje largo. Se cansan con gran facilidad y acusan el efecto del frío más de lo debido. Se quejan de que les duelen los huesos y el invierno solo empeora las cosas.

—No me sorprende que no se encuentren bien si están tirados sobre el suelo —intervino Temerario, incorporándose y levantando la cabeza—. Claro que acusan el frío más de la cuenta, como yo, toma, el suelo está duro y helado, y yo no estoy enfermo.

—Haría que fuera verano otra vez si pudiera, mi querido amigo —contestó Jane—, pero no hay ningún otro sitio donde puedan dormir.

—Deberían tener pabellones —replicó el Celestial.

—¿Pabellones? —preguntó Jane.

Laurence fue a por su pequeño baúl de marinero y sacó del mismo el grueso paquete que habían traído con ellos desde China protegido por numerosas capas de hule y cordel. Las capas exteriores estaban casi negras, pero las interiores seguían blancas. Fue desenvolviéndolo todo hasta llegar a la fina capa de papel de arroz, donde podían verse dibujados los planos de un pabellón de dragones.

—Veamos si el Almirantazgo está dispuesto a correr con ese gasto —contestó Roland secamente, pero permaneció con la mirada fija en los diseños, con una actitud más pensativa que crítica—. Es un alojamiento bastante bueno y me atrevo a decir que sería mucho más agradable verlos dentro que tirados sobre el suelo húmedo. Tengo entendido que los dragones de Loch Laggan se encuentran mejor tendidos sobre los baños subterráneos y los Largarios acuartelados en minas de arena lo llevan bastante mejor, aunque a ellos la experiencia no les gusta nada de nada.

—Estoy seguro de que no tardarían en ponerse mejor si tuvieran pabellones y una comida más apetitosa. No me apetecía comer cuando me resfrié hasta que los chinos cocinaron para mí —dijo Temerario.

—Eso lo secundo. Apenas si probaba bocado antes de la comida china —confirmó Laurence—. Keynes era de la opinión de que la intensidad de las especias compensaba en parte su incapacidad para apreciar el olor y el sabor.

—Bueno, en cualquier caso, puedo despistar unas guineas por aquí y por allá para hacer la prueba. No hemos gastado ni la mitad de la pólvora que usamos habitualmente —dijo Jane—. Ese dinero no va a durar para siempre ni vamos a alimentar a doscientos dragones con comida especiada… Tampoco tengo ni idea de dónde vamos a sacar cocineros capaces de cocinar con especias, pero si somos capaces de conseguir alguna mejora, tal vez nos sonría la suerte y seamos capaces de convencer a los lores del Almirantazgo de seguir adelante con el proyecto.

Capítulo 4

Reclutaron para la causa a Gong Su y a sus prácticamente vacías arquetas de especias. Este hizo uso y abuso de su pimienta más fuerte, lo cual provocó la desaprobación de los encargados del ganado, cuyo cometido pasó de algo tan simple como arrastrar a las vacas desde los rediles al matadero a tener que remover unos calderos de hedor acre. El efecto fue extraordinario: no hubo que engatusar a los dragones para estimular su apetito, muchos de ellos, casi soñolientos hasta hacía poco, empezaron a exigir comida con voracidad renovada. Sin embargo, las especias no se reponían con facilidad y Gong Su sacudía la cabeza, descontento al ver la calidad de las proporcionadas por los comerciantes de Dover, y aun así, el coste era astronómico.

La almirante Jane Roland invitó a Laurence a cenar en sus aposentos y le soltó:

—Espero que me perdones esta mala pasada: voy a enviarte para defender nuestro caso. Ahora no me gusta nada dejar solo a Excidium por mucho tiempo y no puedo llevarle a Londres estornudando como estornuda. Podemos arreglárnoslas para mantener un par de patrullas en tu ausencia y eso le daría un descanso a Temerario. En cualquier caso, iba a necesitar uno. ¿Qué…? No, gracias a Dios, Barham, el tipo que te causó tantos quebraderos de cabeza, está fuera. El puesto lo ocupa Grenville, no es un mal tipo hasta donde sé. Es sui géneris… No sabe absolutamente nada sobre dragones.

»Y en privado te dirá al oído que no debería jugarme las estrellas del rango por la oportunidad de convencerle de algo —añadió esa misma noche unas horas después, alargando el brazo en busca de un vaso de vino depositado junto a la cama para luego acomodarse otra vez sobre el brazo de Laurence. Este yacía de espaldas, respirando pesadamente con los ojos entornados y los hombros desnudos cubiertos de sudor—. Cedió ante Powys en lo tocante a mi nombramiento, pero no aguanta ni el dirigirme una nota, y lo cierto es que yo he aprovechado esa mortificación que le causo para dar media docena de órdenes para las que no tenía autoridad y que a él, estoy segura, le hubiera gustado impugnar si le hubiera sido posible hacerlo sin emplazarme. Tenemos muy pocas oportunidades antes de empezar si voy yo, y la cosa va a ir bastante mejor si tú apareces por allí.

Aun así, no fue ese el caso, pues al menos a Jane ningún secretario de la Armada podía negarle el acceso como le ocurrió a él con aquel tipo alto y enjuto.

—Ya, ya, tengo los números aquí delante —dijo el metomentodo oficinista—. En todo caso, le confirmo que hemos tomado nota de su petición de más envíos de

ganado. Pero, dígame, en cuanto a los dragones, ¿se ha recobrado alguno? Eso no figura indicado en el escrito. De los ejemplares que antes no volaban, ¿cuántos lo hacen ahora? ¿Y cuánto aguantan en el aire? —Laurence se enojó; el chupatintas aquel hablaba como si se refiriera a las mejoras experimentadas por un barco después de unos cambios en el cordaje o en la lona de vela.

—Los cirujanos son de la opinión de que estas medidas contribuirán en gran medida a dilatar el progreso de la enfermedad —contestó Laurence, dado que no podía proclamar la mejora de ningún dragón—. Solo eso ya supone un beneficio tangible y tal vez la incorporación de esos pabellones permita…

El secretario sacudió la cabeza.

—No puedo darle muchas esperanzas si no lo hacen mejor que hasta la fecha. Debemos seguir emplazando baterías costeras a lo largo de todo el litoral y si usted se cree que los dragones son caros, eso es porque no ha visto cuánto valen los cañones.

—Razón de más para cuidar los dragones que tenemos y gastar solo un poquito más en conservar las fuerzas que les quedan —contestó Laurence y fue su frustración la que habló cuando añadió—: Y sobre todo, señor, no solo es que se lo merezcan por los servicios que nos han prestado. Son criaturas racionales, no percherones de caballería.

—Oh, qué romántico —replicó el secretario con tono displicente—. Muy bien capitán, lamento informarle de que su señoría se encuentra ocupado todo el día. Tenemos su informe, puede estar seguro de que le informaremos cuando llegue su tiempo. Tal vez pueda darle hora para la próxima semana.

Laurence se contuvo a duras penas de dar la respuesta que se merecía semejante falta de respeto y se marchó con la impresión de que había sido mucho peor representante de lo que hubiera sido Roland. Se marchó tan abatido que no le animó la posibilidad de ver en el patio a Horatio Nelson, recién nombrado duque, espléndido con el uniforme de gala y su particular rosario de condecoraciones. Había estado a punto de resultar achicharrado en Trafalgar cuando un dragón lanzafuego español soltó una llamarada al pasar y el fuego prendió en el buque insignia. Las quemaduras fueron tan graves que habían llegado a temer por su vida. Laurence se alegró al verle tan recuperado: la línea rosácea de la cicatriz le corría por la mandíbula y le bajaba por la garganta hasta perderse en el cuello alto de la casaca, lo cual no le impedía hacer gestos con el brazo ni hablar enérgicamente con un pequeño grupo de oficiales que no se perdían palabra.

A una distancia respetuosa se iba formando un gentío con la intención de escuchar sus palabras, hasta el punto de que Laurence tuvo que abrirse paso a empujones mientras murmuraba disculpas con la voz más baja posible. En cualquier otra ocasión él mismo se habría quedado por allí a ver si escuchaba algo, pero no ese día; debía recorrer las calles de la capital, cubiertas por un estiércol líquido endurecido al

helarse que se le pegaba a las botas, a fin de regresar al cobertizo de Londres, donde el Celestial esperaba con ansiedad las adversas noticias.

—Pero sin duda tiene que haber algún medio de llegar a él —saltó Temerario—. No soporto la idea de que nuestros amigos empeoren teniendo un remedio sencillo al alcance de la mano.

—Deberemos maniobrar según nos lo permitan las corrientes y aprovechar ese pequeño margen —contestó Laurence—. Es posible que solo por el hecho de cocer o sazonar la carne se consiga alguna mejoría. Quizás el ingenio de Gong Su permita encontrar alguna respuesta más.

—Me da la sensación de que el tal Grenville no come carne de vaca cruda sin despellejar y sin sal todas las noches ni luego se tiende a dormir al raso sobre el suelo —respondió Temerario con resentimiento—. Me gustaría que lo probase una semana a ver qué tal le iba antes de echar abajo nuestra petición.

La cola de Temerario fustigó peligrosamente las inmediaciones del borde del claro, donde ya solo quedaban tocones.

Laurence suponía lo mismo, en efecto, y se le ocurrió que con toda probabilidad tampoco cenaría en su casa. Pidió a la cadete Emily que le trajera papel y pluma, y luego escribió a toda prisa varias notas. Aún no había empezado la temporada social de Londres, pero tenía muchos conocidos que probablemente ya estaban en la capital en previsión de la apertura del Parlamento, además de su familia.

—Hay muy pocas posibilidades de que logre pescarle y aún menos de que quiera escucharme si lo consigo —avisó a Temerario, ya que no quería darle falsas esperanzas.

Tampoco él deseaba entregarse a un entusiasmo sin freno, pues, en contra de lo habitual, estaba de tan mal humor que no se creía capaz de contener su ira con facilidad y era bastante probable que se encontrase con algún insulto irreflexivo, y eso hacía que cualquier oportunidad social tuviera más posibilidades de ser un castigo que un placer. Pero una hora antes de la cena recibió respuesta de un viejo conocido de la sala de suboficiales de la fragata de cuarta línea *HMS Leander*, donde había estado destinado hacía años, informándole de que se esperaba a Grenville esa misma noche en el baile de Lady Wrightley. Esa dama era amiga íntima de su madre.

Hubo un choque de carruajes tan lamentable como absurdo en el exterior de la gran mansión, fruto de la ciega obstinación de dos cocheros nada dispuestos a ceder el paso. El accidente obstruyó el estrecho callejón, provocando un atasco. Laurence se alegró de haber recurrido a una anticuada silla de manos, incluso aunque lo hubiera hecho solo por la enorme dificultad que suponía conseguir un carruaje en algún punto próximo al cobertizo. Gracias a esa solución logró llegar al pie de la escalera sin mancharse el uniforme. La casaca era verde, sí, pero al menos estaba limpia, era nueva y hecha a la medida. La tela era impecable y los pantalones bombacho le

llegaban hasta las rodillas y las medias eran de una blancura impoluta. Por todo ello, tenía la seguridad de no tener que avergonzarse por su apariencia.

Al poco de entregar su tarjeta fue presentado a la anfitriona, una dama con quien el aviador solo había coincidido una vez en el transcurso de una de las cenas ofrecidas por su madre.

—Dígame, ¿cómo se encuentra su madre? Imagino que ha ido al campo —dijo, ofreciéndole la mano con desgana—. Lord Wrightley, le presento al capitán William Laurence, el hijo de Lord Allendale.

Un caballero recién llegado permanecía junto a Lord Wrightley y no dejó de hablarle mientras se efectuaban las presentaciones, pero al oír el nombre de Laurence se sobresaltó y se dio la vuelta para presentarse al capitán como Broughton, del Foreign Office.

—Permítame felicitarle, capitán Laurence —dijo Broughton mientras le estrechaba la mano con gran entusiasmo—. Bueno, ahora tal vez debamos llamarle Alteza, je, je.

—Por favor, le pido que no cuente… —se apresuró a contestar Laurence.

Pero la anfitriona, tan sorprendida como cabía esperar, le ignoró por completo y exigió una explicación.

—Bueno, debe usted saberlo, señora: tiene usted en su fiesta a un príncipe de China. ¡Menudo golpe de suerte, capitán, menuda fortuna! Nos hemos enterado de todo a través de Hammond. La carta llegó destrozada a nuestras oficinas, pero estuvimos a punto de entrar en éxtasis y nos lo contábamos unos a otros por el simple placer de decirlo. ¡Cómo ha debido de rabiar Bonaparte!

—No tuvo nada que ver conmigo, señor, se lo aseguro —replicó Laurence a la desesperada—. Todo fue mérito del señor Hammond, para mí fue una simple formalidad…

Pero ya era demasiado tarde, Broughton ya había empezado a agasajar a Lady Wrightley y a otra media docena de invitados con una representación tan vívida como ficticia de la adopción de Laurence por el emperador chino, un hecho urdido básicamente como medio de salvar las apariencias: los chinos habían exigido esa excusa para dar el visto bueno a que Laurence tuviera como compañero a un dragón Celestial, un privilegio reservado entre su pueblo solo a la familia imperial. El británico había tenido la inmensa suerte de que los chinos se hubieran olvidado de él en cuanto partió sin considerar cómo iba a ser visto en casa el hecho de la adopción.

Por si algún motivo el colorido cuento de hadas en que se había convertido aquella exótica historia no era un éxito por sí mismo, el accidente del exterior había sofocado el flujo normal de invitados y eso produjo un periodo de calma en la fiesta, razón por la cual todos estuvieron dispuestos a oírlo. Así pues, el capitán se vio convertido en objeto de demasiada atención y la misma Lady Wrightley ni por asomo

estaba dispuesta a explicar la presencia de Laurence como un favor hecho en atención a una vieja amiga, y sí como un golpe de efecto.

Laurence hubiera deseado marcharse de inmediato, pero Grenville no había acudido todavía, razón por la cual apretó los dientes y soportó la vergüenza de ser paseado y presentado por toda la habitación.

—No, por supuesto que no figuro en la línea sucesoria —repitió una y otra vez, y en privado pensó lo mucho que le gustaría ver la cara de los chinos al oír la sugerencia. En más de una ocasión le habían hecho sentirse un salvaje iletrado.

No tenía intención alguna de bailar, pues los ciudadanos nunca tenían claro si los aviadores eran o no respetables del todo y tampoco pretendía arruinar las posibilidades de ninguna muchacha ni exponerse a la desagradable experiencia de verse rechazado por alguna carabina, pero antes del primer baile, su anfitriona le presentó con toda la picardía a una de sus invitadas, una compañera perfectamente elegible, y él, aunque sin salir de su asombro, tuvo que pedírselo. Debía de ser la segunda o la tercera temporada de la señora Lucas. Era una joven atractiva y algo regordeta, todavía muy dispuesta a dejarse deleitar por un baile y mucha conversación intrascendente y alegre.

—¡Qué bien baila usted! —le felicitó ella una vez hubieron recorrido juntos la línea de baile.

Lo hizo con bastante más sorpresa de la que cabía esperar de un comentario perfectamente lisonjero, y luego pasó a formularle un montón de preguntas sobre la corte china que él no era capaz de responder, pues habían apartado a las damas de su vista. La compensó con la descripción de algunas representaciones teatrales, pero al final se atascó un poco, y en cualquier caso el espectáculo había tenido lugar en mandarín.

Ella a su vez le habló mucho de su familia en el condado Hertford, de sus muchos problemas con el arpa, lo cual le dio a Laurence la ocasión de expresar su esperanza de oírla tocar algún día, y de su hermana más joven, que se presentaría en sociedad la próxima temporada, lo cual le permitió deducir que la joven tenía diecinueve años. De pronto comprendió que a esa edad Catherine Harcourt ya era capitana de Lily y aquel año había volado en la batalla de Dover. Entonces, volvió a mirar a la sonriente jovencita envuelta en muselinas con un extraño sentimiento de vacío y sorpresa, como si ella no fuera del todo real; después, desvió la mirada. Había escrito dos cartas tanto a Harcourt como a Berkley, en su nombre y en el de Temerario, pero no había recibido respuesta hasta la fecha. Lo ignoraba todo sobre su estado y el de sus dragones.

Acto seguido, el capitán soltó un par de amabilidades y la acompañó hasta donde estaba su madre. Una vez que había hecho gala en público de ser un acompañante satisfactorio, se obligó a seguir el juego hasta el final, hasta que por fin, al filo de las

once, Grenville entró en compañía de un pequeño grupo de caballeros. El aviador se aproximó a él y dijo en tono grave:

—Mañana me esperan en el cobertizo de Dover, señor; de otro modo, no le molestaría aquí.

Aborrecía por definición todo aquello que fuera o pareciera una invasión de la intimidad, y si muchos años antes no le hubieran presentado a Grenville, no sabía si hubiera sacado valor para presentarse por su cuenta.

—Laurence, sí —dijo Grenville con aire distraído; a juzgar por su aspecto, le habría gustado marcharse. No era un gran político, su hermano era primer ministro y le había nombrado primer lord del Almirantazgo por su lealtad, no por la brillantez ni la ambición. Escuchó sin el menor entusiasmo las propuestas, cuidadosamente formuladas para poder decirlas ante los asistentes interesados, que no estaban al tanto de la epidemia. No habría forma de ocultárselo al enemigo una vez que la noticia fuera de dominio público.

—Existen ya previsiones para los supervivientes de más edad, y también para enfermos y heridos, y esas atenciones no están pensadas solo para preservarlos a ellos o a sus descendientes en condiciones de prestar un futuro servicio, sino para animarles a permanecer sanos. El plan propuesto se reduce a ofrecer atenciones prácticas que han demostrado ser beneficiosas; se han tomado de los chinos, a quienes todos reconocen como primeros del mundo en esto, en tanto en cuanto ellos tienen una adecuada comprensión de la naturaleza dragontina.

—Por supuesto, por supuesto —contestó Grenville—. La comodidad y el bienestar de nuestros valientes marineros y aviadores, y también de nuestras buenas bestias, es siempre la primera consideración del Almirantazgo.

Y siguió con un discurso sin sentido para alguien que hubiera estado de visita en un hospital o, como Laurence, obligado a vivir de vez en cuando con las provisiones consideradas aptas para el consumo de esos valientes marineros: carne podrida, galletas con gorgojo y un aguachirle avinagrado que pretendían hacer pasar por vino. Él mismo había soltado ese discurso para confortar a los tripulantes veteranos y a sus viudas, o para denegar pensiones a quienes pretendían conseguirlas por el camino de la insidia o frenar alguna que otra reclamación rayana en lo absurdo, como ocurrió en tantas ocasiones.

—En tal caso, señor, ¿puedo esperar su aprobación para nuestras medidas con relativa rapidez?

Todo cuanto esperaba era una aprobación abierta de la cual no le fuera posible retractarse sin avergonzarse, pero Grenville era demasiado escurridizo para caer en la trampa y evadió cualquier compromiso sin negarse abiertamente.

—Debemos considerar de forma exhaustiva los detalles de este tipo de propuestas antes de llevarlas a cabo, capitán. Debemos recabar la opinión de nuestros mejores

médicos —contestó, y continuó hablando más y más de ese modo y sin hacer pausa, hasta que logró darse la vuelta y hablar con otro caballero a quien conocía mientras a él le lanzaba otro mensaje: una clara autorización para retirarse. No iban a hacer nada, y Laurence lo sabía perfectamente.

Regresó derrengado al cobertizo a primera hora de la mañana, cuando el alba era una tenue luz en ciernes. Temerario yacía completamente dormido: los párpados entreabiertos dejaban entrever sus ojos de pupilas rasgadas mientras la cola se movía despreocupadamente de un lado para otro. La tripulación se había instalado en las barracas o buscado acomodo junto a los costados del dragón, quizá el lugar más cálido donde dormir, si bien no el más decoroso. Laurence entró en la casita dispuesta para su uso y se dejó caer sobre la cama para quitarse los apretados zapatos de hebilla, nuevos y nada cómodos. Crispó el gesto a causa del dolor: le habían hecho muchas rozaduras en los pies.

La mañana fue de lo más silenciosa. Su plan había sido un fracaso y sin saber muy bien cómo, todos en el cobertizo estaban al tanto del resultado negativo de su gestión a pesar de que Laurence no se lo había contado a nadie, salvo a Temerario, y de que había dado un permiso general la noche anterior. La dotación había hecho uso del mismo a juzgar por los rostros pálidos y los ojos enrojecidos. Imperaba un cierto grado de torpor y de fatiga manifiesto, y Laurence no le quitaba la vista de encima a las enormes ollas llenas de gachas de avena mientras las retiraban del fuego, pues estaba deseando poner fin a su ayuno.

Entre tanto, el Celestial terminó de hurgarse los dientes con una enorme tibia, el resto de su desayuno, una tierna ternera de leche cocida con cebolla, y la dejó en el suelo.

—Laurence, ¿aún tienes pensado construir el pabellón, incluso si el Almirantazgo no nos da los fondos?

—Así es —respondió Laurence. La mayoría de los aviadores recibían una pequeña recompensa económica, pues el Almirantazgo pagaba poco por la captura de un dragón en comparación con el apresamiento de un buque, pues resultaba más difícil poner en uso los primeros y también requerían un gasto de mantenimiento notoriamente superior, pero Laurence había acumulado un capital apreciable mientras aún era oficial de la Armada, y apenas si había retirado nada del mismo, pues con la paga solía llegarle para cubrir todas sus necesidades—. Debo consultarlo con los proveedores, pero espero ser capaz de construirte uno si economizo un poco en los materiales y reduzco las dimensiones.

—En tal caso —dijo el Celestial con aire resuelto y pose heroica—, he estado pensando: por favor, construyámoslo en los campos sometidos a cuarentena. No me importa demasiado dormir en el claro de Dover y preferiría que Maximus y Lily estuvieran más cómodos.

Laurence se quedó atónito: la generosidad no era un rasgo habitual entre los dragones, extremadamente celosos y posesivos de cualquier signo de distinción u objeto que considerasen de su propiedad.

—Es una idea muy noble, y si estás seguro…

Temerario jugueteó con el hueso, no muy convencido del todo, pero al final dio su aprobación.

—De todos modos —agregó—, quizá el Almirantazgo perciba las ventajas una vez lo hayamos construido y entonces yo podría disponer de uno más bonito. No sería muy agradable tener uno chiquitito cuando todos los demás tienen uno mejor.

Esta perspectiva le alegró de forma considerable y ronzó la pata de ternera con gran satisfacción.

La tripulación revivió un tanto después de desayunar y tomar un té muy fuerte, después de lo cual todos se movieron casi a la velocidad de siempre mientras le ponían el arnés a Temerario para regresar a Dover. Laurence dio una orden muy discreta a Ferris y este puso un esmero especial en verificar todas y cada una de las hebillas a fin de no tener que lamentar un posible descuido. Entonces, Dyer y Emily entraron, procedentes de las puertas del cobertizo, con el correo procedente de Dover.

—Se acercan unos caballeros, señor —anunció el muchacho.

El Celestial levantó la cabeza del suelo cuando Lord Allendale entró en el cobertizo en compañía de un caballero pequeño, menudo y vestido con sencillez.

Ambos visitantes se quedaron estancados en el suelo cuando alzaron la vista y vieron una enorme cabeza que les devolvía una mirada inquisitiva. Laurence agradeció sobremanera esa pequeña demora, pues le permitió poner en orden sus pensamientos. La visita del rey le hubiera sorprendido casi lo mismo, aunque le hubiera complacido mucho más. Solo había una posible explicación para semejante visita: algún otro conocido de sus padres había estado en el baile del día anterior y la noticia de la adopción en el extranjero había llegado a oídos de su progenitor.

Le entregó la taza de té a Emily y de tapadillo examinó el estado de su atuendo. Dio gracias a los cielos de que la mañana fuera lo bastante fría como para no tener que renunciar al sobretodo ni al pañuelo para el cuello. Laurence cruzó el claro y estrechó la mano de su padre.

—Es un honor verle, señor. ¿Le apetece una taza de té?

—No, ya hemos desayunado —contestó con los ojos todavía fijos en Temerario. Necesitó hacer un esfuerzo de voluntad para desviar la mirada y presentar a su acompañante, William Wilberforce, uno de los principales portavoces de la causa abolicionista.

Laurence solo le había visto una vez con anterioridad, y de eso hacía mucho. Las décadas transcurridas desde entonces habían dado una expresión más seria al rostro del filántropo. Ahora, alzaba el rostro hacia el dragón con cierta aprehensión, pero

aun así había algo cálido y bien dispuesto en la curvatura de sus labios y una gentileza en sus ojos que confirmaban aquella primera impresión de generosidad que el aviador se había llevado de aquel primer encuentro, si es que sus quehaceres públicos no habían sido testamento suficiente. Veinte años de incesante lucha política y vida en el malsano ambiente de la capital le habían arruinado la salud, pero no le habían agriado el carácter, y las intrigas del Parlamento y los intereses de la Compañía Británica de las Indias Orientales habían socavado su obra, mas él había perseverado, y además de su infatigable cruzada contra la esclavitud, había sido un decidido reformista todo ese tiempo.

No podía haber un hombre cuyo consejo Laurence desease más en aras a la próxima defensa de la causa dragontina, y de haber sido otras las circunstancias —y después de haber aproximado posturas con su padre, algo que aún esperaba hacer—, habría buscado que se lo presentaran, sin duda. Sin embargo, la situación inversa le resultaba incomprensible. No había razón alguna para que Lord Allendale trajera allí a Wilberforce, a menos que este tuviera curiosidad por ver a un dragón, pero el semblante del caballero cuando miraba a Temerario reflejaba cualquier cosa menos entusiasmo.

—Por mi parte, estaría encantado de tomar tranquilamente un té —contestó el abolicionista, y luego, tras una cierta vacilación, formuló una pregunta—: ¿Está domada esa bestia?

—No estoy *domado* —precisó con gran indignación Temerario, cuyo oído era lo bastante agudo para enterarse de una conversación si no se hacía en susurros—, aunque estoy totalmente seguro de que no voy a hacerle nada si es eso lo que está preguntando. Haría mejor en preocuparse por caer del caballo.

La irritación le indujo a golpearse un costado con la cola, y estuvo en un tris de derribar a un par de lomeros encargados de fijar la tienda de viaje sobre su lomo, y desmentir con actos sus propias palabras. Las visitas de Temerario, sin embargo, se hallaban demasiado distraídas por sus comentarios como para advertir ese último punto.

—Resulta portentoso descubrir semejante agudeza en una criatura que hemos apartado de nuestro lado hace tanto tiempo —manifestó Wilberforce tras conversar con él un poco más—. Podría considerarse incluso milagroso. Pero veo que se están preparando para partir, así que te pido perdón —dijo, haciendo la venia al Celestial— y también a usted, capitán, por todo este trasiego tan molesto para tratar lo que nos ha traído hasta aquí en busca de su ayuda.

—Hable con toda la franqueza que desee, señor —dijo Laurence, y les invitó a tomar asiento mientras se disculpaba una y otra vez por la situación: Emily y Dyer habían sacado un par de sillas del barracón para que pudieran sentarse y a fin de que no pasaran frío las habían colocado cerca de los rescoldos del fuego usado para

calentar el desayuno, ya que la cabaña era de lo menos adecuado para recibir visitas.

—Deseo dejar claro —empezó Wilberforce— que nadie puede mostrarse insensible a los servicios que su gracia ha rendido a este país ni se le están regateando las justas recompensas que merece por los mismos, y el respeto del hombre de la calle…

—Tal vez deberías hablar mejor de la ciega adoración que le tiene la gente de la calle —le interrumpió Lord Allendale con un tono de mayor desaprobación—, bueno, la gente del común y los que no son del común, porque resulta vergonzoso contemplar la influencia de ese hombre sobre los lores, y esos tienen menos disculpa. Cada día que no está en el mar es un nuevo desastre.

El aviador se quedó confuso durante unos instantes, pero al final logró deducir que estaban hablando nada más y nada menos que del mismísimo Lord Nelson.

—Discúlpeme, hemos comentado tanto estos asuntos que vamos demasiado deprisa —Wilberforce se llevó una mano al mentón y se acarició el carrillo—. Según creo, ya sabe de las dificultades que nos hemos encontrado al intentar abolir el comercio de esclavos.

—Así es —contestó Laurence.

Habían tenido la victoria al alcance de la mano en dos ocasiones. La primera vez se había quedado en el rifirrafe político: la Cámara de los Lores había retenido una resolución ya aprobada por la de los Comunes, so pretexto de examinar determinadas pruebas. La segunda vez se obtuvo un cierto logro, sin duda, pero solo después de aceptar la enmienda que cambiaba la expresión *abolición* por la de *abolición gradual*, y había sido poco a poco, sin duda, tan gradual y poco a poco que quince años después de su aprobación aún no se había visto ningún indicio de abolición. La época del Terror en Francia había convertido la palabra *libertad* en un concepto imposible y permitió que los comerciantes de esclavos pusieran en la arena política el nombre de los jacobinos y equiparasen a los abolicionistas con aquellos, así que durante muchos años no se efectuó progreso alguno.

—Pero en la última sesión estuvimos a punto de lograr una medida vital: un acta mediante la cual se prohibía la botadura de nuevos barcos esclavistas. Habíamos reunido los votos necesarios y debía haberse aprobado, pero entonces Nelson regresó del campo. Acababa de levantarse de su lecho de enfermo y eligió dirigirse al Parlamento precisamente sobre ese tema, la sola fuerza de su oposición hizo que la Cámara de los Lores desestimase la propuesta.

—Lamento oír eso —contestó el militar, pero no le sorprendía lo más mínimo: Nelson había manifestado en público más de una vez cuáles eran sus ideas a ese respecto. Como otros muchos oficiales de la Armada, consideraba que la esclavitud era un mal necesario, algo así como un vivero de marineros y un pilar del comercio. A su juicio, los abolicionistas eran un grupito de entusiastas y de quijotes, solo esa

dominación les permitía resistir con firmeza la creciente amenaza de Napoleón—. Lo siento de veras —continuó Laurence—, pero no sé en qué puedo ayudarles yo. No existe entre nosotros una relación en base a la cual yo pudiera intentar convencerle de…

—No, no, no esperamos eso —contestó Wilberforce—. Se ha expresado con mucha determinación sobre el tema, y además, muchos de sus mejores amigos y tristemente también de sus acreedores poseen esclavos o mantienen algún tipo de vínculo con el comercio de estos. Lamento decir que semejantes consideraciones puedan llevar por el mal camino al mejor y más sabio de los hombres.

A continuación, y mientras Lord Allendale se mostraba taciturno y reluctante, le explicaron su propósito: ofrecer a la opinión pública un rival, una alternativa a la que pudieran admirar y por la que se pudiera interesar. Poco a poco, el aviador comprendió la intención última de todos esos circunloquios; habían pensado en él para ocupar ese puesto sobre la base de su última y exótica expedición y el hecho de la adopción por la que esperaba ser censurado por parte de su padre.

—Al interés natural que va a despertar entre la gente su última aventura —prosiguió Wilberforce—, une usted la autoridad de un oficial que se ha enfrentado al mismísimo Napoleón en el campo de batalla. Su voz puede contradecir las afirmaciones de Nelson sobre que el fin de la esclavitud supondría la ruina de la nación.

—No vaya a pensar que me faltan admiración o convicción, señor —contestó Laurence, no seguro de si lamentaba más mostrarse poco servicial con el señor Wilberforce o feliz de estar obligado a rechazar semejante propuesta—, pero en modo alguno valgo para ese papel, y no podría aceptar aunque lo desease, soy un oficial en activo: mi tiempo no me pertenece.

—Pero usted se encuentra aquí, en Londres, y es muy probable que pueda hallar ocasiones mientras esté destinado en el Canal de la Mancha —hizo notar el abolicionista, y esa era una suposición difícil de contradecir sin traicionar el secreto de la pandemia, que permanecía oculto en el seno del Cuerpo y los más altos oficiales del Almirantazgo—. Tal vez no sea una proposición agradable, capitán, pero todos estamos comprometidos en la obra de Nuestro Señor y en esta causa concreta no podemos tener escrúpulos a la hora de usar cualquier herramienta que Él ponga en nuestro camino.

—Por el amor de Dios, solo tienes que asistir a unas cuantas cenas, tal vez no muchas. Pórtate bien y no pongas reparos a nimiedades —espetó Lord Allendale, tabaleando el brazo de su silla con los dedos—. A nadie puede gustarle este autobombo, por supuesto, pero ya has tolerado indignidades mucho peores y tú solito has dado la nota mucho más de lo que ahora se te pide, la última noche sin ir más lejos…

—No tiene por qué hablar a Laurence en ese tono —interrumpió Temerario con voz glacial, dando a los dos civiles un susto de muerte, pues ya se habían olvidado de mirar hacia arriba y verle escuchar toda la conversación—. Hemos volado en nueve patrullas y hemos repelido a los franceses en cuatro ocasiones. Estamos muy cansados y la única razón de nuestra presencia en Londres es que nuestros amigos están enfermos y aun así les dejan pasar hambre y morir de frío, solo porque el Almirantazgo no va a mover un dedo para hacer que se encuentren más cómodos.

El dragón acabó su alocución con furia; al fondo de su garganta sonaba una reverberación grave y amenazante: el mecanismo del viento divino había entrado en acción de forma instintiva y siguió sonando como un eco después de que él ya hubiera dejado de hablar.

Nadie dijo nada durante unos instantes.

—Tengo la impresión de que nuestros intereses no son opuestos —dijo Wilberforce con aire meditabundo—. Tal vez sea posible hacer avanzar su causa con la nuestra, capitán.

Al parecer, tenían la intención de lanzar la causa de Laurence con algún acto social, la cena con invitados a la que había hecho referencia Lord Allendale, o tal vez incluso un baile, pero en su lugar, el abolicionista propuso otra alternativa.

—En vez de eso —explicó—, vamos a organizar una gala benéfica cuyo propósito declarado va a ser recaudar fondos para dragones enfermos y heridos, veteranos de Trafalgar y de Dover… ¿Hay alguno de esos veteranos entre los enfermos?

—Los hay —contestó Laurence, lo que no dijo es que eran todos, absolutamente todos, salvo Temerario.

Wilberforce asintió.

—Aún son nombres con los que conjurar estos días oscuros en que vemos ascender la estrella de Bonaparte sobre Europa, pero eso dará aún más énfasis a tu condición de héroe de la nación y hará de tus palabras un contrapeso excelente a las de Nelson.

Laurence no pudo soportar verse descrito de ese modo; en comparación con Nelson, que había capitaneado cuatro grandes acciones de la flota, destruido la Marine Impériale, establecido la primacía absoluta de Inglaterra en el mar y ganado el título de duque por su valor y hazañas en combate honorable, él no era más que un oficial convertido en príncipe de un país extranjero como subterfugio y resultado de una maquinación política.

—Debo pedirle que no hable así, señor —dijo el capitán, haciendo un esfuerzo enorme para evitar una respuesta realmente violenta—. No hay comparación posible.

—Desde luego que no —espetó Temerario con virulencia—. No doy mucho crédito a ese tal Nelson si está a favor de la esclavitud. Estoy seguro de que no puede

ser la mitad de encantador que Laurence, y me da igual cuántas batallas haya ganado. Jamás en la vida he visto algo tan espantoso como aquellos pobres esclavos en Cape Coast y me alegro mucho si puede ayudarles a ellos y a nuestros amigos.

—Y eso lo dice un dragón —exclamó Wilberforce con gran satisfacción mientras Laurence se quedaba sin habla de pura consternación—. ¿Qué hombre no va a compadecerse de esos pobres desdichados cuando esa situación es capaz de conmover a un corazón tan grande como este? Es más —continuó, volviéndose hacia Lord Allendale—, deberíamos reunirlos a todos en este mismo sitio donde estamos ahora sentados. Estoy convencido de que cuanto mayor sea la impresión mejor será la respuesta y lo que es más —añadió con ojos centelleantes con socarronería—, me gustaría ver al caballero capaz de negarse a considerar ese argumento si se lo dice un dragón, sobre todo si lo tiene delante.

—¿Al aire libre…? ¿En esta época del año…? —respondió el padre de Laurence.

—Podría organizarse al modo chino: una cena de gala debajo de una carpa donde se ponen mesas largas y debajo de las mismas se instalan braseros de carbón para mantener calientes a los invitados —sugirió el Celestial, metiéndose con entusiasmo en el papel; Laurence solo era capaz de oír con creciente desesperación cómo se sellaba su destino—. Tendremos que arrancar unos cuantos árboles para hacer espacio, pero puedo encargarme de eso con facilidad, y si además colgamos paneles de seda, guardará bastante parecido con un pabellón y además ayudará a conservar el calor.

—Qué idea tan buena —dijo Wilberforce, levantándose para examinar los bosquejos trazados por Temerario en el polvo—. Eso va a darle un sabor oriental que es exactamente lo que necesitamos.

—Bueno, si esa es vuestra opinión… —terció Lord Allendale—. Todo cuanto puedo decir a su favor es que no va a hablarse de otra cosa en días… eso si es que acuden algo más de media docena de fisgones para mirar curiosidades.

—Podemos prescindir de ti por una noche de vez en cuando —contestó Jane, hundiendo así la última esperanza de escapatoria que le quedaba a Laurence—. Nuestro servicio de información no es para tirar cohetes ahora que no podemos arriesgar dragones mensajeros en funciones de espionaje, pero la Armada está en buenos términos con los pesqueros franceses por lo del bloqueo y ellos aseguran que no hay mucho movimiento en la costa. Podrían mentir, por descontado, pero si se estuviera fraguando algo gordo de verdad, los precios de las capturas y el del ganado para dragones se habrían puesto por las nubes.

La doncella trajo el té y Roland le sirvió una taza al capitán.

—No te lo tomes a mal, por favor te lo pido —continuó Jane, refiriéndose a la negativa del Almirantazgo a darle nuevos fondos—. Tal vez esa fiesta vuestra nos ayude un poco en ese sentido. Powys me ha escrito para decirme que ha reunido algo

de dinero para nosotros gracias a una colecta entre los oficiales de alto rango ya retirados. La cifra no va a ser nada del otro mundo, pero creo que vamos a poder sazonarles la comida con pimienta, al menos por ahora.

Entre tanto, montaron el pabellón piloto. La promesa de una comisión sustancial demostró ser suficiente para tentar a un puñado de los comerciantes más arriesgados que acudieron al cobertizo de Dover. Laurence se reunió con ellos a la entrada y en compañía de un grupo de tripulantes los escoltó el resto del camino hasta llegar al claro de Temerario, que, en un intento de no causar sobresaltos, mantenía la gorguera casi pegada al cuello y se encorvaba al máximo para parecer todo lo pequeño que podía parecer un dragón de dieciocho toneladas. Aun así, no pudo evitarlo y acabó tomando parte en la conversación sobre la construcción del pabellón, aún sujeta a discusión, y lo cierto es que sus sugerencias fueron de lo más útiles, ya que Laurence no tenía la menor idea de cómo convertir las unidades de medidas china a las inglesas.

—¡Yo quiero uno! —soltó Iskierka, pues había estado escuchando las reuniones celebradas en el claro próximo. Hizo oídos sordos a las protestas de su capitán, se escurrió entre los árboles y no paró hasta llegar al claro del Celestial, donde levantó una polvareda de pavesas al sacudirse las cenizas impregnadas al cuerpo y dio un susto terrible a los pobres comerciantes cuando le entró un hipo flamígero y para cortarlo empezó a soltar chorros de vapor hirviendo por las protuberancias—. Yo también quiero dormir en un pabellón. A mí no me gusta nada este suelo tan frío.

—Bueno, pues no vas a tenerlo —contestó el Celestial—. Este es para nuestros amigos enfermos, y de todos modos no tienes capital para pagarlo.

—Pues entonces voy a conseguir uno —declaró—. ¿Dónde caza uno capital? ¿Qué aspecto tiene?

Temerario se frotó el perlado peto de platino con orgullo y dijo:

—Esto es un trozo de capital. Me lo dio Laurence. Lo consiguió por haber capturado un barco en batalla.

—Ah, pues eso está chupado —contestó la dragoncilla—. Granby, vamos a apoderarnos de un barco y así tendré mi propio pabellón.

—Ay, Dios, no digas tonterías —la reprendió Granby, que llegó al claro del Celestial siguiendo el rastro de ramas tronchadas y setos aplastados que había dejado a su paso; al entrar, dirigió a Laurence un atribulado saludo con la cabeza—, no puedes tener nada así, lo calcinarías en un abrir y cerrar de ojos. Un pabellón está hecho de madera.

—¿Y no puede hacerse con piedra? —inquirió la dragoncilla mientras volvía la cabeza hacia uno de los proveedores, que la miraba con ojos abiertos como platos.

No había crecido demasiado a pesar de los más de tres metros y medio adquiridos desde que se habían instalado en Dover y había empezado a tomar una dieta más

regular, y era más sinuosa que corpulenta, al modo típico de los Kazilik; aun así, cuando estaba junto a Temerario parecía poco más que una serpiente de jardín. Pero vista de frente tenía una apariencia poco tranquilizadora, y además, fuera cual fuera el mecanismo interno que le permitía crear fuego, producía un gorgoteo sibilante muy nítido y por los conductos de las protuberancias emitía vaharadas blancas de aire caliente que impresionaban mucho en medio de aquel frío.

Nadie contestó a la pregunta de Iskierka, salvo el señor Royle, el arquitecto de mayor edad:

—¿De piedra? Debo desaconsejárselo. Una construcción de ladrillo sería algo mucho más práctico —el arquitecto había contestado sin levantar la vista de los papeles; era tan miope que los estudiaba con una lupa de joyero pegada a sus acuosos ojos azules y lo más probable era que ni siquiera hubiese distinguido el perfil de la dragona—. Toda esta tontería oriental, y este tejado, ¿de verdad es lo que desean?

—No es ninguna tontería oriental —saltó Temerario—, y es muy elegante. Es el diseño del pabellón de mi padre y está a la última moda.

—Va a necesitar un paje de escoba durante todo el invierno para limpiar toda la nieve y no doy ni un penique porque esas canaletas aguanten más de dos estaciones —sentenció Royle—. Lo realmente bueno de verdad es un tejado de listones, ¿no está de acuerdo, señor Cutter?

El señor Cutter no tenía ninguna opinión. Se mantenía con la espalda pegada a los árboles y parecía listo para echar a correr a la menor ocasión, algo que no hacía debido a que Laurence había tenido la prudencia de ubicar a su tripulación de tierra en el borde del claro para frustrar cualquier huida fruto del pánico.

—Estoy dispuesto a dejarme asesorar por usted, señor, en cuanto al mejor plan de construcción… y el más razonable. Temerario, nuestro clima es mucho más húmedo y debemos cortar la tela para adaptarnos a ese hecho.

—Muy bien, supongo —admitió el Celestial mientras miraba con nostalgia los tejados con las puntas vueltas hacia arriba y la madera pintada de alegres colores.

Entre tanto, a Iskierka se le ocurrió una idea y empezó a maquinar la adquisición de capital.

—¿Vale con que queme un barco o debo traerlo hasta aquí? —inquirió.

La dragoneta empezó su carrera de pirata cuando a la mañana siguiente se presentó ante Granby con un pequeño bote pesquero que había robado del puerto de Dover durante la noche.

—Bueno, tú no dijiste nada de que debía ser una nave *francesa* —respondió enojada a sus recriminaciones, y se aovilló enfurruñada.

Se apresuraron a reclutar a Gherni para que lo devolviera a la noche siguiente al amparo de la oscuridad, lo cual causó, sin duda alguna, una gran sorpresa a su propietario, temporalmente desposeído.

—Laurence, ¿crees que podríamos reunir más dinero capturando navíos franceses? —inquirió Temerario con una irreflexión muy alarmante al parecer del aviador, que acababa de tener una muestra de ese mismo desconcierto.

—Las naves de línea francesas están ancladas en los puertos, atrapadas por el bloqueo, y nosotros no somos corsarios para recorrer las rutas en busca de barcos enemigos —contestó Laurence—. Tu vida es demasiado valiosa para arriesgarla en un empeño tan egoísta. Además, en cuanto empieces a comportarte de forma tan indisciplinada, Arkady y los demás van a seguir tu ejemplo de inmediato y entonces dejarán indefensa a Inglaterra, y eso por no mencionar que de ese modo le estarías dando ánimos a Iskierka.

—¿Qué voy a hacer con ella? —preguntó el agotado capitán de la dragona esa misma noche mientras tomaba un vaso de vino con Laurence y Jane en el cuartel general, en la sala de reunión de los oficiales—. Supongo que se debe a tanto ir de aquí para allá cuando estaba en el cascarón y todo el lío y la agitación que ha vivido, pero esa excusa no va a durar para siempre. Debo controlarla de algún modo y por ahora estoy en la línea de salida, no avanzamos. No me sorprendería levantarme una mañana y descubrir que le ha prendido fuego a todo un puerto porque se le haya metido en la cabeza que no hace falta apostarnos a defender una ciudad si ha ardido hasta los cimientos. Ni siquiera puedo conseguir que permanezca quieta el tiempo suficiente para ponerle el arnés entero.

—No se preocupe. Mañana iré por allí y veré qué puedo hacer —contestó la almirante mientras le servía otro trago—. Todavía es muy joven para el trabajo y la cadena de mando, pero me parece necesario que canalice toda esta energía para evitarnos tanto agobio. ¿Ha elegido ya a sus tenientes, Granby?

—Me gustaría tener a Lithgow de primero, si usted no tiene objeción, y a Harper de segundo teniente, este también puede actuar como capitán de fusileros. No me gustaría tomar demasiados hombres aún, pues todavía no sabemos cuánto va a crecer.

—Que no quiere deshacerse de ellos después, vamos, cuando a lo mejor luego no pueden conseguir otro destino —repuso Jane con amabilidad—, pero no podemos quedarnos cortos con ella, no cuando es tan indisciplinada. Llévese también a Row como capitán de ventreros. Es lo bastante veterano como para retirarse si tuviera que irse y un combatiente muy bregado que no va a parpadear cuando Iskierka haga alguna de las suyas.

Granby tenía la cabeza gacha cuando asintió, por lo cual el gesto apenas resultó perceptible.

A la mañana siguiente la almirante acudió al claro de la dragona vestida de gala, con todas las medallas y el gran sombrero de plumas, aun cuando la mayoría de los aviadores rara vez lo llevaban, un sable chapado en oro y las pistolas al cinto. Granby había reunido a todos los integrantes de su nueva tripulación y la saludaron con gran

estrépito. Iskierka se aovilló de tal manera que estuvo a punto de hacerse un nudo a causa de la excitación, y los montaraces, e incluso Temerario, se asomaron con interés por encima de los árboles para observar la escena.

—Bueno, Iskierka, tu capitán me dice que estás preparada para el servicio —empezó Roland, poniéndose el sombrero debajo del brazo y mirando con severidad a la pequeña Kazilik—, pero dime, ¿qué hay de esos informes que he oído sobre ti? Me cuentan que no te importan las órdenes. No podemos enviarte a la batalla si no eres capaz de cumplir las órdenes.

—¡Eso es una mentira bien gorda! Puedo obedecer órdenes mejor que cualquiera, lo único que ocurre es que nadie me da órdenes de las buenas. Solo me dicen que me siente, que no luche y que coma tres veces al día, y ¡ya no me apetece comer más de esas estúpidas vacas! —añadió apasionadamente.

Los montaraces no daban crédito a sus oídos cuando algunos de sus propios oficiales les tradujeron las palabras de Iskierka y soltaron murmullos de enojo e incredulidad.

—No solo debemos seguir las órdenes agradables, sino también las aburridas —replicó Jane cuando cesó la algarabía—. ¿Acaso supones que al capitán Granby le agrada estar siempre sentado en este claro a ver si te asientas un poquito? Tal vez preferiría volver al servicio con Temerario y disfrutar de alguna pelea.

Iskierka abrió unos ojos como platos y todas las púas se pusieron a sisear como un horno. En cuestión de un segundo enrolló un par de veces a Granby con gesto posesivo, el pobre estuvo a punto de acabar como un bogavante al vapor.

—¡No lo hará! Porque no lo harás, ¿a que no? —la dragoncilla apeló a él—. Te prometo luchar tan bien como Temerario, e incluso obedeceré las órdenes estúpidas, bueno, al menos si me dan también alguna de las agradables —se apresuró a precisar la dragona.

—Estoy seguro de que va a mejorar en el futuro, señor —logró decir Granby entre toses y con la empapada melena apelmazada sobre la frente y el cuello—. Y tú no te inquietes. Yo jamás te dejaría, pero ahora me estás calando —añadió lastimeramente, dirigiéndose a ella.

—Mmm —contestó Jane mientras fruncía el ceño y adoptaba una pose de estar considerándolo—, supongo que deberemos darte una oportunidad, ya que Granby habla por ti —dijo al cabo de un rato—. Aquí tiene sus primeras órdenes, capitán, si es que ella le permite cumplirlas… y asegúrese de que está quieta mientras le ponen el arnés.

La dragona soltó de inmediato a su capitán, se estiró y se puso a disposición de la tripulación de tierra; solo estiró el cuello un poco más de la cuenta para ver el paquete lacrado con sello rojo y adornado con borlas amarillas, una formalidad obviada con frecuencia dentro del Cuerpo, en cuyo interior estaban las órdenes: se les decía con

un lenguaje pomposo y rimbombante que debían ir de patrulla hasta Guernsey y volver en una hora.

Ponerle el arnés supuso un problema de lo más peliagudo, pues las protuberancias no seguían patrón alguno, estaban dispuestas al azar, y soltaba vapor a menudo, lo cual humedecía continuamente la piel y hacía que esta fuera muy resbaladiza; además, el improvisado surtido de correas y el gran número de hebillas se enredaban con una endiablada facilidad y nadie podía culpar del todo a la dragoncilla de cansarse de todo el proceso, pero la promesa de acción inminente y el elevado número de testigos le hizo mostrarse paciente. Al final, ella estuvo convenientemente enjaezada.

—Ya está —anunció Granby con alivio—, es bastante seguro, ahora prueba a moverte a ver si está holgado o se suelta algo, preciosa.

La dragoneta se contorsionó y aleteó un tanto incómoda; luego, se dio la vuelta para examinar el arnés. Al cabo de varios minutos dedicados a esa inspiración, Temerario le chivó en voz alta:

—Se supone que debes decir «todo en su sitio» si estás cómoda.

—Ah, ya veo —contestó ella, se arrellanó y anunció—. Todo en su sitio, y ahora vámonos.

De esa forma, Iskierka se enmendó un poco. Nadie iba a decir de ella que era complaciente, sin duda, y de forma invariable prolongaba las patrullas en campo abierto un poco más de la cuenta con la esperanza de encontrar algún enemigo más desafiante que un par de aves o una vieja fortaleza abandonada.

—Pero al menos va a entrenarse un poco y comer como debe. A eso le llamo yo una victoria, por ahora —dijo Granby—, y después de todo, por mucho que nos toque bregar ahora con ella, se lo va a hacer pasar peor a los gabachos. ¿Sabes qué, Laurence? Hemos hablado con los compañeros en Castle Cornet y han izado un trozo de vela para ella. Ha sido capaz de incendiarla desde ochenta yardas, dos veces el alcance de un Flamme-de-Gloire, y es capaz de soltar una llamarada durante cinco minutos seguidos. No comprendo cómo se las arregla para respirar mientras lo hace.

De hecho, se las habían visto y deseado para mantenerla lejos de cualquier combate directo, ya que mientras todo eso ocurría, los franceses continuaban el hostigamiento y el reconocimiento de la costa con una agresividad creciente.

Jane usaba a los dragones enfermos de más peso para las patrullas con el fin de reservar a Temerario y a los montaraces; estos se pasaban la mayor parte del día encaramados a los acantilados a la espera de una bengala de aviso u otra señal para volar, o aguzaban los oídos para oír los cañonazos de advertencia y salir disparados al encuentro de otra incursión.

Temerario libró otras cuatro escaramuzas en el espacio de dos semanas y se produjo otra más mientras él dormía unas horas: Arkady y unos cuantos alados de su

grupo fueron enviados de patrulla a modo de prueba y a duras penas consiguieron repeler a un Pou-de-Ciel con la osadía suficiente para rebasar las baterías costeras de Dover, a menos de una milla de donde se tenía una visión nítida de los campos de cuarentena.

Los montaraces volvieron muy pagados de sí mismos después de su apurada victoria en solitario y la astuta almirante aprovechó la ocasión para rendirles honores y le entregó a su líder una larga cadena, algo sin apenas valor económico, pues estaba hecha de latón, con una fuente de mesa a modo de medalla donde habían inscrito su nombre y la habían pulido hasta dejarla reluciente. La sorpresa fue tan mayúscula que Arkady se quedó sin palabras por una vez y se puso a cantar villancicos de puro gozo, e insistió en que todos y cada uno de sus compañeros examinaran de cerca su condecoración, y ni siquiera Temerario logró escapar a ese destino, lo cual hizo que se le erizase un poco la pelambrera y se retirase con toda dignidad a su propio claro para pulir su peto con más fuerza de lo habitual.

—No hay comparación posible —le explicó Laurence con la mayor prudencia del mundo—. El suyo es una chuchería para complacerle y animarlos a todos a que se esfuercen.

—Oh, el mío es mucho más bonito, dónde va a parar —contestó el Celestial, altanero—. Yo no quiero nada tan vulgar como el latón —pero al cabo de un momento añadió por lo bajinis—: Pero el suyo es muy grande.

—Nos ha salido muy barato —le dijo Jane al día siguiente, cuando Laurence se presentó para informarle de que la mañana había transcurrido sin incidentes: los montaraces estaban más entusiastas que nunca y bastante decepcionados por no encontrar más enemigos a los que expulsar—. Progresan estupendamente, tal y como habíamos esperado —sin embargo, la almirante hablaba con gran fatiga. El capitán le vio la cara y le sirvió un vasito de *brandy* y la llevó hasta el ventanal, desde donde podía verse a los montaraces, que en ese preciso momento estaban haciendo cabriolas y locuras en el aire encima de sus claros después de haber comido—. Gracias, ahora me lo tomo —Roland cogió el vaso, pero no se lo llevó a los labios de inmediato—. Conterrenis ha muerto —anunció ella de repente—. Es el primer Largario que perdemos. Ha sido algo espantoso —se dejó caer pesadamente sobre un asiento y echó hacia delante la cabeza—. Los cirujanos me han informado de que pilló un mal resfriado y sufrió una hemorragia en los pulmones. No podía dejar de toser y soltaba ácido a diestro y siniestro, al final, comenzó a corroerle los espolones y chamuscarle las escamas. La mandíbula había quedado desnuda hasta el hueso —Roland hizo una pausa—. Gardenley le pegó un tiro esta mañana.

Laurence tomó una silla y se sentó junto a ella, sintiéndose un completo inútil para darle un poco de consuelo. Al cabo de un rato, ella apuró el *brandy*, dejó el catalejo y se volvió hacia los mapas para hablar de las patrullas del día siguiente.

El capitán se alejó del lado de Jane avergonzado por su pánico a la fiesta que iba a celebrarse en cuestión de unos pocos días y decidido a seguir adelante sin prestar atención a su sufrimiento si así tenían al menos una oportunidad de mejorar las condiciones de los enfermos.

Wilberforce le había dicho en su carta:

Confío en que me permita sugerirle un toque oriental a su atuendo, cualquiera sería de gran utilidad, uno pequeño, cualquiera al que se le pueda dedicar una mirada.

Me alegra informarle de que hemos conseguido contratar a algunos chinos como criados para esa noche a cambio de una buena suma. Hemos ido por los puertos donde de vez en cuando resulta posible encontrar a algunos al servicio de gente de las Indias Orientales. No están debidamente preparados, por supuesto, pero su único cometido consiste en sacar y traer platos de la cocina y les hemos aleccionado a conciencia de que no muestren el menor indicio de alarma en presencia del dragón, y espero que lo hayan entendido. Sin embargo, me angustia un poco saber si habrán comprendido bien lo que les espera. Deberían darles permiso para venir pronto; vale más que pudiéramos poner a prueba su fortaleza.

Laurence no veía atisbo alguno de clemencia. Dobló la carta, envió su abrigo chino al sastre para que lo ajustaran y le pidió permiso a Jane para marcharse unas horas antes.

Llegado el momento, los criados chinos montaron un numerito en cuanto ellos llegaron, pero no se dieron a la fuga: lo dejaron todo y corrieron a postrarse ante Temerario, se arrojaron a sus pies para demostrarle el respeto debido a un Celestial como símbolo de la familia imperial.

Los trabajadores británicos encargados de la decoración final del cobertizo no se mostraron igual de complacidos y se marcharon todos a una, dejando tirados por tierra o a medio colgar de las ramas de los árboles los grandes paneles de seda bordada, seguramente adquiridos a un alto precio.

Wilberforce acudió consternado a recibir a Laurence, pero Temerario se puso a dar instrucciones a los criados chinos, que empezaron a trabajar con gran energía y, con el concurso de su tripulación, el cobertizo cobró un aspecto impecable justo a tiempo de recibir a los invitados con lámparas de latón improvisadamente anudadas a las ramas para imitar a las lámparas de papel y pequeños anafes de carbón junto a las mesas cada pocos metros.

—Tal vez llevemos el barco a buen puerto… siempre y cuando no se ponga a

nevar ahora —comentó de forma pesimista Lord Allendale, que había llegado muy pronto para examinar los arreglos finales—. Es una lástima que tu madre no haya podido asistir, pero el niño no ha venido todavía y ella no quiere dejar a Elizabeth sola en el parto —explicó, refiriéndose a la esposa del hermano mayor de Laurence, a quien pronto iba a darle su quinto hijo.

Hizo mucho frío, aunque la noche permaneció despejada y los invitados empezaron a llegar poquito a poco, pero todos se mantuvieron bien lejos de Temerario, cómodamente instalado en su claro, situado en el extremo opuesto a las grandes mesas, y lo miraban de forma furtiva con sus anteojos de ópera. Los oficiales de Laurence permanecieron todos junto a su capitán, envarados y aterrados; vestían sus mejores casacas y pantalones, todos nuevos, pues, por suerte, Laurence había tomado la precaución de indicarles cuáles eran los mejores sastres de Dover y había pagado de su bolsillo todos los arreglos que sus ropas exigían después de haber pasado tanto tiempo de viaje en el extranjero.

La única complacida fue Emily. Se había comprado su primer vestido de seda para la ocasión y no parecía importarle lo más mínimo que tropezara un poco con el dobladillo. Estaba exultante con sus guantes de cabritilla y una sarta de perlas que le había prestado su madre.

—Seamos sinceros, ya es demasiado tarde para que aprenda a desenvolverse con las faldas —había comentado Jane—. No te inquietes, Laurence, te prometo que nadie va a sospechar. He hecho el tonto en público muchas veces y nadie ha pensado por ello que yo era una aviadora, pero si vas a quedarte más tranquilo, puedes decirles que es tu sobrina.

—No puedo hacer tal cosa; mi padre estará allí y te aseguro que es muy consciente de cuántos nietos tiene —se apresuró a contestar Laurence, aunque no le dijo la conclusión inmediata que sacaría su padre: este iba a sospechar que Emily era su hija natural, lo cual era falso, pero en privado decidió que mantendría a Emily pegada al costado de Temerario, donde iba a vérsele poco, pues no le cabía duda de que los invitados guardarían buena distancia del dragón, por mucha persuasión que le echara el señor Wilberforce.

Con todo, esa persuasión siguió el peor de los caminos cuando el portavoz abolicionista dijo:

—Vamos, contemplen a esa joven: está segura de que no hay razón para temer al dragón. Puede aceptar que le superen aviadores entrenados, señora, pero espero que no se deje aventajar por una chiquilla…

Mientras, Laurence, con el corazón en un puño, observaba cómo su padre se volvía para lanzar una mirada de asombro a Emily, y eso le bastó para confirmar sus peores temores.

Lord Allendale no mostró el menor escrúpulo en acercarse e interrogar a la

muchacha.

—Oh —contestó Emily con su voz de niña, absolutamente carente de la menor malicia—, el capitán me da clase todos los días, señor, aunque el que se encarga de las matemáticas es Temerario, porque al capitán no le gusta mucho el cálculo…, pero yo prefiero las clases de esgrima —añadió ella con absoluta candidez y se quedó desconcertada cuando se descubrió riendo y diciendo «querida» junto a un par de damas de alta sociedad a las que su ejemplo había persuadido de acercarse más a la gran mesa.

—Un toque maestro, capitán —murmuró Wilberforce—. ¿De dónde la ha sacado?

Pero no esperó la respuesta y abordó a los pocos caballeros que se habían atrevido a aproximarse, y al discurso de persuasión le añadía el toque de que las damas tal y cual se habían acercado a Temerario, y ellos no podían mostrar vacilación si ellas habían sido capaces de hacerlo.

El Celestial estaba muy interesado en todos sus invitados, y en especial en las damas enjoyadas. Por puro azar, logró complacer a la marquesa de Carstoke, una dama ya entrada en años; se había puesto un conjunto de joyas muy vulgar con tantas esmeraldas engarzadas en oro que prácticamente no se le veía el escote, pero él le dijo que, en su opinión, tenía mejor aspecto que la reina de Prusia, a quien solo había visto en ropas de viaje. Varios caballeros le desafiaron a calcular sumas elementales; el dragón parpadeó un poco, sorprendido, y una vez les hubo dado las respuestas, les preguntó si en las fiestas se acostumbraba a practicar algún juego, pues entonces él, a su vez, podría ofrecerles algunos problemas matemáticos.

—Haz el favor de traerme el tablero de arena, Dyer —pidió el alado.

Cuando lo hubieron montado, esbozó con una garra un pequeño diagrama con la intención de formularles una pregunta sobre el teorema de Pitágoras; eso bastó para desconcertar a la mayoría de los caballeros asistentes, cuyos conocimientos matemáticos no iban mucho más allá de las mesas de cartas.

—Pero si es un ejercicio muy sencillito —repuso Temerario, un tanto confuso, y preguntó en voz alta a Laurence si no había sido capaz de explicar dónde estaba la gracia del asunto hasta que al fin un caballero, miembro de la Royal Society[5], que se había acercado con la finalidad de observar ciertos detalles anatómicos del Celestial, fue capaz de resolver el enigma.

La creciente fascinación al fin prevaleció sobre el miedo y atrajo a más y más invitados junto a él cuando le oyeron dirigirse en chino a los criados orientales y conversar en un fluido francés con varios asistentes, y pasaba el tiempo sin que se comiera a nadie ni aplastara nada. Laurence se encontró enseguida relegado como objeto de menor interés, una circunstancia que en otro caso le habría encantado de no ser porque eso le condenaba a mantener una conversación embarazosa con su padre, y este, sin la menor naturalidad, le preguntó quién era la madre de Emily. Responder

con evasivas a esas preguntas le hacía parecer más culpable e incluso las respuestas más sinceras —la de que Emily era la hija natural de Jane Roland, una dama de buena familia que vivía en Dover y que él se había hecho cargo de su educación— dejaban una sensación completamente equivocada, por lo cual no le quedaba otra alternativa que reprender a su padre por una pregunta tan categórica.

—Es una jovencita muy bien educada para alguien de su posición social y confío en que no vaya a necesitar nada —comentó Lord Allendale con sus hablares sibilinos —. Estoy seguro de que si hubiera alguna dificultad en encontrarle un acomodo respetable cuando sea mayor, tu madre y yo estaríamos encantados de servir de ayuda.

Laurence hizo todo lo posible para dejar claro que esa generosa oferta no era necesaria y apeló a la mentira por omisión cuando dijo:

—Ella cuenta con amigos que van a impedirle estar en situación de penuria, señor, y por lo que tengo entendido, la madre ya ha tomado alguna disposición para su futuro.

Laurence no facilitó más detalles, pero su padre, con el sentido de propiedad satisfecho e incólume, no realizó más preguntas, por suerte, pues esas disposiciones no eran otras que prestar un servicio militar en el Cuerpo, opción que difícilmente iba a aprobar Lord Allendale.

Solo después cayó en la cuenta de que esa idea venía ensombrecida por la posible muerte de Excidium. En tal caso, Emily no heredaría ningún dragón y, por tanto, no tendría asegurado un puesto, pues, aunque en aquel momento hubiera un puñado de huevos de Largario en Loch Laggan, en la Fuerza Aérea había más mujeres de las necesarias para atender a las nuevas eclosiones.

El aviador logró escabullirse, so pretexto de que había visto a Wilberforce hacerle señas para que acudiera junto a él. El caballero no había requerido su presencia, pero agradeció su compañía y le tomó del brazo y empezó a presentarle a sus muchos conocidos, casi todos a medio camino entre el interés y la curiosidad. La mayoría había venido para entretenerse y por tener la experiencia de ver un dragón, o, para ser sinceros, para poder contar que lo habían visto. Un número sustancial de esos caballeros vestidos a la última moda venía ya con bastantes copas de más y su conversación habría acallado todas las demás si aquel hubiera sido un recinto más pequeño. Resultaba fácil distinguir a las damas y caballeros miembros del movimiento abolicionista y las causas evangélicas por su apariencia marcadamente más severa tanto en las ropas como en el semblante. Repartieron unas octavillas, la mayoría de las cuales acabó pisoteada en el suelo.

También habían acudido muchos patriotas cuyo deseo e intención no era otro que unir sus nombres a una cuestación en cuya cabecera figurase la palabra *Trafalgar*, tal y como Wilberforce había dispuesto que se publicase en los periódicos, y estaban

poco dispuestos a andarse con nimiedades sobre los veteranos, fuesen hombres o dragones, y como el arco político estaba bien representado no tardaron en estallar discusiones acaloradas, propiciadas por el entusiasmo y el licor. Wilberforce identificó como parlamentario de Bristol a un caballero recio de mejillas coloradas; una fervorosa jovencita de rostro pálido había intentado darle un folleto y él le decía:

—Eso es una tontería. El viaje es de lo más saludable, pues los tratantes son los primeros interesados en preservar sus bienes. Además, esto es lo mejor que les puede ocurrir a los morenos, ser llevados a tierras cristianas, donde podrán convertirse y abandonar el paganismo.

La réplica no tardó en recibir respuesta…

—Ese es un excelente motivo para predicar los Evangelios en África, señor. Así esos cristianos tendrán menos excusa para llevarse a los africanos de sus casas solo por un beneficio.

… pero no contestó la muchacha, sino un caballero negro que había permanecido ligeramente detrás de ella y le ayudaba a repartir panfletos. Le recorría la mejilla el reborde carnoso de una cicatriz que tenía el grosor de un látigo de cuero y en las muñecas, allí donde acababan las mangas, era posible advertir la huella abultada de los grilletes, donde la piel era rosácea y más pálida que el resto de su piel oscura.

El parlamentario de Bristol tal vez no tenía el descaro suficiente que le hubiera permitido defender la trata de esclavos a la cara de una de sus víctimas y prefirió retirarse, haciendo ver que estaba ofendido porque alguien se hubiera dirigido a él sin que nadie los hubiera presentado, y se hubiera marchado sin contestar, pero Wilberforce se alentó y le dijo con mucha malicia:

—Señor Bathurst, permítame presentarle al reverendo Josiah Erasmus, recién llegado de Jamaica.

Erasmus le hizo la venia y el parlamentario contestó con un seco asentimiento antes de farfullar una excusa en voz demasiado baja como para ser inteligible y salir por pies como un cobarde.

Josiah Erasmus era un sacerdote de la Iglesia Evangélica.

—Y espero ser pronto un misionero de vuelta a mi continente de origen —añadió mientras estrechaba la mano de Laurence. Le habían raptado en África cuando tenía seis años y había logrado sobrevivir a ese viaje tan «saludable» del que hablaba el político, encadenado de pies y manos a sus compañeros y en un espacio tan reducido que casi no podía ni tumbarse.

—No era nada agradable estar encadenado —dijo Temerario en voz baja cuando le presentaron al reverendo—, y al menos yo sabía que iban a soltarme cuando amainase la tormenta. De todos modos, estaba seguro de poder romperlas.

El dragón se refería a las cadenas que le habían puesto con el fin de que estuviera seguro en cubierta durante los tres días que duró un tifón, y se hizo para su propia

seguridad, por supuesto, pero no mucho después de eso había tenido ocasión de ver de cerca el trato brutal soportado por un grupo de esclavos en el puerto ghanés de Cape Coast, y eso le había marcado de forma indeleble.

—Algo así le ocurrió a nuestro grupo; los grilletes no son demasiado buenos, pero solo hay un sitio adonde ir: arrojarse al mar y encomendarse a la misericordia de los tiburones. No tenemos alas para volar.

El clérigo hablaba sin rencor, por lo cual tal vez les hubiera perdonado, y cuando Temerario expresó su deseo de que los negreros fueran arrojados por la borda, Erasmus negó con la cabeza.

—No hay que pagar mal con mal. El juicio solo corresponde al Todopoderoso: mi respuesta ante los crímenes de los esclavistas va a ser volver junto a los míos con la palabra del Señor y esperar que la práctica no pueda continuar cuando todos seamos hermanos de Cristo y de ese modo se salven tanto esclavistas como esclavos.

Temerario albergaba ciertas dudas sobre aquel discurso tan cristiano y caritativo.

—Yo no daría ni un penique por los esclavistas y Dios debería juzgarlos bastante más deprisa —murmuró el Celestial en cuanto Erasmus se hubo ido. Laurence se quedó blanco al oír aquella blasfemia, temeroso de que Wilberforce la hubiera escuchado, pero, por suerte, este tenía la atención puesta en otro sitio: en un alboroto creciente que se oía en el otro extremo del enorme claro, donde empezaba a congregarse el gentío.

—Me preguntaba si iba a venir —dijo Wilberforce.

Horatio Nelson en persona había entrado en el claro junto a un grupo de amigos, algunos de ellos oficiales de la Armada, viejos conocidos de Laurence, y en ese momento estaba presentando sus respetos a Lord Allendale.

—No hemos dejado de invitar a nadie, por descontado, pero no tenía ninguna esperanza de que viniera. Tal vez ha acudido porque le he invitado en su nombre, Laurence. Voy a ausentarme un rato, discúlpeme. Me alegra mucho que este hombre haya venido y dé *glamour* a nuestra fiesta, pero ha dicho en público demasiadas cosas como para que me resulte fácil mantener una conversación con él.

Por su parte, Laurence se hallaba muy complacido de que Nelson no se hubiera ofendido lo más mínimo ante los comentarios y comparaciones hechas entre ellos y se mostró más amigable de lo que cabía esperar, y le ofreció la mano.

—William Laurence… Ha viajado mucho desde la última vez que nos encontramos. Si la memoria no me falla, cenamos juntos a bordo del *Vanguard* en el 98, poco antes de lo de Abukir. ¡Cuánto tiempo ha pasado y qué deprisa!

—Desde luego, señor. Me honra que Su Gracia se recuerde —contestó el aviador y en respuesta a la mirada de ansiedad del marino se volvió para presentarle a Temerario; este desplegó la gorguera ante la mención de su nombre—. Confío en que darás una cálida bienvenida a Su Gracia, amigo. Ha sido muy amable por su parte

aceptar ser nuestro invitado y venir hasta aquí.

El tacto nunca había sido el fuerte del Celestial y por desgracia no estaba preparado para mostrarse muy sutil, así que preguntó con frialdad:

—¿Qué le ha pasado a sus medallas? Están todas desfiguradas…

El dragón lo soltó con la intención de ser insultante, pero Nelson —célebre porque al hecho de hablar de la gloria adquirida solo anteponía el de ganar más fama para sí— no podía estar más complacido ante la excusa que le habían servido en bandeja para relatar la batalla y explayarse a conciencia antes aún de haberse recuperado de las heridas, y sobre todo, hacerlo ante una audiencia que, por una vez, desconocía todos los detalles.

—Un astuto lanzafuego español nos causó un problemilla en Trafalgar, pero luego ellos fueron pasto de las llamas —contestó, tomando asiento en una de las muchas sillas vacías dispuestas alrededor de una mesa cercana y usando los bollitos de pan para señalizar barcos.

Temerario se sintió más y más interesado, por mucho que eso le contrariase, y se acercó más para observar las maniobras representadas sobre la tela del mantel. Nelson no pestañeó, aun cuando los espectadores reunidos para presenciar las explicaciones retrocedieron varios pasos. Describió las pasadas del dragón español con un tenedor y dio un buen número de detalles escabrosos sobre cómo le rescataron para concluir mirando al dragón:

—Cuánto lamento no haberos tenido allí. Estoy seguro de que no hubierais tenido problema alguno para repeler a esa molesta criatura.

—Eso pienso yo también —respondió Temerario con toda candidez, y volvió a mirar de cerca las medallas, pero esta vez con mayor admiración—. ¿No te va a dar unas nuevas el Almirantazgo? Eso no es muy educado por su parte.

—Vaya, bueno, bueno, mi querida criatura, las considero un símbolo de honor muy superior y no tengo intención de reclamarlas —contestó Nelson—. Y ahora, Laurence, dígame si recuerdo bien: ¿es posible que haya leído algún artículo en la *Gazette* donde decía que este mismo dragón suyo había hundido un barco francés llamado *Valérie*? ¿Y en una sola pasada?

—Así es, señor. Según tengo entendido, el capitán Riley, de la *Allegiance*, envió la noticia el año pasado —contestó el aviador, muy incómodo. La noticia había minimizado el incidente bastante y, aunque se enorgullecía de la habilidad de Temerario, ese no era el tipo de cosas que sus invitados civiles iban a encontrar tranquilizadoras, y menos aún si llegaban a enterarse de que ahora los franceses tenían su propio Celestial y que ese mismo poder devastador podía ser empleado contra sus propias embarcaciones.

—Sorprendente, prodigioso —repuso Nelson—. ¿Qué era? ¿Una corbeta?

—Una fragata, señor —respondió Laurence todavía más a disgusto—, una fragata

de cuarenta y ocho cañones.

Hubo una pausa, rota por la intervención de Temerario.

—No puedo lamentarlo, pero me resultó muy duro a causa de los pobres marineros, aunque tampoco fue muy noble por su parte acercarse a hurtadillas de noche, cuando sus dragones podían vernos y nosotros a ellos no.

—No cabe duda —respondió Nelson en voz alta para hacerse oír por encima de los allí reunidos. La respuesta del alado le había sorprendido, pero se recuperó enseguida y los ojos le centellearon con un brillo marcial—. Sin duda. Os felicito. Creo que debo tener una conversación con el Almirantazgo, capitán, sobre vuestro actual destino. Es un desperdicio, un verdadero desperdicio. Van a oírme clamar sobre este tema, pueden estar seguros. Dígame, capitán, ¿se las podría arreglar el dragón con un navío de línea?

Laurence no podía explicar la imposibilidad de un cambio en su actual destino sin revelar el secreto, razón por la cual respondió de forma vaga y agradeció el interés tomado por Su Gracia.

—¡Qué listo! —comentó Lord Allendale con tono lúgubre en la conversación mantenida con ellos y Wilberforce en cuanto se hubo ido Nelson, aunque no dejó de asentir y despedirse del modo más afable para todos cuantos recababan su atención —. Supongo que podemos considerar una señal de éxito el hecho de que prefiera que te destinen fuera de Inglaterra.

—Se equivoca en eso, señor. No estoy dispuesto a aceptar que se dude de la sinceridad de sus comentarios a la hora de desear que se haga el mejor uso posible de las habilidades de Temerario —dijo Laurence con frialdad.

—Y además, es muy aburrido patrullar la costa de un lado para otro —intervino Temerario—. Preferiría un trabajo mucho más interesante, como luchar contra dragones lanzafuego, si no se nos necesita en nuestro actual destino, pero se supone que cumplimos nuestro deber —concluyó sin una pizca de tristeza, y volvió a centrar su atención en los demás invitados que ahora deseaban hablar con él, igual que Nelson. La fiesta tenía el éxito asegurado.

—¿Podemos sobrevolar los campos en cuarentena cuando volvamos para ver cómo queda el pabellón, Laurence? —preguntó Temerario a la mañana siguiente cuando estuvieron listos para regresar a Dover.

—No puede estar muy avanzado —adujo Laurence.

No obstante, la verdadera intención del Celestial resultaba evidente: deseaba echar un vistazo en los campos de cuarentena por si veía a Maximus y a Lily. No habían recibido respuesta a ninguna de las cartas enviadas por Laurence a ellos y a sus capitanes y Temerario había empezado a preguntar por su estado cada vez con mayor impaciencia. ¿Cómo iba a reaccionar el dragón cuando viera a sus amigos consumidos por la enfermedad, tal y como imaginaba que estaba sucediendo? Ese era

su temor, pero tampoco se le ocurría ninguna buena razón para desviar su atención, así que llevó a un aparte al médico y le preguntó con discreción:

—¿Existe algún motivo para temer una infección en el aire? ¿Correríamos algún peligro si sobrevolamos los campos?

—No, siempre y cuando se mantenga a una distancia prudencial de los ejemplares enfermos. Los transmisores de la infección son los humores flemáticos, de eso no cabe duda, así que mientras no se ponga directamente al alcance de un estornudo o una tos… —respondió Dorset con aire ausente y sin pensarse demasiado la contestación, lo cual no tranquilizó nada a Laurence.

Aun así, le sirvió de base para sonsacar a Temerario la promesa de que mantendría la altitud de vuelo, donde tal vez no fuera posible que un dragón se les aproximara en vuelo ni ver los estragos más duros que la enfermedad había infligido en sus amigos.

—Lo prometo, por supuesto —repuso el Celestial, y luego añadió de forma muy poco convincente—: Yo solo deseo ver el pabellón; me da igual si vemos o no a otros dragones.

—Debes estar seguro, amigo, o el señor Dorset no autorizará nuestra visita. Los dragones enfermos necesitan descanso y no podemos molestarlos —le explicó Laurence, acudiendo a una estratagema ante la cual Temerario suspiró mucho, pero acabó cediendo.

En realidad, Laurence no esperaba ver dragones en vuelo. Los alados enfermos rara vez volvían a dejar el suelo, salvo durante las breves patrullas de pega en que Roland seguía usándolos para mantener una ficción de fortaleza ante los franceses. Había amanecido un día nuboso y gris, y les cayó un fino calabobos procedente del Canal mientras volaban hacia la costa. No era probable que les pidieran montar patrullas a los dragones enfermos con semejante jornada.

Los terrenos en cuarentena se hallaban en el interior de la propia Dover. Sus límites quedaban delimitados por antorchas humeantes y banderas rojas clavadas en el suelo. Los dragones diseminados por los prados ahora casi desiertos apenas encontraban abrigo en la suave ondulación del terreno para el viento que hacía flamear las banderas y todos se habían aovillado para guarecerse un poco del frío y el viento. Cuando Temerario se aproximaba al territorio vedado, su capitán atisbó tres motas en el aire; estas se convirtieron enseguida en tres dragones que volaban como posesos: dos de ellos iban en pos de un tercero, mucho más pequeño.

—Laurence, esos de ahí son Auctoritas y Caelifera, de Dover, estoy seguro, pero no conozco a esa dragoncilla de ahí, jamás había visto a uno de esa especie.

—¡Maldición! Esa es una Plein-Vite —señaló Ferris después de echar un vistazo con el catalejo que le había prestado Laurence.

Los tres alados pasaban directamente por encima de los campos prohibidos a una

altura donde la dragona francesa, a pesar de los jirones de niebla, podía ver fácilmente los grandes corpachones consumidos de los animales enfermos así como el ensangrentado suelo circundante.

Los dos dragones ingleses no habían podido mantener el ritmo y se habían dejado caer hacia el suelo, literalmente agotados, mientras que la pequeña dragona había volado en bucle para evitarlos y luego había seguido, batiendo las alas con gran vigor, hasta rebasar los límites de los campos, dirigiéndose hacia el Canal de la Mancha lo más deprisa posible.

—A por ella, Temerario —ordenó Laurence, y se lanzaron a la persecución. El Celestial batía sus alas descomunales una vez por cada cinco de la pequeña dragona francesa, pero él devoraba las yardas con cada aletazo.

—No tienen mucho aguante. Son una raza próxima a la empleada como dragones mensajeros, así que los malditos son veloces como el rayo. Han debido de traerla hasta cerca de la costa en bote durante la noche para que estuviera fresca a la hora de hacer el viaje de regreso —comentó Ferris a grito pelado para hacerse oír por encima de aquel viento cortante. Laurence se limitó a asentir para no desgañitarse antes de tiempo. Probablemente, Bonaparte había confiado en deslizar algún alado pequeño para pasar por donde fracasaban los de mayor tamaño.

Alzó la bocina y ordenó a voz en grito:

—*Rendez-vous*.

Fue en vano.

Lanzaron una bengala para darle énfasis a la amenaza y esta pasó por delante del morro de la dragoncilla, una señal difícil de ignorar o malinterpretar, pero no aminoró ni un ápice el furioso ritmo de vuelo. La Plein-Vite solo llevaba a bordo un piloto no muy corpulento, un joven de la edad de Roland o Dyer, cuyo semblante blanco y desencajado pudo ver el capitán inglés a través del catalejo cuando el muchacho volvió la vista atrás para ver a su enorme perseguidor de alas negras listo para atacarle.

El muchacho se volvió y dio palabras de ánimo a su dragón mientras arrancaba hebillas y accesorios del arnés; llegó incluso a descalzarse y se desembarazó también el cinto con la pistola y la espada, que destellaron brevemente a pesar de la grisura del día mientras daban vueltas en el aire, debían de ser tesoros muy preciados para el muchacho, dedujo Laurence. El ejemplo del jinete dio ánimos al alado, que hizo un esfuerzo para batir las alas con mayor velocidad y alejarse. Su ventaja radicaba en la velocidad y la escasa oposición que presentaba su cuerpo frente al viento.

—Debemos derribarla ya —concluyó Laurence en tono grave tras bajar el catalejo. El inglés había visto el efecto del viento divino en dragones enemigos con peso de pelea y sobre soldados de tal o cual arma, mas no le gustaba pensar ni deseaba presenciar el posible efecto sobre un blanco tan diminuto e indefenso—.

Debes detenerlos ya, Temerario. No podemos dejar que se escabullan.

—Pero Laurence, es tan pequeña… —objetó el Celestial con tristeza, volviendo la cabeza hacia atrás lo justo para asegurarse de ser oído. Él seguía volando a toda velocidad con todas sus fuerzas, pero no iba a alcanzarla.

—Es demasiado veloz y demasiado pequeña para que podamos abordarla —contestó Laurence—. Ordenar el salto de abordaje sería una sentencia de muerte para cualquier hombre. Habrá que abatirla en caso de que no se rinda. Se está distanciando, debes hacerlo ya.

Temerario se estremeció, aunque luego inspiró aire con decisión y lo soltó, pero apuntando junto a la dragona y no directamente sobre ella. La Plein-Vite profirió un agudo alarido de alarma y aleteó hacia atrás, como si intentase cambiar de dirección, y al cabo de un momento dejó de batir las alas. Temerario se lanzó hacia delante y se puso sobre ella antes de plegar las alas y empujarla hacia el suelo, hacia la suave y pálida arena amarilla de las playas, en cuyas ondulantes dunas se dio un topetón y fue dando tumbos sin orden ni concierto mientras Temerario, detrás de ella, se posaba en el suelo, donde hundía las garras y hacía surcos como si estuviera arando la orilla, levantando tal cantidad de tierra a su paso que acabaron envueltos en una nube de polvo.

Se deslizaron sobre el suelo casi un centenar de yardas. Laurence no lograba ver nada y solo podía escudar el rostro con la mano a fin de que no se le metiera la arena en suspensión por la boca, pero oía sisear a Temerario con desagrado y berrear a la dragona francesa.

—Ja —exclamó triunfalmente el Celestial—. *Je vous ai attrapé; il ne faut pas pleurer*[6]. Oh, venga, te pido perdón, lo siento mucho.

El capitán tosió con violencia mientras se sacudía la arenilla de la cara y la nariz. Los ojos le escocían mucho y cuando fue capaz de ver por ellos se encontró mirando casi directamente a las pupilas rasgadas de los inquietantes ojos anaranjados de un Largario.

Excidium ladeó la cabeza para estornudar, y al hacerlo, soltó sin querer una rociada de gotas de ácido que humearon durante unos instantes cuando las absorbió la arena. Laurence contempló horrorizado cómo la enorme cabeza volvía lentamente a su posición original.

—¿Qué habéis hecho? No teníais que haber entrado aquí —dijo Excidium con voz áspera y bronca.

Pudieron ver conforme se asentaba la nube de arena a media docena de Largarios. Junto a Excidium se hallaba Lily, esta sacó la cabeza de debajo del ala que había levantado para protegerse. Permanecían acurrucados en los fosos de arena, ese era su lugar de reclusión durante la cuarentena.

Capítulo 5

No había otros dragones en la aislada pradera de cuarentena, pero Sauvignon, la pequeña dragona mensajera francesa, ni siquiera tenía el consuelo de contar con la compañía de su capitán. Se habían llevado al pobre chico cargado de cadenas, a pesar de su buen comportamiento, mientras ella profería gritos lastimeros, refrenada de mala gana por el Celestial, cuya enorme garra negra prácticamente había clavado en el suelo a la dragona.

La Plein-Vite se aovilló sobre sí misma cuando el muchacho desapareció y solo de forma gradual se dejó persuadir por Temerario para comer un poco y más tarde hablar algo.

—*Voici un joli cochon* —le dijo el Celestial, empujando con el hocico uno de los cerdos asados recubiertos con salsa de naranja que le había preparado Gong Su—. *Votre capitaine s'inquiétera s'il apprend que vous ne mangez pas, vraiment*[7].

Al principio probó unos bocados, pero devoró la comida con renovado entusiasmo una vez que Temerario le hubo explicado que la receta era *à la Chinois*. La ingenua respuesta de la dragona fue que estaba comiendo *comme la reine Blanche*, eso y cuatro frases perdidas más le permitieron a Laurence confirmar sin lugar a dudas que Lung Tien Lien, su enemiga jurada, se había establecido en París y su consejo pesaba mucho en el ánimo de Bonaparte.

Sauvignon adoraba a esa Celestial y no estaba dispuesta a desvelar ningún plan secreto, si es que conocía alguno, pero Laurence no necesitaba ninguna información para saber que Lien propugnaba la invasión con denuedo, si es que Napoleón necesitaba que le convencieran aún más, y que ella tenía los cinco sentidos firmemente puestos en Inglaterra y nada más que en Inglaterra.

—Napoleón ha ensanchado las calles de París para que Lien pueda pasear por toda la ciudad —comentó Temerario, contrariado—, y ya le ha construido un pabellón junto a su palacio. No me parece justo que aquí todo sean dificultades y a ella todo le venga rodado hasta lo más mínimo.

Laurence respondió con desánimo. Los grandes asuntos le preocupaban muy poco ahora que iba a tener que contemplar la muerte de Temerario tal y como la había sufrido Victoriatus, cuyo cuerpo se había convertido en un pellejo sanguinolento. Era una devastación mucho más completa de lo que podía haber urdido Lien desde el más hondo abismo de malicia.

—Seamos optimistas: únicamente ha estado con ellos unos momentos —le había dicho Jane.

Pero solo había eso, esperanza, y Laurence veía en su desánimo la sentencia de muerte de Temerario firmada y sellada. Aquel pozo de arena debía ser un nido de contagio. Los Largarios llevaban allí instalados casi todo el año, así que sus efluvios tenían que estar enterrados en la arena exactamente igual que su ácido venenoso.

Tarde comprendía por qué ninguno de sus colegas, ni Berkley ni Harcourt, había contestado a sus misivas. Granby vino a visitarle en una ocasión, pero no lograron intercambiar más de cuatro palabras y todo fue de lo más forzado. Granby evitó a propósito el tema de Iskierka, rebosante de salud, y Laurence no deseaba comentar las posibilidades de Temerario, y menos aún cuando el dragón podría oírle y compartir su propia desesperación, máxime cuando el Celestial no albergaba preocupación alguna por su suerte, seguro y confiado de sus propias fuerzas, un consuelo que el aviador no deseaba arrebatarle hasta que el inevitable curso de la enfermedad lo hiciera por él.

—*Je ne me sens pas bien*[8]—anunció Sauvignon la mañana del cuarto día al despertarse y luego estornudó con violencia.

Se la llevaron con los demás enfermos, dejándolos solos a la espera del primer indicio revelador del desastre.

Jane había venido a verle todos los días con palabras de ánimo, siempre que desease oírlas, y *brandy* para cuando no pudiera soportarlo más, pero ese día de tan mal agüero vino a verle:

—Lamento mucho ir directa al grano, Laurence, pero debes perdonarme. Temerario ya ha pensado en reproducirse, ¿no?

—Reproducirse —repitió amargamente el capitán, y desvió la mirada.

Era natural que deseasen preservar la línea de sangre de la raza de dragones más rara de todas, adquirida en medio de grandes dificultades, y ahora también en posesión del enemigo, pero para él solo era el deseo de reemplazar lo irremplazable.

—Lo sé —repuso con amabilidad, adivinando el hilo de sus pensamientos—, pero debemos esperar que el mal se manifieste cualquier día y la mayoría de los dragones se muestran reacios a la cópula una vez enferman, y nadie puede culparlos por ello.

Ese coraje fue todo un reproche para él. Roland había sufrido mucho sin manifestarlo nunca y ahora él no podía dejarse vencer por sus propios sentimientos delante de ella. En todo caso, no iba a enmascarar la verdad ni mentir, así que se vio obligado a admitir que:

—Mientras estuvimos en Pekín, Temerario se encariñó mucho con una hembra Imperial que estaba en el séquito del emperador.

—Me alegra mucho saberlo. Debo preguntar si estaría dispuesto a un apareamiento… esta misma noche para empezar, ahora que el asunto ha quedado expuesto —contestó Jane—. Felicita no se encuentra muy mal y ha informado a su

capitán que cree que tiene un huevo dentro. Esa estupenda criatura ya nos había dado dos antes de caer enferma. Solo es un Tánator Amarillo, un medio peso, y no sería el tipo de cruce elegido por ningún criador con dos dedos de frente, pero soy de la opinión de que la sangre de un Celestial es mejor que la de ningún otro, y disponemos de muy pocos dragones capaces de aguantar el esfuerzo.

El capitán le formuló la cuestión a Temerario.

—Pero si no la he visto en mi vida. ¿Por qué voy a desear aparearme con ella?

—Viene a ser algo así como un matrimonio de estado, algo concertado por las partes, supongo —respondió Laurence, no muy seguro de cómo salir del apuro, pues encontraba muy grosera aquella propuesta, era como reducir a Temerario a la condición de semental de pura sangre que debía montar a una yegua sin que se consultase a ninguno de los dos y sin tener ningún encuentro previo—. Tú no tienes que hacer nada que no te apetezca —añadió de pronto. No pensaba obligar a nada a Temerario, desde luego, y tampoco iba a prestarse a semejante empresa.

—No es algo que me importase hacer si a ella le gustase y estoy más que harto de tirarme aquí sentado todo el día —contestó, y luego, con más pudor que candor, añadió—: Pero no comprendo por qué iba a querer ella.

Jane se echó a reír cuando Laurence se presentó ante ella con esa respuesta y se dirigió al claro para hablar con el Celestial.

—A ella le gustaría tener un huevo fecundado por ti, Temerario.

—Ah.

El dragón sacó pecho de inmediato, halagado, y erizó la gorguera mientras inclinaba la cabeza con un grácil movimiento de cabeza.

—Entonces, no hay duda: debo complacerla —declaró.

En cuanto la almirante se hubo marchado, pidió ser lavado y que le trajeran las fundas chinas para las garras, que habían guardado por resultar impracticables para su uso habitual, pues iba a ponérselas.

—Está realmente feliz de ser útil… Me entran ganas de llorar —dijo el capitán de Felicita, Brodin, un galés pelinegro no muchos años mayor que Laurence. Tenía un rostro curtido que parecía hecho para ser imagen de la adustez y unas líneas marcadas donde ya había asentado esa severidad. Dejaron a los dos dragones a las afueras del claro de Felicita para que dispusieran aquello a su propia conveniencia y se lo estaban tomando con mucho entusiasmo a juzgar por el escándalo que montaban, y eso a pesar de las dificultades inherentes a mantener relaciones entre dragones de tamaños tan dispares—. Y no tengo motivo de queja —agregó con amargura—. Ha superado el noventa por ciento de su vida útil en el Cuerpo y los médicos opinan que al ritmo que avanza la enfermedad, durará otra década por lo menos.

Se escanció una generosa copa de vino y dejó la botella sobre la mesa, a media distancia entre los dos, a la espera de tomarse un segundo y también un tercer trago.

No hablaron demasiado, pero pasaron la noche bebiendo juntos, cada vez más inclinados sobre sus copas hasta que los dragones se sumieron en el silencio y los álamos temblones dejaron de estremecerse. Laurence no llegó a dormirse, pero no se le pasaba por la cabeza la idea de moverse, ni siquiera ladear la cabeza, aturdida por un torpor sofocante, como si estuviera bajo un manto. El tiempo y el mundo se hallaban en una lejanía difusa.

Brodin le zarandeó hasta despertarle en su silla a primera hora de la mañana.

—¿Volveremos a veros por aquí esta noche? —preguntó con voz cansada mientras Laurence se ponía de pie y echaba hacia atrás la espalda para estirar los músculos cargados.

—Es lo mejor, según lo veo yo —contestó él, y se miró con cierta sorpresa las manos temblorosas.

Luego, salió en busca de Temerario, cuya expresión petulante y de desvergonzada satisfacción le habrían ruborizado, pero el aviador estaba decidido a no criticar ningún placer que hiciera disfrutar al dragón, dadas las circunstancias.

—Ella ya ha tenido dos, Laurence —comentó el dragón mientras se tendía a dormir en su propio claro, soñoliento pero exultante—, y está bastante convencida de tener otro, pero no puede decírmelo seguro, dado que es la primera vez que engendro.

—¿Ah, sí? —Laurence se sintió un tanto estúpido mientras lo preguntaba—. ¿Tú y Mei no…? —se calló ante la naturaleza velada de la pregunta.

—Aquello no guardaba relación alguna con los huevos —le cortó Temerario con tono displicente—, esto es muy distinto.

Y dicho eso, enrolló la cola en torno a sí mismo y se quedó dormido, dejando a Laurence de lo más perplejo; ni en sueños iba a pasársele por la cabeza curiosear más.

Repitieron la visita esa misma tarde. Laurence contempló la botella ya preparada y optó por no tocarla; hizo un esfuerzo por entablar convención con Brodin sobre otras cosas y le habló de las costumbres de los dragones chinos y turcos, los avatares de su viaje por mar a China, la campaña en Prusia así como la batalla de Jena, la cual recreó con considerable nivel de detalle, ya que había observado toda la debacle desde lomos de Temerario.

Sin embargo, no fue el mejor medio para aliviar la ansiedad. Brodin echó la espalda hacia atrás cuando él hubo terminado de describir la vertiginosa ofensiva y las tropas prusianas concentradas. Los dos aviadores se miraron y Brodin se levantó, presa del nerviosismo y paseó por la pequeña cabaña.

—Ojalá Napoleón cruce pronto el Canal y venga mientras quedemos algunos capaces de luchar; si fuera así, yo daría algo más que unos peniques por nuestras posibilidades.

La idea de esperar una invasión era terrible, y máxime con la expectativa no

verbalizada de querer morir durante la misma, lo cual, a juicio de Laurence, estaba peligrosamente cerca del pecado mortal y era un caso de egoísmo extremo incluso aunque no pretendiera que Inglaterra quedara expuesta, y le preocupó darse cuenta de lo bien que le comprendía.

—No debemos hablar de ese modo. Ellos no temen a su propia muerte y Dios prohíbe que les enseñemos a hacerlo o a que muestren menos coraje del que tienen.

—¿Acaso cree que al final no saben lo que es el miedo? —Brodin soltó una risotada corta y desagradable—. En los últimos momentos, Obversaria apenas si reconocía a Lenton y eso que él la había sacado del cascarón con sus propias manos. La pobre solo era capaz de gritar para pedir agua y descanso, no daba para más. Puede considerarme un perro pagano si le place, pero me gustaría que Dios, Bonaparte o el mismo diablo le dieran una muerte limpia en batalla.

Tomó la botella y se llenó el vaso. Cuando hubo terminado, Laurence alargó la mano para tomarla.

—Los criadores prefieren que el apareamiento se prolongue dos semanas —le informó Jane—, pero nos sentiremos muy contentos con que dure todo el tiempo que se sienta con ánimo para hacerlo.

Así que al día siguiente Laurence se levantó a rastras de la cama y fue durmiendo a ratos: un poco tras haber bebido vino en la mesa de Brodin, otro poco a primera hora de la mañana, y algo durante el día, mientras supervisaba los arreglos del arnés, ahora inútil, y las clases de Emily y Dyer, y así que hasta llegó la hora de irse otra vez. Repitieron el encuentro dos veces más, y entonces, durante el quinto día, mientras se sentaba repantingado y reflexionaba sobre un movimiento de la partida de ajedrez, Brodin levantó la cabeza y le preguntó de sopetón:

—¿Aún no ha empezado a toser?

—Tal vez tenga la garganta un poco reseca —comentó Temerario con suma prudencia.

Laurence permanecía sentado con la cabeza entre las rodillas, apenas capaz de soportar el abrumador peso de la esperanza que inesperadamente descansaba sobre sus hombros. Mientras, Keynes y Dorset se encaramaron sobre el lomo del Celestial trepando como monos. Habían pegado al pecho del dragón unos conos de papel con el fin de poder escuchar sus pulmones, luego le habían mirado los oídos y habían metido la cabeza entre las fauces para examinar la lengua, que permanecía sana y sin manchas rojas.

—Me da a mí que debemos sangrarle —concluyó Keynes, volviéndose hacia su bolsón médico.

—Pero si me encuentro a las mil maravillas —objetó el dragón, apartándose de la hoja curva del cuchillo para el ganado—. Según lo veo yo, no hace falta forzar la intervención de la medicina cuando se está sano. Cualquiera pensaría que no tenéis

otra cosa que hacer —continuó, pesaroso.

Solo fue posible llevar a cabo la operación tras persuadirle del noble servicio que iba a hacer por los dragones enfermos, y aun así se necesitaron doce intentos, pues el alado retiraba la pata en el último momento, hasta que Laurence le convenció de que no mirase, sino que mantuviera los ojos fijos en otra dirección hasta que estuvo lleno el cuenco sostenido por Dorset.

—Ya está —anunció Keynes y aferró el cauterio listo al rojo vivo en el fuego para aplicar de inmediato a la brecha.

Se habrían llevado el humeante cuenco de sangre oscura sin decir ni media palabra si Laurence no hubiera echado a correr detrás de ellos para exigirles un diagnóstico.

—No, no está enfermo, claro que no —contestó Keynes—. No pienso decir más por el momento, pues tenemos trabajo que hacer.

Se marcharon, y quien se notó mareado fue el aviador, se sentía como ese condenado indultado a la sombra misma de la horca. Dos semanas de pánico y ansiedad quedaban atrás de pronto para su gran alivio, pero dejaban un efecto demoledor. Fue difícil sustraerse a la fuerza de las emociones mientras Temerario se quejaba.

—No me parece correcto dejar la herida abierta. No sé qué bien puede sacarse de esa práctica —rezongó el dragón, acercando la nariz con tacto a la minúscula herida cauterizada, pero luego, alarmado, se volvió hacia Laurence, desmayado, y le empujó suavemente con el hocico—. ¿Laurence…? ¡Laurence! No te preocupes, por favor. No duele tanto y mira: ya ha dejado de sangrar.

Jane Roland se puso a escribir documentos antes de que Keynes hubiera terminado de entregarle el informe. Solo ahora que había desaparecido de sus facciones el sudario gris de la pena y la fatiga podía apreciarse por completo su efecto. La resolución y la vitalidad dominaban su rostro.

—Que la cosa no se desmadre, por favor —dijo Keynes, casi enfadado. El cirujano había venido directamente de su lugar de trabajo, consistente en comparar muestras de sangre al microscopio, y aún tenía sangre reseca debajo de las uñas—. No hay justificación alguna para ello. Puede tratarse perfectamente de un caso de fisonomía distinta o una característica individual. Yo solo he hablado de una simple posibilidad digna de estudio, algo pequeño y sin generar muchas expectativas…

Las protestas del cirujano fueron inútiles, ella no le dio ni un minuto de tregua, y él la miraba como si le hubiera gustado quitarle la pluma.

—Tonterías, un pequeño desmadre es justo lo que necesitamos —dijo Jane sin molestarse en levantar la vista del papel— y usted nos va a dar un informe alentador para presentarlo, si le parece bien. No quiero en él ni una sola excusa a la cual pueda aferrarse el Almirantazgo.

—En este momento no me estoy dirigiendo a ellos —replicó Keynes— y no me preocupa dar esperanzas infundadas. Con toda probabilidad, Temerario jamás estuvo enfermo. Se debe a una resistencia natural única de su raza y el resfriado que sufrió el año pasado fue una simple coincidencia.

La esperanza era muy tenue en verdad. Temerario había enfermado brevemente mientras se hallaba de viaje hacia China y se había recobrado después de pasar poco más de una semana en Ciudad del Cabo; en ese momento no se le concedió la menor importancia y se desvaneció como habría hecho cualquier simple resfriado. Solo la actual resistencia del Celestial a la enfermedad había dado motivos para sospechar que tal vez aquel incidente y este eran lo mismo, pero aun cuando Keynes estuviera en lo cierto, seguía sin haber una cura y si la había, no iba a ser fácil encontrarla, y si se lograba, aún había que traerla a tiempo de salvar a muchos de los enfermos.

—Y eso no lo veo posible ni en sueños —añadió el cirujano de mala manera—. Es muy probable que no exista ningún agente curativo, ninguno. Muchos enfermos de tisis han encontrado alivio temporal en climas más cálidos.

—Me importa un bledo que sea el agua, la comida o el clima. Si debo enviar en barco a África hasta el último dragón de Inglaterra, puede estar seguro de que pienso hacerlo —le aseguró Jane—. Estoy muy contenta de que haya encontrado algo como posibilidad de cura para levantar los ánimos y usted no va a hacer nada en contra de eso.

Una pequeña esperanza era mucho para quienes no tenían ninguna hasta hacía un rato y merecía la pena luchar por todas cuantas tuvieran a su alcance.

—Odio renunciar a vosotros de nuevo, Laurence, pero Temerario y tú debéis volver a marcharos —añadió Roland mientras le entregaba las órdenes, escritas de forma apresurada y apenas legibles—; debemos confiar en que recuerde lo mejor posible algo que le resulte adecuado al paladar, lo que sea que sirva como base para una cura. Gracias al cielo, los montaraces siguen progresando tan bien como cabía esperar y ahora que hemos capturado a ese último espía… tal vez tengamos un poco de suerte y Bonaparte no se dé tanta prisa por enviar buenos dragones después de los malos.

»Voy a enviar a toda tu formación —prosiguió—. Fueron los primeros en contraer la enfermedad y su urgencia es grande. Si con la ayuda de Dios los traéis recuperados, podréis defender el Canal de la Mancha mientras tratamos a los demás.

—En tal caso, quizá pueda ver de nuevo a Maximus y Lily —dedujo Temerario con alborozo.

No quiso esperar y salieron de inmediato hacia el claro abandonado donde había dormido Maximus. Berkley se acercó hacia ellos enseguida caminando a grandes zancadas, cogió a Laurence por los brazos y le zarandeó:

—Por amor de Dios, dime que es verdad y no un maldito cuento de hadas.

Cuando Laurence asintió con la cabeza, el recién llegado se volvió y se cubrió el rostro. Laurence fingió no verlo, pero el Celestial se quedó mirando fijamente a Berkley, que lloraba con el cuerpo echado hacia delante.

—Temerario, tengo la impresión de que tu arnés está un poco suelto por el lado izquierdo, ¿te importaría echarle un vistazo?

—Pero si el señor Fellowes no ha trabajado en nada más la última semana —contestó el Celestial, atento a otra cosa, y a modo de prueba acercó el hocico, tomó una tira de arnés entre los dientes con sumo cuidado y tiró del mismo—. No, encaja bien, no lo noto nada suelto, nada en absoluto y…

—Venga, vamos a echarte un vistazo —le interrumpió bruscamente Berkley tras haber recobrado el control de sí mismo—. Has crecido casi cuatro metros desde que te embarcaste hacia China, ¿no? Y tú tienes buen aspecto, Laurence. Esperaba verte andrajoso como zíngaro.

—Y así me habrías encontrado cuando pisé tierra por primera vez —contestó Laurence, apretándole la mano, sin poderle devolver el cumplido. Debía de haber perdido unos treinta kilos y el cuerpo no le encajaba: la piel le colgaba flácida sobre las mejillas.

Maximus había sufrido una transformación más pavorosa: las grandes escalas doradas y rojas de su piel se hundían hasta amontonarse en pliegues alrededor de la base del cuello o permanecían tensas sobre la columna y las paletillas, que sostenían todo su pellejo como si fueran los laterales de una tienda, y lo que Laurence supuso que debían ser los sacos de aire que se adivinaban inflamados y abultados en los costados consumidos. El Cobre Regio tenía los párpados casi cerrados, por lo cual los ojos apenas eran una rendija, y a duras penas lograba mantener una respiración rasposa entre las mandíbulas entreabiertas, debajo de las cuales se acumulaba un reguero de baba. Una laminilla reseca de mucosidad y efluvios le cubría las fosas nasales.

—Se despertará enseguida y se alegrará mucho de verte —aseguró Berkley con voz áspera—, pero no me gusta que nadie le espabile cuando puede descansar un poco. Ese maldito resfriado no le deja dormir bien y no come ni la cuarta parte de lo conveniente.

Temerario los siguió al interior del claro sin efectuar sonido alguno, agazapado, con el sinuoso cuello echado hacia atrás, como una serpiente cautelosa, se sentó y permaneció inmóvil como una estatua mirando sin pestañear a Maximus, que seguía durmiendo con una respiración áspera y ruidosa, mientras Laurence y Berkley conversaban en voz baja acerca de los detalles del viaje por mar.

—Menos de tres meses para llegar hasta Ciudad del Cabo a juzgar por nuestro último viaje y eso que para despedirnos tuvimos una batalla en el Canal de la Mancha… Por tanto, la velocidad no importa.

—Sin embargo, es preferible un viaje en barco con un destino concreto que avanzar de esta manera… si acabamos todos ahogados —dijo Berkley—. Nos reunirán a todos por la mañana y por una vez este grandullón va a comer como es debido, aunque tenga que hacer desfilar a las vacas por su garganta.

—¿Vamos a algún sitio? —inquirió Maximus con soñolencia antes de ladear la cabeza y soltar varias toses no muy fuertes pero sí profundas, y luego lanzó un salivazo a un pozo excavado en la tierra junto a él para semejante propósito; se frotó un ojo y después otro con la pata para limpiarse la mucosidad y vio a Temerario que poco a poco se alegraba y alzaba la cabeza—. Has vuelto. ¿Qué tal? ¿Era interesante China?

—Sí, sí lo era, pero siento mucho no haber estado en casa mientras todos enfermabais. Lo lamento muchísimo —aseguró, y humilló la cabeza con tristeza.

—Bueno, solo es un resfriado —respondió Maximus, interrumpido por otro estallido de toses, después del cual agregó como si tal cosa—: Me pondré bien enseguida, estoy seguro. Ahora solo me encuentro un poco cansado.

Cerró los ojos casi inmediatamente después de decir eso y volvió a sumirse en un suave sopor.

—Los Cobre Regio se están llevando la peor parte —soltó Berkley con respiración pesada, apartando la mirada cuando Temerario se hubo deslizado fuera del claro otra vez a fin de que luego pudieran echarse a volar sin molestar a Maximus —. Es culpa del maldito peso. No hay forma de conservar la musculatura si no comen y al final, un día no pueden respirar. Ya hemos perdido cuatro y Laetificat no llegará al verano a menos que encontremos esa cura vuestra.

No dijo que Maximus se iría pronto después, o la precedería. No hacía falta ni decirlo.

—Vamos a encontrarla —dijo Temerario con fiereza—, vamos a hacerlo, vamos a lograrlo.

—Espero que tú y tu carga estéis bien a nuestro regreso —deseó Laurence mientras estrechaba la mano de Granby.

Detrás de él se había levantado un gran bullicio y reinaba una enorme conmoción mientras la tripulación efectuaba los preparativos finales. Iban a partir al día siguiente durante la marea de la tarde si el viento lo permitía y al tener que distribuir a tantos dragones y sus correspondientes tripulaciones se necesitaba tener todo bien acondicionado a bordo a primera hora de la mañana.

Los cadetes Emily y Dyer estaban muy ocupados doblando en el baqueteado arcón marino las pocas prendas que habían sobrevivido a su último viaje.

—Le veo con esa botella, señor Allen, vacíela ahora mismo, ¿me ha oído? —ordenó Ferris con severidad.

Laurence contaba con un elevado número de nuevos tripulantes, eran reemplazos,

sustitutos para el elevado número de desdichados que habían caído durante el año de ausencia. Jane se los había enviado a prueba y él debía dar su aprobación, mas no había mostrado demasiado interés en conocerlos ni en su trabajo dada la ansiedad de las dos últimas semanas y el arduo esfuerzo de las anteriores, y ahora, de pronto, ya no tenía tiempo y debía hacer el viaje con la dotación que le habían asignado.

Lamentaba, y no poco, tener que despedirse de un hombre cuyo carácter comprendía y conocía, alguien en quien podía confiar.

—Me imagino que nos vais a encontrar a todos hechos pedazos y con toda Inglaterra en llamas —dijo Granby—, y a Arkady y a toda su pandilla celebrándolo en las ruinas mientras asan unas vacas. Por otro lado, eso va a ser maravilloso.

—Dile a Arkady de mi parte que todos deben prestar el máximo interés —intervino Temerario poniendo la cabeza encima de ellos con cuidado para no hacer caer a los encargados del arnés que correteaban sobre su espalda—, y que sepa que voy a volver muy pronto, así que no se le ocurra pensar que ahora lo tiene todo para él, incluso aunque tenga una medalla —concluyó, todavía de mal humor.

Continuaban la conversación mientras saboreaban una taza de té cuando un joven alférez reclamó la presencia de Laurence.

—Le pido disculpas, señor, pero en el cuartel general hay un caballero que desea verle —dijo el muchacho, y luego, con un tono que evidenciaba su sorpresa, añadió —: Un caballero negro.

Y por esa razón, Laurence debió despedirse de forma más repentina de la prevista y se marchó.

Acudió al salón de oficiales, donde no tuvo dificultad alguna en localizar al invitado, aunque el aviador hubo de devanarse los sesos durante un rato antes de recordar su nombre: Erasmus, reverendo Erasmus, el misionero que le había presentado Wilberforce en el transcurso de la fiesta celebrada hacía un par de semanas. ¿Había pasado tan poco tiempo?

—Sea usted bienvenido, señor, pero me temo que me pilla con todo patas arriba —dijo el militar mientras llamaba mediante señas a un camarero, que aún no le había traído ningún refresco—. Mañana salimos hacia el puerto… ¿Le apetece un vaso de vino?

—Solo una taza de té, gracias —contestó Erasmus—. Ya sé todo eso, capitán, espero que me disculpe usted por abordarle en semejante momento y sin avisar. Esta mañana me encontraba con el señor Wilberforce cuando llegó su carta de disculpa donde le informaba de que le enviaban a África. He venido a rogarle que me dé pasaje.

Laurence permaneció en silencio.

Le asistía todo el derecho a invitar a subir a bordo del dragón a un cierto número de visitas. Esta era una prerrogativa común de capitanes de barcos y de dragones,

pero la situación no era tan sencilla, pues iban a viajar a bordo de la *Allegiance*, bajo órdenes de otro capitán, y aunque era uno de los mejores amigos de Laurence, y en tiempos había sido su primer oficial, debía una buena parte de su fortuna a las extensas plantaciones de la familia en las Indias Orientales. Se le encogió el corazón al pensar que tal vez el propio Erasmus podía haberse dejado los riñones trabajando en esos mismos campos, pues, según tenía entendido, el padre de Riley poseía algunas heredades en Jamaica.

En el espacio reducido de un viaje por mar solían plantearse enconados enfrentamientos cuando mediaban fuertes diferencias políticas, pero aun dejando a un lado toda esa incomodidad, Laurence había fallado en ocasiones previas a la hora de ocultar sus sentimientos hacia la esclavitud y, por desgracia, habían surgido algunos resquemores. Imponerle ahora un pasajero cuya presencia podía parecer una muda e incontestable continuación de esa discusión tenía toda la pinta de ser un insulto velado.

—Señor —empezó Laurence con cierta lentitud—, me dijo que le habían raptado en Luanda, ¿verdad? Nosotros nos dirigimos a Ciudad del Cabo, mucho más al sur, no vamos a Angola, vuestro país.

—Quien suplica no puede elegir, capitán —contestó Erasmus con sencillez—, y llevo mucho tiempo pidiendo un pasaje para África. Si el Señor me ha abierto un camino que conduce hasta Ciudad del Cabo, no voy a rehusarlo.

El misionero no hizo ninguna otra apelación y se limitó a sentarse expectante, mirándole a los ojos desde el otro lado de la mesa.

—En tal caso, estoy a vuestro servicio, reverendo —contestó Laurence, como estaba obligado a hacer, por supuesto—, siempre y cuando estéis listo a tiempo. No podemos perdernos la marea.

—Gracias, capitán —Erasmus se levantó y le estrechó la mano con energía—. Y no tema: con la esperanza de obtener vuestro permiso, mi esposa ya se ha puesto a hacer las maletas y a esta hora ya debe estar en camino con todas nuestras pertenencias mundanas, que tampoco son muchas —añadió.

—Entonces —repuso el aviador—, espero verle mañana por la mañana en el puerto de Dover.

La *Allegiance* los esperaba a la luz del frío sol matutino; tenía mástiles pequeños y gruesos y los masteleros y las vergas estaban colocados sobre cubierta, todo lo cual le confería un extraño aspecto achaparrado. Las enormes cadenas de las anclas de popa y de proa se balanceaban fuera del agua, gimiendo tenuemente cuando el flujo de la marea mecía la nave. Esta había acudido a puerto unas cuatro semanas atrás, así que, después de todo, Laurence y Temerario habían terminado por regresar a Inglaterra poco antes de lo que lo hubieran hecho a bordo de la *Allegiance*.

—Al final, no has tenido motivo para quejarte de aquellas demoras, ¿eh? Me

alegro mucho de encontrarte con vida y saber que no has acabado convertido en un esqueleto en algún paso del Himalaya —le saludó Riley, estrechándole la mano con entusiasmo en cuanto Laurence bajó del lomo de Temerario—. Y encima nos has traído una dragona capaz de expulsar fuego. Sí, no he podido evitar oír hablar de ella. La Armada es un hervidero de rumores sobre ese tema. Creo que las naves del bloqueo la vieron pasar por Guernsey y gracias a los catalejos la vieron lanzar llamaradas sobre ese viejo montón de rocas.

»Pero bueno, me alegra mucho que volvamos a ser camaradas de a bordo —continuó—, aunque vas a estar más apretado. Ojalá hayamos hecho espacio suficiente para que todos estéis cómodos. ¿Sois siete esta vez?

El marino hablaba con la más ferviente de las amistades y tanta preocupación que Laurence se sintió invadido por una sensación de deshonestidad y se vio obligado a soltar de forma brusca:

—Sí, esta vez viene la dotación al completo. Y debo decir, capitán, que vengo con unos pasajeros, un misionero y su familia con destino a Ciudad del Cabo. Apeló a mí ayer por la tarde. Es un esclavo manumitido.

Se arrepintió de haber dicho esas palabras en cuanto las hubo pronunciado. Había hecho el propósito de llevar a cabo una presentación con mucho más tacto y fue muy consciente de que la culpabilidad le hacía sentirse tan torpe como poco delicado. Riley se quedó mudo. En un intento de pedir disculpas, Laurence añadió:

—Lamento mucho no haberte podido avisar antes.

—Ya veo —se limitó a decir Riley de forma cortante—. Puedes invitar a quien desees, por supuesto.

No simuló ningún tipo de cortesía cuando un poco más tarde, en el transcurso de esa misma mañana, el reverendo Erasmus subió a bordo, negándole incluso un saludo de bienvenida, lo cual hubiera supuesto una ofensa para los invitados de Laurence, y mucho más siendo un hombre de Iglesia, pero fue superior a él cuando vio a la esposa del misionero sentada en el bote diminuto que habían enviado a recogerlos, a ella y a dos niñas pequeñas, sin ofrecerles una silla de contramaestre colgada sobre la borda para izarlos y subirlos a bordo.

—Señora, tranquila —le pidió, apoyándose sobre la barandilla—. Limítese a sujetar a los niños. Los subiremos a bordo ahora mismo —luego se irguió y habló al Celestial—. Temerario, ¿tendrías la bondad de levantar ese bote para que la dama pueda subir a bordo?

—Oh, sin duda, y tendré mucho cuidado —contestó el dragón, y se inclinó por un costado de la nave, bien equilibrada gracias al contrapeso de Maximus, situado en el otro costado y todavía de un peso prodigioso a pesar de haber adelgazado tanto, y alargó con cuidado una de sus enormes garras, la hundió por debajo del agua y la sacó chorreando por debajo del bote. La tripulación del bote se puso a protestar a

gritos y las dos niñas pequeñas se aferraron a las faldas de su madre, que no movió un músculo del rostro y no se permitió ni una mirada de ansiedad mientras duró toda la operación, que fue rápida, y Temerario enseguida dejó el bote sobre la cubierta de dragones.

Laurence ofreció la mano a la señora Erasmus; ella la aceptó en silencio y en cuanto hubo bajado del bote, alargó los brazos para sacar de allí a sus hijas, una tras otra, y luego hizo lo propio con su baúl de viaje y su bolsón. Era una mujer alta de rostro severo, constitución robusta, piel considerablemente más oscura que la de su esposo y el pelo oculto bajo un sencillo pañuelo blanco. Advirtió a las dos pequeñas vestidas con dos inmaculados pichis blancos de que guardaran silencio y no molestaran. Ellas se apretaron con fuerza las manos.

—Roland, lleve a nuestros invitados hasta su camarote —indicó Laurence a Emily en voz baja con la esperanza de que la presencia de la muchacha las tranquilizaría un poco, pues, para su gran pesar, había llegado el momento de renunciar a cualquier intento de ocultar su sexo. El transcurso de un año había tenido sus consecuencias naturales sobre su figura, exactamente igual de bonita que la de su madre. Pronto iba a ser imposible engañar a nadie y como en lo sucesivo solo cabía negar lo evidente, únicamente restaba resignarse y esperar lo mejor. Por suerte, en este caso, no importaba mucho lo que la familia Erasmus pudiera pensar de ella ni del Cuerpo, ya que iban a dejarlos bien lejos, en África.

—No hay razón para tener miedo —aseguró Emily a las niñas con aire despreocupado—, al menos no a los dragones, aunque en nuestro último viaje por mar tuvimos algunas tormentas terrible.

Y así las dejó como habían estado antes, como una malva, y la siguieron dócilmente a sus habitaciones.

Laurence se encaró con el teniente Franks, al mando de la tripulación del bote, que no había despegado los labios desde que le habían puesto entre los siete dragones, por mucho que estos parecieran casi dormidos.

—Temerario estará encantado de devolver el bote exactamente donde estaba, en el puerto, estoy seguro —dijo, pero sintió una punzada de culpabilidad cuando el joven farfulló sin lograr articular palabra y agregó—: Pero bueno, tal vez tenga usted que regresar.

Franks asintió aliviado y el dragón volvió a poner la barca en el agua.

Después se dirigió a su camarote, mucho más reducido que durante su anterior viaje, ya que ahora debía compartir el espacio con otros seis capitanes, pero le habían asignado un compartimento orientado hacia la proa, donde tenía una ventana compartida, y eso era mejor que cualquier cabina de las que había tenido que soportar en la Armada.

No tuvo que esperar demasiado. Riley acudió enseguida y llamó con los nudillos

a la puerta, algo totalmente innecesario pues esta se hallaba abierta, y pidió por favor mantener una conversación.

—Yo me haré cargo de eso, señor Dyer —ordenó Laurence al joven mensajero que en ese momento le estaba colocando sus pertenencias—. Tenga la bondad de ir a ver si Temerario necesita algo y luego estudie sus lecciones.

Laurence no deseaba tener público.

Riley cerró de un portazo.

—Espero que se haya instalado a su plena satisfacción —empezó Riley con fría formalidad.

—Así es —Laurence no tenía intención de empezar la discusión. Si deseaba insistir sobre el tema, él también podía hacerlo.

—En tal caso, soy yo quien lamenta decir, y lo lamento mucho, que he recibido un informe al cual no habría dado crédito de no haberlo visto con mis propios ojos…

Todavía no se había puesto a pegar gritos y estaba en mitad de la frase cuando se abrió la puerta e hizo acto de presencia Catherine Harcourt.

—Discúlpeme, por favor, pero llevo veinte minutos buscándole, capitán Riley, este barco es demasiado grande. No voy a quejarme de ello, por supuesto, le estamos muy agradecidos por el viaje.

El capitán de la Armada farfulló una respuesta tan amable como vaga mientras le miraba fijamente a la coronilla. Ignoraba su verdadero sexo la primera vez que se encontraron, un encuentro que había durado poco más de un día, y había sucedido la jornada posterior a una batalla. Catherine era más esbelta que Jane y llevaba el pelo recogido hacia atrás de una manera muy cómoda gracias a sus trenzas de costumbre, pero el secreto había desaparecido durante su viaje previo a China y Riley había quedado muy sorprendido y lo había censurado.

—Y yo… espero… que estés cómoda… y tu camarote… —dijo en ese momento, tuteándola, y perdiendo el tono formal al dirigirse a ella.

—Ah, bueno, mi equipaje está almacenado. En algún momento encontraré mis cosas, supongo —dijo Harcourt con tono de eficiencia, haciéndose la tonta o totalmente ajena a la torpeza y a la tensión de Riley—. Eso no ha de preocuparle, lo importante son las cubas con arena de alquitrán, pues Lily debe apoyar la cabeza sobre una capa de la misma. Lamento mucho tener que preocuparle, pero hemos tenido una fuga donde las guardábamos. Debemos conservarlas cerca de la cubierta de dragones por si ella tuviera que estornudar y tenemos que cambiársela enseguida.

El ácido de Largario era perfectamente capaz de atravesar una nave, casco incluido, y hundirla en caso de no ser visto a tiempo, y era un tema del máximo interés imaginable para el capitán del barco. Riley reaccionó con energía y olvidó su sofoco ante la preocupación práctica. Ambos acordaron depositar esas cubas en la cocina, debajo de la cubierta de dragones. Una vez decidido esto, Catherine asintió y

se lo agradeció, y por último añadió:

—¿Nos acompañará usted a cenar?

Esa era una familiaridad poco conveniente, pero suya era la prerrogativa, por supuesto. En un sentido estricto, Harcourt era la oficial superior de Laurence, ya que formalmente seguía adscrito a la formación de Lily, por mucho que Temerario hubiera actuado siguiendo órdenes muy diferentes desde hacía tanto tiempo que al propio Laurence le costaba recordar ese dato.

Pero todo sucedía de un modo muy informal, así que no pareció ofensivo cuando Riley respondió:

—Se lo agradezco, pero me temo que esta noche debo estar en cubierta.

Era una excusa muy amable y ella la aceptó dada la sencillez de la misma y se despidió de ambos con asentimiento de cabeza, dejándolos a solas otra vez.

Resultaba un tanto complicado retomar las cosas una vez que se había atemperado ese primer impulso proporcionado por la rabia, pero ellos pusieron empeño en encontrar la ocasión, y después de unos primeros compases más o menos moderados…

—Espero, señor, no tener que volver a ver a los tripulantes ni los botes de este barco objeto de lo que, y créame que deploro llamarlo así, una flagrante interferencia, efectuada no solo con la autorización, sino incluso con el estímulo de…

… Riley se dirigió de cabeza a una réplica por parte de Laurence:

—Y por mi parte, capitán Riley, me alegría no volver a presenciar cómo se desatienden de forma tan palmaria no solo los deberes de cortesía generalmente reconocidos por todos, sino hasta la misma seguridad de los pasajeros por parte de la tripulación de una nave de Su Majestad. No pretendo insultar por insultar…

Pronto empezaron a decir de todo con la finura que cabía esperar de dos hombres habituados al mando y dar órdenes a pleno pulmón, y su antigua amistad no pareció obstáculo para sacar a colación temas que iban a provocar las réplicas más airadas.

—No puede alegar usted que no había comprendido bien el orden de precedencia en estos casos —dijo Riley—. Esa excusa no le vale. Le advertí. Conoce su deber a la perfección. Pero hala, usted puso a su animal en la cubierta de la tripulación y lo hizo adrede, sin permiso alguno. Y podía haber solicitado una silla si deseaba izar a alguien a bordo…

—Lo habría hecho de haber imaginado que eso era necesario, di por supuesto que esta era una nave bien gobernada y cuando una dama subía a bordo…

—Supongo que con lo de *dama* debemos referirnos a algo un poquito diferente —se apresuró a replicar Riley con sarcasmo. Se avergonzó de inmediato y se puso colorado del todo en cuanto se le escapó ese comentario.

Pero Laurence no estaba de ánimo para esperar a que lo retirase y le replicó con enfado:

—Me entristece profundamente verme en la obligación de afearle razones impropias de un caballero y otras consideraciones egoístas que le han llevado a efectuar comentarios rayanos en lo intolerable sobre la persona y la respetabilidad de la mujer de un reverendo, y una madre, sin que además esta le haya dado razón alguna para semejante escarnio, a menos que, tal vez, eso sea una alternativa preferible al examen de la propia conciencia…

La puerta se abrió de sopetón sin una llamada previa de aviso y Berkley asomó la cabeza en el camarote. Ambos capitales enmudecieron de inmediato, unidos en una indignación ante semejante intromisión a la privacidad y a la etiqueta de un barco. Berkley hizo caso omiso a sus miradas fulminantes; estaba sin afeitar y totalmente demacrado por el cansancio. Maximus había pasado muy mala noche después del corto trayecto de su vuelo hasta llegar a bordo y el capitán había dormido tan poco como el dragón. No se anduvo por las ramas.

—En cubierta nos estamos enterando de todo y de un momento a otro Temerario va a ponerse a levantar las planchas para meter aquí las narices. Por amor de Dios, atizaos bien el uno al otro en algún sitio discreto y acabad con esto de una vez.

No tuvieron en cuenta semejante consejo, más adecuado para un par de escolares que para dos hombres hechos y derecho, pero debían poner fin a la disputa después de ese claro reproche. Riley pidió excusas y se marchó de inmediato.

—Me temo que a partir de ahora debo pedirte que seas tú nuestro interlocutor con el capitán Riley —le dijo Laurence a Catherine algo después, una vez que logró calmar su mal humor tras pasear como un león enjaulado por su estrecho camarote—. Todos vamos a coincidir en que yo debería ser capaz de manejar este asunto, lo sé, pero las aguas están tan agitadas que…

—Por supuesto, Laurence, no necesitas decir nada más —le interrumpió ella con un tono práctico. La indiscreción de los aviadores le sacaba de quicio; había un acuerdo tácito para facilitar la vida a bordo: se fingía no haber oído nada, ni siquiera aquello que era imposible no haber escuchado. Apenas sabía cómo responder a la franqueza de sus compañeros—. Voy a cenar con él a solas en vez de agasajarle con una donde estemos todos, así no habrá dificultades, pero estoy seguro de que serás capaz de solucionar esto enseguida. ¿Merece la pena discutir cuando nos quedan tres meses de navegación por delante? A menos que pretendáis entretenernos a todos con los chismorreos de este asunto.

A él no le hacía la menor gracia convertirse en tema de conversación, pero tenía la deprimente certeza de que sus mejores perspectivas eran infundadas. No se habían hecho comentarios imposibles de perdonar, pero sí de olvidar, y muchos de ellos eran culpa suya, le daba mucha pena cuando se acordaba. En suma, aunque el honor no exigía que se evitaran el uno al otro, difícilmente iban a poder tener una relación de camaradería como la de antaño, eso nunca más. Se preguntó si él no tendría la culpa

al seguir considerando a Riley como un subordinado y si él no había abusado ya demasiado de esa amistad.

Fue a sentarse junto a Temerario cuando la nave estuvo lista para levar anclas, desde donde oyó los gritos y las instrucciones de la maniobra, tan conocidas para él, y sin embargo le parecían de lo más lejanas; no tenía sintonía alguna con la vida de a bordo, y eso le resultaba totalmente inesperado. Era como si nunca hubiera sido marino.

—Mira ahí, Laurence —le instó Temerario.

Al sur del puerto podía verse un desigual puñado de dragones batiendo alas para alejarse del cobertizo; a juzgar por la dirección de vuelo debían de dirigirse al puerto francés de Cherburgo, o al menos eso supuso Laurence, pero no tenía a mano el catalejo y los alados apenas eran una bandada de pájaros en lontananza, estaban demasiado lejos para discernir distintivos individuales de cada uno, pero mientras volaban, uno de ellos soltó una exuberante llamarada, el brochazo de intenso color amarillo anaranjado se recortó contra el cielo azul. Iskierka salía con un grupo de montaraces; por vez primera iba en una patrulla de verdad, lo cual daba una medida exacta de la situación desesperada que dejaban tras de sí.

—¿No nos marchamos demasiado pronto, Laurence? —preguntó el dragón, cada vez más impaciente por ponerse en marcha—. Ojalá fuéramos a más velocidad. Yo estaría encantado de tirar del barco en cualquier momento —ofreció mientras se volvía para mirar a Dulcia.

La dragona se había acostado sobre el lomo del Celestial, donde permanecía sumida en un sueño intranquilo y tosía de forma espantosa tan a menudo que ya ni se molestaba en abrir los ojos.

Ella y Lily, con la cabeza metida en una gran cuba de madera llena de arena, estaban todavía en mucho mejor estado que el resto de la formación: el pobre Maximus había hecho el viaje hasta la nave en etapas cortas y muy cómodas, y aun así lo había pasado fatal; le habían asignado todo el lado opuesto de la cubierta de dragones y ya estaba durmiendo, ajeno al fortísimo bullicio circundante iniciado en cuanto empezaron los preparativos para zarpar; junto a su costado yacía despatarrado Nitidus, el Azul de Pascal, cuando antes se hubiera instalado cómodamente sobre el lomo del Cobre Regio. Immortalis y Messoria se acurrucaban a los costados de Lily en medio de la cubierta; cada vez tenían un color más parecido al de un limón pálido, como la nata.

—Yo podría levantar las anclas en un periquete. Lo haría bastante más deprisa —añadió Temerario.

Habían levantado los masteleros y las vergas y ahora se afanaban en tirar del ancla de popa. Cuatro hombres jalaban con fuerza del descomunal cabestrante cuádruple, imprescindible para poder levantar el ancla de proa. Los marineros de

cubierta ya se habían desnudado de cintura para arriba a pesar del frío matinal para estar más cómodos mientras hacían el esfuerzo. El Celestial habría podido ofrecerles una valiosa ayuda material, de eso no había duda, pero Laurence tenía la impresión de que, tal y como estaban las cosas, esta no iba a ser aceptada.

—Solo debemos hacer una cosa: no estorbar. Se las arreglarán mejor y más deprisa sin nuestra ayuda.

Apoyó la palma de la mano en el costado de Temerario y desvió la mirada de una maniobra en la cual no participaban, para mirar el vasto océano que los aguardaba.

Segunda Parte

Capítulo 6

—Oh, oh —dijo Temerario con tono muy extraño.

El dragón cayó de bruces y sobre el espacio abierto adyacente regurgitó unas tremendas cantidades de comida.

Un hedor acre emanaba de la vomitona, un revoltijo de color amarillento donde se mezclaban restos reconocibles de hojas de banana, cuernos de cabra, cáscaras de coco y largas láminas verdosas de algas con otros inidentificables, como restos de huesos rotos y jirones de pelambreras.

Laurence se había apartado justo a tiempo y ahora se revolvía contra los dos desventurados médicos que le habían administrado su último remedio al dragón y los increpó con ferocidad:

—¡Largo de aquí ahora mismo, Keynes! Y deshágansе de ese mejunje sin valor.

—¡No! Quedémonoslo, por favor, el brebaje y la fórmula —pidió el cirujano, sin atreverse a pisar mucho, e inclinándose para olisquear el tarro que habían traído—. Un purgante puede sernos de utilidad en el futuro… si esto no es un simple caso de empacho. ¿Te has sentido mal con anterioridad? —le preguntó Keynes a Temerario; este se quejó un poco y cerró los ojos.

El Celestial se sentía muy mal y permanecía tumbado e inmóvil, aun cuando sí se había arrastrado un poco por el suelo para alejarse de los alimentos vomitados, un montón hediondo y humeante incluso a pesar del intenso calor estival. Laurence se cubrió la boca y la nariz con un pañuelo e hizo señales a la tripulación de tierra para que trajeran las palas, recogieran el vómito y lo enterraran cuanto antes.

—Me pregunto si esto no será efecto de las proteáceas —comentó Dorset con aire ausente mientras tomaba un palo e iba más allá del bote para hurgar en los restos de flores—. Me parece que hasta ahora no lo habíamos usado como ingrediente. La vegetación de El Cabo es única en el reino vegetal. Debo enviar a los chicos a por más plantas.

—Estamos muy contentos de haber satisfecho su curiosidad. Sin duda, es algo que él no había probado nunca. Quizá deberían considerar ustedes su procedimiento para que no vuelva a ponerse malo —le increpó Laurence, y se marchó junto al dragón antes de dejarse llevar otra vez por el mal humor y la frustración. Puso la mano sobre el hocico del Celestial, que respiraba agitado, pero aun así, este torció la gorguera en un intento de insuflarle ánimos.

»Roland, Dyer, recojan un poco de agua marina de debajo de la dársena —ordenó el capitán mientras tomaba una tela empapada en agua fría y le limpiaba el hocico y

las fauces.

Habían llegado a Ciudad del Cabo hacía dos días muy predispuestos a la experimentación. Temerario se hallaba dispuesto a olisquear o devorar lo que le ofreciera el primero que pasara por si podía tratarse de una cura, y a recordarlo, por supuesto. Hasta ahora no había habido éxito alguno, y Laurence estaba preparado para considerar este último episodio como un fracaso sin paliativos, dijeran lo que dijeran los cirujanos.

El aviador no sabía cómo negarse, pero tenía la impresión de que estaban intentando hacer un poco de curandería a la manera local, sin albergar esperanza alguna de éxito, y tanto experimento arriesgado ponía en peligro la salud del dragón.

—Ya me encuentro bastante mejor —informó Temerario, pero cerró los ojos de pura fatiga mientras lo decía. Se negó a comer nada más durante el día siguiente, aun cuando si pidió algo:

—Me encantaría tomarme un té si eso no fuera mucho problema.

Gong Su utilizó la cantidad usada durante una semana para preparar una gran tetera, pero luego, para su repugnancia, le echaron un ladrillo de azúcar. En todo caso, Temerario lo bebió con gran satisfacción una vez se hubo enfriado y después se empeñó en declararse totalmente recuperado, pero aún no tenía buen aspecto cuando Emily y Dyer regresaron del mercado con la lengua fuera, pues habían cargado todas las compras del día en bolsas de malla y bolsos de hombro que hedían a diez metros de distancia.

—Bueno, veamos —dijo Keynes mientras empezaba a vaciar el contenido con el concurso de Gong Su.

Habían traído muchas verduras locales y también una enorme fruta colgante, como un ñame descomunal; el cocinero la tomó y empezó a golpearla contra el suelo sin lograr abrir ni una grieta en la piel, así que la llevó al barco, donde el herrero se la abrió a golpes en la forja.

—Es el fruto del árbol de las salchichas[9]—explicó Emily—, aunque tal vez no esté lo bastante maduro. Hoy también hemos encontrado *hua jiao* en un tenderete malayo —añadió Emily, mostrando al capitán una pequeña cesta con semillas de pimienta roja por las cuales Temerario sentía debilidad.

—¿Y el hongo? —se extrañó Laurence.

Todos se acordaban de aquel espécimen de olor tan desagradable, lo conocían de su primera visita, cuando sus efluvios habían dejado prácticamente inhabitable todo el castillo. Laurence depositaba una parte de su fe instintiva de marino en los remedios que podían calificarse como «desagradables» y en secreto había puesto la mayor parte de sus esperanzas en eso, pero seguramente era una planta silvestre que nadie cultivaba, algo lógico, pues nadie en sus cabales habría comido a sabiendas semejante cosa, y al parecer no era posible dar con ella a ningún precio.

—Encontramos a un chico que chapurreaba algo de inglés. Prometimos pagarle en oro si nos traían un poco —metió baza Dyer.

Durante la estancia anterior habían conseguido dicho hongo gracias a que se lo habían traído cinco muchachos nativos como mera curiosidad.

—Quizá podríamos limpiar la semilla y mezclarla con otros frutos nativos —sugirió Dorset mientras examinaba la *hua jiao* y la extendía con un dedo—. Podrían usarse en muchos platos diferentes.

Keynes gruñó y se sacudió las manos cuando terminó de inspeccionar al Celestial.

—Por ahora, vamos a dejar tranquilas las tripas del dragón otro día más para que salga toda la excrecencia. Cada vez soy más de la opinión de que ha de ser el clima el que los cure… si es que sacamos algún beneficio de este viaje, claro.

Tomó el palo usado para remover las verduras y lo hundió varios centímetros en aquella tierra seca y apelmazada que permanecía unida solo por la telaraña de raíces largas y finas de una hierba corta y amarillenta cuyos obstinados rizos eran la única muestra de vida vegetal. Estaban a primeros de marzo, y, por tanto, se hallaban sumidos en lo más caluroso del verano local, y el bochorno constante convertía ese suelo duro en una piedra al rojo que brillaba de calor durante las horas centrales del día.

Temerario salió de su sueño reparador, abrió un ojo y muy poco convencido apuntó:

—Es agradable, pero no hace mucho más calor que en el patio de Loch Laggan.

La sugestión distaba de ser satisfactoria, máxime cuando la cura no podía probarse hasta la llegada del resto de los dragones.

Y por el momento se hallaban solos, aunque esperaban a diario la llegada de la *Allegiance*. En cuanto la ciudad de El Cabo estuvo a distancia de vuelo, Laurence había hecho subir a bordo de Temerario a los cirujanos, unos cuantos hombres y vituallas y volaron hacia allí para empezar cuanto antes con la desesperada empresa de dar con la cura.

No había sido una simple excusa, pues sus órdenes eran inequívocas: «buscarla sin la menor dilación», y la tos entrecortada y bullente de Maximus se había convertido en un acicate para todos. Pero a fuer de ser sincero, Laurence poco había lamentado el haberse ido, pues Riley y él no habían hecho las paces, en absoluto.

Laurence lo había intentado en varias ocasiones, unas de ellas a las tres semanas de viaje; se detuvo bajo cubierta cuando se cruzaron por casualidad y se quitó el sombrero, pero Riley se limitó a llevarse la mano al reborde del suyo y pasó de largo, aun cuando se le pusieron colorados los mofletes. El aviador se enfadó otra semana, lo bastante como para rechazar una oferta para compartir una de las cabras lecheras del barco cuando la que le proporcionaron a él se secó y hubo que darla a los dragones.

Entonces la culpa ganó otra vez y le dijo a Catherine:

—¿Qué te parece si invitamos a cenar al capitán y a sus oficiales?

Hizo la oferta en cubierta, donde pudiera oírle cualquiera con un mínimo de curiosidad, con el propósito de que cuando se enviara la invitación esta no perdiera su condición de oferta de paz, pero aunque Riley y sus oficiales acudieron, este se mostró muy retraído y poco comunicativo durante toda la cena, y solo contestaba cuando se dirigía a él Catherine, y no levantó los ojos del plato bajo ningún concepto. Sus oficiales no iban a hablar sin que él u otro capitán les dirigieran la palabra, así que se convirtió en una escena inusual y silenciosa, máxime cuando los aviadores más jóvenes tuvieron que contenerse ante la incómoda sensación de que sus modales no encajaban con la formalidad de la ocasión.

A la marinería no le gustaban los dragones ni los aviadores, nunca lo habían ocultado, y ahora, con los oficiales a la greña, menos que nunca. El miedo azuzaba con fuerza la hostilidad entre los marineros, incluso entre quienes habían navegado con Laurence y Temerario en el anterior viaje a China. No era lo mismo un dragón que siete, había una diferencia notable, y los violentos ataques de tos y los estornudos que convulsionaban a las pobres criaturas y les consumían las fuerzas solo los hacían más temibles e impredecibles a los ojos de los marineros, que apenas se atrevían a encaramarse al palo de trinquete por hallarse este demasiado cerca de los alados.

Y había algo todavía peor: ninguno de los oficiales les corregía con severidad por esa vacilación, una actitud llamada a dar resultados inevitables y predecibles. El trinquete perdió los estays cerca de la costa y fue necesario abroquelar por culpa de la lentitud con que los hombres se movían en la cubierta de dragones al apartar las lonas de foques y contrafoques. Por desgracia, la maniobra turbó a los alados, haciéndoles toser, y por un momento la molestia estuvo en un tris de convertirse en una tragedia. Nitidus chocó contra los cuartos traseros de Temerario y golpeó de lado a Lily en la cabeza.

La pringosa cuba con arena de alquitrán rodó con voluminosa majestad por el borde de la cubierta de dragones y acabó hundiéndose en las aguas del océano.

—Sobre la borda, cariño, pon la cabeza sobre la borda —gritó Catherine.

Todos los miembros de la tripulación de Lily corrieron como un solo hombre a la zona de cocina para reemplazar la cuba. La dragona hizo un esfuerzo ímprobo para arrastrarse hacia delante y se aferró precariamente al borde de la nave, con la cabeza sobre las olas y los músculos de las paletillas tensos a causa del esfuerzo que estaba haciendo para no toser, pero entre tanto, goteaba ácido por los espolones óseos y este formaba humeantes regueros oscuros que siseaban al deslizarse sobre los costados alquitranados de la *Allegiance*; la fragata navegaba de través, así que el propio viento empujaba las gotas corrosivas contra la madera.

—¿Quieres que te aleje del barco? —le preguntó Temerario, lleno de ansiedad,

mientras empezaba a desplegar las alas—. ¿Te subes a mi lomo?

Era una maniobra peliaguda cuando había condiciones óptimas, es decir, sin un dragón chorreando ácido por las fauces, y eso suponiendo que Lily estuviera en condiciones de subirse encima del Celestial.

—¡Temerario! —le llamó Laurence, y en vez de eso, le sugirió otra opción—: Prueba a ver si logras romper la cubierta… aquí.

El dragón volvió la cabeza. Laurence tenía en mente que Temerario arrancase unas planchas, pero en vez de eso, este abrió las fauces sobre el lugar indicado y probó a dar una versión extraña y reducida de su habitual rugido. Cuatro tablones se resquebrajaron y se abrió un boquete en la madera y una amarra cayó justo por el hueco hacia las cabezas de los sorprendidos cocineros que, aterrados, se agacharon y se pusieron a cubierto.

El espacio no era lo bastante ancho, pero trabajaron como posesos para agrandarlo a hachazos y enseguida Temerario pudo subir una cuba directamente a través del hueco. Lily apoyó el hocico sobre la arena y presionó sobre la misma antes de toser sin cesar durante mucho tiempo y de forma lastimosa. La arena de alquitrán siseó, humeó y empezó a oler fatal por culpa de los efluvios del ácido. Por otra parte, el reborde recortado del agujero estaba lleno de puntas que amenazaban los vientres de los dragones y dejaban escapar todo el vapor de la cocina, que era lo que los mantenía calientes.

—¡Menuda desgracia! Como si navegáramos con un capitán francés —soltó Laurence, y no en voz baja precisamente.

Habían venido navegando en ceñida casi todo el tiempo, y a él no se le quitaba de la cabeza que eso era demasiado peligroso para un barco tan grande y pesado, y más todavía cuando avanzaba con una carga de tantos dragones.

Riley apareció en el alcázar en ese momento y el sonido de su voz furibunda pidiendo una explicación de lo ocurrido a Owens, el oficial de puente, y dando nuevas órdenes a los marinos, se hizo oír en todo el barco, exactamente igual que la de Laurence. Riley dejó de soltar invectivas durante unos instantes, y luego, de forma abrupta, cesó de decirlas.

El marino presentó unas disculpas formales por el incidente con su poca labia habitual, pero solo a Catherine. La abordó al final de la jornada, cuando abandonaba la cubierta de dragones para dirigirse a su camarote, en lo que Laurence solo pudo imaginar como un plan para evitar tener que hablar delante de todos los aviadores, pero a ella se le había soltado el pelo de las trenzas, el humo le había dejado manchurrones en la cara cubierta de hollín y se había quitado el sobretodo debajo de la mandíbula de Lily, donde la dragona se rozaba con el borde de la cuba, a fin de acolchar ese contacto. Cuando él la abordó, la capitana metió los dedos entre el pelo y lo soltó por completo alrededor de su cara; y entonces, se le olvidó el discurso tan

cuidadosamente preparado y solo fue capaz de decir:

—Le pido perdón… Lamento profundamente…

Parecía muy confundido, y ella, agotada, le interrumpió:

—Sí, sí, por supuesto… Usted procure que no vuelva a ocurrir. Y mándenos a los carpinteros para que mañana hagan las reparaciones cuanto antes. Buenas noches.

Y le rozó al pasar mientras bajaba a su camarote.

Ella no pretendía decir nada con esa actitud, estaba cansada, eso era todo, pero podía dar la impresión de haber sido cortante para alguien que no la conociera, por mucho que no se tratara de una estratagema social para expresar ofensa. Y tal vez Riley estaba avergonzado. En cualquier caso, al día siguiente todos los carpinteros de a bordo se habían puesto a trabajar en la cubierta de dragones antes incluso de que se levantaran los aviadores y actuaban sin una palabra de queja ni una muestra de miedo, y eso que sudaron lo suyo, en especial cuando los dragones se despertaron y comenzaron a estudiar la reparación de cerca y con interés. Al final del día no solo habían reparado los daños, sino que además habían construido una escotilla de fácil manejo que comunicaba la cubierta con la cocina por si era necesario volver a repetir la operación.

—Bueno, a eso le llamo yo un buen trabajo —dijo Harcourt, aunque Laurence tenía agravios pendientes por la primera negligencia, y entonces añadió—: Deberíamos darle las gracias.

Catherine le miró con el rabillo del ojo. Él no dijo nada y tampoco quiso hacerle cambiar de parecer. La capitana invitó a cenar a Riley otra vez, pero en esta ocasión Laurence tuvo buen cuidado de no presentarse al ágape.

Eso puso punto y final a cualquier esperanza de solución. El resto de la singladura transcurrió en medio de una fría distancia entre ambos: apenas hubo un breve intercambio de saludos hecho con el menor aspaviento posible cuando se cruzaban en cubierta o debajo de ella. No había nada agradable en viajar a bordo de una nave cuando se tiene un enfrentamiento abierto y enconado con el capitán, cuyos oficiales eran igualmente fríos si no habían servido nunca con Laurence o se mostraban muy distantes e incómodos en su presencia. Este roce constante y la frialdad de la oficialidad de la nave refrescaban a diario no solo la pena por la disputa, sino también su rencor hacia el airado Riley.

Aquello solo trajo consigo una cosa buena: Laurence entró en contacto más estrecho con los otros capitanes del Cuerpo y se familiarizó con sus costumbres al no tener participación alguna en la vida del barco. Esta vez viajaba como aviador, no solo en teoría, sino también en la práctica, una experiencia muy diferente y se sorprendió al darse cuenta de que lo prefería. A bordo tenían poco trabajo: los alados habían terminado de comer a mediodía y las tripulaciones limpiaban enseguida la cubierta de dragones con piedra pómez —lo hacían lo mejor posible sin obligar a los

animales a moverse demasiado—; luego, le tomaban la lección a los más jóvenes; y después tenían libertad para hacer lo que quisieran, toda la libertad que fuera posible en el atestado espacio de la cubierta de dragones y la media docena de camarotes de debajo.

—¿Te importa si retiramos el mamparo, Laurence? —le preguntó Chenery la tercera jornada de viaje mientras Laurence se dedicaba a poner al día su correspondencia, un hábito que había descuidado mucho en tierra—. Nos gustaría montar una mesa para jugar a las cartas, pero estamos de lo más apretujado.

La petición era un tanto anómala, pero él accedió, pues era muy agradable recuperar ese espacio mayor del primer viaje y escribir la correspondencia teniendo como ruido de fondo el cordial de las partidas y la conversación del juego. Acabó por convertirse en una práctica que las tripulaciones retirasen los mamparos sin preguntar en cuanto sus capitanes se hubieran terminado de vestir y volvieran a ponerlas solo para dormir.

Hacían las comidas casi siempre juntos; en la mesa presidida por Catherine reinaba una bulliciosa atmósfera de cordial camaradería y todos conversaban haciendo caso omiso a las reglas de etiqueta y los oficiales subalternos se sentaban a una mesa donde siempre estaban muy apretados en función del orden de llegada y no del rango; después subían a cubierta para el brindis, seguido de café y cigarros en compañía de sus dragones, a los que administraban un *posset*[10] contra la tos, por el alivio que pudiera darles, aunque fuera poco, en las últimas horas de la tarde. Después de las comidas, Laurence acostumbraba a subir para leerle libros a Temerario, a veces escritos en latín y francés, y el Celestial hacía funciones de intérprete para que sus compañeros lo entendieran.

El aviador se hacía cargo de la singularidad que tenía Temerario entre los dragones por su erudición. Al principio apeló a su pequeña biblioteca de novelas con el fin de que las lecturas sirvieran para todos y reservaba para Temerario los tratados científicos y matemáticos, que a él mismo le costaba entender. Gran parte de estos interesaba a los alados tan poco como había previsto, pero se llevó una sorpresa de aúpa mientras leía un aburrido y desquiciante tratado de geometría, pues cuando llegaron a los círculos, Messoria dijo con soñolencia:

—Sáltate eso un poco y lee más adelante. No necesitamos que nos demuestren algo cuando sabemos que es correcto.

No tenían ningún tipo de dificultad con la noción de que un curso curvo y no uno en línea recta era la distancia más corta para la navegación, una idea que al propio Laurence le había costado una semana asimilar cuando estudiaba para sus exámenes de teniente en la Armada.

A la tarde siguiente se vio interrumpido en sus lecturas por una discusión: Nitidus y Dulcia se enfrentaron a Temerario por los postulados de la geometría euclidiana,

pues encontraban ilógico el de las líneas paralelas.

—No estoy diciendo que sea correcto —precisó el Celestial—, pero debéis aceptarlo como hipótesis para poder seguir, porque todo lo demás en la ciencia se basa en él.

—Pero entonces, ¿qué utilidad tiene? —saltó Nitidus, lo bastante agitado como para mover las alas y sacudir la cola contra el costado de Maximus, este farfulló un reproche, pero sin llegar a despertarse—. Si comienza así, todo debe estar equivocado.

—No, no está equivocado, solo… no es tan sencillo como los otros postulados, eso es todo —contestó Temerario.

—Está mal, por supuesto que es erróneo —gritó Nitidus con decisión.

—Considéralo un momento, Temerario —arguyó la Cobre Gris con más calma—: si comenzaras a volar en Dover y yo al sur de Londres, y los dos avanzáramos rumbo norte en la misma latitud, ambos deberíamos acabar en el Polo Norte si no cometiéramos un error en nuestra derrota, así pues, ¿de qué sirve discutir sobre unas líneas rectas que jamás vamos a ver?

—Bueno, eso último es totalmente cierto —admitió el Celestial, rascándose la frente—, pero os aseguro que el postulado cobra sentido si consideráis los útiles cálculos y las hipótesis matemáticas a las que se llega si empiezas dándolo por bueno. Por ejemplo, el diseño de un barco como este sobre el que estamos se ha hecho a partir del quinto postulado, imagino… —una chispa de comprensión relució en los ojos de Nitidus; el dragón lanzó a la *Allegiance* una mirada cargada de dudas. Temerario prosiguió—: Pero supongo que también puede hacerse sin él, o al contrario…

Los tres dragones juntaron las cabezas sobre el tablero de arena de Temerario y empezaron a inventar su propia geometría, descartando aquellos principios incorrectos a su juicio, y terminaron convirtiendo el desarrollo teórico de la misma en un juego que los entretuvo mucho más que cualquier otra distracción en la que Laurence hubiera visto tomar parte a los dragones. Los oyentes aplaudían las nociones particularmente imaginativas como si fueran representaciones.

El proyecto no tardó en extenderse y reclutar a todos, atrapando la atención tanto de dragones como también de sus oficiales y Laurence se vio obligado a incorporar a los contados aviadores con dotes caligráficas, pues los dragones empezaban a ampliar su querida teoría geométrica más deprisa y él no daba abasto para copiar todo cuanto le dictaban los alados que, en parte por una curiosidad intelectual, y en parte porque les encantaba la representación física de su trabajo, insistían en tener una copia para cada uno, y la trataban del mismo modo que Temerario con sus bienamadas joyas.

Poco después, Laurence sorprendió a Catherine diciéndole a Lily:

—Te conseguiré una edición de lujo y también ese libro tan bonito que os lee el

capitán Laurence solo si comes un poco más todos los días: hala, toma, dale unos bocados más a este atuncito.

Y ese soborno tuvo éxito allí donde todos los demás intentos habían fracasado.

—Vale, quizá un poco más —aceptó Lily; y luego, con aire heroico, añadió—: ¿Podría tener cabeceras doradas como aquel?

Laurence había disfrutado de toda aquella confraternización, aun cuando estaba un poco avergonzado de encontrarse anteponiendo lo que en justicia no era sino una forma paupérrima de ir tirando, ya que a pesar de todo el coraje y buen ánimo de los dragones, mejorado por el interés del viaje por mar, los animales seguían tosiendo y sus pulmones empeoraban poco a poco, y lo que de otro modo hubiera sido un crucero de placer continuó cubierto por un sudario sin límites: los aviadores subían a cubierta todas las mañanas y ponían a trabajar a sus tripulaciones en la limpieza de mucosidades ensangrentadas y otros restos que habían quedado sobre cubierta tras una noche de penalidades y todas las noches se dormían con el acompañamiento de los estornudos y los jadeos de la cubierta superior, ya que, en el fondo, todo ese alboroto y toda esa alegría tenía un lado artificial y agotador y había en ellos mucho más deseo de evitar el miedo que de auténtico placer: era tocar la lira mientras Roma ardía.

El sentimiento no era exclusivo de los aviadores. Riley podía haber dado otras razones para no preferir tener a bordo al reverendo Erasmus, ya que la *Allegiance* ya estaba abarrotada de pasajeros, la mayoría de ellos se los había impuesto el Almirantazgo, y todos habían traído mucho equipaje. Algunos se habían bajado en Madeira para embarcar allí en otra nave con rumbo a las Antillas o a Halifax, pero la mayoría se dirigía a la provincia de El Cabo en condición de colonos y otros pocos seguían rumbo a la India. Era una emigración de lo más incómoda, y aunque a Laurence no le gustaba pensar mal de perfectos desconocidos, se vio forzado a concluir que la razón principal de la misma era el miedo a la invasión.

No obstante, tenía alguna prueba para esa sospecha. Los pasajeros hablaban con tristeza de las pocas posibilidades de paz y pronunciaban con temor el nombre de Bonaparte cuando había tenido ocasión de oírles hablar mientras tomaban el aire en el lado de barlovento del alcázar. Estaban separados por la cubierta de dragones, lo cual daba pocas posibilidades para la comunicación, pero tampoco el pasaje hacía demasiados esfuerzos por mostrarse amistoso. Una de esas contadas ocasiones se produjo cuando comió con el reverendo Erasmus. El clérigo no se puso a contar chismes, por supuesto, pero formuló una pregunta reveladora:

—Capitán, en su opinión, ¿la invasión de Inglaterra es un hecho seguro?

La nota de curiosidad con que habló le permitió deducir que ese era un tema de conversación muy habitual entre los pasajeros con quienes habitualmente comía y cenaba.

—Lo único cierto es que a Bonaparte le gustaría intentarlo y que es un tirano que hace lo que quiere con su ejército —respondió Laurence—, pero si es tan audaz como para probar suerte una segunda vez después del estrepitoso fracaso de la primera invasión… confío en que volverá a ser rechazado —era una exageración patriótica, pero no tenía sentido menospreciar sus posibilidades en público.

—Me alegra mucho oírselo decir —repuso Erasmus, y al cabo de un momento, añadió con gesto caviloso—: Esto debe ser la confirmación de la doctrina del pecado original, o eso creo. Todas las nobles promesas de libertad y fraternidad con que advino la Revolución Francesa se han visto ahogadas enseguida por la sangre y el dinero. El hombre viene de la corrupción y no puede alcanzar la gracia solo luchando por la victoria sobre las injusticias de este mundo, también debe luchar por Dios y obedecer sus mandamientos.

Laurence se sintió un tanto incómodo mientras le ofrecía al reverendo una bandeja de ciruelas cocidas al horno en vez de darle la razón, lo cual le hubiera hecho sentirse deshonesto. Era consciente de no asistir a los oficios religiosos la mayor parte del año, dejando a un lado la misa dominical a bordo, donde el señor Britten, el capellán del barco, les soltaba un sermón con una notable falta de inspiración y sobriedad, y a menudo él prefería ir a cubierta y sentarse junto a Temerario. Por eso, optó por interrumpir a Erasmus y se aventuró a preguntarle:

—¿Supone usted que los dragones están sujetos al pecado original, reverendo?

Esa pregunta le asaltaba en vez en cuando. Jamás habría logrado interesar al Celestial en la Biblia, y su lectura inducía al dragón a formularse una serie de preguntas blasfemas, así que el aviador había optado por renunciar completamente, llevado por la sensación, un tanto supersticiosa, de que aquello era invocar desastres mayores.

Erasmus lo consideró durante unos minutos y luego le dio las razones por las cuales, en su opinión, no lo estaban:

—La Biblia lo habría mencionado con toda seguridad de haber sido así, lo habría dicho si hubieran probado el fruto prohibido, además de Adán y Eva, y aunque presentan ciertas similitudes con la serpiente, el Señor castigó a la serpiente a arrastrarse sobre su vientre; los dragones, por el contrario, son criaturas del aire y no es posible considerarlas bajo la misma interdicción —añadió convincente. Eso hizo que Laurence subiera esa tarde a cubierta con el corazón más alegre e intentase convencer a Temerario de que comiera un poco más.

Aunque el Celestial no estaba enfermo, se había ido apagando y estaba decaído por afinidad con el malestar de los restantes alados, y comenzó a desdeñar la comida por un motivo: se avergonzaba de su apetito al no tenerlo sus congéneres. Laurence hizo lo posible por persuadirle y camelarle, pero con poco éxito hasta que al final Gong Su subió a la cubierta de dragones y le habló en un mandarín de lo más florido.

El aviador entendía una de cada seis palabras, pero el Celestial le comprendió de pe a pa: el cocinero chino le anunciaba su renuncia a la vista de que su comida ya no era aceptada, y se embarcó en un elaborado discurso sobre el descrédito y una mancha a su honor, el de su maestro, el de su familia, imposible de reparar, y por tanto tenía ocasión de volver a su hogar a la menor oportunidad, pues no veía otra alternativa que desaparecer de la escena de su fracaso.

—Pero cocinas muy bien, lo prometo, es solo… Ahora mismo no tengo hambre —protestó Temerario.

—Eso únicamente son buenas palabras —y luego, añadió—: La buena cocina te abre el apetito aunque no lo tengas…

—Pero si tengo hambre… —admitió al fin el dragón y miró con tristeza a sus compañeros dormidos; y luego, suspiró cuando Laurence le insistió:

—No haces bien pasando hambre, amigo mío, y con eso les causas a todos un perjuicio, pues debes estar fuerte y sano cuando lleguemos a El Cabo.

—Ya, pero me siento un tanto extraño: come que te come cuando todos los demás han dejado de hacerlo y se ponen a dormir. Me siento como si les estuviera buscando las vueltas, como si les escondiera comida y ellos no lo supieran —admitió el Celestial.

Era una forma muy extraña de ver la situación, en especial porque él jamás había mostrado el menor reparo en comer más que sus compañeros mientras estaban despiertos ni en preservar con celo sus propias comidas de la atención de los demás dragones. Sin embargo, tras esa admisión, empezaron a darle de comer dosis más pequeñas y en más veces, siempre mientras los otros dragones estaban despiertos, y Temerario ya no hizo gala de ese rechazo extremo, ni siquiera cuando los demás se negaban a ingerir más alimentos.

Aun así, la situación le hacía muy desdichado, como a Laurence, y empeoró cuando navegaron hacia el sur. Riley tuvo la precaución de *cabotear* sin alejarse mucho de la costa. No hicieron escala en Cape Coast ni en Luanda ni en Benguela, puertos que, vistos de lejos, parecían de lo más apetecibles y vistosos con un mar de mástiles y velas blancas arracimadas unas junto a otras, pero tenían muy a mano un recordatorio siempre presente de cuál era su siniestro negocio: una miríada de tiburones infestaban las aguas con avidez a la espera de seguir la estela de algún barco, como perros acostumbrados al habitual trasiego de embarcaciones esclavistas entre esos puertos.

—¿Qué ciudad es esa? —le preguntó de pronto la señora Erasmus; había subido a tomar el aire en compañía de sus hijas, a las que, por una vez, había dejado solas; ambas permanecían en un decoroso segundo plano, al amparo de una sombrilla que sostenían entre las dos.

—Benguela —contestó Laurence, sorprendido de que le dirigiera la palabra, pues

nunca había hablado con él en casi dos meses de singladura.

Jamás había buscado la ocasión de mantener una conversación casual y tenía por costumbre mantener la cabeza gacha y hablar en voz baja, y cuando lo hacía, hablaba con un marcado acento portugués. El aviador había sabido de labios del reverendo que su esposa se había ganado la manumisión poco antes de casarse, y no por la indulgencia de su amo, sino por la mala fortuna del rico terrateniente brasileño: este se dirigía a Francia en viaje de negocios cuando los ingleses apresaron la nave donde viajaba de pasajero. Ella y el resto de los esclavos fueron liberados cuando la presa atracó en Portsmouth.

La mujer se irguió cuan alta era con ambas manos en la barandilla, a pesar de estar muy acostumbrada al cabeceo de la nave y apenas necesitar esa sujeción; y permaneció con los ojos allí clavados durante mucho tiempo, incluso cuando las niñas se cansaron del paseíto y abandonaron la sombrilla y el decoro para ponerse a escalar por los cabos con Emily y Dyer.

«Brasil es el punto de destino de muchos barcos negreros que salen desde Benguela», recordó Laurence, mas no le hizo pregunta alguna y se limitó a ofrecerle el brazo para ayudarle a bajar y también le preguntó si deseaba algún refresco. Ella rehusó las dos cosas con un simple movimiento de cabeza; soltó una palabra en voz baja para llamar a sus hijas al orden, estas, avergonzadas, dejaron de jugar, y su madre se las llevó al camarote.

No había más puertos esclavistas después de haber dejado atrás Benguela, tanto por la hostilidad de los nativos a la trata como por lo inhóspito de la costa, aunque el clima opresivo imperante a bordo tampoco era mucho mejor. Laurence y Temerario salían a volar con frecuencia a fin de escapar del mismo y se dirigían a la orilla, más cerca de lo que Riley iba a acercar la *Allegiance* nunca, y así podían contemplar la costa africana, a veces, cubierta por la vegetación; otras, un montón de rocas azafranadas diseminadas sobre un lecho de arena amarilla y algunas veces, una larga y estrecha franja anaranjada de desierto, donde solía haber esos bancos de niebla tan temidos por los marineros. El oficial de guardia les llamaba cada hora para sondar el lecho oceánico, sus gritos eran voces lejanas amortiguadas por un sudario de bruma. De tanto en tanto lograban atisbar a algunos negros en la costa; estos, a su vez, los observaban con cautela y atención, pero la mayor parte del tiempo se trataba de una vigilancia muda, permanecían sumidos en un silencio solo roto por el chillido de las aves.

—Laurence, seguramente desde aquí podremos llegar a Ciudad del Cabo, y mucho más deprisa que la *Allegiance* —opinó el Celestial un día, harto de la atmósfera reinante a bordo, cada vez más opresiva.

Sin embargo, faltaba cerca de un mes a bordo antes de llegar a ese puerto y el interior del país era demasiado peligroso como para arriesgarse a un viaje

excesivamente largo sobrevolando el continente africano, insondable, salvaje, capaz de devorar partidas de hombres sin dejar rastro, tal y como había ocurrido con un dragón correo que habían visto planear sobre la línea costera antes de desaparecer. Pero aun así, la posibilidad de borrar de un plumazo todas las penalidades del viaje por mar y propiciar un avance más rápido de la crucial investigación, por la cual habían acudido hasta allí, hacían que la sugerencia resultase cada vez más atractiva.

Laurence se convenció de que no debía abandonar la idea de marcharse antes una vez que estuvieran lo bastante cerca como para llegar a Ciudad del Cabo en un solo día de vuelo, aun cuando esa jornada iba a ser extenuante. Este incentivo bastó para que Temerario empezara a alimentarse adecuadamente y realizara aburridos vuelos en torno a la *Allegiance* con el fin de ganar fortaleza, y nadie puso especiales objeciones a su partida.

—Si estáis absolutamente convencidos de que vais a poder llegar sanos y salvos… —respondió Catherine, mostrando solo la prevención de rigor. En el fondo, todos los aviadores sin excepción compartían el deseo urgente de ponerse manos a la obra cuanto antes ahora que estaban tan cerca.

Pusieron al corriente a Riley de forma oficial.

—Obre como le plazca, por supuesto —contestó el capitán del barco sin mirar a Laurence a la cara y bajó la cabeza hacia sus mapas, fingiendo hacer cálculos, una pretensión en la que fracasó estrepitosamente. Laurence era de sobra consciente de la incapacidad de Riley para hacer una suma sin garabatearla en un papel.

—No voy a llevarme a toda la dotación —anunció Laurence a Ferris; este pareció desalentado, pero no protestó más de la cuenta.

Keynes y Dorset iban a viajar, por supuesto, y otro tanto podía decirse de Gong Su, pues los cocineros del príncipe Yongxing habían experimentado con verdadero entusiasmo en los productos locales durante la primera visita a El Cabo, y esa era una de las principales esperanzas de los cirujanos para reproducir la cura.

—¿Crees que vas a ser capaz de preparar esos ingredientes como solían hacer ellos? —le preguntó Laurence a Gong Su.

—¡No soy un cocinero imperial! —protestó el chino, y para consternación de Laurence, procedió a explicarle que el estilo de cocina en el sur de China, de donde él procedía, era completamente distinto—. Haré cuanto esté en mi mano, pero los cocineros del norte suelen ser bastante malos —añadió en un ataque de provincianismo.

Roland y Dyer iban a acudir en calidad de asistentes personales suyos con el fin de recorrer los mercados en busca de productos, y además, la constitución liviana de ambos suponía un peso insignificante durante el viaje, y en cuanto al resto, Laurence hizo subir a bordo un cofre con monedas de oro y poco equipaje más, como el sable, las pistolas, un par de camisas limpias y calcetines.

—No siento nada de peso. Estoy seguro de poder volar durante días —afirmó el Celestial, cada vez más deseoso de irse.

El aviador se había obligado a mostrarse prudente durante toda una semana, así que ahora se hallaban a poco más de doscientas millas de distancia: seguía siendo una distancia descomunal para una sola jornada de vuelo, aunque no era imposible.

—Si el tiempo aguanta hasta mañana —dijo Laurence.

No esperaba una respuesta afirmativa, pero aun así efectuó una última invitación y visitó al reverendo Erasmus.

—El capitán Berkley estaría encantado de tenerles a ustedes a bordo como invitados suyos, me ha rogado que se lo diga —dijo Laurence, pero él lo había expresado con mucha más elegancia y finura que Berkley, cuyas palabras textuales habían sido: «Sí, claro, no vamos a tirarles por la borda, ¿vale?», solo le faltaba haber dicho que se lo merecían—. Pero, por supuesto, ustedes son mis invitados personales y le ofrezco venir conmigo si así lo prefieren.

—¿Qué te parece, Hannah? —dijo el misionero, mirando a su esposa.

Ella levantó la cabeza de un pequeño texto escrito en lengua nativa cuyas frases leía moviendo los labios pero sin articular sonido alguno.

—No me importa —aseguró.

Y lo cierto es que se encaramó al lomo del Celestial sin señal alguna de alarma, acomodando a las niñas a su alrededor y acunándolas con firmeza para calmar su propia ansiedad.

Laurence saludó a Catherine Harcourt y se despidió de Ferris:

—Nos veremos en Ciudad del Cabo.

Luego, con gran alegría por su parte, el dragón saltó a los aires y voló más y más sobre la limpia superficie del océano con la brisa fresca soplando desde popa.

Al alba, tras un día y una noche de arduo vuelo, llegaron a la bahía. Detrás de la ciudad se erguía entre una nube de polvo en suspensión la dorada muralla de la meseta aplanada de la Montaña de la Mesa; el sol matinal iluminaba su pétrea cara llena de estrías y las cumbres de los dos montes apostados en los flancos, como dos centinelas, Pico del Diablo y Cabeza de León, también de piedra, pero más pequeños. El bullicioso pueblo se arracimaba en una franja de suelo con forma de media luna al pie de la montaña y en su seno, sobre la costa, se alzaba el castillo de Buena Esperanza. Visto desde lo alto, los muros exteriores del mismo recordaban la silueta de una estrella en cuyo interior estaba enclavado un fortín de trazado pentagonal cuyos muros amarillos como la mantequilla refulgían al sol de la mañana cuando su cañón disparó una salva de bienvenida a sotavento.

Los campos de instrucción donde Temerario se había instalado se hallaban junto al castillo, a solo unos cuantos largos de dragón de donde el océano dejaba oír su voz quejumbrosa mientras chapaleaba sobre la arena de la playa; era una distancia poco

conveniente en las horas de pleamar si soplaba el viento con fuerza, pero tenía la contrapartida de ser un alivio muy agradable para combatir la canícula estival. Aunque el patio de armas del fortín era lo bastante espacioso como para cobijar a un puñado de dragones en tiempo de emergencia, esa solución no hubiera sido muy cómoda ni para los soldados estacionados en los barracones del castillo ni para Temerario, pero por suerte, los terrenos habían sido objeto de mejora desde la última visita que hicieron durante su viaje a China. Los dragones ya no cubrían las rutas hasta ese punto tan lejano del sur, pues estaba demasiado lejos para sus fuerzas menguadas, y el Almirantazgo había enviado una veloz fragata por delante de la *Allegiance* con despachos destinados a avisar al gobernador en funciones, el teniente general Grey, tanto de la llegada de toda la formación de dragones como, en secreto, de su urgente misión. Había ensanchado los terrenos para dar cabida a toda la formación y luego había levantado una pequeña valla alrededor de los mismos.

—No temo que les vayan a molestar, pero deseo mantener a los dragones lejos de husmeadores y fisgones que conviertan esto en una noticia —le dijo a Laurence, refiriéndose a las protestas que los colonos habían hecho con motivo de la llegada del grupo—. Me parece de lo más oportuno que se haya adelantado usted, eso va a darles algo de tiempo para hacerse a la idea antes de vérselas con siete dragones de golpe. Por el modo en que se quejan, podría pensarse que jamás han oído hablar de ningún tipo de formación.

El propio Grey había llegado a El Cabo en enero y ejercía funciones de vicegobernador hasta la llegada del futuro gobernador, el conde de Caledon, así que ocupaba una situación provisional poco práctica y carente de un cierto grado de autoridad y estaba acuciado por bastantes preocupaciones, y su llegada las aumentaba un poco más. La ocupación inglesa disgustaba a la gente de la ciudad y los colonos, que habían instalado granjas y fincas a las afueras, ya en el campo, y en la costa, pero más al sur, despreciaban profundamente a los ingleses y estaban muy resentidos con el gobierno que había interferido en su independencia, una autonomía que ellos valoraban mucho y que consideraban un pago justo por el riesgo corrido al empujar la frontera hacia el agreste interior del continente.

Todos ellos contemplaban con el más profundo de los recelos la llegada de una formación de dragones, en especial cuando no se les permitía conocer el verdadero propósito de esa presencia. Los colonos habían desarrollado un profundo desdén ante la idea de trabajar ellos o sus familias gracias a que la mayor parte de las tareas las realizaban esclavos adquiridos por muy poco dinero en los primeros años de la colonia. Los siervos no se vendían fuera de la urbe, cuyos ciudadanos deseaban tener cuantos más esclavos mejor, siendo los preferidos malayos o los adquiridos en África occidental, pero tampoco desdeñaban imponer las miserias de la servidumbre a los nativos de la tribu khoi, quienes, si bien no eran esclavos propiamente dichos, estaban

casi igual de constreñidos, y su salario no era digno de tal nombre.

Esas disposiciones tuvieron una consecuencia: los colonos se vieron superados en número y para mantener la paz de sus casas y negocios debieron aplicar severas restricciones e imponer una política de mano libre en lo tocante a los castigos. Todavía persistía una gran animadversión contra el anterior gobernador británico por haber abolido la tortura de los esclavos y en el extrarradio más alejado de la ciudad seguía en vigor la bárbara costumbre de dejar en la horca el cadáver de los esclavos ajusticiados a modo de ejemplo ilustrativo de cuál era el coste de la desobediencia. Asimismo, los colonos se hallaban muy bien informados de la campaña a favor de la abolición de la esclavitud y la veían con indignación pues probablemente iba a impedirles adquirir nuevos siervos. El nombre de Lord Allendale como uno de los portavoces de dicha causa no les resultaba desconocido.

—Y por si todo eso no fuera bastante, han traído con ustedes a ese maldito misionero —añadió con hastío Grey en el transcurso de una de las conversaciones mantenidas mientras se alojaban en su residencia—. Ahora la mitad de El Cabo piensa que se ha abolido el comercio de esclavos y la otra mitad que todos sus siervos van a ser liberados de inmediato y se les va a dar permiso para matarlos en sus propias camas, y todos están seguros de que ustedes han venido aquí para hacer valer esos cambios. Debo pedirle que me presente a ese hombre, pues hay que alertarle para que no abra la boca. Es un milagro que aún no le hayan acuchillado en cualquier calle.

Erasmus y su esposa se habían hecho cargo de una pequeña sede de la London Missionary Society, abandonada desde hacía poco a raíz de la muerte de su anterior inquilino, víctima del paludismo, en una finca lejana pero bien cuidada. No había escuela ni una iglesia, solo una casita muy sencilla sin otra nota de color que un puñado de árboles consumidos dispersos por la propiedad sin orden ni concierto y una parcela de tierra desnuda destinada a ser el jardín, donde la señora Erasmus ya se había puesto a trabajar en compañía de sus hijas y varias jóvenes nativas a las que había enseñado a plantar tomateras.

Hannah se irguió cuando Laurence y Grey hicieron acto de presencia, habló en voz baja a las jóvenes trabajadoras y acudió al encuentro de los dos hombres para llevarlos al interior del edificio, una casa construida al más puro estilo holandés: muros gruesos de ladrillo y anchas vigas de madera a la vista que sostenían un tejado de paja. Puertas y ventanas estaban abiertas para dejar salir el olor a cal fresca del interior, consistente en una única habitación divida en tres. Erasmus se hallaba sentado en medio de una docena de nativos dispersos por el suelo; estos le enseñaban las letras del alfabeto dibujadas sobre una pizarra.

El misionero se levantó para saludarles y envió a jugar a los chicos fuera del edificio, lo cual provocó una riada de alegres chillidos que se dirigieron a la puerta

por donde habían entrado los visitantes y se diseminaron por la calle. La señora Erasmus desapareció en la cocina, donde se oyó enseguida el roce típico de una tetera y un juego de tazas.

—Han avanzado mucho para llevar aquí solo tres días —comentó Grey mientras contemplaba la horda de muchachos con cierta consternación.

—Hay una gran sed de conocimiento y también desean aprender los Evangelios —contestó Erasmus con una satisfacción disculpable—. Los padres vienen por las noches, cuando terminan de trabajar en los campos, y ya hemos oficiado nuestra primera misa.

El reverendo los invitó a tomar asiento, pero optaron por permanecer de pie, pues solo había dos sillas para tres conversadores y preferían evitarse una distinción embarazosa.

—Iré al grano —empezó el vicegobernador—, ha habido ciertas quejas —Grey hizo una pausa y repitió—: Ciertas quejas —Erasmus permaneció en silencio—. Debe usted comprender que nos hemos hecho cargo de la colonia hace poco tiempo y los colonos son… un tanto difíciles. Son dueños de sus propias granjas y fincas y, no sin cierta razón, se consideran dueños de sus propios destinos. Entran en juego algunos sentimientos… Para abreviar —prosiguió con cierta brusquedad—, haría usted muy bien en aminorar su actividad. Tal vez no necesita tener tantos alumnos, elija a tres o cuatro, los más prometedores, y deje que el resto vuelva al trabajo. Me han informado de que no es posible prescindir del trabajo de los alumnos… —añadió con voz débil.

Erasmus le escuchó sin decir nada hasta que Grey hubo terminado y luego le contestó:

—Me pongo en su lugar, no lo tiene usted fácil. Lo lamento mucho, pero no puedo hacerle caso.

El militar aguardó, aunque el misionero no dijo nada más, no le ofreció margen alguno para la negociación. Grey se volvió hacia Laurence con una cierta impotencia y luego se giró para hablar con Erasmus:

—Voy a serle sincero, señor, no confío en que vaya a estar usted a salvo si persiste en esa actitud. No puedo garantizárselo.

—No he venido aquí a estar seguro, sino a predicar la palabra de Dios —respondió el reverendo, sonriente e inquebrantable.

Y en esto entró Hannah con la bandeja del té.

—Señora, utilice su influencia, se lo ruego. Le pido que considere la seguridad de sus hijas —ella alzó la cabeza con tal brusquedad que se le cayó el pañuelo que había llevado en el exterior de la casa; entonces, se echó hacia atrás el pelo negro y dejó expuesta la frente, revelando una marca grabada a fuego: las iniciales un tanto borrosas pero aún legibles de un antiguo propietario hechas sobre un tatuaje de diseño

abstracto previo.

Miró a su marido y este repuso con afabilidad:

—Nosotros confiamos en Dios y en su voluntad, Hannah.

Ella asintió y sin dar una respuesta directa a Grey regresó al jardín.

No había mucho más que decir, por supuesto. Cuando los dos militares estuvieron fuera, Grey le dijo a Laurence con desánimo:

—Supongo que debo apostar un hombre para proteger esa casa.

Un viento cargado de humedad soplaba desde el sureste, envolviendo la Montaña de la Mesa en una capa de nubes, pero amainó esa misma noche y el vigía del castillo divisó la *Allegiance* durante la tarde del día siguiente, cuya aparición fue saludada por una salva de cañonazos. Una atmósfera de recelo y hostilidad se había instalado ya en toda la ciudad, aunque las suspicacias hubieran sido mucho más acusadas de haber llegado sin avisar a los habitantes.

Laurence observó la maniobra de atraque desde una fresca y agradable antecámara situada en lo alto del castillo. La contemplación de la nave desde la perspectiva inversa, desde fuera, supuso una novedad que le dejó sorprendido por la sobrecogedora impresión de fuerza, y no solo por una cuestión de puro tamaño, sino por los ojos huecos de su brutal artillería, los cañones de 32 libras, que se asomaban por las troneras con aire enojado, y por lo que parecía una auténtica horda de dragones aovillados sobre la cubierta, aun cuando no era posible precisar el número porque yacían tan entrelazados que no era posible distinguir con nitidez a unos de otros.

La nave se adentró lentamente en el puerto, haciendo insignificantes a todas las naves allí atracadas, y un silencio ominoso se apoderó de la ciudad cuando abrió fuego para contestar al saludo del fortín. El retumbo atronador de los cañones resonó contra la pared de la montaña y vomitó una nube de polvo oscuro que poco a poco se asentó sobre la localidad como la bruma. Laurence notó el regusto a pólvora en el paladar. Las mujeres y los niños habían desaparecido de las calles para cuando la *Allegiance* echó anclas.

Era aterrador ver lo poco que tenían que temer cuando Laurence bajó a la costa, donde tomó un bote y remó con el fin de acercarse a ayudar en la maniobra de sacar a los dragones de cubierta; todos ellos estaban entumecidos y acalambrados tras efectuar un largo viaje apretujados en tan poco espacio, y aun cuando habían gozado de buen tiempo, los más de dos meses pasados a bordo habían ido minando las fuerzas de los alados sin cesar. El castillo se alzaba a unos pasos de la arena de la playa y los campos se hallaban junto a él, pero ahora los agotaba incluso aquel ínfimo trayecto.

Los primeros en cruzar fueron Nitidus y Dulcia, los más pequeños, a fin de conceder mayor espacio de maniobra al resto. Respiraron hondo y abandonaron la

cubierta sin miedo, batiendo sus cortas alas con ritmo lento y moroso; eso les dio tan poco impulso que sus vientres estuvieron a punto de rozar la baja valla de delimitación del perímetro de los campos de entrenamiento. Aterrizaron pesadamente en el suelo recalentado por el sol y se desparramaron allí sin molestarse en plegar las alas. Messoria e Immortalis se pusieron de pie con tantas dificultades que Temerario, nervioso testigo desde los campos de maniobra, gritó:

—Aguardad un momento, por favor. Voy a llevaros.

Y logró transportarlos sobre el lomo a ambos, haciendo caso omiso a las rozaduras y desgarrones que le causaron con las garras mientras se aferraban a él para no perder el equilibrio.

En cubierta, Lily rozó suavemente con el hocico a Maximus:

—Sí, sí, ve, yo estaré ahí en un segundo —aseguró el dragón con aire soñoliento sin abrir los ojos.

Ella profirió un rugido sordo de descontento y preocupación.

—No temas, le haremos cruzar —le aseguró Catherine persuasivamente.

Al final, Lily se dejó convencer y permitió que se tomaran todas las precauciones necesarias para su propio traslado: le sujetaron el correaje de un bozal en torno a la cabeza y debajo de las fauces le dejaron una larga plancha metálica llena de más arena de alquitrán.

El capitán de la nave acudió para verlos partir. Harcourt se volvió hacia él y le tendió la mano mientras decía:

—Gracias, Tom. Confío en regresar pronto y que nos visite en tierra.

Riley le tomó de la mano con torpeza al tiempo que hacía una reverencia hacia delante, y el resultado fue una mezcla de apretón de manos y venia; retrocedió enseguida, muy envarado. Aun así, evitó mirar a Laurence en todo momento.

La aviadora plantó la bota encima de la barandilla y subió al costado de Lily, donde se ató al arnés para estar sujeta cuando la dragona extendió las grandes alas, el rasgo del que tomaba nombre la raza de los Largarios, rayadas en los bordes por estrechas barras negras y blancas, por encima de un cuerpo cuya coloración pasaba de un azul agrisado a un naranja refulgente, como el color de la mermelada de varios días. Todas esas tonalidades relucían al sol y cuando la dragona se estiraba cuan larga era, parecía el doble de grande. Lily se lanzó al aire y planeó con aire señorial sin apenas batir las alas ni hacer un gran esfuerzo. Se las arreglaron para salvar la distancia sin derramar demasiada arena ni gotas de ácido sobre las almenas del castillo ni el muelle.

A bordo de la nave ya solo quedaba Maximus.

Su capitán le habló en voz baja y el enorme Cobre Regio se puso en pie entre jadeos a causa del esfuerzo. La *Allegiance* se meció un poco en las aguas. El alado dio dos pasos torpes hacia el borde de la cubierta de dragones y volvió a suspirar. Los

músculos de las paletillas le chasquearon cuando probó a desplegar las alas, pero luego las dejó caer sobre los costados y agachó la cabeza.

—Yo podría intentarlo —se ofreció Temerario desde la orilla.

Era irrealizable, pues Maximus prácticamente le doblaba el peso.

—Puedo hacerlo, estoy seguro —dijo el Cobre Regio con voz quebrada; acto seguido, agachó la cabeza, tosió un poco y lanzó por la borda otra de esas flemas verdosas.

Pero no se movió.

Temerario azotó el aire con la cola varias veces hasta que se lanzó al oleaje con aire decidido y acudió nadando hacia ellos. Se detuvo a dos patas junto al barco, apoyó las delanteras sobre el borde de la cubierta y asomó la cabeza por encima para instar a Maximus:

—La orilla no está muy lejos. Salta al agua, por favor. Estoy seguro de que podremos nadar juntos hasta la playa.

Berkley miró a Keynes, y este le dijo:

—Un pequeño baño en el mar no puede hacerle daño, o eso espero. Tal vez incluso le venga bien. El sol está en su apogeo y en esta época del año nos van a quedar todavía otras cuatro horas de luz para poder secarlo.

—Bueno, pues en tal caso, al agua contigo… —concluyó Berkley con voz ronca, y palmeó el costado de Maximus antes de dar un paso atrás para dejarle espacio.

Maximus se echó hacia delante con torpeza y primero hundió en el océano los cuartos traseros. Los cables descomunales de las anchas gimieron con voces agudas cuando la nave retrocedió, empujada por la fuerza de su salto. El corpachón del alado levantó ondulaciones de casi tres metros que fueron alejándose de él y estuvieron a punto de hacer volcar algunos de los desprevenidos barcos más ligeros que permanecían anclados en la bahía.

Maximus subía y bajaba la cabeza y la meneaba para sacudirse el agua, y de esa suerte avanzó varios impulsos hasta que se detuvo, agotado, y quedó flotando, pues así le mantenían los sacos de aire, pero él se escoró alarmado.

—Apóyate sobre mí e iremos juntos —le urgió el Celestial y nadó junto a él hasta llegar a su costado para sujetarle.

Se acercaron a la playa poco a poco, hasta que el lecho oceánico acudió a su encuentro y de sopetón hicieron pie; el Cobre Regio se removió, levantando nube de arena blanca como si fueran columnas de humo, lo malo era que no podía detenerse a descansar, todavía medio cubierto por el agua, y con las olas chapaleando en sus costados.

—Se está muy bien en el agua —observó a pesar del nuevo acceso de tos—. Aquí no me encuentro tan cansado.

Sin embargo, todavía debía llegar a la orilla y no era una tarea pequeña, aun

cuando avanzaba por etapas fáciles y gracias al apoyo de Temerario y el flujo de la pleamar. Recorrió los últimos doce metros arrastrándose sobre la tripa.

Le dejaron descansar al borde del mar y le llevaron los mejores trozos de la cena. Gong Su se había pasado todo el día cocinando para tentar el apetito de los dragones después de su extenuante ejercicio: vacas de la tierra, tiernas y jugosas, cubiertas con una capa de pimienta y sal, rellenas con sus propias asaduras cocidas por separado y asadas con espetón; así sazonadas eran lo bastante jugosas como para superar los sentidos de los dragones, embotados por la enfermedad.

Maximus comió un poco, bebió varios tragos de agua en una enorme cuba que le trajeron ex profeso para él y luego, entre toses, volvió a sumirse en ese torpor lerdo. Pasó toda la noche en la orilla, con el océano chapoteando cerca de su posición y la cola encima de las olas, su figura recordaba a la de un bote amarrado a tierra.

Aprovecharon las primeras horas de la mañana, más frescas, para salvar los metros que le separaban de los campos de instrucción, donde le instalaron en el mejor lugar de todos, junto a una zona sembrada de alcanfores, a fin de que pudiera disponer tanto de sol como de sombra, y estaba muy cerca del pozo, por lo cual resultaba muy fácil llevarle agua.

—Este es un buen lugar —dijo su capitán con la cabeza gacha—, un buen lugar. Va a estar muy cómodo aquí…

Se interrumpió bruscamente y sin añadir nada más entró en el castillo, donde todos almorzaron juntos y en silencio. No hablaron del asunto porque no había nada que decir. Maximus jamás abandonaría aquella costa sin una cura; si no, le había traído a su tumba.

Capítulo 7

A bordo, habían contado todos y cada uno de los días; se habían apresurado, se habían preocupado, y ahora que habían llegado, solo podían hacer una cosa: sentarse a esperar mientras los cirujanos efectuaban sus fastidiosos experimentos y se negaban a opinar sobre absolutamente nada. Compraron otros productos de la tierra, a cual más estrafalario, y se los ofrecían a Temerario y de vez en cuando a algún otro dragón enfermo, solo para efectuar otra desestimación. Esta forma de proceder no produjo efecto útil alguno y en otra desafortunada ocasión volvió a alterar el sistema digestivo del Celestial, así que los residuos orgánicos pasaron del sólido al líquido de forma muy desagradable y fue necesario abrir y excavar otro pozo negro para él. Una densa capa de hierba y brillantes floras rosas de tallo largo cubrieron el antiguo hoyo casi de inmediato. Fue imposible desenraizar ninguna de las dos, para gran desesperación de los aviadores, pues atraían a un enjambre de avispas, celosas de su territorio.

Laurence no lo verbalizó, pero en su fuero interno era de la opinión de que la investigación se hacía con poco entusiasmo y su principal razón era mantenerlos ocupados mientras Keynes esperaba a que el clima hiciera su trabajo, y eso era así por mucho que Dorset consignara por escrito y con muy buena letra los resultados de todas las pruebas: hacía la ronda tres veces al día, iba de dragón en dragón y les preguntaba a sus oficiales con una indiferencia rayana en la crueldad cuántas veces había tosido el paciente desde la última vez, qué dolores le habían aquejado y cuánto había comido; la respuesta a esta pregunta final solía ser «no mucho».

Al término de la primera semana, Dorset terminó el enésimo interrogatorio al capitán Warren sobre el estado de Nitidus, cerró el libro y se fue a intercambiar opiniones a media voz con Keynes y otros cirujanos.

—Supongo que los dos son unas lumbreras, pero si continúan con estas reuniones secretas y no nos dicen nada, me van a entrar ganas de aplastarles la nariz —dijo Warren, cuando acudió a sumarse a los demás en la mesa de juego que habían montado bajo un pabellón alzado en medio del terreno.

Las partidas de cartas solo eran una amable ficción para matar el rato, jamás les prestaban demasiada atención a los naipes, y casi todos ellos mantenían la vista fija en los médicos mientras se enzarzaban en intensas discusiones.

Keynes los eludió con habilidad durante dos días más, pero al final se vio arrinconado y le obligaron por las malas a dar alguna noticia.

—Es demasiado pronto para decir nada —alegó, aunque admitió que habían apreciado una leve mejoría causada por el cambio de climatología hasta donde ellos

eran capaces de determinar: los dragones habían recuperado algo el apetito y las fuerzas, y también tosían menos.

—Pues no va a ser ninguna broma traerse hasta aquí abajo a toda la Fuerza Aérea —observó Little en voz baja después de la primera celebración—. ¿Cuántos transportes tenemos en total?

—Me parece que siete, si el *Lyonesse* ha salido del dique seco —contestó Laurence. Hubo una pausa y luego añadió con convicción—: Pero considero que vamos a necesitar una nave de cien cañones únicamente para desplazar a los alados. Los transportes son demasiado importantes para enviarlos solos por delante —aquello no era un imposible, no del todo, aunque la única causa para abordar tanto la dificultad como el coste desorbitado del traslado de dragones era la guerra, por supuesto—. En vez de eso podríamos llevarlos en barcazas hasta Gibraltar. Navegarían escoltadas por fragatas para mantener lejos a los franceses.

La sugerencia parecía de lo más ocurrente, pero todos ellos sabían que, aun cuando no era impracticable en sí misma, una operación de esa índole era de lo más improbable, pues escapaba a las posibilidades del Cuerpo. Tal vez ellos regresaran con la formación intacta, pero iban a denegar una cura como aquella a la mitad de sus camaradas, tal vez más.

—Algo es mejor que nada —observó Chenery con un tono un tanto desafiante—, y bastante más de lo que teníamos. Ni un solo hombre del Cuerpo hubiera rechazado esas posibilidades si se las hubieran ofrecido.

Sin embargo, esas expectativas iban a estar repartidas de forma muy desigual. Los Largarios y los Cobre Regio eran dragones pesados de combate y razas muy poco corrientes, por lo cual no iban a detenerse en gastos y dificultades para preservarlos, pero en cuanto a los demás, los muy comunes Tánator Amarillo, los Winchester, que se reproducían con suma rapidez, los dragones de más edad, que iban a ponerse muy difíciles a la muerte de sus capitanes, los voladores más débiles o menos habilidosos, a todos ellos iba a aplicárseles una brutal política de cálculo numérico cuya conclusión era que no merecía la pena asumir el coste de su salvación y salía a cuenta dejarlos morir descuidados y en la miseria, eso sí, aislados en la más recóndita de las cuarentenas que fuera posible disponer. La sombra de esta certeza eclipsaba un tanto la cauta satisfacción de los aviadores. Sutton y Little se lo tomaron peor, pues sus dragones pertenecían a un grupo afectado, el del Tánator Amarillo, y Messoria superaba los cuarenta. Aun así, ni esa culpa podía sofocar la viva esperanza que sentían todos ellos.

Los aviadores apenas pegaron ojo esa noche y en vez de dormir anduvieron contando el número de toses en aras de facilitar el dato para que Dorset lo consignase en su libro y con una pequeña persuasión fue posible convencer a Nitidus de que probara sus fuerzas. Laurence y Temerario fueron con él y Warren por si el pequeño

Azul de Pascal se quedaba extenuado en algún momento. Nitidus respiró por la boca en todo momento y de vez en cuando jadeaba y tosía mientras volaba.

No fueron muy lejos. El ansia de los colonos por tierras de pastoreo y madera había desforestado los campos y colinas, dejando solo cuatro hierbajos hasta la meseta de Montaña de la Mesa y los picos adyacentes, donde las laderas se convertían en algo impracticable: al caer, las rocas sueltas, grises y azafranadas, se habían ido amontonando en terrazas escalonadas, y ahora venían a ser como piedras de una muralla de pieles en ruinas, sostenidas por la hierba, el musgo y la masa arcillosa del mortero. Se detuvieron a la sombra de la pared de piedra cortada a pico y descansaron sobre la alfombra de hierba. El sotobosque se llenó de correteos cuando su presencia provocó una desbandada de pequeñas criaturas de pelaje marrón y aspecto similar al del tejón.

—¡Qué montaña tan rara! —observó el Celestial al tiempo que agachaba la cabeza para mirar a uno y otro lado de la gran cima que se alzaba sobre ellos, absolutamente pelada y plana como una hoja de sable bien nivelado.

—Sí, y también muy caliente —añadió Nitidus sin que viniera mucho a cuento, pues ya estaba medio dormido.

El Azul de Pascal metió la cabeza debajo del ala para echar un sueñecito. Le dejaron dormir al sol, y al poco rato, Temerario también empezó a bostezar y acabó por imitarle. Laurence y Warren se quedaron allí de pie y volvieron la vista atrás para contemplar el amplio cuenco del puerto donde se abría al océano: a esa distancia, la *Allegiance* parecía un barco de juguete entre hormigas. El pulcro trazado pentagonal del castillo semejaba el trazo hecho con una tiza de color amarillo sobre la tierra oscura, y junto a él podía verse a los dragones, aún arracimados en los campos de instrucción.

Warren se quitó un guante y se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano, manchándosela con descuido.

—Supongo que tú volverías a la Armada, ¿verdad?

—Si me aceptasen… —repuso Laurence.

—Siempre sería posible comprar nombramiento en caballería, supongo —dijo—. Van a hacer falta muchos soldados si Bonaparte continúa quedándose con todo a su paso, aunque no puede comparársele.

Permanecieron en silencio durante un buen rato, sopesando las opciones tan desagradables que aguardaban a tantos hombres que iban a quedarse varados a la muerte de sus dragones.

—¿Qué clase de hombre es el capitán Riley, Laurence? —prosiguió Warren—. De forma habitual, quiero decir. Estoy al tanto de que los dos habéis tenido una disputa de honor.

Laurence se quedó perplejo al verse interrogado de esa manera, pero aun así le

respondió:

—Un caballero y uno de los mejores oficiales que yo haya conocido, y no puedo decir nada contra él como persona.

Laurence se preguntó por la causa de semejante pregunta. La *Allegiance* tenía órdenes de permanecer en puerto hasta que los dragones estuvieran de nuevo en condiciones de partir. Riley había acudido a cenar al castillo con el general Grey en más de una ocasión, por supuesto. Laurence se había ausentado, pero Harcourt y los demás capitanes acudían con mayor o menor asiduidad. «Tal vez hayan tenido una pelea y por eso me haya hecho esa pregunta», pensó Laurence, y esperó por si Warren entraba en detalles, pero su interlocutor se limitó a asentir, cambió de tema y se puso a hablar de la probabilidad de que cambiara el viento antes de regresar, por lo cual Laurence no pudo satisfacer la curiosidad y la consulta tuvo el efecto penoso de revivir el enfrentamiento, que parecía no tener final, y la conclusión de su amistad.

Mientras se preparaban para regresar, el Celestial preguntó a Laurence con su tono confidencial, es decir, audible a seis metros de distancia:

—Nitidus parece estar mejor, ¿no?

Laurence le contestó sin reservas que eso le parecía a él también y cuando regresaron a los campos de maniobras, el Azul de Pascal devoró casi lo mismo que cuando estaba sano, y le puso el broche de oro comiéndose dos cabras antes de quedarse dormido otra vez.

Nitidus no quiso repetir la maniobra al día siguiente y Dulcia solo llegó a la mitad antes de descender para descansar.

—Pero antes se zampó uno de esos bueyes entero, un añojo para ella sola —informó Chenery mientras se servía un vaso de whisky no demasiado aguado—. A eso le llamo yo una imagen preciosa. Hacía seis meses que no comía tanto.

Ninguno de los dragones voló al día siguiente: se sentaron poco después de que los hubieran convencido para levantarse y alegaron excusas para no ir.

—Hace demasiado calor —se quejó Nitidus, y pidió un poco más de agua.

—Me gustaría dormir un poco más, si no os importa —dijo Dulcia, más quejosa.

Keynes se acercó a la dragona y le puso un vaso en el pecho a fin de poder oírle la respiración. Se irguió y negó con la cabeza. Ninguno de los otros alados se removió lo más mínimo en sus lugares de descanso. Cuando examinaron con detalle los datos recogidos durante los días anteriores, pudieron llegar a ciertas conclusiones: los dragones tosían menos, sin lugar a dudas, pero no mucho menos y esta mejora, apreciada enseguida por sus ansiosos cuidadores, se había compensado por el torpor y el letargo. El calor intenso provocaba que los dragones tuvieran más sueño y se mostraran poco proclives al ejercicio ahora que había disminuido el interés por los nuevos alrededores y el breve resurgir del apetito podía explicarse por la mejor calidad de la comida disponible en tierra si se la comparaba con la de las últimas

jornadas de la singladura por mar.

—No me habría arrepentido, en absoluto —murmuró Sutton para sí mismo, encorvado sobre la mesa, pero lo hizo con tal violencia que todos lo oyeron sin remedio—. ¿Cómo lamentarlo en semejantes circunstancias?

Su angustia era tan grande como sus remordimientos por todos aquellos que habían sido abandonados a su suerte y más ahora que la esperanza de una cura para Messoria había sido la razón misma del fracaso. Little se puso blanco como la pared y se quedó tan afligido que Chenery se lo llevó a su tienda y le tuvo bebiendo ron hasta que se quedó dormido.

—El ritmo de avance de la enfermedad ha descendido —aseguró Keynes al término de la segunda semana—, que no es poco —añadió.

Pero eso era escaso consuelo para sus grandes expectativas.

Laurence se llevó lejos a Temerario y le mantuvo en la costa toda la noche para ahorrarles a sus compañeros el contraste entre la lozanía del Celestial y el estado de sus dragones. El antiguo marino sentía en lo más vivo su parte de culpa y vergüenza, las veía reflejadas en el espejo de Sutton y Little. No se le pasaba por la imaginación cambiar la salud de Temerario por todo lo demás y aunque sabía que los otros capitanes lo entendían a la perfección, pues ellos sentían lo mismo por sus compañeros, también él sentía de un modo instintivo, por muy irracional que pudiera parecer, que el fracaso era un castigo a su propio egoísmo.

A la mañana del día siguiente vieron velas nuevas en el puerto, eran las de la *Fiona*, una fragata muy marinera que había llegado durante la noche con despachos. Catherine abrió el mensaje oficial en la mesa del desayuno y leyó los nombres: Auctoritas, Prolixus, Laudabilis, Repugnatis, todos habían muerto después de Año Nuevo.

Laurence también tenía una carta, de su madre, que rezaba así:

Todo es desconsuelo. Hemos terminado, al menos por este año, y probablemente más si el gobierno falla de nuevo. Llevaron la moción al Parlamento: fue aprobada por la Cámara Baja, pero la Cámara de los Lores volvió a rechazarla a pesar de todo cuanto se había trabajado y un discurso excepcional por parte del señor Wilberforce, cualquier hombre con un alma de verdad se habría conmovido. La prensa al menos está con nosotros y carga contra el atropello que supone una jornada tan repulsiva. El Times escribe: «Quienes emitieron un voto negativo dijeron no al futuro, y tal vez algunos de ellos sean capaces de dormir a pierna suelta esta noche; el resto debe intentar buscar consuelo, si ello resulta posible, en la certeza de que la miseria y el dolor han aumentado gracias a su actuación y van a tener que rendir cuentas por ello, si no en este mundo, en el venidero», solo un justo

reproche…

Dobló la carta y se la guardó en el bolsillo del sobretodo. No estaba de ánimo para leer más y se sumó a sus compañeros cuando el grupo abandonó el comedor en silencio.

Los barracones del castillo eran lo bastante espaciosos como para alojar a un grupo tan numeroso como el suyo, pero cuando prosiguió el avance implacable de la enfermedad, los capitanes optaron de forma tácita por permanecer más cerca de los desmejorados animales. Los restantes oficiales y las dotaciones no deseaban quedarse atrás, así que levantaron en los campos un pequeño campamento de tiendas y pabellones, donde pasaban la mayor parte del día y de la noche. Los entoldados servían para detener la lluvia y aún más importante: frenar la invasión de niños de la ciudad, que se acordaban de Temerario a raíz de su visita del año anterior lo bastante como para perderle una parte del miedo. Ahora habían ideado un juego consistente en encaramarse uno sobre otro para saltar la valla y luego se desafiaban a ir más allá de un determinado límite; atravesaban los terrenos corriendo como balas entre los dragones dormidos para luego huir de regreso y recibir las felicitaciones de los suyos.

Sutton acabó con aquellas escaladas y aventuras una buena tarde cuando un chiquillo pasó a la carrera y dio un manotazo contra el costado de Messoria y le arrancó un ruido de sorpresa bastante raro. Soltó un bufido y alzó la cabeza, todavía no muy despierta; el movimiento bastó para que el culpable mordiera el polvo, andando hacia atrás como los cangrejos y a cuatro patas, y arrastrando el trasero, pues estaba mucho más asustado que la recién despertada Messoria.

Sutton abandonó la mesa de juego, tomó al muchacho por el brazo y tiró de él hasta ponerle de pie.

—Tráigame una vara, señor Alden —le pidió a su mensajero.

El aviador llevó a rastras al intruso hasta conducirle fuera de los campos y él mismo se aplicó con ganas a la hora de administrarle un buen correctivo mientras los demás niños se dispersaban y corrían para alejarse un poco más, para luego asomarse a mirar de entre los arbustos. Al final, los alaridos del infortunado muchacho dieron paso al llanto y al gimoteo.

—Les pido perdón, caballeros —se disculpó Sutton mientras regresaba a la mesa y retomaba la engañosa partida de cartas.

No hubo más incursiones a lo largo de ese día.

Sin embargo, a la mañana siguiente Laurence se despertó poco antes del alba y salió del entoldado solo para toparse con una riña en los faldones de su tienda. Dos grupitos de niños ya mayores forcejeaban entre sí, repartiendo patadas a diestro y siniestro en medio de una florida profusión de gritos en varios idiomas. Un grupo donde iban juntos muchachos malayos y un puñado de holandeses desaliñados se

enfrentaba a una banda de khoisánidos, los nativos negros de El Cabo. Por desgracia, la disputa despertó a los dragones y la sesión matinal de toses y estornudos empezó una hora más temprano. Maximus había pasado muy mala noche y soltó un quejido de dolor. Sutton salió de su tienda hecho un basilisco y Berkley apareció dispuesto a dispersarlos a todos repartiendo golpes con el plano de la espada si el teniente Ferris no se hubiera interpuesto en su camino con los brazos extendidos mientras Emily y Dyers salían a trompicones de esa polvorienta melé.

—No lo hemos hecho a propósito —explicó Roland con la voz nasal y amortiguada, pues la joven se apretaba la nariz con la mano para contener la sangre —, pero es que las dos bandas han traído algunos.

Y así era, como por obra de algún diablillo, después de varias semanas de búsqueda infructuosa, los dos grupos habían encontrado por fin algunos hongos y, por mucho que fueran todos unos pillastres, se disputaban el derecho de ser los primeros en presentar aquellos hongos de enormes sombreros con un diámetro superior a los sesenta centímetros y que olía a rayos incluso en su estado natural, sin haberlo cocinado, como la vez anterior.

—Haga el favor de poner un poco de orden, teniente Ferris —dijo Laurence, alzando la voz—, y hágales saber que van a cobrar todos: este alboroto es absolutamente innecesario.

A pesar de los denodados intentos por transmitirles esta garantía, les llevó algún tiempo separar a los airados combatientes; tal vez no comprendieran el idioma del rival, pero las frases más importantes que se decían unos a otros las cazaban al vuelo lo bastante bien como para que se encendieran los ánimos; al final, fue necesario apartar por la fuerza a quienes repartían patadas y no dejaban de bracear. Sin embargo, de pronto dejaron de pegarse. Temerario se había despertado también y había sacado la cabeza por encima de la valla para olisquear con interés los sombreros de las setas abandonadas sobre la hierba mientras los grupos intentaban resolver la disputa por la fuerza.

—Ah, mmm… —dijo el Celestial, y le pegó un par de lametazos a los trozos.

Pese a sus bravuconadas de antes, ninguno de los niños tuvo valor para echar a correr y quitarle los hongos de las fauces al dragón, aunque todos ellos corearon una protesta cuando estaban a punto de verse desvalijados, lo cual sirvió para que se tranquilizaran los ánimos y aceptasen el pago consistente en dos montones idénticos de monedas de oro, uno para cada banda.

El contingente malayo-holandés se decantó por mostrar su disconformidad ante ese reparto, pues el suyo era mucho más grande, ya que de un solo pie arrancaban tres píleos separados y se pusieron a compararlos con los dos hongos aportados por la banda rival, pero Sutton los acalló con una mirada elocuente.

—Traednos más y volveremos a pagaros —aseguró Laurence.

Sin embargo, eso fue origen de más miradas descorazonadas que de esperanza, y todos observaron el monedero del capitán inglés con cierto resentimiento antes de dispersarse y ponerse a discutir entre ellos sobre el reparto del botín.

—¿Y eso es comestible? —apuntó Catherine con una nota de incredulidad en la voz sofocada, pues protegía la boca con un pañuelo mientras examinaba aquellas cosas: más que hongos propiamente dichos parecían brotes asimétricos y abultados, blancos como la panza de un pez y con manchas marrones dispersas.

—Claro que me acuerdo de estas setas. Estaban muy ricas —aseguró el Celestial y solo permitió que Gong Su se las llevara muy a regañadientes. El cocinero obró con suma cautela: tomó dos palos muy largos para recoger los hongos y los sostuvo todo lo lejos que permitía el brazo estirado.

Habían sacado conclusiones de la experiencia del viaje anterior, así que instalaron la olla en el exterior en vez de prepararlo en las cocinas del castillo. Gong Su instruyó a la dotación de Temerario para que encendieran una gran fogata debajo del enorme perol de hierro, suspendido sobre unas estacas; junto al mismo había ubicado una escalerilla para poder removerlo desde lejos con un cazo de madera provisto de un asa muy larga.

—Tal vez deberías probar con granos de pimienta roja —sugirió Temerario—, o quizás era pimienta verde…

Gong Su trabajaba con su reserva de especias en un intento de reproducir la receta original, y a veces le consultaba, pero el dragón se disculpaba:

—No me acuerdo muy bien.

—Tú limítate a cocinar la cosa esa y ya está —terció Keynes con un encogimiento de hombros—. Si hemos de confiar en que seas capaz de un truco de cocina ideado por cinco cocineros hace un año, ya podemos volvernos a Inglaterra ahora mismo.

Se pasaron toda la mañana enfrascados cociendo aquellas setas. Temerario permanecía inclinado sobre la olla, olisqueando el aroma con la misma actitud crítica que cualquier catador de vinos y hacía algunas sugerencias, hasta que al final chuperreteó el borde de la olla para hacerse una idea del sabor y pronunció su veredicto sobre el éxito de la prueba:

—Si no es esto, se parece mucho, y está muy bueno —agregó a un público consiste en nadie, todos se habían ido al límite del claro, asfixiados por el hedor, y apenas le escuchaban. La pobre Catherine se había puesto terriblemente enferma y le habían entrado arcadas, por lo cual estaba vomitando detrás de unos arbustos.

Se taparon la nariz antes de llevar aquel «ponche» a Maximus; este pareció disfrutar del sabor, tanto que llegó a estirarse para meter la garra en el caldero con el fin de volcarlo y así poder lamer hasta los últimos restos pegados al metal. Después de una soñolencia inicial, el mejunje le puso de un excelente humor, así que se

levantó, se comió todo lo que Berkley había comprado a los jóvenes para su cena, no porque no previera esa mejora, sino por el deseo, y pidió aún más, pero se durmió antes de que pudieran preparárselo.

Su capitán estaba dispuesto a despertarle para darle de comer otra cabra con la aquiescencia de Gaiters, el cirujano de Maximus, pero Dorset se opuso con gran firmeza, pues él ya le hubiera negado la primera en aras de que el proceso de la digestión no interfiriera en el efecto del ponche.

Aquello desembocó enseguida en una discusión tan violenta como lo permitía el hecho de que debía desarrollarse en cuchicheos y susurros, y duró hasta que intervino Keynes, rechazando la postura de ambos.

—Dejadle dormir, pero de ahora en adelante, después de cada dosis, vamos a darle todo cuanto sea capaz de comer. Hemos de anteponer la recuperación de su peso en busca del restablecimiento de su salud en general. Dulcia no ha adelgazado tanto, así que mañana vamos a intentarlo también con ella, pero sin comida.

—Yo lo tomé con algún que otro buey y quizás un par de antílopes —observó Temerario con aire nostálgico mientras acercaba el hocico con cierta tristeza al enorme perol vacío—. Había alguno especialmente rollizo, recuerdo eso en especial, bueyes gordos y el musgo, así que debieron de ser bueyes…

En la zona se criaba una raza bovina de joroba y los animales acumulaban grasa sobre las paletillas en unos abultamientos extraños.

Esta única comida había sido toda la experiencia previa de Temerario, pero Keynes había dividido sus escasas reservas de hongos y optó por empezar al día siguiente. Maximus y Dulcia fueron alimentados durante tres días seguidos hasta que se agotaron las existencias.

La cocción había vuelto más perezoso a Temerario, según recordaba Laurence, y eso pudo aplicarse al Cobre Regio, pero no a Dulcia, que al tercer día alarmó a todos con una conducta frenética, fruto de la ingesta repetida del brebaje, e insistió en realizar un largo y extenuante vuelo que, con toda probabilidad, era excesivo para sus fuerzas y lo más seguro es que no resultase beneficioso para su salud.

—Estoy bien, estoy bien, puedo volar —chillaba, agitando las alas en el aire.

La dragona fue dando saltitos sobre las patas traseras por todo el campo de maniobras y eludió a los cirujanos que iban detrás en un intento de apaciguarla. Chenery era de poca ayuda, pues se había pasado encerrado en sí mismo los días transcurridos desde que se fueron al traste sus primeras esperanzas y el capitán Little se pasaba bebido la mayor parte del día y habría estado feliz de subir a bordo de la *Allegiance* e irse a pesar de los funestos avisos que le habría hecho Keynes.

Acabaron convenciendo a la dragona de no volar gracias a la presencia tentadora de un par de corderos guisados a toda prisa por Gong Su y sazonados con semillas de pimienta local que eran del agrado de Temerario. Nadie se atrevió a sugerir esta vez

que no se le permitiera comer y los devoró con tanta avidez que ella, una comensal muy delicada por lo general, roció el terreno circundante con trozos de comida y vísceras.

Temerario la observó con envidia: no solo era que a él únicamente se le había permitido paladear esa cocción tan grata a su paladar, sino que tenía el estómago revuelto después de tanta catadura y aventura gastronómica, así que Keynes le había puesto una estricta dieta de carne a la brasa que ahora se le hacía demasiado sosa.

—Bueno, pero por lo menos ya hemos encontrado la cura, ¿verdad?

Dulcia se sumió en un letargo cuando hubo terminado el ágape y enseguida se puso a roncar; se apreciaba en su respiración una cierta sibilancia, lo cual ya suponía una mejora, pues en los últimos tiempos ya no había sido capaz de respirar por la boca.

Keynes acudió y se sentó en un tronco junto a Laurence, donde reposó y se secó el sudor del rostro enrojecido con un pañuelo mientras refunfuñaba, contrariado.

—Ya vale, vale de dar la nota. ¿Ninguno de ustedes se ha aprendido la lección? Los pulmones no están limpios, ¡en absoluto!

El viento trajo durante la noche unos densos nubarrones, así que al despertar se encontraron con un buen aguacero y todo el terreno embarrado. Seguía imperando un bochorno desagradable y pegajoso, por culpa del cual la humedad se adhería a la piel como si fuera sudor.

La Cobre Gris empeoró otra vez. Después de los alegres retozos del día anterior, estaba más baja de ánimo y muy cansada. Y los dragones se pusieron a estornudar como no lo habían hecho nunca. Incluso Temerario suspiraba y se estremecía mientras intentaba hurtar el cuerpo al aguacero todo lo posible y sacudirse de encima el agua de lluvia, pues se le acumulaba en los huecos de los huesos y los músculos.

—Cuánto echo de menos China —dijo con tristeza mientras recogía su comida humedecida, ya que Gong Su no había sido capaz de secar por completo el esqueleto de un antílope.

Los aviadores desayunaron dentro del castillo.

—Ha de haber algo más, Laurence, y vamos a encontrarlo —insistió Catherine Harcourt mientras le pasaba una taza de café.

Él la aceptó mecánicamente y se sentó entre los demás. Almorzaron todos en un silencio solo roto por el trajín de cuchillos y tenedores sobre los platos. Ninguno de los comensales pidió ni ofreció el salero. Chenery solía ser el alma de la fiesta y fuente de animación, pero esa mañana tenía bolsas amoratadas debajo de los ojos, como si le hubieran propinado una paliza en la cara, y Berkley ni siquiera apareció a desayunar.

Keynes hizo acto de presencia en la sala, donde entró pisando fuerte con los zapatos limpios de barro pero el sobretodo empapado por la lluvia y rastros de

blancuzcas flemas dragontinas.

—Muy bien, debemos encontrar más cosa de esa —anunció con respiración jadeante. Los aviadores le miraron atónitos ante el tono de voz del recién llegado, que los fulminó con la mirada antes de admitir a regañadientes—: Maximus puede respirar otra vez.

Todos salieron corriendo por la puerta al oír aquello.

Keynes se arrepintió de haberles dado incluso esa expectativa y aguantó impertérrito el ruego de mayor información, aun cuando podían acudir adonde el Cobre Regio reposaba la cabeza y comprobar por sí mismos la morosa sibilancia del dragón al respirar por las fosas nasales, y otro tanto podía decirse de Dulcia. Ambos alados tosían sin cesar, pero todos los capitanes se mostraron de acuerdo en que la tos tenía un sonido totalmente distinto: ahora parecía saludable y satisfactoria frente al estertor húmedo e interminable de los pulmones, o al menos se las ingeniaron para convencerse de eso unos a otros.

Sin embargo, Dorset seguía tomando sus notas diarias implacablemente y los cirujanos prosiguieron con los demás experimentos: le ofrecieron a Lily una suerte de crema hecha de bananas verdes y pulpa de coco, pero esta se negó en redondo a comérsela en cuanto se tragó el primer bocado; convencieron a Messoria de que se recostase sobre un lado a fin de ponerle un montón de velas y dejar que se derritieran como modo de calentarle la piel, sin otro efecto aparente que el de dejarle sobre la piel grandes estrías de cera. Una matrona khoisánida de pelo entrecano se presentó a las puertas del campamento arrastrando un barreño de la colada que tenía casi su mismo tamaño, lleno hasta el borde de un preparado hecho con hígado de mono. Sabía cuatro palabras de holandés, pero eso le bastó para convencerlos de que les había traído un remedio infalible para cualquier tipo de enfermedad. Immortalis le dio un chupetón sin entusiasmo y dejó el resto, con lo cual no les quedaba otro remedio que pagarlo por todo. Dulcia se lanzó sobre el barreño, lo dejó limpio y luego se puso a buscar más.

El apetito de la Cobre Gris había aumentado a pasos agigantados desde que recuperó el sentido del gusto y cada día tosía menos, hasta el punto de que al final del quinto día casi no tosía, a excepción de alguna que otra expectoración suelta. Maximus tosía un poco más, pero hubo noticias de su mejoría hacia el final de la semana: el estruendo de unas llamas y unos alaridos de terror los despertaron en medio de la noche, justo a tiempo de descubrir que Maximus, con aire de culpabilidad, se esforzaba en regresar sin ser visto a los campos de entrenamiento, y esperaba conseguirlo a juzgar por el hecho de que llevaba en las fauces ensangrentadas un buey de reserva. Se lo tragó casi entero en cuanto se supo observado y luego fingió no saber de qué le hablaban, insistiendo en que solo había ido a estirar las patas y acomodarse mejor.

Al llevar la cola a rastras, el Cobre Regio había dejado en el suelo un inequívoco rastro salpicado con numerosas manchas de sangre que conducía hasta un pastizal rodeado por una valla aplastada y un establo cercano, el cual se había venido abajo y los propietarios estaban que trinaban por la pérdida de un valioso tiro de bueyes.

—El viento cambió de dirección —confesó al fin Maximus, una vez enfrentado a la evidencia—, y olían tan bien, y hacía tanto que no había probado carne fresca cruda sin especias.

—¡Alma de cántaro! ¿Cómo has podido creer que no íbamos a darte de comer lo que ti te gusta? —le regañó Berkley sin la menor muestra de acaloramiento mientras le daba unas palmadas de forma un tanto exagerada—. Mañana te traeremos dos bueyes.

—Y deja de darnos excusas para no comer como es debido durante el día cuando luego te vas de noche a rondar por ahí como un león para llenar la tripa —añadió Keynes con algo más de mala leche, pues por una vez se había acostado a una hora prudencial después de haberse pasado sentado casi todas las noches para vigilar el suelo de los dragones—. ¿Por qué no se te ocurrió contárselo a alguien? No te entiendo, no me cabe en la cabeza.

—No quería despertar a Berkley, últimamente no ha comido bien —contestó Maximus con total sinceridad. La acusación provocó un ataque de risa en su cuidador, que había perdido dos *stones* más de peso desde su llegada a El Cabo.

A partir de ese momento alimentaron al Cobre Regio con la tradicional dieta británica de ganado recién sacrificado, aunque de vez en cuando le echaban un poco de sal, y comenzó a ingerir alimento a un ritmo realmente apreciable que ocasionó estragos en los rebaños locales y en el bolsillo de los aviadores hasta que al final apelaron a Temerario para que se dirigiera hacia el norte de El Cabo y cazara para Maximus entre las grandes manadas de búfalos cafres, aunque, en opinión del apenado Cobre Regio, no eran tan sabrosos.

A esas alturas, Keynes ya había dejado de simular descontento y todo el grupo se había embarcado en la misión de buscar más de aquellos malditos hongos. Los pilluelos de la zona habían renunciado a la búsqueda y su regreso se diría de lo más improbable: ninguno parecía dispuesto a perder su tiempo en esa búsqueda tan azarosa por mucho dinero que estuvieran dispuestos a ofrecer Laurence y sus compañeros.

—Podemos encargarnos de ello, supongo… —sugirió Catherine, no muy convencida de sus palabras.

Laurence y Chenery formaron una partida de hombres, reclutaron a Dorset para asegurarse de la identidad del hongo y se dirigieron a los campos menos removidos. El resto de los capitanes no se mostraron dispuestos a alejarse de sus dragones enfermos y Berkley no estaba en condiciones de patearse media selva, por mucho que

él se ofreciera a ir.

—No es necesario, viejo amigo —le dijo Chenery, desbordante de jovialidad, estaba más alegre que unas castañuelas, y le dio ánimos—. Vamos a arreglárnoslas, tú harías bien en quedarte a comer con tu dragón; él tiene razón: necesitas engordar un poco.

Acto seguido, procedió a vestirse del modo más estrafalario posible: se desentendió de la casaca y se ató el lazo en torno a la cabeza para mantener el sudor lejos del rostro, y por último se armó con un viejo sable de caballería encontrado en la armería del castillo. La apariencia resultante no habría disgustado a un pirata de mala fama, pero al entrar en el claro se encontró con Laurence, que le estaba esperando todo peripuesto con una casaca, el lazo anudado en torno el cuello y sombrero, y Chenery le miró con una expresión tan llena de reservas como la que el mismo Laurence, con más tacto, estaba reprimiendo.

Los dragones se dirigieron hacia el norte, sobrevolaron la bahía con la Montaña de la Mesa a su espalda y pasaron por encima de la centelleante *Allegiance*, cruzaron los bajíos, similares a trozos dispersos de vidrio verde, y al llegar a la otra orilla acortaron el trayecto pasando por encima del extremo de la curva de la playa de arenas doradas; entonces viraron en dirección noreste, hacia el continente, hacia la montaña de Kasteelberg, un largo y solitario caballón montañoso que sobresalía en medio de la fértil planicie; se trataba de un afloramiento que anunciaba las cadenas montañosas situadas más en el interior.

Chenery abrió la marcha a lomos de Dulcia, cuyas banderas flameaban exultantes al viento mientras pasaban cerca de varios asentamientos y una franja boscosa. La dragona marcó un ritmo vivo y desafiante que obligó a esforzarse a Temerario para mantenerse a una distancia en la que las tripulaciones pudieran hablar entre sí hasta la hora de cenar, cuando la dragona se posó a regañadientes sobre la ribera de un río quince kilómetros más lejos de las montañas que eran su objetivo y donde tenían intención de detenerse.

Los hongos en cuestión parecían crecer en El Cabo y sobrevolaban un territorio totalmente desconocido, todo eso hizo dudar a Laurence de la conveniencia de alejarse tanto en el interior, pero no se atrevió a decir nada al ver cómo Dulcia estiraba las alas al sol y bebía grandes tragos de agua en un riachuelo próximo; podía verse cómo bajaba el agua por el cuello de la dragona hasta que esta echó la cabeza hacia atrás tan contenta que soltó un surtidor de agua. Chenery rió como un niño y apretó la mejilla contra la pata delantera de la Cobre Gris.

Entonces se oyó un fortísimo rugido procedente de los matorrales, no era el redoble atronador típico de los dragones, similar al sonido de un tambor y un fagot tocando juntos, sino un resoplido entrecortado muy hondo, tal vez como protesta a la invasión de su territorio. Temerario plegó las alas y ladeó la cabeza para escuchar

mejor mientras preguntaba:

—¿Eso de ahí son leones? Nunca he visto ninguno.

No era de extrañar, pues los leones no tenían nada que disputarles y por asombrados que pudieran estar no iban a ponerse nunca al alcance de un dragón.

—¿Son muy grandes? —inquirió Dulcia con ansiedad. Ni ella ni Temerario parecían muy entusiasmados con la idea de dejar que sus tripulaciones continuasen a pie por la cubierta vegetal a pesar de la partida de fusileros del castillo que habían traído para protegerse—. Quizá deberíais quedaros con nosotros.

—¿Cuántos hongos hemos visto desde el aire? —repuso Chenery—. Tenéis que tomaros un buen descanso y quizá comer algo. Estaremos de vuelta en un periquete. Nos las arreglaremos perfectamente si nos encontramos con algún león: nos llevamos seis fusiles, querida.

—Pero… ¿y si son siete leones? —adujo Dulcia.

—Entonces tendremos que usar las pistolas —le contestó Chenery alegremente; sacó la suya de la cartuchera y la recargó delante de la dragona para tranquilizarla.

—Ni un león se nos va a poner a tiro, te lo prometo —le aseguró Laurence a Temerario—. Van a salir corriendo en cuanto oigan el primer disparo y encenderemos una bengala si os necesitamos.

—Vale, siempre que tengas cuidado —contestó el Celestial, y apoyó la cabeza sobre las patas delanteras con desconsuelo.

El viejo sable de Chenery vino muy bien para abrirse en la floresta, ya que, a juicio de Dorset, el lugar más probable para hallar el hongo era un suelo húmedo y fresco, pero solo vieron un antílope en los huesos y bandadas de pájaros, todos ellos se asustaron al oír el ruido de su avance, lo cual se les antojó increíble.

El sotobosque era prácticamente impenetrable, pues, ocultos a traición entre un mar de hojas verdes, proliferaban en aquel los espinos, cuyas largas espinas superaban los siete centímetros y eran puntiagudas como agujas. Estaban por todas partes, derribando enredaderas y desgajando ramas, salvo cuando, de tanto en tanto, se tropezaban con el sendero abierto por algún gran animal, que dejaba tras él árboles descortezados con heridas por las que supuraba la savia. Dorset no les dejó seguir las trochas por mucho rato ante el temor de encontrarse con los autores de las mismas, probablemente elefantes. En cualquier caso, el cirujano albergaba serias dudas de que fueran a localizar muchos hongos a cielo abierto.

A la hora de la cena tenían mucho calor y se hallaban extenuados; ninguno de ellos se había librado de la punzada de las espinas y todos tenían múltiples raspaduras y arañazos de trazo sanguinolento, y estarían completamente perdidos de no ser por las brújulas, pero porfiaron y siguieron hasta que al fin Dyer, el que menos había sufrido de todos por ser un niño delgado y tener menos corpulencia, profirió un grito de triunfo y se lanzó en plancha hacia el suelo, donde se retorció y culebreó debajo de

otro espino y al cabo de unos instantes volvió a salir sosteniendo en alto un espécimen que había crecido en la base de un árbol muerto.

Era bastante pequeño, tenía solo dos sombreros y estaba cubierto por una capa de tierra apelmazada, pero dicho éxito les devolvió las fuerzas de inmediato y, tras vitorear a Dyer y compartir un vaso de grog, se lanzaron de inmediato a la tarea de hallar más entre los matojos.

—¿Cuánto tiempo supones que va a llevar por cada dragón en Inglaterra? Porque si hemos de encontrar todas las setas a esta velocidad…

Le interrumpió un crujido no muy fuerte, similar al chisporroteo producido por unas gotas de agua en una sartén al rojo vivo y al otro lado de la mata se oyó una tos baja y dispéptica.

—Cuidado, con cuidado —dijo Dorset, y entre tartamudeos, repitió la palabra cuando Riggs se acercó. Libbley, el primer teniente de Chenery, extendió el brazo con la palma hacia arriba y su capitán le entregó el sable—. Tal vez sea…

Se detuvo. Libbley había separado una maraña de moho con un sablazo y Riggs mantenía sujetas unas ramas, y al otro lado del espacio abierto los contemplaban unos relucientes ojillos negros de aspecto porcino situados a ambos lados de una enorme cabeza recubierta por una correosa piel gris llena de rugosidades con dos enormes cuernos al extremo del hocico, cerca de su extraño labio plano en forma de hacha que movía como un rumiante al masticar. No era muy grande en comparación con un dragón, pero sí si se le comparaba con un buey o incluso con un búfalo cafre: tenía un cuerpo compacto descomunal y los pliegues de su piel gris le conferían la apariencia de ser un animal blindado.

—¿Es un elefante? —preguntó Riggs a media voz, volviendo la cabeza.

Entonces, la criatura soltó un bufido, humilló la testa para poner los cuernos por delante y se abalanzó sobre ellos a una velocidad sorprendentemente elevada para un animal de su corpulencia, aplastando todo el matorral como si nada.

Se levantó un confuso y vibrante clamor de gritos y alaridos. Laurence tuvo la entereza de espíritu justa para agarrar a Emily y Dyer por el cuello de sus respectivas camisas y tirar de ellos hasta ponerlos detrás de los árboles; solo después buscó a tientas la pistola y echó mano al sable, pero ya era demasiado tarde: la bestia ya había embestido enloquecida y había seguido su curso sin darles tiempo a disparar una sola bala.

—Era un rinoceronte —le contestó Dorset con calma—. Son cortos de vista y tienen malas pulgas, o eso creo haber leído. ¿Puede darme el lazo de su cuello, capitán Laurence?

El interpelado le buscó con la mirada y le descubrió muy atareado con la pierna de Chenery: una gruesa rama con picos le sobresalía a la altura del muslo y por la brecha manaba sangre a borbotones. El cirujano rasgó la tela de los pantalones con un

bisturí de doble filo ideado para las delicadas membranas de las alas de los dragones, y usó la punta con destreza para realizar una habilidosa ligadura en la palpitante vena. Después, pasó el lazo en torno el muslo un buen número de veces.

Entre tanto, Laurence había dado instrucciones para preparar una litera con ramas de árboles y los sobretodos.

—Es un simple rasguño —dijo Chenery, restándole importancia—, no molestes a los dragones, por favor.

Laurence no le hizo ningún caso cuando Dorset desdijo al herido con un movimiento de cabeza y lanzó una bengala azul; luego, instó a Chenery:

—Ahora, tiéndete. Estoy seguro de que van a venir enseguida.

Y casi de inmediato se les vino encima la sombra de unas alas de dragón, correspondiente a la forma de Temerario recortada contra el sol. El contorno era demasiado brillante para mirarlo directamente. Los arbustos y las ramas de los árboles chasquearon y se astillaron bajo su peso cuando el dragón se posó y enseguida asomó la cabeza muy cerca de ellos olisqueando, era una testuz de piel rojiza provista con un juego de diez marfileños colmillos curvos en el labio superior.

En absoluto era Temerario.

—Dios nos ampare —se le escapó a Laurence mientras echaba mano a la pistola.

La criatura era del color rojizo del lodo con manchas dispersas de amarillo y de gris; venía a tener un tamaño similar al del Celestial, era mayor de lo que jamás había imaginado ver a un dragón salvaje con tanta alzada hasta la cruz y unos hombros tan grandes, y además, contaba con una doble hilera de pinchos.

—Otra, Riggs, dispare otra…

El dragón siseó irritado cuando Riggs soltó una segunda bengala y se puso a batear, pero ya era tarde para alcanzar la estela del resplandor que proyectaba una luz azul por encima de ellos. Después, volvió la cabeza en su dirección, entrecerró aquellos ojos amarillentos cargados de violencia y enseñó las fauces.

Entonces, Dulcia apareció de entre el dosel de árboles.

—Chenery, Chenery —gritó y se abalanzó contra la cabeza del dragón salvaje y se puso a arañarle como una posesa.

El otro retrocedió en un primer momento, sorprendido por la ferocidad del imprudente ataque de Dulcia, pero le devolvió un mordisco a una velocidad sorprendente, tanto que le atrapó el borde del ala entre los dientes y la zarandeó de un lado para otro. La Cobre Gris chilló de dolor, pero cuando él la soltó, aparentemente satisfecho de que la dragona hubiera aprendido la lección, esta se lanzó a por él como una bala y enseñando los dientes a pesar de que los hilillos de sangre negra que manaban por el patagio habían acabado por formar una red.

Con aire confundido, el dragón rojo retrocedió unos pocos pasos lo mejor posible, teniendo en cuenta la presión del cercano bosque, aplastó unos cuantos árboles con

las posaderas y le siseó otra vez. La Cobre Gris se interpuso entre ellos y el montaraz con las alas extendidas en ademán protector al tiempo que se encabritaba sobre los cuartos traseros todo lo posible y ponía las garras por delante.

Aun así, Dulcia parecía un juguete en comparación con el corpachón de su enemigo y este, en vez de atacarla, se sentó y se rascó el hocico con la pata delantera en actitud de confusión y vergüenza. Laurence conocía esa expresión, se la había visto a Temerario para expresar cierto rechazo a la idea de pelear contra un alado mucho más pequeño, consciente de la diferencia en tamaño y clase, pero a su vez los dragones más pequeños no presentaban batalla a los grandes, al menos por lo general, sin el apoyo de otros para hacer más nivelado el enfrentamiento. La seguridad de su capitán era el único motivo que inducía a Dulcia a comportarse de ese modo.

Entonces, Temerario proyectó sobre ellos su sombra y el dragón salvaje levantó bruscamente la cabeza, erizó los pelos del lomo y se lanzó al aire para hacer frente a una nueva amenaza, siendo esta un adversario de su talla. Laurence no podía ver muy bien los lances de ese enfrentamiento por mucho que levantara el cuello y lo intentara; ellos debían vérselas con Dulcia, que, en su ansiedad por ver a Chenery y evaluar el estado de sus heridas, se había puesto demasiado cerca e interfería sin cesar.

—Ya es suficiente, subámosle a bordo —indicó Dorset, llamándola al orden con golpecitos en el pecho hasta que la dragona retrocedió—. Debemos ponerle en el cordaje del vientre. Hay que sujetarle como es debido.

La partida procedió a asegurar la improvisada litera.

Entre tanto, en lo alto, el dragón salvaje atacaba y se retiraba a toda velocidad en una especie de medios arcos, siseando y soltando un ruido seco muy similar al de una tetera puesta a hervir. El Celestial se mantuvo inmóvil en el aire, aleteó para permanecer allí suspendido como solo eran capaces de hacer los dragones chinos y extendía al máximo la gorguera cuando hinchaba el pecho tanto como era capaz de hacerlo.

De pronto, el alado africano se alejó una distancia equivalente a varias veces su longitud de alas y esperó en esa posición hasta que Temerario le soltó su atronador rugido: los árboles se estremecieron al sentir la fuerza del mismo y aquello dio paso a una verdadera lluvia de hojas. A los hombres de debajo les cayeron todas las que habían estado atrapadas en el dosel, y también unos cuantos frutos con forma de salchicha bastante desagradables a la vista, que impactaron muy fuerte contra el suelo, donde se quedaron bien hundidos. Hyatt, el guardiadragón de Chenery, se sobresaltó y profirió un juramento mientras se miraba los hombros. Laurence se sacudió el polvo y el polen de los ojos, bizqueando medio ciego. Mientras, el dragón rojo pareció tan impresionado como cabía esperar y tras sopesar la situación durante unos instantes, salió volando hasta perderse de vista.

Subieron a Chenery a bordo en un abrir y cerrar de ojos, y acto seguido emprendieron vuelo a Ciudad del Cabo. Dulcia se pasó todo el vuelo estirando el cuello hacia abajo para ver cómo aguantaba su capitán. Le bajaron al suelo en el patio de armas del castillo y le condujeron al interior del mismo a fin de que pudiera examinarle el médico del gobernador.

Laurence se hizo cargo del único hongo que habían conseguido tras todo un día de trabajo. Keynes lo contempló con gravedad y al final dijo:

—Está claro, es para Nitidus; si debemos preocuparnos por los dragones salvajes, incluso tan cerca de la ciudad, debéis contar con un pequeño dragón que os lleve a los bosques, y Dulcia no va a ir muy lejos mientras Chenery se encuentre tan grave.

—Esa maldita seta crece debajo de los arbustos —repuso Laurence—. No vamos a poder localizarla a lomos de un dragón.

—Tampoco pueden ustedes permitir que les vapuleen los rinocerontes ni les coman los dragones —espetó Keynes—. Una cura cuyo precio de adquisición consiste en perder más dragones de los que sana no nos sirve, capitán.

Y se marchó dando zancadas con la muestra para entregársela a Gong Su y que este la preparase.

Warren tragó saliva cuando escuchó la decisión de Keynes y lo manifestó, pero con una voz apenas audible:

—Lily debe tenerla.

—No vamos a discutir con los cirujanos, Micah —intervino Catherine con determinación—. El señor Keynes debe tomar ese tipo de decisiones.

—Tal vez podamos experimentar cómo alargar la dosis una vez que dispongamos de más ejemplares, pero en este momento necesitamos disponer de una fuerza de dragones para conseguir más hongos y no confío en que tan poca dosis vaya a hacer efecto a una dragona tan grande como Lily. Durante las próximas semanas Maximus solo va a estar en condiciones de hacer unos vuelos cortos y cómodos.

—Le comprendo perfectamente, señor Keynes. No hablemos más de este tema —contestó Harcourt, zanjando el asunto.

Administraron el ponche a Nitidus y Lily continuó tosiendo de forma patética. Su capitana permaneció sentada junto a ella toda la noche, acariciándole el hocico y haciendo caso omiso al grave peligro de verse alcanzada por las salpicaduras de ácido.

Capítulo 8

—Inverosímil, totalmente inverosímil —contestó Dorset con severidad cuando Catherine, desesperada, sugirió dos semanas después que tal vez ya habían consumido todos los hongos existentes.

A pesar de su inclinación a seguir tosiendo cuando ya no tenía ganas, Nitidus se recobró más deprisa aún que Dulcia, pues se había quejado como el que más, pero había sufrido bastante menos que la mayoría de los dragones.

—He vuelto a notar la cabeza un poco espesa esta mañana —comentó, tan quejica como siempre; cuando no era eso, le ardía la garganta o le dolían los hombros.

—Era de esperar —le explicó Keynes poco antes de que acabara la semana cuando le había administrado la cura—. Te has pasado meses y meses tendido sin ejercitarte de forma adecuada —el cirujano se volvió hacia Warren y le espetó—: Harías bien en llevarle a dar una vuelta mañana, y ya basta de quejas.

Y se alejó de allí pisando fuerte.

Con tan alentadoras palabras renovaron enseguida la búsqueda interrumpida por el accidente de Chenery, pero, eso sí, redujeron el radio de acción a las inmediaciones de El Cabo, y lo cierto fue que no se encontraron a ningún dragón tras dos semanas largas de batida, y tampoco hallaron ninguna seta. La desesperación los indujo a llevar otras variedades de hongos no muy diferentes en apariencia, pero dos de ellos resultaron ser letales de necesidad para los peludos roedores locales que Dorset utilizaba como cobayas.

Keynes palpó los cuerpecillos aovillados de los roedores y sacudió con la cabeza.

—Nada de correr riesgos. Ya tuvisteis una suerte inmensa la primera vez no envenenando a Temerario con la seta de marras.

—Y entonces, ¿qué diablos hacemos? —inquirió Catherine—. Si no hay más para…

—Lo habrá —respondió Dorset con seguridad.

Y por su parte, Laurence acudió todos los días al mercado, donde hacía su ronda y obligaba a todos los comerciantes y tenderos a mirar un dibujo del hongo abocetado a lápiz y tinta. Esa insistencia acabó por tener su recompensa: los mercaderes habían acabado de él hasta las narices y uno de los vendedores khoisánidos, capaz de contar hasta diez en inglés y en holandés, lo único necesario para vender sus productos, le arrastró hasta las puertas del reverendo Erasmus y le pidió ayuda para poner freno a ese incesante acoso.

—Desea hacerle saber a usted que el hongo no crece aquí, en El Cabo, si es que le

he entendido bien —le explicó Erasmus—, pero que el pueblo xhosa…

El mercader le interrumpió al oír aquello y, lleno de impaciencia, repitió un nombre bastante diferente incorporando una serie de extraños chasquidos consonánticos que al principio le recordó algunos de los del durzagh, muy difíciles de reproducir para la lengua del hombre.

—Como se llame —dijo Erasmus tras otro intento de repetir correctamente el nombre en cuestión—, se refiere a una tribu que vive junto a la costa y tienen bastante trato con el interior. Tal vez ellos sepan dónde puede haber más.

El aviador se puso a ampliar esta información; sin embargo, no tardó en descubrir que el contacto con esas tribus iba a ser extremadamente difícil, pues los miembros de las tribus que habían morado cerca de El Cabo se habían ido retirando más y más de los asentamientos holandeses después de la última oleada de ataques europeos —no sin provocación, cierto es—, unos ocho años atrás, y ahora habían sellado una difícil tregua con los colonos, rota a menudo, y solo era posible tratar con ellos en la mismísima frontera.

—Han firmado un tratado tras otro por darse el gusto de robarnos el ganado: perdemos reses una o dos veces al mes —le explicó el señor Rietz. Él y Laurence se comunicaban en un alemán balbuceado por ambas partes.

Rietz era uno de los mandamases de Swellendam, una de las más antiguas villas de El Cabo, y aun así, más próxima al continente que cualesquiera otras que los colonos hubieran levantado después. Se hallaba al abrigo de una cadena montañosa y eso impedía las incursiones de los montaraces. Los viñedos y las tierras de labranza se arracimaban en torno a las pulcras y compactas casas de paredes encaladas. Las únicas en extenderse eran las tierras de las granjas fuertemente fortificadas.

Los colonizadores se mostraban muy precavidos con respecto a los dragones salvajes que a menudo venían de las montañas, y habían construido en el centro un pequeño fuerte provisto con dos cañones de seis libras con el fin de hacerles frente, y también se mostraban muy resentidos con sus vecinos de color, de quienes Rietz dijo:

—Los cafres son todos unos granujas, más allá del nombre pagano que les apetezca ponerles y los prevengo contra posibles tratos con ellos. Son salvajes y lo más probable es que vayan a asesinarlos mientras duermen si eso los beneficia.

La presencia del Celestial en las afueras de la villa suponía una coacción silenciosa pero eficaz gracias a la cual el hombre habló largo y tendido; sin embargo, Rietz consideró que había dicho bastante y se negó a ser de más ayuda, así que se sentó en silencio y esperó a que el inglés se rindiera y le dejara volver a sus cuentas.

Cuando se reunió con Temerario, el dragón le habló con verdadera admiración.

—Tienen unas vacas fantásticas, Laurence. No puedes echarles la culpa a los montaraces por llevárselas, cuando ellos no saben hacer otra cosa y las vacas están ahí, en el corral, provocando, sin hacer nada. Oye, ¿cómo vamos a encontrar a esos

xhosa sin la ayuda de los colonos? Tal vez podríamos volar para buscarlos desde el cielo, ¿no?

La sugerencia les garantizaba no verles el pelo a las gentes de las tribus; estas debían desconfiar mucho de los alados, pues tanto ellos como los colonos podían sufrir los ataques de los dragones.

El general Grey soltó un bufido cuando el aviador volvió a Ciudad del Cabo en busca de una alternativa e informó de la reacción de Rietz.

—Ya, e imagino que si se topara usted con algún miembro del pueblo xhosa formularía exactamente las mismas quejas, pero a la inversa. Siempre están robándose ganado unos a otros y solo están de acuerdo en una cosa, supongo: en quejarse de que los dragones salvajes son peores. Mal asunto —añadió—, es un mal asunto, porque esos colonos desean con desesperación más praderías y no pueden tenerlas, y no les queda otra alternativa que estar a la greña con las tribus por la tierra que a los montaraces no les importa dejarles.

—¿Y no hay modo de detener a los dragones? —se interesó Laurence.

Precisamente él no sabía cómo manejar a los montaraces; en Inglaterra los habían instado a mantenerse en los campos de cría mediante el sistema de proporcionarles presas fáciles de forma regular.

—No, ese sistema no funcionaría aquí: hay demasiada caza salvaje —explicó Grey—. En cualquier caso, no iban a dejar en paz a los asentamientos y de eso hemos tenido suficientes ejemplos que lo atestiguan. Todos los años unos cuantos jóvenes alocados organizan una campaña en el interior, una campaña que jamás sirve para nada —el vicegobernador se encogió de hombros—. No vuelve a saberse nada de esos aventureros y, por supuesto, se echan las culpas al gobierno por su inacción, pero ninguno de ellos entiende el coste y la dificultad de la empresa. No podría comprometerme a controlar un territorio más amplio sin contar al menos con una formación de seis dragones y dos compañías de artillería de campaña.

Laurence asintió. Era muy poco probable que el Almirantazgo le enviase semejantes refuerzos en aquel instante o, ya puestos a pensarlo, en un futuro inmediato. Si se dejaba aparte los estragos de la epidemia, que había dejado en cuadro a la Fuerza Aérea, cualquier fuerza significativa iba a ser destinada a la guerra contra Francia, por supuesto.

Esa misma noche, Laurence informó a la capitana Harcourt con tono grave de su fracaso.

—Vamos a tener que arreglárnoslas como mejor podamos —repuso Catherine—. Seguro que el reverendo Erasmus puede ayudarnos; es capaz de hablar con los nativos y tal vez ese mercader sepa dónde podemos encontrarlos.

Con tal propósito, Laurence y Berkley se dirigieron a la misión, ya muy transformada desde la última visita del primero: el lote de tierra se había convertido

en un precioso huerto lleno de tomates y pimientos. Unas cuantas muchachas khoisánidas de discretas enaguas negras trabajaban en los surcos, atando las tomateras a unas estacas mientras que otro grupo se dedicaba a coser diligentemente bajo un amplio árbol de mimosa. La señora Erasmus y otra misionera, una mujer blanca, se turnaban para leerles una Biblia ya traducida a su idioma.

La casa estaba atestada de estudiantes que se afanaban en escribir sobre trozos de pizarra, pues el papel era demasiado valioso para emplearlo en un ejercicio. Erasmus acudió y paseó con ellos en el exterior, pues dentro del edificio no había espacio para hablar. Los aviadores le expusieron el caso.

—Estoy en deuda con usted por habernos facilitado el pasaje hasta aquí —le explicó a Laurence—, no lo he olvidado, créame, capitán, y nada me alegraría más que serle de utilidad, pero existen muchas menos similitudes entre la lengua khoisánida y la xhosa que entre el alemán y el francés, y yo ni siquiera hablo con fluidez la primera. Hannah lo hace un poco mejor, y los dos recordamos algo de nuestras respectivas lenguas nativas, pero eso sería de poca utilidad: nos raptaron de tribus situadas mucho más al norte.

—Aun así, tiene usted más posibilidades que nosotros de darle a la sinhueso con ellos —espetó Berkley—. No puede ser tan difícil hacerles entender algo sencillo a esta gente: tenemos un cacho de la seta esa, basta con levantarla delante de sus narices, mostrársela y decirles lo que queremos.

—Esa gente son vecinos de los khoisánidos así que seguramente habrá alguien entre ellos que chapurree un poco su lengua, y eso abriría un poco las posibilidades de comunicarnos, ¿no? Podemos probar, solo —añadió—, inténtelo: un fracaso no va a dejarnos peor de lo que ya estamos.

Erasmus se detuvo ante la puerta del jardín, desde donde observó a su esposa mientras leía los Evangelios a las jóvenes, y entonces, en voz baja, comentó en tono pensativo:

—No he oído de nadie que haya llevado la palabra de Dios a los pueblos xhosa.

A pesar de tener prohibida la expansión hacia el interior del continente, los colonos habían ido avanzando poco a poco por la costa oriental de Ciudad del Cabo. El río Tsitsikamma, a unas dos jornadas largas de vuelo, había devenido en una suerte de frontera entre los territorios de holandeses y xhosa, aunque el único asentamiento cercano a la misma era el de la bahía de Plettenberg, y si los guerreros xhosa merodeaban entre la maleza cinco pasos más allá de los límites de las aldeas más alejadas, como se imaginaban muchos de los colonos, ninguno estaba dispuesto a ir a averiguarlo, pero lo cierto era que los nativos se habían visto expulsados al otro lado del río en el curso del último enfrentamiento y puesta en el mapa era una línea conveniente, así que el caudal había dado nombre a los tratados.

Temerario voló ceñido a la línea de la costa, una extraña y hermosa sucesión de

acantilados bajos y curvos poblados de una frondosa vegetación verde y en algunos lugares se extendían a sus pies líquenes de colores rojo y crema y grandes rocas marrones, y playas de arena dorada, algunas de ellas plagadas de pingüinos chaparrudos demasiado pequeños para alarmarse al verles pasar en lo alto: ellos no eran presa propicia para los dragones. Al final del segundo día cruzaron la laguna de Knysna, cobijada detrás de su angosta desembocadura en el océano por unos montículos de arenisca, y a última hora de la tarde llegaron a orillas del Tsitsikamma, los límites verdosos de su cauce serpenteaban hacia el interior del continente.

Por la mañana, antes de cruzar el río, anudaron dos sábanas blancas a unos palos bastante largos a modo de banderas de tregua con el fin de evitar cualquier provocación y las fijaron a ambos flancos de Temerario; después, se adentraron en territorio xhosa, cuyo suelo sobrevolaron con precaución hasta aterrizar en un claro lo bastante espacioso y visible con el propósito de permitirles ver a Temerario desde lejos, y dividido por un arroyuelo de aguas rápidas: no era un obstáculo insalvable, pero venía a ser una frontera destinada a proporcionar alguna tranquilidad a alguien que estuviera al otro lado.

Laurence había llevado consigo una pequeña pero sustancial suma de guineas de oro así como una amplia variedad de objetos usados comúnmente en el regateo de la zona con la esperanza de poder tentar a los nativos, y sobre todo, del más importante: varios collares hechos con conchas de cauri unidas por hilos de seda; en algunas partes del continente llegaban a usarse como moneda en circulación y la noción de su valor se hallaba muy extendida. Temerario, por una vez, no quedó nada impresionado: las conchas no eran de brillantes colores ni relucientes ni iridiscentes y, por tanto, no despertaban ese instinto suyo de urraca; miró con bastante más interés una fina cadena de perlas con la que Catherine había contribuido a la causa.

La dotación extendió tan variopinta colección sobre una amplia cobija cerca de la orilla del arroyuelo con el fin de que fuera fácilmente visible para un observador desde la otra, pues esperaban obtener alguna respuesta de este modo. Temerario se agazapó cuanto pudo y se dispusieron a esperar. Habían armado un buen escándalo durante el viaje para asegurarse de ser vistos, pero la región era muy amplia, solo para alcanzar el río habían necesitado dos días de vuelo; por ello, Laurence no era optimista.

Pasaron allí toda la noche sin conseguir respuesta alguna y otro tanto ocurrió a lo largo del día siguiente, salvo que Temerario se fue de caza y regresó con cuatro antílopes. Montaron un espetón para asarlos, con no demasiado éxito, pues Gong Su se había quedado en el campamento para preparar la comida de los dragones aún enfermos, y el joven Allen, destinado a darle vueltas al asador, se despistó, con tan mala suerte que estaban todos un tanto chamuscados por un lado y demasiado poco hechos por el otro. Temerario echó hacia atrás la gorguera en señal de desaprobación;

el dragón estaba desarrollando un paladar excesivamente fino, un hábito de lo más desafortunado para un soldado.

El tercer día transcurrió tan tórrido y sofocante como los anteriores y los hombres empezaron a aplatanarse poco a poco, en silencio. Emily y Dyer se pusieron a garabatear en sus pizarras sin el menor entusiasmo y Laurence hacía acopio de voluntad de tanto en cuanto para levantarse y pasear de un lado para otro a fin de no dormirse. Temerario no tuvo tantos escrúpulos: abrió la boca para dar un gran bostezo, acomodó la cabeza y se echó a roncar.

Una hora después del mediodía tomaron una comida consistente en pan con mantequilla y un poco de grog, pero nadie quiso nada más a causa del calor, ni siquiera después de la mala cena de la jornada anterior. El sol inició de mala gana su camino hacia el horizonte y la tarde fue desgranando las horas.

—¿Se encuentra usted cómoda, señora? —preguntó Laurence a la señora Erasmus mientras le traía otra copa de grog.

Los tripulantes le habían levantado un pequeño pabellón con las tiendas de viaje, a fin de que ella pudiera permanecer siempre a cubierto de las miradas. Sus hijas pequeñas habían quedado en el castillo, a cargo de una doncella. Hannah ladeó la cabeza y aceptó la copa, parecía poco preocupada por su propia comodidad, como de costumbre, una cualidad imprescindible, seguro, para ser la esposa de un misionero, destinada a ir de aquí para allá por todo el orbe. Aun así, el militar se sintió muy poco civilizado por haberla sometido a la inclemencia de un día tan caluroso para luego sacar tan poco provecho. La esposa del reverendo no se quejaba, por supuesto, pero tampoco había disfrutado cuando la acomodaron a bordo del dragón. Sin embargo, se le daba muy bien ocultar todos sus temores e incomodidades; de hecho, lucía un vestido negro de cuello alto con mangas hasta la muñeca a pesar de que caía un sol de justicia tan intenso que atravesaba el cuero de la tienda.

—Lamento haber abusado de ustedes —se disculpó—. Si mañana no hemos tenido alguna noticia, creo que vamos a vernos obligados a considerar esta intentona como un fracaso.

—Rezaré para que tengamos un desenlace más feliz —contestó ella lacónicamente con voz grave y firme, y agachó la cabeza.

El feliz concierto de mosquitos prosiguió a la caída de la noche, aunque ninguno de ellos se acercó al Celestial; las moscas fueron menos juiciosas. La oscuridad volvía cada vez más imprecisa la silueta de los árboles cuando Temerario despertó sobresaltado y anunció:

—Alguien viene por ahí, Laurence.

Entonces se escuchó un susurro entre la hierba de la orilla opuesta.

Un hombre menudo emergió a la media luz de la otra orilla: era calvo e iba completamente desnudo, a excepción hecha de un pequeño manto con el cual se

cubría el cuerpo de forma demasiado desinhibida como para considerar que lo hacía por modestia. Apoyaba sobre un hombro una azagaya de hoja estrecha y un mango similar al de una pala y sobre el otro un antílope en los huesos. No cruzó el cauce ni apartó los ojos de Temerario, se limitó a estirar el cuello para ver mejor los objetos dispuestos sobre la manta, pero quedó claro que no iba a ir más allá.

—Reverendo, si pudiera acompañarme… —dijo Laurence, y se marchó seguido por Ferris, que iba detrás de él como un perro sin que nadie se lo hubiera pedido.

Laurence se detuvo al llegar a la cobija y alzó el más elaborado de los collares hecho con conchas de cauri; la pieza elegida constaba de seis o siete tiras donde se alternaban las oscuras y las luminosas intercaladas con cuentas de oro.

Vadearon el regato en un punto poco profundo, donde las aguas apenas si les cubrían parte de las botas. El capitán inglés llevó la mano a la culata de la pistola con disimulo al ver la lanza del nativo, sabedor de que iban a ser vulnerables mientras subían la orilla, pero el cazador se limitó a retirarse hacia los bosques cuando salieron del cauce; su figura recortada contra la maleza resultaba prácticamente imposible de distinguir y desde esa posición podía desaparecer entre las sombras con gran facilidad. Laurence supuso que el derecho a estar alarmado le correspondía a ese hombre, aunque solo fuera por lo nutrido de la partida, con Temerario en la retaguardia, sentado a la manera de los felinos sobre los cuartos traseros y contemplando la escena con ansiedad.

—Señor, déjeme, por favor —pidió Ferris con voz tan lastimera que Laurence le entregó el collar.

El joven puso el abalorio sobre las palmas de las manos y se lo ofreció sin acercarse. La oferta tentó de forma manifiesta al nativo, que vaciló, y entonces, con vacilación, les tendió el antílope con aire levemente avergonzado, como si no pensara que se tratara de un intercambio del todo equitativo.

Ferris negó con la cabeza y luego se envaró al apreciar un susurro detrás del cazador, pero solo era un niño pequeño de no más de seis o siete años que había separado las hojas de la maleza a fin de poder ver con unos enormes ojos llenos de curiosidad. El nativo se volvió y le increpó duramente, pero su voz fue perdiendo severidad a medida que avanzaba la reprimenda. Laurence comprendió al vuelo la situación: el nativo menudo no era raquítico, él mismo tan solo era un muchacho que tendría un puñado de años más que su compañero escondido.

El niño se desvaneció de inmediato: las ramas se cerraron delante de su cara. El joven se volvió hacia Ferris con una cautelosa mirada de desafío y apretó la azagaya lo bastante fuerte como para que los nudillos de la mano adquirieran una pálida tonalidad rosa.

—Por favor, dígale, si puede, que no tenemos intención de hacerle daño —le pidió Laurence a Erasmus en voz baja.

No le sorprendía demasiado que se hubieran arrastrado hasta allí, asumiendo un gran riesgo, mientras otros miembros de su clan habían preferido salir corriendo. El cazador estaba esquelético y el rostro del niño había perdido todas las redondeces de la infancia.

Erasmus asintió y se adelantó para probar suerte con unas cuantas palabras en habla dialectal, pero sin éxito, de modo que apeló a la comunicación más simple: se señaló en el pecho y dijo su nombre. El muchacho le facilitó el suyo y se presentó como Demane. Ese primer intercambio sirvió al menos para facilitarle un poco las cosas, pues el cazador no iba a salir corriendo y permitió que Ferris se acercase un poco más y le enseñase la primera muestra de hongo.

Demane soltó una exclamación y retrocedió, asqueado, y no sin motivo: la seta olía mal de por sí, pero su confinamiento en una bolsa de cuero durante el calor del día no le había mejorado el aroma. El nativo se echó a reír, celebrando su propia reacción, pero puso un rostro carente de expresión cuando ellos le señalaron el hongo y luego le ofrecieron el collar, y no lo cambió por mucho que alargara la mano para tocar las conchas con expresión pensativa, frotándolas entre el pulgar y el índice.

—Supongo que no le entra en la mollera que alguien quiera hacer un trueque por la cosa esta… —comentó Ferris en voz baja, pero lo bastante fuerte para que lo oyeran todos, mientras alejaba el rostro lo máximo posible.

—Hannah —llamó el misionero.

Laurence se sobresaltó, pues no se había dado cuenta de que la señora Erasmus se había unido a ellos, había acudido caminando descalza y con las faldas recogidas. Demane se envaró un poco, soltó las conchas y se alejó de ella, pues la dama tenía una cierta severidad de maestra de escuela. Ella se dirigió a él en voz baja, despacio y con claridad; luego, tomó el musgo de mano de Ferris, lo sostuvo en alto y realizó una serie de gestos autoritarios cuando Demane hizo una mueca, pero al final, con bastante repelús, el cazador cogió el hongo. Entonces, Hannah le sujetó la muñeca y le llevó el brazo para que entregara el hongo a Ferris y este, a cambio del hongo, le entregó el valioso collar. La mímica facilitó mucho la compresión del negocio.

Una vocecilla dijo algo desde los arbustos y Demane le acalló antes de entablar conversación con la señora Erasmus, con quien habló largo y tendido con una charla llena de sonidos chasqueantes que Laurence no lograba imaginar cómo podían producirse, y menos a semejante velocidad. Ella puso rostro de concentración extrema mientras intentaba seguirle. Demane tomó la seta y se acuclilló al pie de un árbol para hacer su representación: alzó la seta y la tiró contra el suelo.

—¡No, no! —gritó Ferris, al tiempo que saltaba a tiempo de evitar que la preciosa muestra fuera pisoteada por el pie desnudo del nativo.

Demane observó esa reacción con absoluto desconcierto e hizo un comentario.

—Dice que el ganado enferma si la come —tradujo la señora Erasmus.

El gesto había sido bastante elocuente: aquel hongo era considerado una molestia y lo arrancaban en cuanto lo veían, y eso podría explicar su escasez, lo cual no le sorprendía lo más mínimo si la ganadería era el medio de vida de casi todas las tribus, pero Laurence quedó abrumado al saberlo. ¿De dónde iban a sacar las ingentes cantidades necesarias para la cura si erradicar los hongos era una práctica instituida durante generaciones entre los ganaderos? Al fin y al cabo, para ellos no pasaban de ser malas hierbas.

La señora Erasmus continuó conversando con el muchacho y se ayudó de la mímica: tomó la seta y la acarició para demostrarle que tenía valor para ellos.

—Capitán, ¿podría algún miembro de su tripulación traerme una olla? —pidió.

Cuando se la hubieron llevado, Hannah metió dentro el hongo e imitó el movimiento de remover agua. Demane miró a Laurence y a Ferris con expresión de incredulidad, pero después se encogió de hombros de forma muy expresiva y señaló al cielo, y con un amplio movimiento del brazo, llevó la mano de un extremo a otro del horizonte.

—Mañana —tradujo la esposa del misionero.

El muchacho señaló el suelo donde estaban todos.

Laurence no le quitaba los ojos de encima.

—¿Él se considera capaz de traernos algo? —preguntó a la esposa del reverendo.

Pero Hannah no pudo transmitir ni la pregunta ni la respuesta, y al cabo de unos momentos tuvo que negar con la cabeza.

—En fin, esperemos lo mejor. Dígale si puede que vamos a regresar.

Y a la noche siguiente, a la misma hora, los muchachos salieron de entre los arbustos otra vez, solo que en esta ocasión el más joven iba al trote detrás de Demane, completamente desnudo, y acompañado de un perrito pulgoso, un mestizo de pelambrera moteada de amarillo y marrón.

El chucho se plantó por su cuenta en la orilla opuesta y se puso a ladrar a Temerario, y seguía y seguía soltando unos ladridos penetrantes mientras el chico de mayor edad intentaba hacerse oír por encima de esos ladridos para negociar el precio de sus servicios.

Laurence le miró sin entenderle del todo. Demane tomó el hongo, lo sostuvo en alto ante la nariz del can y se arrodilló para taparle los ojos. El muchacho más joven vino corriendo, se lo llevó y lo enterró bien hondo en la hierba, después volvió junto al perro. Demane soltó al animal y le dio una orden con voz seca, pero el chucho se puso a ladrarle enloquecido a Temerario, ignorando las instrucciones de su amo hasta que este, visiblemente avergonzado, echó mano a un palo y le pegó en los cuartos traseros, le siseó y le hizo oler el saco de cuero donde habían traído la seta. Al final, aunque a regañadientes, el can se marchó y peinó toda la llanura hasta encontrar el hongo para volver al trote con él en la boca y dejarlo a los pies de Laurence; luego,

empezó a mover el rabo con entusiasmo.

Lo más probable era que Demane los hubiera tomado por estúpidos o al menos por muy ricos, y por ello, le hizo ascos a los abalorios y dijo querer cobrar en reses, que, evidentemente, eran la principal fuente de riqueza entre los xhosa. Abrió la ronda de negociaciones con una petición inicial de doce cabezas.

—Dígale que le daremos una por cada semana de servicio —contestó Laurence —. Si nos conduce hasta una buena reserva de hongos, podríamos estudiar la posibilidad de mejorar el trato. En cualquier otro caso, nosotros les traeremos de vuelta a este sitio a los dos y aquí les haremos entrega de su paga.

Demane inclinó la cabeza y aceptó la reducida oferta al tiempo que hacía un considerable esfuerzo por mantener la calma, pero el niño, que respondía al nombre de Sipho, había puesto unos ojos como platos, y el modo en que tironeaba la mano de Demane le hizo sospechar a Laurence que había hecho un negocio horroroso para los estándares de la región.

Temerario erizó la gorguera cuando le acercaron el inquieto perro.

—Es muy ruidoso —juzgó con desaprobación.

El perro debió de ladrar una respuesta tan poco educada como el comentario a juzgar por el tono; luego, intentó zafarse de la sujeción de su amo y huir corriendo, pero Demane no sentía ansiedad alguna. Antes de aquello, la señora Erasmus le había persuadido para que se acercara un poco más y alargara la mano para acariciar la pata derecha del Celestial y mostrarle de ese modo que no había peligro. Tal vez no fue la mejor idea para insuflar ánimo, ya que eso atrajo la atención del cazador hacia las descomunales garras del dragón.

Sipho estaba más interesado que alarmado, pero Demane le empujó para que permaneciera detrás de él, protegido por su cuerpo, usó el otro brazo para estrechar contra el pecho al perro y negó con la cabeza mientras expresaba su negativa a aproximarse más.

Temerario ladeó la cabeza y dijo:

—Qué sonido tan interesante —luego repitió una palabra, imitando ese sonido chasqueante con más éxito que todos los demás, pero todavía mal pronunciada. Sipho, situado detrás de Demane, se echó a reír y le repitió el término otra vez, y al cabo de unas cuantas veces, el dragón fue capaz de reproducirlo—: Ya lo tengo.

Los chasquidos consonánticos del dragón sonaban algo extraños, pues venían de algún punto interior de su garganta y eran más graves que los de los muchachos, pero con esa ayuda fueron haciéndose a la idea de que iban a subirlos a bordo.

Gracias a Tharkay, Laurence había aprendido el arte de transportar animales a bordo de un dragón en el este, donde los drogaban con opio antes de subirlos, mas, por desgracia, ellos no contaban con ninguna droga en aquel momento y tenían poco ánimo para ponerse a experimentar, así que subieron al quejumbroso can por la fuerza

y lo ataron al arnés. El animal siguió removiéndose y forcejeando para zafarse de la improvisada extensión del arnés, y llegó a hacer varios intentos frustrados de saltar hasta que Temerario despegó; entonces, tras unos cuantos ladridos de entusiasmo, se sentó sobre los cuartos traseros jugueteando con la lengua por toda su boca abierta y moviendo el rabo de un lado para otro con energía; estaba encantado, bastante más complacido que su infeliz amo, que se aferraba al arnés y a Sipho, aunque ambos iban bien sujetos gracias a sendos mosquetones.

—¡Menudo circo has montado! —exclamó Berkley cuando aterrizaron en el claro y bajaron al perro, y soltó una risotada.

Laurence consideró las carcajadas fuera de lugar.

En cuanto el perro se vio en el suelo, salió corriendo y atravesó los campos de adiestramiento para acudir chillando junto a los dragones. Estos, por su parte, sentían cierto interés hasta que el chucho empezó a mostrarse más curioso de la cuenta y cuando se puso a olfatear el delicado hocico de Dulcia, esta le siseó airada. El perro soltó un gañido y se batió en retirada al dudoso abrigo que suponía el costado del Celestial, que miró hacia el suelo con irritación e intentó alejarle con el hocico, sin éxito.

—Haz el favor de cuidar a ese bicho. No tengo ni idea de cómo podríamos conseguir otro o entrenarlo —le pidió Laurence.

Y solo entonces Temerario permitió al can aovillarse junto a él, a regañadientes, eso sí.

Chenery acudió renqueante para cenar con ellos en los campos de entrenamiento con el fin de tranquilizar a Dulcia en lo tocante a su mejoría, y para sus adentros se juraba que estaba harto de tanto reposo en la cama, así que disfrutaron del rosbif con gran optimismo y las botellas circularon libremente por la mesa, tal vez circularon en demasía, pues poco después de pasar a los cigarros, Catherine dijo:

—Maldita sea.

Se puso en pie y echó a correr hacia uno de los linderos del claro, donde vomitó.

No era la primera vez que se la veía indispuesta en los últimos tiempos, pero en esta ocasión la cosa era bastante más intensa. Todos tuvieron la amabilidad de mirar a otro lado. Se reunió con ellos junto al fuego poco después, aunque lo hizo con expresión consternada. Warren le ofreció un poco más de vino, pero ella negó con la cabeza. Se enjuagó la boca con un poco de agua y soltó un salivazo. Después, los miró a todos y dijo jadeante:

—Bien, caballeros, lamento ser poco delicada, pero si voy a estar indispuesta durante todo el viaje, más vale que lo sepan. Me temo que he engordado y voy a seguir haciéndolo…

Laurence tardó en darse cuenta de que la estaba mirando boquiabierto, una expresión de intolerable descortesía. Cerró la boca de inmediato y se quedó inmóvil

mientras luchaba contra la tentación de mirar a los otros cinco capitanes sentados junto a las llamas y aprovechar su luz para estudiarlos como posibles candidatos.

Berkley y Sutton eran unos diez años mayores que él y siempre había pensado que su relación con Catherine era de tío a sobrina más que cualquier otra cosa. Warren también tenía más años y su firmeza encajaba más con el carácter nervioso de Nitidus, y eso hacía difícil imaginarle en el papel de amante, aun bajo las presentes circunstancias.

Chenery era un hombre de menos edad y muy jovial, no conocía el sentido del decoro y tenía un cierto atractivo, más por sus sonrisas y su encanto tosco que su aspecto, pues tenía el rostro alargado, el pecho estrecho, la piel cetrina y los pelos de punta, el cabello parecía un trigal. Era el candidato más probable por su personalidad, aun cuando Little, el capitán de Immortalis, tenía una edad similar y era el más apuesto de todos a pesar de aquella desmedida nariz suya; tenía unos ojos azul cobalto y llevaba el pelo ondulado, quizás un poco más largo de la cuenta, a la manera de los poetas, pero Laurence sospechaba que esto último se debía más a la falta de atención que a una vanidad deliberada; además, Little era un hombre de hábitos muy frugales y poco dado a los lujos.

Luego estaba Hobbes, el primer teniente de Harcourt, por supuesto, un joven apasionado solo un año menor que ella, pero a Laurence le costaba creer que Catherine se hubiera liado con un subordinado, exponiéndose a arrostrar todas las dificultades y resentimientos que, al menos según los casos similares que él había conocido en la Armada, una relación así solía generar en la vida de a bordo, además de estar prohibidas, por supuesto.

No, debía ser uno de ellos, y no pudo evitar mirarlos con el rabillo del ojo. Sutton y Little habían reaccionado con expresiones de sorpresa, en mayor o menor grado. Le evaluaban con la mirada como posible candidato, pues si bien Laurence se preguntaba quién era el padre, y no lograba ocultarlo, ellos manifestaban esa curiosidad de forma más abierta.

Laurence era plenamente consciente de que él no podía hacer objeción alguna, pues había cometido una indiscreción semejante, sin ni siquiera entrar a considerar lo que diría o haría en caso de verse en un brete tal. No era capaz de imaginar la reacción de su padre, ni aun la de su madre, en caso de presentarse con esa pareja: una mujer algo mayor que él, con una hija ilegítima, que no era miembro de una familia de abolengo y había sacrificado su credibilidad en aras al servicio en el Cuerpo. Aun así, se hubiera casado, pues cualquier otra cosa habría equivalido a un insulto hacia quien merecía de él el respeto propio de una dama y una camarada de armas, así como exponerla a ella y al niño a la censura de toda la sociedad. Por consiguiente, él se había expuesto voluntariamente a una situación tan azarosa y ahora no tenía derecho a reclamar si le tocaba sufrir una parte de ese dolor en una de

las personas de otra relación como la suya.

Solo el culpable conocía la verdad, por supuesto, y mientras no confesara, Laurence y los demás capitanes iban a tener que contener esa curiosidad que los carcomía, por mucho que no fuera agradable ni tuviera remedio.

—Bueno, pues ya es mala suerte —dijo Berkley, dejando el tenedor—. ¿Quién es el padre?

—¿Eh…? Es Tom, quiero decir, el capitán Riley —contestó con soltura Catherine; entonces, uno de sus jóvenes mensajeros le trajo una taza de té—. Gracias, Tooke.

Laurence se puso colorado por todos.

Pasó la noche en vela; en el exterior le tocó soportar los ladridos incesantes del perro y dentro de la tienda reinaba toda la confusión que cabía imaginar. Laurence dudaba si hablar o no con Riley y sobre qué bases.

Se sentía responsable por el honor de Catherine y el del niño, algo completamente irracional en las presentes circunstancias, máxime cuando ella no mostraba preocupación alguna, y aunque le importara un pimiento la buena opinión de la sociedad o de sus compañeros en el Cuerpo, Laurence tenía muy presente que Riley no iba a poder mostrar ese mismo desdén a ojos del mundo. Al final del viaje había actuado como si estuviera bajo coacción, un indicio inequívoco de su culpabilidad. Él no aprobaba la idea de mujeres oficiales y Laurence estaba convencido de que no se había apeado de esa opinión ni por un momento, ni siquiera tras aquel *affaire*, pero lo cierto era que él había aprovechado esa circunstancia cuando se le había presentado y no había vacilado en entrar en un terreno donde la consecuencia era la ruina de una dama, un acto egoísta cuando no depravado, y merecedor del mayor de los reproches. Sin embargo, Laurence no tenía ninguna posición que defender y cualquier intento por su parte solo agravaría aún más el escándalo, y además, en cualquier caso, los aviadores tenían prohibidos los duelos.

Para complicar aún más las cosas, tenía motivos sobrados para hablar con Riley e informarle de la existencia de ese niño, pues a lo mejor no estaba al tanto. A Jane Roland no le preocupaba nada la filiación ilegítima de su hija Emily; había visto muy poco al padre después de la concepción y tampoco parecía pensar que él tuviese mucho que ver con la niña. Catherine compartía esa misma falta de sensibilidad, eso resultaba evidente. Laurence no se había detenido a considerar la dureza de todo aquello, pero ahora se ponía en el lugar de Riley y en cierto modo pensaba que se merecía todas las dificultades de semejante situación y también que alguien le abriera los ojos para poder verlas.

Se levantó agotado y hecho un mar de dudas, así que se lanzó sin demasiado entusiasmo en su primer intento de salir con el perro en busca de los hongos. El chucho no esperó a que lo subieran a bordo del Celestial cuando los vio a todos

preparados: se encaramó de un salto al lomo de Temerario y se instaló todo ufano en la base del cuello, justo donde solía sentarse Laurence, y desde allí se puso a ladrarles a todos, instándolos a terminar con los preparativos.

—¿No puede volar con Nitidus? —quiso saber el Celestial, contrariado, mientras volvía el cuello hacia atrás para soltarle un siseo imperioso, pero el perro ya le había tomado confianza y se limitó a mover el rabo.

—No, no, yo no quiero llevarlo. Tú eres más grande y a ti no va a pesarte nada.

Temerario recogió la gorguera, pegándola al cuello, y expresó su contrariedad por lo bajinis.

Cruzaron otra vez las montañas y descendieron nada más rebasar las posiciones de vanguardia, donde apenas había asentamientos; aterrizaron en una ladera en la que un corrimiento de tierras había dejado al descubierto una rampa de piedra, lo cual ofrecía a los dragones una inmejorable oportunidad de descender en lo más hondo del sotobosque. Nitidus consiguió meterse entre los árboles, aprovechando que uno de los más grandes había caído, pero el Celestial tuvo que arreglárselas para poder posarse en un campo de aterrizaje más pequeño e invadido por las malas hierbas. Las espinas de acacia eran largas y lo bastante finas como para colarse entre las escamas del dragón y llegar hasta la carne de debajo, por lo cual Temerario se estremeció varias veces antes de poder hacer pie con seguridad. Entonces dejó bajar a su tripulación para que despejaran el espacio y montaran las tiendas una vez más.

El perro se convirtió en un incordio mientras levantaban el campamento, pues optó por juguetear y sobresaltar a los faisanes de plumaje rojiblanco, que le rehuyeron sobresaltados, balanceando la cabeza sin cesar, y siguió así hasta que de pronto se quedó inmóvil y no movió ni un músculo de su cuerpo flaco y larguirucho. El teniente Riggs apoyó el rifle en el hombro, se preparó para disparar y esperó, todos los demás se quedaron helados, pues aún no se había borrado la impresión causada por el rinoceronte, pero cuando mayor era la tensión, salió de entre los árboles una manada de babuinos. Era imposible pasar por alto al mayor de todos: un ejemplar de pelaje grisáceo, rostro de malas pulgas y un trasero de reluciente color escarlata que sobresalía de entre la pelambrera. Se sentó sobre los cuartos traseros y los contempló a todos con una cierta dosis de cinismo. Luego, el grupo se alejó con despreocupación; únicamente los más pequeños, todavía aferrados al pelaje de sus madres, ladearon las cabezas para contemplarlos con curiosidad mientras iban distanciándose.

Solo había unos pocos árboles grandes, y lo demás era un denso matorral de color amarillo y altura superior a la estatura de un hombre normal; llenaba hasta el último hueco que le permitían los matorrales verdes. Eso traía un problema: las copas de los árboles finos apenas eran un manojo de ramas con forma de nube, y apenas proporcionaban alivio frente al rigor del sol. Hacía un bochorno insoportable, la

atmósfera era pesada y estaba cargada de polvo en suspensión, briznas de hierba y hojas secas. Bandadas de avecillas canturreaban mientras iban de una rama a otra. El perro los guió sin destino aparente por un camino zigzagueante a través de una broza impenetrable; habría sido más fácil atravesar en línea recta la maraña de arbustos y la vegetación reseca, a fuerza de mucho trabajo, eso sí.

Demane dedicaba al chucho gritos y alguna que otra invectiva, pero el animal marcaba la dirección sin titubeos. Él y su hermano le seguían de cerca, más deprisa de lo que era capaz el resto, y a veces se adelantaban tanto que llegaban a desaparecer de la vista, y entonces hacían oír con impaciencia sus voces claras para orientarlos. Por fin, a media tarde, Laurence salió trastabillando de detrás de un arbusto y se encontró a Sipho con el pecho henchido de orgullo: sostenía en alto uno de los hongos para que pudieran estudiarlo.

—Eso está mucho mejor, pero a este ritmo vamos a necesitar una semana para conseguir lo suficiente… y solo para el resto de la formación —calculó Warren esa noche mientras ofrecía a Laurence un vaso de oporto a la entrada de su tienda.

El tocón de un árbol y una roca aplanada hacían las funciones de asiento formal.

El can había encontrado otros tres hongos durante el camino de regreso al campamento, todos ellos pequeños, y lo bastante escondidos como para que no los hubieran localizado sin su concurso, pero no iban a tener mucho para administrarlo a los animales.

—Sí, una semana por lo menos —convino Laurence con fatiga.

Le dolían los muslos, pues no estaba habituado a semejantes caminatas, así que estiró las piernas hacia el calor del fuego, una hoguera hecha con ramitas verdes, razón por la cual humeaba, pero el bailoteo de las llamas tenía una cualidad hipnótica de lo más agradable.

Temerario y Nitidus hicieron buen uso de su inactividad para mejorar las condiciones del campamento: derribaron tierra de la ladera a fin de nivelar el suelo y desenraizaron varios árboles y bastantes arbustos para que hubiera más espacio. Temerario había tirado la punzante acacia ladera abajo con ánimo vengativo, donde podía vérsele ahora protagonizando una imagen chocante: la de la acacia recostada entre las copas de dos árboles con un gran terrón de tierra reseca alrededor de sus raíces, ahora al descubierto.

Los dragones también habían logrado procurarse un par de antílopes para la cena del grupo, o al menos lo hicieron con esa intención, pero las horas habían transcurrido muy despacio, y se encontraron sin nada mejor que hacer que zamparse ellos solos la caza, y cuando los encontraron al final del día, estaban lamiendo los huesos y con las manos vacías.

—Lo lamento mucho —aseguró Temerario, disculpándose—, pero habéis tardado demasiado…

Por fortuna, Demane les enseñó un truco para cazar faisanes, muy abundantes por esa zona, unos hombres avanzaban hacia ellos y les hacían huir hacia donde esperaban otros provistos con una red. Los ensartaron con un espigón, los asaron y los sirvieron con un poco de galleta de la Armada para acompañar la cena, muy agradable, aun cuando las aves no tenían demasiadas carnes; era obvio que se alimentaban solo de bayas y semillas de hierbas de los alrededores.

Los dragones se aovillaron en cada extremo del campamento: su protección bastaría para espantar todos los peligros nocturnos; las tripulaciones se dispusieron a dormir en lechos de matorrales aplastados usando los sobretodos como almohadas sin orden ni concierto, salvo un puñado de aviadores entregados a jugar a las cartas y a los dados en las esquinas más lejanas; de vez en cuando soltaban gritos de triunfo o desesperación. Los dos nativos habían comido como lobos y ahora, sentados en el suelo a los pies de la señora Erasmus, ofrecían un aspecto más lozano. La mujer del reverendo los había persuadido para que se pusieran unos holgados pantalones de lona cosidos por las muchachas de la misión. Su marido era muy metódico a la hora de enseñarles estampas con imágenes una por una con el fin de que las identificaran en su propio lenguaje; él los recompensaba con dulces mientras ella consignaba por escrito las respuestas en el cuaderno de notas de la misión.

Warren tomó una rama larga y removió el fuego con aire ausente. Laurence estimó que se hallaban lo bastante aislados como para poder hablar con discreción, y él tomó la palabra para afrontar con torpeza el tema de Harcourt.

—No, no tenía la menor idea de lo del niño —contestó Warren, que no se mostró turbado por la pregunta, pero abordó el tema con pesimismo—. Es un mal negocio, vaya que sí. Dios no quiera que Catherine tenga un mal parto. Esa cadete tuya es la única chica que tenemos por aquí, y no está preparada ni por asomo para hacer de capitán ni aunque Lily la aceptase, y si eso llegara a producirse, me gustaría saber qué haríamos entonces con Excidium, las cosas no están como para que la almirante Roland vaya a alumbrar ahora otra hija, no con Bonaparte al otro lado del Canal de la Mancha, dispuesto a lanzarnos el guante y cruzar de un momento a otro.

»Así que espero que *tú*, maldita sea, hayas tomado precauciones. Pero bueno, estoy seguro de que Roland sabe lo que se hace —añadió sin esperar respuesta a ese comentario, del mismo modo que él jamás le hubiera contestado a algo de lo que no deseaba hablar.

No obstante, ese comentario le sirvió para caer en la cuenta del significado de ciertos curiosos hábitos de Jane en los que él jamás se había entrometido, como una consulta sistemática del calendario.

—Oh, por favor, no te equivoques conmigo —continuó Warren, malinterpretando el semblante inmóvil de Laurence—. Lo mío no es criticar por criticar, ni mucho menos, los accidentes y los despistes ocurren, y bien sabe Dios que Harcourt ha

tenido mil excusas para tener un despiste. Hemos pasado unos últimos meses espantosos, y ahora me pregunto, ¿qué diablos va a ser de ella? Media paga le permitiría sacar el estómago de penas, pero el dinero no va a convertirla en una mujer respetable. Por eso te pregunté acerca de ese marinero el otro día, me preguntaba si sería posible que se casaran en caso de que muriera Lily.

—¿Ella no tiene familia? —quiso saber Laurence.

—No le queda ninguna, ninguna digna de mención. Catherine es hija del viejo Jack Harcourt, era teniente del Cuerpo a bordo de Fluitare. Cortó cinchas en el 2, pero al menos murió sabiendo que habían destinado a la hija a un Largario —le informó Warren—. Su madre era una joven que vivía cerca del camino de Plymouth, junto al cobertizo de esa ciudad. Estiró la pata cuando Catherine apenas tenía edad para gatear y no contaba con familia que se hiciera cargo de ella. Así es como acabó en la Fuerza Aérea.

—En tal caso, en las presentes circunstancias, sé que esto es totalmente oficioso, ¿vale?, pero, si no tiene a nadie más, ¿no deberíamos hablar con Riley? —Laurence añadió con cierto embarazo—: Hablarle del niño, quiero decir.

—Vaya… ¿Y qué tiene que ver él en todo eso? —replicó Warren—. Si es una niña, así lo quiera el Todopoderoso, el Cuerpo va a necesitarla; puede hacerse marino en caso de ser un chico, supongo, pero ¿qué importa eso? Saberlo solo va a hacerle daño, va a ser un golpe duro… Mira, el hijo de un capitán del Cuerpo tiene casi asegurado un dragón a pocos méritos personales que haga.

—A eso es a lo que voy —terció Laurence, perplejo ante el hecho de no ser entendido en una cosa tan concreta—. No hay razón para que ese niño deba ser un bastardo. Podrían casarse fácilmente ahora mismo.

—Oh, oh —exclamó Warren cuando empezó a darse cuenta de por dónde iba su compañero. Pareció confuso—. Pues no, Laurence, no le encuentro mucha lógica, y tú deberías darte cuenta. Si Catherine estuviera varada en tierra, sin su dragona, el asunto podía discutirse, pero gracias a Dios ya no hay que pensar en eso, ni en eso ni en nada parecido —e indicó con el mentón la caja fuertemente sujeta donde descansaban los frutos de un día de trabajo. Al día siguiente por la mañana iban a llevarla a Ciudad del Cabo. Lily sería la siguiente receptora—. Ella iba a ser una esposa muy fácil de llevar, ya lo creo, tendría órdenes que cumplir y una dragona de la que ocuparse. Me atrevería a asegurar que no iban a verse mucho el uno al otro, un año de cada seis, él estaría destinado a un confín del mundo y ella al otro. ¡Ja!

Laurence quedó poco satisfecho al descubrir la sencillez y naturalidad con que se reían de su parecer, pero sobre todo por la incómoda sensación de que existía una causa racional para una respuesta tan desdeñosa, y al final tuvo que acostarse sin haber tomado una decisión.

Capítulo 9

—Tal vez sea usted tan amable de explicarnos qué alternativa prefiere, señor Keynes —dijo Harcourt, haciéndose oír por encima de las voces de los demás—, para sugerírsela al señor Dorset.

Habían mejorado un poco la tasa de rendimiento gracias a la experiencia y Nitidus había llevado a diario los hongos hallados durante la jornada, de modo que a su regreso se encontraron en tratamientos a Lily, Messoria e Immortalis, así como un montoncito pútrido de hongos sin usar. Dos los habían conservado en aceite, otros dos en el espíritu del vino obtenido tras la destilación y los otros dos restantes los habían envuelto en papel y en hule; ahora todos permanecían bien guardados junto con la receta de la cura. Iban a enviarlo todo a Inglaterra a bordo de la *Fiona*, a la que habían hecho esperar por enviar su informe, pero la nave debía irse con la marea.

Sin embargo, no había sentimiento alguno de triunfo en la cena, solo una satisfacción silenciosa. El resultado de toda su campaña de rastreo iba a proporcionar a lo sumo materia prima para sanar a tres dragones, seis si los cirujanos del cobertizo de Dover se arriesgaban a reducir la dosis, o los empleaban sobre los animales más pequeños, y eso suponiendo que funcionasen los tres métodos de preservación elegidos. Dorset habría querido hacer un secado, pero no había hongos suficientes para llevar a cabo este último experimento.

—Bueno, no vamos a hacerlo mucho mejor, a menos que contratemos una partida de hombres y sabuesos, y os quedaré muy agradecido si sabéis decirme de dónde los sacamos —opinó Warren, y alzó una botella de whisky en una mano mientras con la otra se llevaba un vaso a los labios y apuraba su contenido, con el fin de poder rellenarlo de inmediato—. Nemachaen es un animalillo muy listo —continuó, refiriéndose al perro; los jóvenes alféreces le habían dado ese nombre en honor al león, pues ese momento los azares de su educación los habían llevado a la lectura de los clásicos—, pero logramos encontrar uno o dos hongos tras pasarnos todo un día peinando ese maldito bosque, y necesitamos decenas…

—Debemos tener más cazadores —apuntó Laurence.

Y sin embargo, el peligro real era perder los que ya tenían. La semana acordada con Demane había transcurrido y este y su hermano daban muestras de desear ser devueltos a su aldea natal con su recompensa.

Laurence sintió unas incómodas punzadas de culpa al haberse negado a entender de inmediato las señales de los muchachos, a quienes había acercado al corral próximo al castillo, donde había separado una vaca para ellos: una vaca lechera muy

mansa con un ternero de seis meses pastando junto a ella. Demane se había deslizado entre las tablas de la valla para entrar y tocarla con cautela y prevención, pero quedó encantado. Entonces, miró a la novilla y luego se volvió hacia Laurence con una pregunta escrita en el semblante, el militar inglés asintió para dejarle claro que sí, que también iba a entregárselo. Demane salió de allí sin rechistar, aquella especie de soborno le había valido para acallar todas las protestas. Laurence se alejó con la sensación de haberse comportado como un pelele y un desesperado. Se había hecho a la idea de que los hermanos eran huérfanos, o al menos estaban muy desatendidos, y en el fondo deseaba que no tuvieran familia para que esta no se hubiera angustiado.

—El proceso es demasiado lento —concluyó Dorset con mucha decisión a pesar de su tartamudeo—, demasiado lento, no llega ni a la mitad. Solo vamos a ayudar a erradicar del todo el hongo con semejante búsqueda. El organismo en cuestión ha sido objeto de una eliminación sistemática. No cabe esperar que encontremos muchos más en las inmediaciones de Ciudad del Cabo. ¿Quién sabe los años que llevan los ganaderos arrancando la seta? Debemos ir más lejos, mucho más, allí donde haya podido crecer en cantidades apreciables.

—No deja de ser una especulación en base a la cual pretende usted recomendar la consecución de unas expectativas descabelladas. ¿Qué distancia va a satisfacerle, señor Dorset? Me atrevería a decir que el continente se ha dedicado a la ganadería en un momento u otro de la historia. Los dragones acaban de recobrarse de la enfermedad, y ¿pretende adentrarse en territorio salvaje y arriesgar la formación sin más base que esa conjetura? Me parece el culmen de la estupidez.

La discusión fue a mayores y se acaloró cada vez más hasta generalizarse a cuantos estaban sentados en la mesa. El tartamudeo de Dorset fue a más, por lo cual resultaba casi imposible comprenderle, y tanto Gaiters como Waley, los cirujanos de Maximus y Lily respectivamente, se aliaron con Keynes para atacarle hasta que Catherine los hizo callar a todos antes de levantarse y apoyar las manos en el mantel.

—No pretendo inmiscuirme en sus asuntos —terció ella con voz más baja—, pero no hemos venido aquí para hallar una cura solo para nosotros. Les he leído los despachos, hemos tenido nueve bajas más desde marzo, e irán a más, y en un momento en que no podemos prescindir de ninguno de esos dragones —Catherine miró a Keynes fijamente mientras le preguntaba—: ¿Hay alguna esperanza si nos adentramos en el continente?

El cirujano permaneció en silencio, contrariado, y bajó los ojos antes de admitir que sí, que lejos de allí habría más posibilidades de conseguir más hongos.

La capitana Harcourt asintió con la cabeza y concluyó:

—En tal caso, asumiremos el riesgo, y podemos alegrarnos de que nuestros dragones se encuentren lo bastante bien como para poder correrlo también.

No era cuestión de enviar a Maximus todavía, pues hacía muy poco que había

reanudado sus intentos de volar: aleteaba mucho, tanto como movía las garras, levantando una nube de polvo, para terminar, por lo general, desplomándose sobre el suelo, exhausto; no lograba realizar ese *sprint* necesario para lanzarse al vuelo, pero una vez estaba en el aire era capaz de mantenerse en lo alto durante algún tiempo. Keynes sacudía la cabeza y le palpaba la panza.

—Estás recuperando peso de forma progresiva. ¿Haces los ejercicios? —inquirió Keynes. El Cobre Regio aseguró que sí con energía—. Bueno, pues si no consigues volar, tendremos que hacerte sitio para que puedas andar.

Maximus empezó a completar un circuito alrededor de la ciudad varias veces al día, pues no había otro espacio despejado lo bastante amplio como para que él cupiera, ya que no podía subir por las laderas de las montañas sin provocar avalanchas.

Esa solución no satisfizo a nadie, pues resultaba ridículo tener a un dragón del tamaño de una fragata deambulando como un perrito faldero. Además, Maximus se quejó de la dureza del suelo y de los guijarros, que se le metían entre las garras.

—No me di cuenta en un principio —admitió el Cobre Regio, compungido, mientras los cadetes de Berkley se afanaban con ganchos limpiacascos, cuchillos y tenacillas para sacarlos de debajo de las duras callosidades ocultas en la base de las garras—, no me percaté hasta que la cosa se desmandó, y luego resulta desagradable hasta decir basta.

—Y en vez de eso, ¿por qué no pruebas a nadar? —dijo Temerario—. El agua en esta zona es muy agradable y a lo mejor cazas una ballena.

La sugerencia alegró a Maximus tanto como indignó a los pescadores, en especial a los propietarios de las lanchas de mayor calado, que acudieron a protestar todos a una.

—Me desagrada que estén ustedes aquí fuera. ¿No preferirían venir conmigo y decirles ustedes mismos lo que no les gusta? —los invitó Berkley.

Maximus continuó con sus excursiones en paz y casi todos los días se le podía ver chapotear cerca del puerto. Por desgracia, ballenas, focas y delfines se percataron de eso y se quitaron de en medio, para la enorme decepción del alado, a quien no le gustaban demasiado ni el atún ni los tiburones; estos últimos se chocaban directamente contra sus extremidades, una confusión producida por los restos de sangre o de carne levantados durante su última revisión. En una ocasión arrojó a tierra uno de ellos para enseñarlo: era un monstruo de cinco metros y medio, un peso próximo a las dos toneladas y un rostro afilado lleno de dientes. El dragón sacó al tiburón limpiamente del agua y lo lanzó hacia los campos de entrenamiento de delante; la agitación del escualo llegó al paroxismo cuando cayó encima de Dyer, dos alféreces y un infante del Cuerpo, y se puso a lanzar dentelladas y coletazos al aire, antes de que Dulcia lograra inmovilizarlo contra el suelo con las garras de las patas

delanteras.

Messoria e Immortalis eran dragones más añosos y se encontraban a sus anchas tendidos al sol en los campos de adiestramiento, dormitando después de sus cortos vuelos diarios de ejercicio, pero Lily, en cuanto dejó de toser, desplegó una sobreactividad similar a la que había dominado a Dulcia, y al tener tanta vitalidad, enseguida insistió en realizar más actividades, pero si iba volando hasta un lugar, luego pretendía ir un poco más lejos, donde una tos o un estornudo jamás podría rociar con ácido a nadie. Keynes hizo caso omiso de los ademanes furtivos y las indicaciones mediante gestos de prácticamente todos los oficiales que pretendían condicionarle, él la examinó y la declaró cien por cien apta para el vuelo.

—Más que apta, me atrevería a decir —insistió el cirujano—. Esa inquietud es muy poco normal y debe sacársela de encima cuanto antes.

—Pero poco a poco —observó Laurence, dando voz a la renuencia que experimentaban todos los capitanes en privado, quienes comenzaron a sugerir todos a una vuelos sobre el océano, ir y volver junto a la línea costera, en suma, un ejercicio suave.

Catherine se enojó, como lo demostró la banda de color rosáceo claro que le salió en la frente.

—Confío en que nadie vaya a quejarse. Odio los lamentos.

Y a continuación insistió en unirse a la partida de búsqueda junto a Dulcia y Chenery, quien, por otra parte, se declaró completamente restablecido, aunque la Cobre Gris condicionó su cooperación a que él volara envuelto en una pesada capa y con un calzado de abrigo.

—Después de todo, esto tampoco nos va a venir mal. Podemos formar varios grupos y así abarcar más territorio. No necesitamos tanto al perro si partimos de la idea de que no buscamos unidades de la seta, sino grandes superficies.

Aun así, Laurence apeló a Erasmus y a su esposa para que le ayudaran a persuadir a los dos hermanos y jugueteó con el collar de cauri entre los dedos como sugerencia preliminar de un nuevo soborno antes de abrir la conversación. Sin embargo, Demane se negó de plano y entonó una aguda queja.

—No le seduce la idea de ir tan lejos, capitán —le explicó la esposa del misionero —. Según él, esa región pertenece a los dragones, que vendrán y se nos comerán.

—Tenga la amabilidad de explicarle que no hay motivo para que los dragones salvajes se enfaden con nosotros, pues vamos a estar muy poco tiempo, el justo para coger más hongos, y nuestros propios dragones nos protegerán en caso de que surgiera alguna dificultad —concluyó Laurence, señalando con un ademán la magnífica estampa de los alados ingleses, ya recobrados.

Desde su recuperación, incluso los ejemplares de más edad, que no habían adquirido el hábito de bañarse en el océano, se dejaban quitar el arnés cerca de la

orilla para que sus tripulaciones los frotaran y les echaran agua hasta que les brillaban las escamas, y entre tanto, la tripulación de tierra frotaba y limpiaba el cuero hasta dejarlo fino, flexible y limpio como los chorros del oro. El sol arrancaba destellos cegadores a las hebillas.

También habían rastrillado los propios campos de entrenamiento y cegado los pozos negros ahora que había pocas mucosidades y eran capaces de librarse de ellas con cierta facilidad. Todo se hallaba dispuesto para que un almirante viniera de inspección, salvo los restos de un par de cabras cuyos huesos roían distraídamente Dulcia y Nitidus. Solo Maximus parecía aún algo desmejorado, pero en ese preciso momento cabeceaba en el agua, donde, muy cerca de allí, se daba un pequeño baño. Los costados aún chupados le mantenían a flote y la restante luz de crepúsculo rielaba sobre las ondulaciones del mar y oscurecía los tonos rojizos y anaranjados. En cambio, el resto de los dragones tenía ojos relucientes, casi atigrados, una vez pasado lo peor de la enfermedad y ahora todos los apetitos recuperados eran salvajes.

Lograron arrancar una respuesta afirmativa de Demane o al menos acabaron agotados intentando convencerle a través de la intérprete.

—Hay otra buena razón para que nos vayamos todos —apuntó Chenery—. Grey es un buen tipo y no nos ha dicho nada abiertamente, pero la gente de la ciudad la ha armado bastante gorda y no solo por lo de tener aquí dragones: aseguran que les estamos robando el fuego del hogar, como quien dice. Escasea la caza y nadie puede permitirse comer carne de vaca, porque la demanda generada por los dragones ha disparado los precios. Haremos muy bien en perdernos tierra adentro, donde no vamos a fastidiar a nadie, e ir bandeando por nuestra cuenta.

El asunto quedó zanjado: Maximus se quedaría para continuar su recuperación junto a Messoria e Immortalis, que le acompañarían de noche y cazarían para él. Temerario y Lily irían hasta donde los llevara un día de intenso vuelo, Nitidus y Dulcia irían con ellos para transportar sus adquisiciones, tal vez un día sí y otro no, y para regresar con mensajes.

Empaquetaron lo necesario y con las primeras luces del alba se fueron de forma un tanto atropellada, como solía ser habitual en el Cuerpo. Al poco de levantar vuelo, el capitán de Temerario vio cómo cabeceaba la *Fiona* en medio del oleaje; en su cubierta reinaba una gran actividad a la espera de lo que les deparase el nuevo día. La *Allegiance* oscilaba entre las olas todavía más alejada, iba a tocarle cambiar de guardia enseguida, pero por el momento todo estaba en calma. Riley no había pisado tierra y Laurence no le había escrito. Dejó de mirar en dirección a la nave y se volvió hacia las montañas, desechando el asunto por el momento, mas con la vaga sensación de estar dejándolo en manos del destino. Quizá no habría necesidad de decir nada con ocasión de su regreso si volvían cargados de setas; entonces, deberían volver a casa y no iban a poder esconderse siempre. El capitán se preguntó si para ese momento no

se notaría ya el vientre más lleno de Catherine.

Lily impuso un ritmo bastante rápido; se levantó viento de barlovento cuando Temerario dejó atrás la bahía de la Mesa. Salvo unos pocos bancos de nubes pegados a las laderas, el tiempo era claro y sin viento, ideal para un buen vuelo, y suponía un alivio extraordinario volver a hacerlo en grupo: Lily iba en vanguardia con Temerario cubriéndole la retaguardia y Nitidus y Dulcia en las alas, por eso, las sombras proyectadas sobre el suelo por el grupo de dragones recordaban las puntas de un diamante que centelleaba entre las hojas del gran viñedo dispuesto en cuidadas líneas de vides de colores rojo y cobrizo, ahora que había pasado el primer esplendor otoñal.

Cincuenta kilómetros al noroeste de la bahía pasaron junto a la turgencia del afloramiento rocoso donde se erguía Paarl, el último asentamiento europeo en esa dirección. Los ingleses no se detuvieron, siguieron hacia las montañas cada vez más altas. Al salvar los pasos de montaña tuvieron ocasión de ver unas cuantas granjas aisladas sujetas a los pliegues de las laderas montañosas y habitadas por hombres intrépidos; los campos tenían un color amarronado, pero era imposible ver las casas sin la ayuda del catalejo, ocultas como estaban entre las forestas y con los tejados pintados de verde y marrón.

Se detuvieron poco después del mediodía para hacer aguada en otro valle situado entre montañas y aprovecharon para comentar el rumbo que debían seguir. No habían visto un campo cultivado en la última media hora de viaje.

—Sigamos un par de horas más y entonces nos detendremos en el primer lugar que parezca propicio para efectuar la búsqueda —dijo Harcourt—. No será posible que el perro huela las setas desde el aire, ¿verdad? Lo digo porque la cosa esa apesta.

—Ni el lebrel mejor entrenado del mundo podría rastrear al zorro desde el lomo de un caballo, y mucho menos desde el aire —contestó Laurence.

Pero Nemachaen se puso a ladrar fuera de sí poco después de reemprender el vuelo y llegó al extremo de forcejear con el mosquetón para liberarse, haciendo caso omiso al peligro. Fellowes se había ido haciendo cargo del perro, pues desaprobaba la irregular disciplina de Demane, y conocía el terreno, ya que su padre había sido montero de lebreles en Escocia. Le había dado al pobre chucho un trozo de carne por cada hongo descubierto y ahora el animalillo iba detrás del rastro más débil con el mayor de los entusiasmos.

El perro se zafó de las cinchas en cuanto Temerario se posó en el suelo, resbaló junto al dragón y luego salió disparado hasta desvanecerse entre las altas hierbas en un lugar donde la ladera subía de forma empinada. Habían llegado a un valle muy cálido que descansaba en una hondonada situada entre las montañas y la vegetación conservaba un verdor muy intenso a pesar de lo avanzado de la estación. Por todas partes se veían árboles frutales dispuestos en hileras muy uniformes.

—Caramba, ¡pero si yo también puedo olerlo! —anunció Temerario de forma

inesperada.

Laurence abandonó su posición a bordo del Celestial y se deslizó por el arnés hasta llegar al suelo, donde dejó de sorprenderle el ataque sufrido por el can, pues un hedor penetrante impregnaba la atmósfera, parecía un miasma suspendido en el aire. Aún no era posible ver a Nemachaen, pero podían escuchar el eco apagado de sus ladridos.

—Señor —le llamó Ferris.

Laurence se acercó a su oficial, que permanecía con la rodilla hincada en la tierra, y al llegar junto a él vio una abertura oculta por un matorral, una fisura entre la tierra y la caliza. El perro permaneció en silencio durante unos instantes, pero luego subió como pudo y salió del agujero, regresando junto a los ingleses con un hongo descomunal en la boca. Era tan grande que el tercer sombrero colgaba entre las patas del perro y le hacía tropezar.

Lo movió un rato, pero al final se hartó, lo lanzó al aire y lo dejó caer. Los aviadores ingleses se acercaron a la oquedad, de una altura próxima al metro y medio, donde el hedor era de una intensidad sorprendente. Laurence alargó el brazo para retirar la masa de enredaderas y musgo que colgaba delante de la entrada como si fuera una cortina, en compañía de Ferris pasó al interior, donde le lloraron los ojos por culpa de la tea humeante que el teniente había improvisado con harapos, pelos y una rama, y los dos juntos descendieron a la caverna, en cuyo extremo opuesto debía de haber un hueco de ventilación que venía a funcionar como el tiro de una chimenea. Ferris miró a su capitán con creciente incredulidad y una expresión casi jubilosa conforme los ojos se le acostumbraban a la penumbra. El suelo de la gruta parecía ser una sucesión de pequeños montículos, así que se arrodilló para tocarlo: descubrió que el suelo estaba completamente cubierto de hongos.

—No hay un minuto que perder —apremió Laurence—. Si te apresuras, la *Fiona* aún no habrá zarpado; y si se ha hecho a la mar, hay que hacerla regresar. No puede haber llegado muy lejos, no ha tenido tiempo material para doblar la bahía de Paternóster.

Todas las dotaciones trabajaban hasta la extenuación y habían pasado tanto por aquel herbazal que habían acabado por aplanarlo. Las redes inferiores de Temerario y de Lily se hallaban desplegadas sobre el suelo, junto a todas las bolsas y arcones que habían vaciado con el fin de llenarlos con montones y montones de setas. El hongo tan buscado compartía la caverna con una especie más pequeña de color crema claro y otra de mayor tamaño y color negro, pero los recolectores no discriminaron y arramblaron con todo. El proceso de selección podía esperar. Nitidus y Dulcia estaban a punto de desvanecerse en lontananza llevando a los lomos más y más sacos, lo cual confería a su silueta recortada contra el cielo una apariencia curiosamente bulbosa.

Laurence guardaba en las alforjas de Temerario un mapa de la costa, lo sacó y describió la ruta más probable que debía de haber seguido la *Fiona*.

—Vuela tan raudo como puedas y vuelve con más hombres, y si están en condiciones de volar, tráete también a Messoria e Immortalis, y habla con Sutton, dile que pida al gobernador todos los soldados de los que pueda prescindir, y a ser posible que no se quejen mucho por lo de volar.

—Siempre puede emborracharlos si lo cree oportuno —comentó Chenery sin mirarle. El capitán estaba sentado junto a la red y llevaba la cuenta del número de hongos arrojados a la misma, iba diciendo el número al tiempo que se ayudaba de los dedos para la suma—. Aunque estén como cubas, nos valen mientras sean capaces de ir y venir cuando estén aquí.

—Y traed también barriles —añadió la capitana, alzando la vista del tocón donde estaba sentada con un trapo empapado en agua fría sobre la frente. Harcourt había intentado ayudar en la recolección de setas, pero el hedor se había apoderado de ella y, tras una segunda ronda de arcadas cuya escucha les había puesto el corazón en un puño, Laurence había logrado convencerle de que saliera de la gruta y se sentara fuera—. Es decir, si Keynes piensa que los hongos van a conservarse mejor aquí, y aceite, y espíritu de vino ya destilado.

—Pero a mí no me gusta dejaros aquí —protestó Temerario con obstinación—. ¿Y qué ocurriría si volviera ese gran dragón salvaje? ¿Y si aparece otro? O leones, estoy seguro de haber oído leones no muy lejos de aquí.

Solo se habían oído los gritos de los monos aullando en las copas de los árboles a bastante distancia y los trinos de los pájaros.

—Vamos a estar a salvo tanto de dragones como de leones —le tranquilizó Laurence—. Tenemos más de una docena de fusiles y nos basta con dar un paso para meternos en esa caverna, desde ahí podemos mantenerlos a raya para siempre. Por esa entrada no cabe un elefante, y mucho menos un dragón, y ninguno de ellos va a ser capaz de echarnos el guante.

—Pero Laurence —repuso Temerario en voz baja para hablar de forma confidencial, o al menos él se hizo la ilusión de que era así, pues incluso bajó la cabeza—, me ha dicho Lily que Harcourt lleva un huevo. Ella debería venir, eso sin duda, y estoy seguro de que no lo hará si tú te niegas.

—Vaya, menudo abogaducho estás hecho, y supongo que esto os lo habéis cocinado entre los dos, ¿eh? —replicó Laurence, escandalizado ante el cálculo deliberado de su petición.

Temerario tuvo la gracia de parecer avergonzado, pero no fue el caso de Lily, que dejó de lado cualquier subterfugio y se dirigió a Catherine con voz aduladora:

—Por favor, ven, por favor.

—Por el amor de Dios, ya basta de melindres —saltó Harcourt—. De todos

modos, voy a estar mucho mejor aquí sentada a la sombra que sufriendo zarandeos en el aire, y te cargo con un peso de forma estúpida, pues mi ausencia va a permitir que traigas un par de hombres a la vuelta. Nadie va a gobernarte. Vuela lo más deprisa posible —y añadió—: Cuanto antes te vayas, antes volverás.

La red estaba todo lo llena que resultaba posible sin apreturas que pudieran estropear los hongos, así que Temerario y Lily se fueron al fin, sin dejar de formular quejas lastimeras.

—Ya van cerca de quinientos —anunció Chenery con aire triunfal, y levantó la vista de las setas—, y la mayoría de ellos son grandes, muy gordos, lo bastante para tratar a la mitad del parque de dragones… si aguantan el viaje.

—Vamos a darles su maldito rebaño de vacas, dígaselo —ordenó Laurence a Ferris. Se refería a Demane y a Sipho, quienes se habían tomado un descanso y yacían tendidos a la boca de la cueva; ponían hojas alargadas de hierba entre los pulgares y soplaban, provocando un silbido penetrante, y no prestaban la menor atención a los esfuerzos del reverendo Erasmus por leerles un instructivo tratado para niños, el texto era su primer intento de traducción a su idioma. Su esposa había acudido a ayudar en la recogida.

—Sí, señor —contestó el teniente con voz sofocada y casi sin aliento mientras se secaba el sudor de la frente con la manga.

—Vamos a necesitar cantidades mayores que las requeridas cuando están frescos —avisó Dorset, uniéndose a ellos—. Va a perderse algo de potencia durante el viaje, pero es posible compensar con una dosis concentrada. Tenga la bondad de detener ya la recogida, porque a este ritmo no va a quedar nadie para el transporte.

El ritmo frenético del principio había disminuido ahora que había pasado el primer efecto del entusiasmo y la urgencia de cargar a los dragones, y muchos hombres estaban pálidos y parecían mareados; algunos vomitaban en la hierba.

Habían aprovechado la lona de las tiendas para confeccionar sacos de setas y desde luego no iban a dormir en la caverna, así que despejaron el terreno circundante, cortando los espinos a golpes de sable y hacha, pero no todos; dejaron intactos unos cuantos en círculo para que formasen una suerte de valla punzante y enmarañada alrededor del claro con el fin de impedir el paso de los animales más pequeños; entre tanto, varios grupos se dedicaron a recoger madera seca para encender un buen fuego.

—Vamos a organizar las guardias, señor Ferris —anunció el capitán de Temerario —. Trabajaremos por turnos en cuanto hayamos descansado todos. Me gustaría ver mayor eficiencia en el trabajo.

Un cuarto de hora dentro de aquel húmedo espacio subterráneo, sin más luminosidad que la luz nívea que se filtraba por la estrecha grieta del fondo, podía llegar a hacerse eterno, máxime cuando los propios hongos estaban cubiertos por una maloliente sustancia grasienta de gran parecido a las heces húmedas y el hedor de la

atmósfera había ido a peor, pues al ya existente se añadía la pestilencia de sus propios vómitos. El piso de la tierra donde ya se habían llevado los hongos era esponjoso y un tanto extraño, casi apelmazado, pero ya no parecía una acumulación de excrementos.

—Capitán —le llamó el cirujano; este no llevaba ni un solo hongo y esperó a que Laurence hubo depositado su brazada en los recién colocados separadores. Entonces, Dorset le mostró un trozo de estiércol apelmazado con hierba de forma cuadrada con los bordes desportillados. El suelo de la cueva estaba revestido por esa sustancia. Laurence le miró fijamente con absoluta perplejidad, incapaz de saber qué pretendía decirle—. Es mierda de elefante —concluyó Dorset, tras desmenuzar el trozo—, y también de dragón.

—Alas, dos puntos al noroeste —anunció Emily Roland con voz aguda antes de que Laurence hubiera comprendido del todo el significado de esas palabras.

Nada más oír la voz de alarma, el campamento se convirtió en un caos donde todos huían a la desbandada en dirección a la cueva. Laurence buscó con la mirada al reverendo Erasmus y a los niños, pero antes de que él pudiera guiarlos hacia la cueva, Demane lanzó una mirada fugaz al dragón que se aproximaba, tomó a su hermano del brazo, lo levantó del suelo y se dirigió audazmente hacia la maraña de la maleza. El perro salió disparado tras ellos, volvió a ladrar un par de veces, cada vez más lejos, pero luego los ladridos se convirtieron en un lloriqueo sofocado.

Laurence se hizo cargo de la situación; puso las manos ahuecadas alrededor de la boca a modo de bocina para hacerse oír sobre el tumulto:

—Dejen los hongos y cojan las armas.

Luego, recogió sus pistolas y el sable, ayudó a acarrear otras armas y dio la mano a la señora Erasmus para ayudarle a bajar a la cueva, en cuya boca ya se habían apostado buena parte de los fusileros; el resto no tardó en apretujarse junto a sus compañeros. Sin querer ni darse cuenta, todos se empujaban unos a otros para estar lo más cerca posible de la entrada y, por lo tanto, del aire fresco, hasta que el dragón hizo temblar la tierra cuando se posó con un ruido sordo y, sin más preámbulos, lanzó el hocico contra la apertura.

El color rojo oscuro y los peculiares colmillos de marfil del hocico no dejaban lugar a dudas: era el mismo montaraz de la vez anterior. Percibieron antes su achicharrante aliento nauseoso que el rugido furibundo, y no era de extrañar: olía a queroseno con un ligero resto de putrefacción, fruto de sus anteriores comidas.

—Aguanten, soldados —gritó Riggs en la entrada—. No disparen, aguarden a…

El dragón se acercó y abrió las fauces delante de ellos, momento elegido por los fusileros para disparar una descarga cerrada sobre la carne blanda del interior de la boca.

El montaraz soltó un alarido y retrocedió para luego ponerse a escarbar: enganchó las garras en los bordes del agujero, lo bastante grande como para que pudiera

meterlas, y se puso a tirar. Se soltaron algunos guijarros y piedras y a los refugiados en el interior de la cueva empezó a lloverles tierra del techo. Laurence miró a su alrededor para ver cómo estaba Hannah; esta se abrazaba en silencio, un tanto envarada y con los hombros rígidos, y se apoyaba contra la pared de la caverna para no caerse cuando la tierra se convulsionaba bajo los movimientos del dragón.

Los fusileros tosían mientras cargaban las armas a toda prisa, pero el montaraz ya había aprendido la lección y no volvió a ofrecerse como blanco, sino que logró girar las garras hasta fijarse en las paredes de la fisura, y en cuanto hizo asidero, lanzó hacia atrás todo su peso hasta que la cámara se estremeció y la roca se agrietó en medio de gran estrépito.

Laurence desenfundó el sable y se adelantó de un salto para primero tajear las garras y luego lanzar una puntada tras otra, pues las escamas eran capaces de soportar los golpes dados con el filo, pero no los de la punta. Junto a él, en la oscuridad, estaban Warren y el teniente Ferris. En el exterior, el alado volvió a rugir con fuerza antes de remover las patas y estirar las zarpas, gracias a lo cual consiguió golpearlos a ciegas, derribándolos como si fueran mosquitos. El capitán de Temerario tuvo suerte: la pulida superficie ósea de una garra solo le rasgó la casaca a la altura del vientre, pero, eso sí, se llevó un buen porrazo al caer sobre el suelo de la gruta, cerca de donde se hundieron las zarpas y cuando el dragón retiró las patas delanteras, estas, manchadas por la sustancia fecal, fueron dejando una larga mancha verdosa.

Warren tomó a Laurence por el brazo y le ayudó a levantarse; luego, se alejaron juntos de la entrada. El humo de la pólvora era amargo y acre, y se mezclaba con el olor dulzón a podrido que emanaba de los hongos. El lugar había empezado a oler a matanza de tal manera que Laurence apenas podía respirar. Entre tanto, oía la respiración agitada y jadeante de las dotaciones, justo igual que en las cubiertas inferiores de un barco cuando fuera rugía la galerna.

El montaraz no reanudó el ataque de inmediato, por lo cual tuvieron que asomarse cautamente otra vez para echar un vistazo. Se había instalado a las afueras del claro, pero, por desgracia, se había alejado lo suficiente para no estar al alcance de sus fusiles. No apartaba de la fisura esos ojos suyos de un amarillo verdoso cargados de malevolencia mientras se lamía las garras allí donde había recibido los sablazos y hacía muecas con la boca, echaba hacia atrás los labios para mostrar una hilera de dientes punzante y luego volvía a relajarlos. De vez en cuando escupía algún salivazo sanguinolento, pero no había sufrido daños de verdad. Al saberse observado, alzó la cabeza y, airado, soltó otro bramido atronador.

El artillero Calloway avanzó acuclillado hasta llegar junto a Laurence y le hizo una sugerencia.

—Señor, podríamos meter pólvora negra en una botella y darle un buen susto… O quizá mejor probar con fogonazos de pólvora. Tengo aquí el saco y…

—No vamos a asustar a esa bella damisela con un petardazo ni con un fogonazo, no por mucho tiempo —intervino Chenery, según echaba hacia atrás el cuello con el fin de poder ver a su enemigo—. ¡Dios de mi vida! Pesa unas quince toneladas si no me equivoco mucho. ¡Un montaraz de quince toneladas!

—Yo diría que anda más cerca de las veinte, ya es mala suerte —dijo Warren.

—Más valdrá que conserve intacta la reserva de pólvora, señor Calloway —le dijo Laurence a su artillero—. Ahora solo conseguiríamos asustarle durante unos minutos. Debemos esperar al regreso de nuestros dragones. Guardaremos nuestro fuego para proporcionarles apoyo entonces.

—Ay, Dios mío. Los primeros en regresar van a ser Dulcia o Nitidus… —observó Warren.

La frase flotó en el aire inconclusa, mas no hacía falta añadir nada más: los dragones de menor tamaño iban a ponerse frenéticos, sin duda, e iban a salir derrotados ante aquel rival.

—No. Van a venir cargados, ¿lo recuerdan? —intervino Harcourt—. El peso los obligará a ir más despacio, van a retrasarse. Ahora bien, lucharán cuando lleguen aquí.

—¡Por favor! No adelantemos acontecimiento ni nos agobiemos así, se lo ruego —los interrumpió Chenery—. Ese grandullón de ahí no está entrenado. Cuatro dragones del Cuerpo se sobran para ponerle las peras al cuarto, incluso aunque no vinieran Messoria e Immortalis. Solo debemos esperar aquí quietos hasta que lleguen.

—¡Capitán! —gritó Dorset, y se acercó al grupo dando trompicones—. Présteme atención, por favor… El suelo… de… la… caverna.

—Sí, ya —contestó Laurence, recordando la primera muestra de excremento que el cirujano le había enseñado, consistía en excremento de elefante y dragón, algo extraño si se consideraba que estaban en un sitio donde ninguno de los dos animales podría haber entrado—. ¿Ha encontrado usted otra entrada en alguna parte desde donde pueden atacarnos?

—El excremento es… abono. Lo han extendido… a propósito —añadió al ver la perplejidad de los capitanes—. Estos… los han plantado aquí.

—¿Qué…? ¿Quiere decir usted que alguien cultiva estas cosas? —saltó Chenery —. ¿Qué diablos iba a hacer alguien cuerdo con semejante pestilencia?

—¿Y dice usted que había mierda de dragón, señor Dorset? —preguntó Laurence.

Y en ese momento se proyectó una sombra sobre la entrada de la cueva, y eso atrajo su atención hacia el exterior, donde se habían posado otros dos dragones: eran criaturas más pequeñas, pero iban muy acicaladas y llevaban arneses de cuerdas. Una docena de guerreros provistos de lanzas saltaron de los costados.

Los recién llegados tuvieron la precaución de mantenerse fuera del alcance de sus fusiles mientras conversaban entre ellos. Al cabo de un buen rato, uno de los

guerreros se acercó cautamente a la entrada y les dijo algo a grito pelado.

Laurence miró al reverendo, pero este meneó la cabeza, explicando así que no había entendido nada, y se volvió hacia su esposa, que mantenía la mirada fija en el acceso. Hannah se cubría la boca y la nariz con un pañuelo para combatir la pestilencia del lugar, pero lo retiró un segundo y se inclinó hacia delante para dar una respuesta con voz entrecortada.

—Nos ordenan salir, o eso me ha parecido.

—Oh, claro que sí —ironizó Chenery mientras se frotaba la frente con la manga, pues se le había metido algo de polvo en los ojos—. Eso es lo que más les gustaría de todo, pues ya puede ir diciéndoles que se vayan a…

—Caballeros —se apresuró a interrumpirle Laurence, antes de que su compañero soltara un exabrupto en presencia de señoras, cosa que Chenery parecía haber olvidado—, después de todo, resulta que esos dragones no son montaraces, los han enjaezado en su momento, es evidente, y si hemos entrado sin autorización en los campos cultivados de esos hombres, hemos cometido un error y debemos enmendarlo si está en nuestra mano.

—¡Qué mala pata! —exclamó la capitana, y se mostró de acuerdo con Laurence —: Al fin y al cabo, deberíamos estar encantados de poder pagar por esas malditas cosas. Señora —continuó, dirigiéndose ahora a la señora Erasmus—, ¿sería usted tan amable de salir y hablar con ellos? Entenderíamos que no deseara hacerlo, por descontado.

Warren cogió a Catherine de la manga.

—Un momento —terció en voz baja y con ademán cauteloso—. Hagamos memoria: jamás se ha oído hablar de nadie que haya vuelto de una expedición al interior del continente. Los mensajeros se han perdido y las expediciones, y solo Dios sabe cuántos asentamientos de los que no hemos oído ni hablar han acabado destruidos al norte de El Cabo, pero… si los dragones no son salvajes, esos hombres son responsables, brutalmente responsables de todo eso. No tienen una reputación como para confiar en ellos, que se diga.

La señora Erasmus miró a su esposo y este le dijo:

—Si no llegamos a una conciliación con esa gente, lo más probable es que tenga lugar una batalla en cuanto regresen nuestros dragones, ya que estos van a atacar, temiendo por nuestra seguridad. Nuestro deber cristiano es propiciar la paz en caso de ser esta posible.

Ella se limitó a asentir.

—Iré —anunció en voz baja.

—Creo que yo soy el oficial superior cuando los dragones no están presentes, caballeros —declaró Warren.

La proclama era de lo más engañosa, pues el orden de prelación en la Fuerza

Aérea venía marcado por el del dragón, y en cualquier caso, el rango venía a significar poco, salvo en el caso del contraalmirante. Laurence encontraba el sistema del Cuerpo un tanto confuso, cuando no directamente caótico, pues venía de la Armada, donde imperaba un rígido respeto al escalafón, pero resultaba una concesión pragmática a la realidad: los alados tenían sus propias jerarquías y a la hora de entablar combate pesaban más sobre la obediencia instintiva de los demás dragones veinte años como cuidador de un Cobre Regio que treinta años de experiencia a lomos de un Winchester.

—Ahorrémonos las tonterías, por favor —saltó Harcourt, impaciente.

El primer teniente de la capitana, Hobbes, la interrumpió para decir:

—Esto huele fatal. Ninguno de ustedes puede ir, señores, y deberían saberlo —agregó con un ligero tono de reproche—. Con su permiso, yo mismo y el teniente Ferris escoltaremos al reverendo y a su señora, y si todo sale a pedir de boca, traeremos aquí abajo a uno de esos tipos para que hable con ustedes.

Aquel arreglo no resultaba del agrado de Laurence, ni lo más mínimo, pero mantenía a la capitana fuera del peligro, y por eso no dijo nada; otros capitanes, en cambio, parecían sentirse culpables por algo y no discutieron, sino que se retiraron para despejar la entrada. Los fusileros cubrieron todo el terreno despejado desde ambos lados antes de que la señora Erasmus pusiera las manos delante de la boca a modo de bocina y gritara un aviso. Solo entonces salieron Hobbes y Ferris, uno detrás del otro, y anduvieron con cautela, con la boca de las pistolas hacia abajo y los sables colgando sueltos del cinto.

Los desconocidos dieron un paso atrás antes de mostrarse. Empuñaban las lanzas sin ánimo hostil, con las puntas hacia el suelo, pero las aferraban de un modo en que era fácil cambiar el agarre sobre el astil y lanzarlas.

Todos ellos eran de elevada estatura, tenían la cabeza prácticamente rapada y una pigmentación de piel muy acusada: la tez era tan negra que casi parecía un destello azulino proyectado por el sol. Vestían un simple taparrabos de asombroso color púrpura festoneado con lo que parecía hilo de oro y calzaban unas sandalias encordonadas hasta medio muslo y abiertas por ambos lados del pie.

No hicieron ademán alguno de atacar. El reverendo dio la mano a su esposa y la ayudó a subir cuando Hobbes se volvió y le hizo señales. Los desconocidos se reunieron con los tenientes y la señora Erasmus comenzó a hablar despacio y con claridad. Hannah se había llevado una seta de la caverna y la sostuvo en alto a la vista de todos. El dragón se agachó de pronto hacia ella y le habló. La esposa del misionero alzó los ojos y le miró fijamente, sorprendida, sí, pero no asustada, y habló con el alado. Este giró la cabeza atrás de inmediato y profirió un graznido discordante, no era un rugido ni un bramido; Laurence jamás había oído salir un sonido semejante de la garganta de un dragón.

Uno de los negros alargó la mano, atrapó a la mujer por el brazo y tiró de ella mientras con la otra empujó su frente hacia atrás hasta que su cuello adoptó una postura muy forzada e incómoda, y luego le apartó el pelo del semblante hasta dejar a la vista la cicatriz y el tatuaje borrado de la frente.

Erasmus se lanzó hacia delante y Hobbes hizo lo mismo por su lado, y la tomaron entre los dos. El hombre la soltó sin oponer resistencia, pero dio un paso hacia Erasmus, a quien habló en voz baja y muy deprisa sin dejar de señalar a su esposa. Esta se habría venido abajo entre temblores de no haber sido por el teniente, que la recogió y la sujetó.

El reverendo extendió los brazos con ánimo conciliador y no dejó de hablar en todo momento, pero entre tanto, con sumo cuidado, iba interponiendo el cuerpo entre su esposa y aquel hombre; este no le comprendía, eso era evidente, por lo cual movió la cabeza y probó otra vez en la lengua de los khoisánidos, pero tampoco le comprendió, y entonces, de forma un tanto titubeante, hizo otro intento.

—Lunda —dijo mientras se daba unos golpecitos en el pecho con el dedo.

El dragón bufó y el hombre, sin mediar nuevo aviso, tomó la lanza y la hundió en el cuerpo de Erasmus, haciendo un movimiento tan impecable como terrible.

Hobbes abrió fuego y el hombre se desplomó, como el reverendo, que cayó de rodillas con una leve expresión de sorpresa nada más, aun cuando tenía la mano en el astil de la lanza clavada a la altura del esternón. Hannah profirió un agudo grito de terror y él ladeó ligeramente la cabeza hacia ella e intentó ofrecerle las manos. La lanza se desprendió con flojedad del cuerpo poco antes de que el misionero se desmoronase sobre el suelo.

Ferris arrastró más que empujó a la señora Erasmus de vuelta a la cueva. El dragón rojo se lanzó tras ellos y Hobbes pereció en medio de un surtidor de sangre, literalmente rastrillado por las garras del montaraz. Ferris empujó a la dama al interior de la caverna, donde los brazos de los aviadores le esperaban tendidos, mientras el alado profería un chillido horrísono y salvaje y se lanzaba de nuevo hacia la entrada, donde se puso a escarbar como un poseso con las garras, logrando sacudir toda la colina hueca.

Laurence aferró a Ferris por el brazo cuando este cayó de espaldas a causa del impacto. Hilillos de sangre le corrían por la camisa y el rostro. Harcourt y Warren habían recogido a la señora Erasmus.

—Encienda un pequeño fuego, señor Riggs —ordenó a voz en grito Laurence para hacerse oír por encima del barullo reinante en el exterior—. Haga el favor de darnos un par de esas bengalas suyas, señor Calloway.

El dragón recibió de lleno una descarga de fusilería y una bengala azul en toda la cabeza, y al menos, eso le hizo retroceder por un instante.

Los dragones más pequeños se acercaron enseguida a la brecha e hicieron un gran

esfuerzo por apartar de ahí a su congénere de mayor tamaño, le hablaron con sus voces estridentes y al final acabaron convenciéndole para que los acompañara. Luego, se tumbó en el extremo más lejano del claro, con los costados subiendo y bajando al ritmo de su agitada respiración.

—¿Qué hora es, señor Turner? —preguntó Laurence al oficial de señales entre toses, pues no se disipaba el humo de la bengala.

—Lo siento, señor, pero ha habido un rato en que se me ha pasado darle la vuelta al reloj —admitió el alférez con tristeza—, pero son las cuatro pasadas, más de la guardia de la tarde.

Temerario y Lily se habían marchado después de la una; debían invertir cuatro horas en el viaje de ida y otras tantas en el de vuelta, pero antes de emprender el regreso tenían mucho trabajo pendiente en Ciudad del Cabo.

—Debemos turnarnos para montar guardias e intentar dormir un poco —aconsejó Laurence a Harcourt y Warren en voz baja. Dorset se había hecho cargo de la señora Erasmus y la había llevado a lo más hondo de la gruta—. Podemos contenerlos en la fisura, o eso creo, pero debemos permanecer vigilantes.

—Señor, le pido perdón, señor —dijo Emily Roland—, pero el señor Dorset me dice que le informe de que entra humo en la gruta por la parte de atrás.

En el techo del fondo, fuera del alcance de los asediados, había un respiradero angosto. Laurence se encaramó a los amplios hombros del señor Pratt, desde donde pudo ver a través del fino zarcillo de humo negro el fulgor anaranjado del fuego que habían encendido los hombres en el exterior. Se bajó de un salto y fue apartando a todos de su camino. Fellowes y Larring, el jefe de la tripulación de tierra de Lily, habían reunido a sus hombres con el propósito de bloquear la brecha con cuero del arnés, camisas y casacas, pero no lo estaban consiguiendo y el tiempo jugaba en su contra, pues el aire de la gruta era casi irrespirable y la temperatura en aumento no hacía más que empeorar el hedor natural.

—Así no vamos a resistir mucho —concluyó Catherine con voz ronca pero firme cuando Laurence hubo regresado a la parte delantera de la cueva—. Creo que más vale hacer una salida mientras aún podamos. Probemos a ver, y luego los despistaremos en el bosque.

En el exterior, los dragones habían cogido los matorrales llenos de espinas usados por los ingleses como valla defensiva del campamento y los habían apilado alrededor de la boca de la cueva en montones de más altura que un hombre. Los alados se habían situado cuidadosamente detrás de esta barrera, al amparo de las descargas de fusilería, para bloquear toda posible vía de escape. Había pocas esperanzas de lograr pasar por allí, pero tampoco se les presentaba mejor alternativa.

—Mi tripulación es la más numerosa y tenemos ocho fusiles —dijo Laurence—. Espero que todos estéis de acuerdo en que deberíamos ser nosotros quienes

marchásemos delante y vosotros nos seguís. Señor Dorset, tal vez debería usted tener la bondad de esperarnos aquí con la señora Erasmus hasta que hayamos despejado un poco el camino. Estoy seguro de que el señor Pratt va a ayudarle —agregó.

La orden de emergencia fue dada a toda prisa. Todos estuvieron de acuerdo en concertar un punto de encuentro en los bosques y lo calcularon brújula en mano. Laurence se llevó la mano al cuello para asegurarse de que llevaba bien atado el lazo y se encogió de hombros un par de veces para ajustar bien la prenda y que los galones dorados le quedaran en su sitio. Por desgracia, había perdido el sombrero.

—Warren, Chenery, Harcourt, a vuestro servicio —saludó mientras iba estrechándoles las manos. Ferris y Riggs se acuclillaban junto a la entrada, ya preparados. Él también tenía las pistolas cargadas—. Caballeros —se despidió.

Luego, desenfundó el sable y cruzó la entrada de la caverna mientras detrás de él se oían los vítores.

—Dios salve al rey George.

Capítulo 10

Laurence dio un traspié cuando unas manos tiraron de él y le arrastraron hasta ponerle de pie, pero las piernas no le respondían y se le doblaron cuando le dieron un empujón a resultas del cual cayó en el suelo cuan largo era junto a los demás prisioneros, rudamente sujetos a un aparejo muy similar a la malla que ellos usaban en la zona ventral de los dragones, aun cuando a tenor de la bastedad de la cuerda y el diseño, se hizo pensando más en sujetar equipaje que en llevar pasajeros. Jalaron el aparejo al que estaban sujetos con cuatro grandes tirones, y los dejaron suspendidos en el aire a la altura del vientre del dragón; las extremidades colgaron metidas un poco al azar en los huecos de un extremo de la red mientras en el otro se apretujaban los cuerpos. El aparejo estaba suelto y oscilaba dando grandes sacudidas al menor cambio de dirección, de altura o del viento.

No pusieron guardia alguno para vigilarlos ni ninguna otra restricción, pero, sin embargo, los inmovilizaron a conciencia, y no tuvo oportunidad de conversar ni de cambiar de posición. Le había tocado estar abajo en el cordaje, con el rostro clavado en las cuerdas ásperas y rasposas que de vez en cuando le despellejaban la piel, pero estaba satisfecho del lugar que le había tocado en suerte, a pesar de los grandes bamboleos de la malla y de los hilos de sangre que le caían encima, pues disponía de aire en abundancia.

Dyer estaba empotrado contra su costado. Laurence rodeó al muchacho con el brazo para sujetarle, pues el aparejo del dragón era algo irregular y las cuerdas se movían tanto que fácilmente podía deslizarse y matarse.

Los heridos estaban allí con todos los demás. Laurence tenía clavado en el brazo el mentón de un guardiadragón de Chenery, y el joven presentaba graves heridas causadas por garras de dragón; por la comisura del labio iba escapándosele un hilo de sangre que le empapaba la tela de la camisa. El infortunado murió en algún momento de la noche y poco a poco, mientras devoraban los kilómetros, el cuerpo se puso rígido por efecto del rígor mortis.

El capitán no era capaz de distinguir a nadie de entre quienes tenía a su alrededor, solo la presión anónima de una bota al final de la espalda o una rodilla apretujada contra la suya, a resultas de lo cual la pierna se le había doblado hacia atrás.

Había logrado vislumbrar fugazmente a la señora Erasmus en la tremebunda confusión de su captura, cuando les arrojaron las redes desde los árboles. La llevaban a rastras, sí, pero estaba viva. El destino de Catherine pesaba en su ánimo sobremanera y aunque no le gustaba pensar en ello, poco más podía hacer.

Sus captores no hicieron alto alguno, así que durmió, o al menos se sumió en un estado más distante del mundo que la vigilia, a pesar de las ráfagas de viento que le azotaban el rostro, mecido por el balanceo del aparejo, no muy diferente del movimiento gemebundo de un barco anclado en un agitado mar de través. Poco después del alba, el dragón desplegó al máximo las alas para poder planear con el viento mientras descendía, igual que los pájaros, y se posó en medio de grandes sacudidas. Dio varios brincos sobre el suelo con los cuartos traseros antes de apoyarse sobre las cuatro patas.

Soltaron el aparejo de forma ruda y los fueron cogiendo a tientas con enorme rapidez. Sus captores se libraron de los cadáveres y azuzaron a los vivos con golpes propinados con la contera de la lanza. Laurence no fue capaz de levantarse cuando tuvo toda la libertad del mundo para hacerlo, pues al recobrar la circulación sintió las piernas acalambradas consumidas por el fuego, pero alzó la cabeza y tuvo ocasión de ver a Catherine a poca distancia de allí, tendida sobre la espalda. La mejilla no embadurnada por la sangre estaba blanca, y tenía los ojos cerrados. Su casaca presentaba dos grandes rasgaduras cerca del brazo, pero se la había abotonado. Seguía llevando los cabellos recogidos en una trenza, mas no había indicio alguno de que la hubieran identificado como mujer.

No hubo tiempo para nada más. Les humedecieron el rostro con un poco de agua, acondicionaron el aparejo del alado y volvieron a subirlo y ajustarlo con enérgicos y veloces tirones. Y reemprendieron el viaje. El movimiento resultó peor a la luz del día: ahora iban menos cargados y se balanceaban de más ante el menor cambio de dirección o la mínima ráfaga de aire. Se endurecía mucho el estómago en el Cuerpo, pero aun así, una bilis de olor acre bajaba chorreando a través de la melé de cuerpos. Laurence respiró por la boca todo lo posible y giró el rostro hacia las cuerdas cuando le llegó el turno de vomitar.

No volvió a conciliar el sueño ni el viaje se interrumpió hasta el anochecer, cuando acompañaron al sol en su descenso. Al menos, en esta ocasión los sacaron del aparejo de uno en uno o en parejas y los ataron de pies y manos, formando una cadena humana. Los sujetaron a un par de árboles situados en extremos opuestos del claro y les dieron de beber: pasaron a su alrededor con bolsas de cuero en alto que chorreaban agua fresca y deliciosa. Por desgracia, el chorro de agua se acabó demasiado pronto para sus entreabiertas bocas sedientas. Laurence no tragó de inmediato el último trago, lo aguantó en la boca cuanto pudo para aliviar las molestias de la lengua reseca.

Se inclinó hacia delante y miró a uno y otro lado de la línea de presos: no vio a Warren; Harcourt alzó la mirada al saberse observada y asintió de forma casi imperceptible; Ferris y Riggs parecían hallarse tan bien como cabía esperar en aquellas circunstancias; Emily Roland se encontraba atada en la misma punta que

ellos, con la cabeza apoyada sobre el mismo árbol donde la habían ensogado. Chenery estaba atado junto a él por un lado y junto a Dyer por el otro; reclinaba la cabeza sobre el hombro en un gesto algo forzado, mantenía la boca entreabierta de pura fatiga, un inmenso moratón le cruzaba toda la cara y cerraba la mano en torno al muslo, como si le doliera la antigua herida.

El capitán de Temerario fue tomando conciencia de que habían acampado junto a las orillas de un río al oír el suave y moroso gorgoteo del agua a su espalda, aun cuando no podía darse la vuelta para mirarla. Aquello constituía un tormento, pues todos se morían de sed. Descansaban sobre la hierba apelmazada de un claro y si volvía los ojos hacia un lado podía ver una construcción en forma de pileta para hacer fogatas a la intemperie y una cerca circular de grandes piedras protegiendo un terreno llano. Aquello debía de ser un campamento de caza usado con cierta regularidad. Los hombres montaban guardia, caminando por los límites y cortando las ramas de la vegetación que invadía el claro.

El enorme dragón rojo cobrizo se instaló al otro lado de la hoguera y cerró los ojos al quedarse dormido, pero los otros dos más pequeños —uno marrón oscuro y el otro verde moteado, ambos con el gris claro del vientre sobredorado con una suerte de iridiscencia— echaron a volar y sus siluetas se fundieron con el cielo cada vez más oscuro hasta desvanecerse en lo alto.

Una cigüeñuela cangrejera de patas largas grises atravesó el claro en busca de comida, picoteaba semillas del suelo y emitía un gorjeo similar al sonido de una campanilla golpeada por un martillo.

Los dragones regresaron al cabo de un rato con los cuerpos flácidos de unos antílopes; depositaron con mucho respeto dos de ellos ante el gran dragón rojo, que, tras desgarrarlos, los devoró con apetito, guardaron un tercero para ellos y entregaron el último a los hombres, quienes lo descuartizaron enseguida y echaron los trozos en un enorme caldero puesto a hervir en el fuego.

Sus captores cenaron en silencio: se congregaron junto a uno de los lados de la hoguera y comieron con los dedos de unos cuencos. Cuando uno de ellos se levantó y se dirigió a la olla que hervía en el fuego para servirse más comida, Laurence consiguió distinguir a la señora Erasmus junto al fuego, pero en el otro flanco, junto al dragón. Estaba sentada con una escudilla entre las manos y se echaba hacia delante cuando comía con calma y a un ritmo constante. Ya no llevaba horquillas ni otras sujeciones, así que el pelo suelto adoptaba una silueta con forma de campana cuando le caía sobre la cara. Tenía rasgado el vestido, pero el rostro era completamente inexpresivo.

En cuanto terminaron el ágape, los apresadores se acercaron a los ingleses con cuencos llenos con las sobras de su cena, una suerte de gachas de grano cocidas en un caldo de carne. No había quedado mucha pitanza para los prisioneros y estos

sufrieron la humillación de tener que hundir la boca en el cuenco y hozar como los cerdos en un abrevadero. Al terminar, los restos caldosos les goteaban de los mentones.

Laurence cerró los ojos y comió, y cuando vio a Dyer dejar algo de caldo en el tazón le censuró:

—Debe comérselo todo cuando sea posible, no sabemos cuándo van a darnos de comer otra vez.

—Sí, señor —repuso el aludido—, pero es que ahora van a volvernos a subir a bordo y estoy seguro de voy a potarlo todo, señor.

—Aun así.

El capitán de Temerario agradeció en su fuero interno que aquellos hombres no partieran de forma inmediata, o eso parecía. En vez de eso, extendieron unas mantas sobre el suelo y luego sacaron de entre sus pertenencias un paquete bastante grande. Lo depositaron sobre las mantas y deshicieron las envolturas. Laurence reconoció el cadáver al primer golpe de vista: era el del hombre abatido por Hobbes, el que había asesinado al reverendo Erasmus.

Tendieron el cuerpo con gran ceremonia y trajeron agua del riachuelo para lavarle antes de volver a cubrirle, esta vez con la piel del antílope recién cazado. La lanza ensangrentada permanecía junto a él, tal vez como trofeo. Uno de los guerreros trajo un tambor y otros recogieron palos secos del terreno o simplemente se pusieron a batir palmas o llevar el ritmo dando pisadas en el suelo. Se pusieron todos a entonar un cántico que parecía un gemido único e interminable, pues uno empezaba cuando el otro hacía una pausa para respirar.

Siguieron cantando; era completamente de noche cuando Chenery abrió los ojos y miró a Laurence con el rabillo del ojo.

—Según tus cálculos, ¿hemos ido muy lejos?

—Hemos volado a buen ritmo un día y una noche rumbo norte, noreste, o eso creo —respondió Laurence en voz baja—. No podría decir más. ¿A qué velocidad crees que vuela ese grandullón?

Chenery estudió al dragón rojo y sacudió la cabeza.

—La envergadura de las alas es igual a su longitud y no es demasiado obeso, así que supongo que debe de ir a unos trece nudos por hora si no quiere dejar atrás a los dragones ligeros. Ponga usted catorce.

—Entonces, hemos hecho más de cuatrocientos cincuenta kilómetros —concluyó Laurence con el corazón en un puño. No habían dejado rastro alguno en cuatrocientos cincuenta kilómetros. No había razón para tener miedo si Temerario y los otros podían darles alcance, no de esa chusma, pero podían desaparecer en la vastedad del continente con la misma facilidad con que se habían encontrado muertos o presos, y, por tanto, pasar prisioneros el resto de sus vidas.

De hecho, ya habían desechado prácticamente todas sus esperanzas de regresar a Ciudad del Cabo por tierra, incluso obviando la enorme probabilidad de ser perseguidos. Ahora bien, si se encaminaban hacia el oeste, evitaban a los nativos belicosos, y se las arreglaban para encontrar suficiente agua y comida para mantener un mes de marcha, al menos podrían llegar a la costa. Y entonces, ¿qué? Tal vez podrían ingeniárselas para construir una piragua o una canoa o algo por el estilo; no se consideraba a la altura de Cook o de Bligh, pero se sentía capaz de navegar hasta llegar a buen puerto y, si lograba capear las tormentas y evitar las corrientes peligrosas, podría regresar con ayuda para los supervivientes. Había demasiadas condicionales en aquella hipótesis y todas ellas de lo más extremo, y seguro que iban a más conforme más lejos llegaran, y entre tanto, Temerario iba a acudir al interior del África en su rescate, buscándolos aterrado y exponiéndose a toda clase de peligros.

Laurence forcejeó con las cuerdas, pero los hilos eran resistentes y de buena calidad, y los habían torcido bien hasta formar un cuerpo. Ahí había poco que rascar.

—Señor, creo que aún llevo encima la navaja —ofreció Dyer al verle.

Los nativos estaban poniendo fin a la ceremonia y los dragones pequeños se habían puesto a excavar una fosa para el entierro. El filo de la navaja era romo y las cuerdas, correosas. Laurence necesitó de un buen rato para lograr liberar un brazo, pues el sudor de la mano había hecho muy resbaladizo el mango de madera y sentía calambres en los dedos engarfiados en torno al mismo cuando intentaba girarlo para aplicar el filo a sus ataduras.

Por último, tuvo éxito y entregó el cuchillo a Chenery mientras con el brazo libre se afanaba en deshacer los nudos que había entre él y Dyer.

—En silencio, señor Allen —le instó Laurence, volviéndose al otro lado. El alférez estaba dando tirones para zafarse de los nudos que le sujetaban a uno de los guardiadragones de Catherine.

El túmulo estaba levantado y sus captores se habían dormido y ellos todavía no habían terminado de soltarse los unos a los otros. Un hipopótamo bullanguero gritaba de vez en cuando en medio de la oscuridad, a veces sonaba muy cerca y uno de los dragones, aún soñoliento, alzaba la cabeza y permanecía a la escucha antes de soltar un gruñido concluyente que silenciaba todos los ruidos de la noche a su alrededor.

Ahora actuaron con mayor premura y los presos liberados se arriesgaron a arrastrarse desde sus posiciones para liberar a otros. Laurence trabajó en equipo con la capitana, cuyos dedos finos deshacían el peor de los nudos en un abrir y cerrar de ojos. Nada más liberar a Peck, uno de los tripulantes de Harcourt, el último de los presos, Laurence le susurró:

—Haga el favor de conducir a los otros a los bosques, y no me esperen una vez que lleguen allí. Debo intentar liberar a la señora Erasmus.

Ella asintió y le entregó a él la navaja cuyo filo estaba demasiado embotado para ser de utilidad en una pelea, pero al menos era un apoyo moral. Uno tras otro fueron deslizándose en silencio hacia la floresta, lejos del campamento, a excepción de Ferris, que se agachó junto a Laurence.

—¿Y los fusiles? —preguntó con un hilo de voz.

Laurence negó con la cabeza. Por desgracia, los captores habían hecho un atadijo con ellos y los habían metido con el resto del equipaje, y ahora yacían junto a la cabeza de uno de los dragones que roncaban. No había forma de recuperarlos.

Era una experiencia poco agradable tener que pasar junto a hombres dormidos, tendidos exhaustos y despatarrados sobre el suelo después de la catarsis del rito fúnebre. Hasta el ruido más ínfimo resultaba magnificado e incluso los chasquidos de la hoguera parecían truenos. Se le doblaron las rodillas y se le combaban las piernas de pura flojera, a veces llegó a rozar el suelo, motivo por el cual acabó apoyando las manos y caminando a cuatro patas.

La señora Erasmus dormía separada de los hombres, al otro lado del fuego, muy cerca de donde descansaba la cabeza el dragón rojo; este curvaba ligeramente las dos patas delanteras alrededor de Hannah. La viuda parecía muy pequeña aovillada y con los brazos debajo de la cabeza. El militar inglés se alegró de ver que no estaba herida, se acercó con cuidado y le tapó la boca con una mano. Ella reaccionó tan de repente que estuvo a punto de soltarse, el blanco de los ojos se movió mirando a su alrededor, pero su temblor cesó de inmediato en cuanto le vio. Ella asintió y el aviador retiró la mano de la boca y se la ofreció para ayudarle a levantarse.

Se alejaron despacio y rodearon con sigilo la gran garra cuyas afiladas puntas negras centelleaban a la luz roja de la hoguera. La respiración del dragón era regular y profunda. Las fosas nasales se ensanchaban a esa misma cadencia, dejando ver alguna pincelada rosa del interior.

Se hallaban a diez pasos de distancia.

Once.

El párpado oscuro se entreabrió y el ojo amarillo hizo acto de aparición. El dragón los vio, se incorporó y bramó.

—¡Váyase! —gritó Laurence y empujó a la señora Erasmus hacia Ferris, pues las piernas no le respondían y, por tanto, le era imposible ir muy deprisa. Uno de los nativos se despertó de un salto y se le echó encima, cogiéndole por las rodillas y haciéndole caer al suelo. Forcejearon a brazo partido entre el polvo y las pavesas cerca del fuego. Laurence peleaba con denuedo para lograr un único objetivo: cubrir la fuga.

Fue una brega de movimientos torpes, propia de borrachos, donde los dos sangraban y estaban sudando la gota gorda; ambos estaban extenuados y la debilidad del británico después de la batalla y el viaje quedaba compensada por la confusión de

su oponente, recién despertado de un sueño profundo. Laurence rodó sobre la espalda y se las arregló para rodear el cuello de su oponente con el brazo, entonces aplicó todo su peso sobre la presa para mantener al hombre sujeto y todavía fue capaz de hacer probar la suela de su bota a otro que estaba echando mano a la lanza.

Ferris había llevado a la esposa del reverendo hacia la floresta, de donde salieron una docena de aviadores dispuestos a acudir en ayuda de la mujer y de Laurence.

—¡Lethabo! —gritó el dragón.

Fuera cual fuera el significado de esa palabra, Hannah se detuvo y miró a su alrededor. Entre tanto, el gran alado se lanzó a por el teniente.

La mujer protestó a voz en grito y corrió hacia atrás, hasta la posición donde Ferris se había lanzado al suelo en un movimiento hecho a la desesperada con el fin de evitar al dragón. Hannah se interpuso entre los dos y alzó una mano. La garra detuvo su descenso y se apoyó de nuevo delante de ella.

Los captores aprendieron de su error: esta vez los ataron junto a la fogata y apostaron un centinela. Los dos dragones pequeños les habían hecho volver al campamento con una facilidad insultante y una eficiencia nacida de la práctica. Si en el proceso habían provocado la estampida de una pequeña manada de antílopes, tampoco les había importado, y habían aprovechado la ocasión para consolarse por las molestias con una cena de madrugada. Solo echaron en falta a Kettering, uno de los fusileros de Harcourt, y a los encargados del arnés Peck y Bailes, pero estos dos últimos regresaron al campo con paso vacilante y se entregaron a primera hora de la mañana. Dieron la noticia de que un hipopótamo había matado a Kettering cuando intentaba vadear un río. La expresión conmocionada de sus expresiones arrancó de raíz todo deseo de saber algo más.

—Ese era mi nombre —informó la señora Erasmus mientras sujetaba con fuerza una taza de oscuro té rojo—. Lethabo. Yo me llamaba así de niña.

No le habían consentido acudir a hablar con los prisioneros ingleses, pero, tras mucha súplica por su parte, habían accedido a traerle a Laurence, maniatado de pies y manos, y no le quitaban el ojo de encima ninguno de los lanceros que montaban guardia, poco dispuestos a permitir que se acercara. El propio dragón rojo había agachado la cabeza para escuchar la conversación con toda atención y mantenía fijo en el oficial inglés ese malevolente ojo suyo todo el tiempo.

—Entonces, ¿estos hombres son de su tribu nativa? —inquirió el aviador.

—¿Ellos? No. Pertenecen a una tribu emparentada con la mía o aliados suyos, no estoy muy segura de eso, porque ellos me entienden cuando les hablo, pero —Hannah hizo una pausa y luego añadió—: yo… no termino de entenderlos del todo bien. Kefentse —dice ser mi tatarabuelo.

Laurence se quedó desconcertado y supuso que ella le había entendido mal o se había equivocado al traducir.

—No, no —precisó la viuda—, hay muchas palabras que recuerdo mal, pero me raptaron junto a otros muchos y algunos fuimos vendidos en el mismo lote. Llamábamos «abuelo» a los más mayores por una cuestión de respeto. Imagino que se refiere a eso.

—¿Conoce la lengua lo suficiente como para explicarle que no pretendíamos hacer ningún daño? —preguntó Laurence—. Nosotros solo buscábamos los hongos…

Hannah hizo un intento balbuceante de contárselo, mas el dragón bufó con desdén antes de que ella hubiera terminado de hablar. Luego, hizo ademán de colocar una garra entre los dos humanos y fulminó al aviador con la mirada, como si le hubiera insultado gravemente y se dirigió a los hombres, que le pusieron de rodillas de inmediato y le arrastraron otra vez hasta la línea de prisioneros.

—Bueno, esto pinta bastante mal —evaluó Chenery después de que hubieran atado otra vez a Laurence—. Me atrevería a decir que ella ha intentado persuadirle de algo cuando ha hablado con él, y en fin… Mientras, al menos no parecen tener intención de matarnos, o eso espero yo, pues en otro caso ya lo habrían hecho y se habrían ahorrado la molestia de vigilarnos.

Sin embargo, no estaba claro el motivo por el cual les habían respetado la vida. No habían intentado interrogarlos y el asombro de Laurence era cada vez mayor conforme el viaje iba más allá de los límites razonables atribuibles al territorio de una pequeña tribu, aun cuando esta tuviese dragones. Durante un tiempo especuló con la posibilidad de que viajaban dando rodeos para despistar a sus posibles perseguidores, pero la posición del sol durante el día y la Cruz del Sur durante la noche le dejaron claro que se desviaban: siempre iban nornoroeste, y solo abandonaban ese rumbo para hacer aguadas o para pernoctar en sitios más cómodos.

Al rayar el alba del día siguiente hicieron un alto a orillas de un río de gran caudal cuyas aguas discurrían casi naranjas como efecto de su lecho lodoso. Habitaban en los alrededores unos hipopótamos de lo más ruidosos y cuando los dragones se les echaron encima se lanzaron al río y lo atravesaron a una velocidad sorprendente, sumergiéndose entre las oleadas con el propósito de evitar a los perseguidores. Los alados africanos porfiaron hasta aislar a uno de ellos y arrinconarle desde dos lados con el fin de empujarle a un claro, donde lo mataron.

Para ese momento, sus captores confiaban en ellos lo suficiente como para desatar a varios de los tripulantes y ordenar que los ayudaran en las tareas pesadas, y así, encargaron ir a por agua a Dyer y Tooke, el joven cadete de Catherine; los dos iban y venían con un balde llenado en la orilla, lo cual daba cierta grima, pues había un colosal cocodrilo dormido en la orilla opuesta y su gran ojo gris estaba abierto, fijo en ellos. La carne del reptil suponía una gran tentación para los dragones, pero aun así, este no mostró el menor indicio de miedo.

Los alados alargaron las patas delanteras para usarlas como almohadas sobre las

que apoyar la cabeza y se tendieron a dormitar al sol; de vez en cuando movían las colas con pereza para repeler a las nubes de mosquitos. La señora Erasmus se puso a hablarle al oído a Kefentse, pero el dragón la dejó con la palabra en la boca, se alzó sobre los cuartos traseros, y se puso a hacerle preguntas con aire inquisitorial. Ella se estremeció y retrocedió, moviendo la cabeza, negándose a contestar. El alado terminó por dejarla ir y volvió la mirada al sur. Sentado como la esfinge, su imagen recordaba la de un escudo de armas: un dragón aculado sobre un fondo de gules. Después, volvió a tenderse muy despacio y habló a Hannah una vez más antes de cerrar los ojos de forma harto significativa.

La viuda acudió junto a ellos.

—Bueno —dijo Chenery—, parece innecesario preguntar qué opina sobre lo de dejarla marchar.

—No —respondió ella con un hilo de voz para no enardecer a los dragones de nuevo—, y las cosas han empeorado. Le hablé de mis hijas a Kefentse y ahora solo desea volver también a por ellas.

Laurence se avergonzó de sentir un hilo de esperanza en una situación que de otro modo levantaría una enorme ansiedad, pero un intento de esa naturaleza revelaría al resto de la formación la identidad de sus captores.

—Le aseguro, señora, que cualquier exigencia por parte de esta chusma será acogida con la mayor de las burlas. Confío plenamente en que los otros capitanes y el vicegobernador Grey se harán cargo de sus hijas como si fueran las suyas.

—Usted no lo entiende, capitán. Tengo la impresión de que Kefentse estaría dispuesto a lanzar un ataque contra la colonia para apoderarse de ellas, pues cree que allí puede haber más niños robados entre los esclavos.

—Estoy seguro de que les deseamos mucha suerte si pretenden intentarlo —ironizó Chenery—. No se preocupe por sus hijas; incluso si estos tipos tienen en casa unas cuantas bellezas como este abuelito suyo, entrar en el castillo no va a ser pan comido. Hay emplazados cañones de 24 libras, y eso por no hablar de los cañones de pimienta, y una guarnición completa. Supongo que no va a apetecerle venir a Inglaterra con nosotros, ¿verdad? Le ha tomado a usted tanto cariño que estoy convencido de que podría convencerle —añadió en un arrebato de optimismo.

No obstante, pronto quedó claro que Kefentse, con independencia de lo que pretendiera designándose como bisabuelo de Hannah, se consideraba a sí mismo como un ascendiente, incluso aunque ahora ella creyera recordar la eclosión del dragón.

—No me acuerdo bien, aunque estoy casi segura de ello —les explicó—. Yo era muy joven, pero casi todos los días había festines y regalos, y después le recuerdo a menudo en la aldea.

Laurence consideró que eso explicaba su falta de miedo a los dragones. Los

negreros la habían cogido a los nueve años, edad suficiente para haber perdido el temor atávico a los alados.

Kefentse la recordaba siendo una niña y eso no le predisponía favorablemente a la hora de obedecerla, y es más, cada vez que ella intercedía en favor de los cautivos para conseguir su libertad, él pensaba que la tenían engañada o actuaba así por miedo o coacción, y esa idea le sacaba de quicio más y más.

—No se arriesgue a intentar persuadirle otra vez, se lo ruego. Debemos estar muy agradecidos por esta protección que nos brinda en atención a usted —arguyó el capitán de Temerario—. Yo me abstendría de realizar nuevos intentos que solo pueden servir para que reconsiderase sus sentimientos.

—Él jamás haría nada que me perjudicase —replicó con una extraña certidumbre, tal vez había recobrado parte de la confianza de la niñez.

Volaron varias horas más tras desayunar un hipopótamo asado y solo tomaron tierra poco antes del crepúsculo, junto a lo que parecía ser una minúscula villa granjera. Descendieron en un claro lleno de niños enzarzados en sus juegos, que gritaron gozosos al verlos llegar y se congregaron enseguida alrededor de los dragones, hablando con ellos sin el menor atisbo de miedo, aunque miraban con cierto nerviosismo a los prisioneros. Un frondoso árbol de mimosa se alzaba en el extremo opuesto del claro, sus ramas proporcionaban una sombra muy agradable y debajo de ellas había una pequeña cabaña un tanto extraña: no tenía parte delantera y estaba varios metros por encima del suelo. En su interior descansaba un huevo de dragón de sustancial tamaño alrededor del cual se sentaba a moler grano un grupo de mujeres provistas de mortero y maja de piedra. Apartaron el instrumental y palmearon el huevo de dragón, dando la impresión de que le hablaban, antes de levantarse y acudir a saludar a los visitantes en cuanto estos bajaron del lomo de los dos más pequeños, y también para fisgar a sus anchas.

Acudieron varios hombres procedentes de la aldea para saludar a los dragones y estrechar las manos de los cuidadores. Uno de los lugareños se acercó a un árbol de cuyas ramas pendía un enorme colmillo de elefante minuciosamente tallado, lo tomó y sopló por el mismo, dando varios toques de sonido retumbante y profundo. Poco después se posó en el claro otro dragón, un medio peso de unas diez toneladas, provisto de dos juegos de incisivos que sobresalían del maxilar por encima y por debajo y con un color variado: un tono oscuro y discreto de verde con motas amarillas y puntos rojos dispersos sobre el pecho y las paletillas.

Los niños se mostraron menos retraídos aún con el recién llegado y se arracimaron en torno a sus patas, se le subieron a la cola y le dieron tirones de las alas, un trato que el alado soportó sin pestañear mientras conversaba con los dragones visitantes.

Los cuatro alados se sentaron en torno al huevo de dragón en compañía de los

cuidadores y los hombres de la aldea. También se sentó con ellos una anciana cuyo atavío marcaba la diferencia: lucía una falda de pieles de animal y una sarta de cuentas largas como los entrenudos de los juncos, abultados collares hechos con garras de animales y también abalorios de colores. Las demás mujeres trajeron la cena: una humeante olla de gachas cocidas en leche y no en caldo, verduras frescas cocinadas con ajo y carne en salazón, un poco dura pero con mucho sabor gracias al uso de vinagre y especias.

Trajeron cuencos de comida a los prisioneros y les desataron las manos para que, por una vez, pudieran comer por sí mismos. Sus captores se mostraban menos precavidos al tener una compañía tan nutrida a su alrededor.

La señora Erasmus aprovechó el barullo de la celebración para reunirse con ellos una vez más. Había podido escabullirse de la compañía de Kefentse porque le habían asignado el lugar de honor, junto al huevo de dragón, y le habían ofrecido una gran vaca, y parecían dispuestos a retrasar todo el festejo nocturno hasta que él diera buena cuenta de la res. En todo caso, la mujer solo se puso en pie cuando retiraron los restos del festejo y echaron tierra limpia sobre el suelo circundante para empapar y ocultar la sangre del festín. La anciana, la única fémina vestida, se acercó hasta el huevo de dragón y se puso a cantar y dar palmadas.

La audiencia hizo suyo el ritmo con palmas y tambores y unió su voz a la de ella en los estribillos, aunque cada verso era diferente, desprovisto de una rima o un diseño que Laurence pudiera apreciar.

—Le está hablando… Se dirige al huevo —les explicó la señora Erasmus, con la vista fija en el suelo, la mirada perdida, absorta en cada una de las palabras—. Le habla al huevo de su vida, le dice que él fue uno de los fundadores de la aldea, los trajo a una tierra buena y segura más allá del desierto, donde los secuestradores no podían llegar. Fue un gran cazador y mató al león con sus propias manos cuando este podía haber aniquilado al ganado. Echan de menos su sabiduría en el consejo, por eso debe darse prisa en salir y volver con ellos, pues tal es su deber…

Laurence se quedó mirando fijamente, anonadado. La vieja sacerdotisa concluyó sus versos y empezó a llevar de uno en uno a algunos hombres de la villa para que permanecieran de pie delante del huevo y recitaran con la ayuda y asistencia de la mujer.

—Le dicen que son sus hijos —aclaró la señora Erasmus— y que echan mucho de menos el sonido de su voz —uno de los lugareños acudió llevando en brazos a un niño envuelto en telas para que palmeara el huevo con la manita—. Ese de ahí es su nieto, nacido después de su muerte. Solo es una superstición pagana, por supuesto —añadió la señora Erasmus, pero lo dijo con inquietud.

Los dragones unieron sus voces a la ceremonia. El alado local se dirigió al huevo en todo momento como «su viejo amigo» cuyo retorno era largamente esperado; los

dragones más pequeños le hablaron desde el extremo más alejado y sobre placeres frecuentes como la caza, echar a volar y ver la prosperidad de los descendientes. Kefentse no dijo nada hasta que la sacerdotisa le reprendió por su silencio y le persuadió para que se dirigiera al huevo.

El dragón rojo más que animarle le dio un aviso, pues le habló del dolor de fallar en el cumplimiento de su deber, de regresar a la aldea y no ver más que las columnas de humo de las hogueras a punto de extinguirse, encontrarse las casas vacías, los niños tendidos en el suelo, inmóviles y sin responder a sus llamadas, las hienas rondar a escondidas entre los rebaños…

—Él buscó y buscó hasta llegar a la costa, y al borde del océano supo… supo que no iba a encontrarnos —concluyó la señora Erasmus.

Kefentse bajó la cabeza y gimió por lo bajini. De súbito, ella se levantó y cruzó el claro para llegar hasta él y apoyó las manos sobre su hocico inclinado.

A la mañana siguiente, se tomaron con cierta pachorra los preparativos de la partida, pues al final de la celebración tanto hombres como dragones habían accedido a beber un poco de cerveza que los había dejado a todos para el arrastre. El pequeño dragón verde bostezaba tanto que parecía que se le había desencajado la mandíbula.

Los lugareños trajeron al claro canastos de mimbre tan grandes que se necesitaban dos hombres para llevarlos y un gran surtido de alimentos: pequeñas judías amarillas moteadas de negro ya secas, granos rojizos de sorgo, pequeñas cebollas de color rojo púrpura con pinceladas amarillentas y tiras de olorosa carne seca.

Los hombres del grupo examinaron el tributo y asintieron; luego, cubrieron las cestas con tapaderas de cestería y las aseguraron con hilos de fina cuerda acalabrotada hechos con la corteza de los árboles. Acto seguido las subieron de dos en dos a los cuellos de los dragones más pequeños, que agacharon la cabeza para recibirlas.

Pese a todo el barullo, no dejó de haber centinelas en todo momento y lugar, incluso en los perímetros de la aldea. Los más jóvenes llevaban un artilugio parecido al cencerro listo para hacerlo sonar en cualquier momento. Eso era una consecuencia de la rapacidad del comercio de esclavos, que había agotado el vivero natural que eran los prisioneros de guerra de los diferentes reinos de la costa, razón por la cual los proveedores nativos de esclavos habían empezado a raptar y saquear otros territorios sin la menor excusa, con el único propósito de disponer de más género. Los ataques llegaban más y más lejos cada año y era obvio que ese hecho hacía que los lugareños comenzaran a mostrarse cautos.

La aldea no se hallaba en condiciones de ofrecer una resistencia prolongada, pues su trazado no ofrecía líneas defendibles; no pasaba de ser un grupito de preciosas casitas bajas hechas de barro y piedra con tejado de paja. Todas tenían un perímetro

circular y dejaban al raso la cuarta parte de la circunferencia como forma de dar a la casa respiradero y salida de humos. Ofrecían poco abrigo contra un grupo de merodeadores interesados en hacer cautivos y degollar.

No había ninguna riqueza que proteger en ese lugar, salvo un pequeño rebaño de vacas y cabras que pastaban perezosas más allá de los límites de la aldea bajo la vigilancia de un puñado de niños mayores, unos campos de laboreo adecuados para la subsistencia y poco más. Varias mujeres y algún anciano llevaban pequeñas baratijas de oro y marfil, y vestían ropas de brillantes colores. Nada de eso habría despertado la codicia de un ladrón normal, pero había algo que sí lo hacía: los propios habitantes, gente saludable, pacífica y bien alimentada, gente que ahora debía sobrellevar el peso de una carga nueva e inquietante: la de la precaución.

—Aquí todavía no se han llevado a nadie —les explicó la señora Erasmus—, pero han raptado a tres niños a un día de vuelo de la aldea. Uno logró esconderse cerca y se escabulló a tiempo de dar el aviso… y los ancestros, o sea, los dragones, los capturaron —la viuda hizo una pausa y añadió con una calma desconcertante—: Ese fue el motivo por el que los esclavistas mataron a toda mi familia, o eso creo. A unos y otros no podían venderlos por ser demasiado viejos o demasiado jóvenes, y los asesinaron para que no pudieran indicarle a Kefentse dónde habíamos ido.

Hannah se puso en pie y se adelantó para contemplar la aldea mientras continuaba la carga de los fardos. Los niños más pequeños jugaban con las abuelas, las demás mujeres cantaban al tiempo que trabajaban juntas para hacer harina con el sorgo. Llamaba la atención con aquel vestido hasta el cuello, rasgado y cubierto de polvo, en comparación con todas aquellas prendas tan coloridas como impúdicas. El dragón rojo levantó la cabeza para vigilarla con ansiedad y una atención rayana en los celos.

—El grandullón debe de haberse trastornado bastante —le confió Chenery en voz baja—, es como si su capitán y toda su tripulación hubieran muerto en un instante —sacudió la cabeza—. Esto es un maldito atolladero y no te confundas, Laurence, Kefentse no va a dejarla marchar jamás.

—Quizá pueda encontrar una oportunidad para escaparse —repuso Laurence con tono lúgubre.

Se reprochaba amargamente haber metido en aquel lío al reverendo Erasmus y a su esposa.

Volaron durante otro día y su respectiva noche sin detenerse más que a hacer escalas para beber. Laurence estaba sobrecogido por la vasta extensión de suelo duro y desértico que se extendía a sus pies, una sucesión de dunas rojizas y matorrales y montones de sal blanca completamente desprovista de vida. Mantuvieron rumbo al noreste, adentrándose más y más en el continente; cada vez se hallaba más lejos de la costa y llegó un momento en que se desvanecieron las minúsculas esperanzas de fuga o de rescate.

Por último, dejaron atrás las tierras yermas y el desierto dio paso a un escenario de árboles verdes y un suelo azafranado cubierto por una frondosa vegetación.

A última hora de la mañana las tripas del dragón tronaron con más fuerza que su rugido de saludo, y desde una posición adelantada le contestaron varias voces de forma inmediata, y de sopetón, se encontraron con una visión sorprendente: una manada de elefantes avanzaba despacio por la sabana, destrozando a su paso ramas bajas y arbustos, bajo la supervisión de treinta hombres y dos dragones que deambulaban cómodamente a unos pocos metros de la retaguardia de la manada.

Los pastores avanzaban provistos de largos palos con cencerros resonantes, con dicha medida se pretendía evitar que la manada diera media vuelta. Algo más lejos, a unos cuatrocientos metros, unas mujeres estaban muy ocupadas extendiendo enormes excrementos de color rojizo y plantando arbustos, y cantaban rítmicamente mientras lo hacían.

Bajaron a los prisioneros y les dieron de beber. Laurence estuvo a punto de no prestar atención a los pellejos de agua con agujeros de tanto mirar a las criaturas más gordas, grandes y perezosas de las que había oído hablar. Había visitado la India en dos ocasiones en sus tiempos de oficial de la Armada y en una ocasión había visto a un viejo elefante de unas seis toneladas de peso llevando a un potentado nativo; la imagen se le había quedado grabada en la retina. El más corpulento de los allí presentes debía dejar al elefante indio en la mitad y rivalizaba con Nitidus o Dulcia en tamaño. Iban provistos de unos grandes colmillos de marfil punzantes como lanzas que sobresalían un metro. Otra de aquellas *behemoth*[11] apoyó la cabeza sobre un árbol de tamaño respetable, empujó mientras lanzaba un barrito implacable y lo tumbó sobre el suelo en medio de un gran estrépito. El elefante quedó complacido con su éxito y se movió perezosamente en torno al mismo para elegir a su gusto los brotes más tiernos de la copa.

Los pastores a lomos de los dragones entablaron una breve conversación con los hombres de Kefentse y luego echaron a volar a toda prisa hasta apartar del cuerpo principal del rebaño varias bestias: ejemplares viejos a juzgar por la longitud de los colmillos y sin crías a su cargo.

Kefentse y los otros dragones se les echaron encima con gran habilidad: les bastó un solo zarpazo de sus garras penetrantes para matar a las criaturas sin darles tiempo a proferir un grito que hubiera turbado al resto.

Los alados se dieron un festín con verdadera gula y luego murmuraron satisfechos tal y como haría un caballero conforme con una cena de su agrado. Las hienas salieron de entre la hierba para hacerse cargo de los restos ensangrentados y se pasaron riendo toda la noche.

Durante los dos días siguientes apenas pasó una hora sin que vieran a otros dragones con los que intercambiaban saludos a lo lejos. En el suelo atisbaban

fugazmente algunas aldeas y de vez en cuando también algunas fortificaciones de ladrillo y roca, hasta que a lo lejos columbraron una gran columna de humo en el cielo, como si un gran incendio consumiera toda la masa vegetal, y un fino y sinuoso hilo de plata en la tierra.

La señora Erasmus les había revelado el nombre de su destino:

—*Mosi-oa-Tunya*.

Y su significado:

—Humo que truena.

Oyeron un retumbo sordo e incesante poco después de que Kefentse virase hacia el penacho de humo.

La angosta línea centelleante del suelo acabó convirtiéndose en un río colosal cuyo anchísimo caudal descendía despacio y dividido en varios brazos más pequeños, aunque todos ellos dejaban atrás rocas e islotes cubiertos de hierba e iban hacia una estrecha grieta en la tierra cuyo aspecto recordaba al de una cáscara de huevo rota por el centro, y al llegar a dicha fractura, el río entraba en ebullición y se precipitaba al vacío en una caída como Laurence ni siquiera había sido capaz de concebir. La efervescencia de agua pulverizada en suspensión era tal que ocultaba del todo el pie de la cascada.

Kefentse se lanzó a toda velocidad sobre estas estrechas gargantas en las cuales apenas parecía haber espacio suficiente para poder pasar. El dragón atravesó las primeras nubes de agua vaporizada, y esta se acumuló enseguida en los pliegues rugosos de su piel y brilló como si hubiera varios pequeños arco iris. Sujeto por las cuerdas del aparejo, Laurence se secó el agua del rostro y la barba de una semana y se dio alguna que otra manotada para sacudirse el agua de los ojos, pero se puso a bizquear enseguida cuando atravesaron un cañón cada vez más espacioso.

Las laderas inferiores eran muy frondosas, una maraña verde esmeralda de vegetación tropical subía por las paredes hasta llegar a la mitad de las mismas, donde terminaba de pronto, pues pasaban a ser lisas y estar cortadas a pico hasta alcanzar a lo alto, donde se extendía la meseta de basalto desde la cual caían las aguas del río. Las paredes parecían jaspeadas y centelleaban solo cuando estaban junto a alguna de las muchas bocas de cuevas, enormes, por cierto. Laurence no tardó en comprender que, en realidad, lo que veía no eran grutas, sino arcos de entrada tallados en piedra, accesos a atrios abovedados que se perdían en lo profundo de la montaña. Las paredes de la garganta no centelleaban como mármol pulido, eran de mármol pulido, o un material igual de bueno: una piedra centelleante y lisa con incrustaciones significativas de marfil y oro hechas según un patrón de ensueño.

Las fachadas mostraban un buen número de tallas y esculturas dispuestas alrededor de los accesos; estaban coloreadas con colores vívidos y suntuosos, y superaban en tamaño a las de Westminster o San Pablo, las únicas medidas de

referencia y comparación que tenía Laurence, por insuficientes que fueran. Entre las arcadas había tramos de escaleras con barandillas excavadas en la roca y desgastadas por efecto del agua, y esto le permitió hacer un cálculo: la más grande tendría aproximadamente la altura de cinco residencias nobiliarias medidas desde los cimientos a lo alto del tejado.

Kefentse volaba ahora a muy poca velocidad a fin de evitar una colisión pues la garganta estaba llena de dragones yendo de un lado para otro entre los pabellones, unos transportaban cestos o fardos; otros llevaban pasajeros en el lomo; y también los había dormidos en salientes tallados en la piedra con las colas colgando desde las entradas. En los atrios o en las escaleras, hablaban o trabajaban hombres y mujeres ataviados con pieles de animales o telas de colores esplendorosos y deslumbrantes, como el índigo, el rojo o el amarillo oscuro, que contrastaban con el tono cobrizo de su piel; muchos de los cuales llevaban además colgadas al cuello elaboradas cadenas de oro. El suave runrún de toda esa mezcolanza de sonidos y conversaciones quedaba oculto por la voz incesante del agua.

Capítulo 11

Kefentse los depositó rudamente dentro de una de las pequeñas grutas excavadas en la pared de la garganta. No cabía en el interior, así que se limitó a permanecer suspendido encima de la caverna mientras desanudaban el aparejo. Todos fueron dando tumbos hasta acabar amontonados en el suelo en un amasijo de miembros, aun cuando seguían estando atados. El dragón se alejó de inmediato, llevándose con él a la desdichada señora Erasmus, y les dejó a ellos la tarea de desatarse a pesar de no contar con ningún filo o reborde sobre el cual frotar las lianas, pues la caverna tenía unas paredes completamente lisas. Los cadetes Dyer, Roland y Tooke tenían las manos más menudas y acabaron por zafarse de las ataduras y ayudaron a desatarse a los demás.

Los treinta miembros de las cuatro tripulaciones permanecían juntos, no estaban hacinados ni podían calificar las circunstancias de su encierro con el adjetivo de cruel: no habían escatimado paja seca para suavizar los rigores de un suelo de roca duro y la cámara se mantenía fresca y agradable a pesar del bochorno imperante en el exterior.

En la parte posterior de la cámara habían tallado en la piedra una suerte de excusado; debía de estar conectado a un sistema de evacuación de aguas fecales situado en algún punto debajo de donde estaban, pero la abertura era mínima y la habían practicado en roca sólida: no había forma de escapar por allí. También allí detrás había un pequeño estanque cuyas aguas se renovaban continuamente gracias a un canal goteante. El agua llegaba hasta la cintura y un nadador podía dar varias brazadas. No iban a morir de sed, eso desde luego.

Resultaba una prisión poco común al no haber guardias ni barrotes en la puerta, pero era tan inexpugnable como una fortaleza. No había ni un solo escalón tallado en la piedra que condujera a su caverna, no había nada, salvo la descomunal garganta de debajo. Por otro lado, la escala de todo el conjunto, incluyendo las nervaduras talladas del altísimo techo abovedado, era descomunal, hacía de aquel recinto un compartimento cómodo para un dragón de peso ligero, que se sentiría a gusto en aquel entorno espacioso y aireado, pero en ellos surtía el efecto de hacerles sentir más liliputienses que niños cómodamente instalados en una casa de gigantes, máxime cuando las dotaciones habían menguado de forma drástica y sustancial.

Dorset estaba vivo. Tenía un considerable moratón en una de las mejillas y de vez en cuando se apretaba un costado con la mano, como si tuviera alguna costilla rota o le costase respirar.

—El señor Pratt ha muerto, capitán. Estoy completamente seguro de eso, lo siento. Intentó ponerse delante de la señora Erasmus para protegerla y la bestia esa le

abrió en canal.

Se trataba de una pérdida dolorosa, pues el flemático armero tenía una fuerza tan inmensa como sus aptitudes.

No existía forma de tener certeza sobre la totalidad de sus bajas. Hobbes había muerto a la vista de todos y Laurence había visto muerto a Hyatt, el guardiadragón de Chenery, y el teniente de este, Libbley, creía haber visto el cadáver de Waley, pero aquella primera noche habían tenido una docena de desaparecidos. Ignoraban su destino: unos estaban demasiado enfermos y mareados para ser reconocidos con tan poca luz, algunos habían quedado tendidos en el campo de batalla, pero otros estaban desaparecidos sin más, y ellos esperaban que hubieran aprovechado la confusión generalizada para escabullirse y al menos poder dar alguna débil pista. No había nadie que pudiera dar razón del destino de Micah Warren.

—A Dios le pido que Sutton tenga el sentido común de volver directamente a El Cabo —declaró Harcourt—. Nadie va a imaginarse que nos han traído tan lejos. Van a dejarse la piel para no localizar ni un solo rastro. Debemos encontrar la forma de hacerles llegar alguna noticia por lo menos. Nuestros captores sabían algo de armas de fuego, ¿os habéis dado cuenta? Tienen que comerciar con alguien, ha de haber mercaderes tentados de venir aquí, esta gente tiene tanto marfil que no sabe qué hacer con él… o no construirían la cara exterior de las paredes con ese material.

Se aventuraron con suma prudencia al borde de la boca de la cueva para echar otra mirada a las gargantas. La primera impresión de esplendor e inmensidad perduró, pero quizá no con la misma intensidad. La fachada de su prisión se hallaba lejos de las cascadas y cerca del confín de la zona habitada de las gargantas, y era de simple roca aunque había sido pulida hasta quedar tan lisa que un mono no habría logrado trepar por ella.

Chenery se tumbó sobre el saliente y se estiró hacia abajo todo lo posible para frotar la superficie con la mano. Se incorporó descorazonado.

—No hay ni un asidero para los dedos. No vamos a ir a ninguna parte como no nos crezcan alas.

—Entonces, más nos valdrá descansar mientras podamos —zanjó el asunto la capitana con tono práctico—. Y ahora, caballeros, sean tan amables de darse la vuelta. Voy a darme un baño.

Se despertaron a primera hora de la mañana, y no por ser objeto de alguna visita, pues nadie acudió a verlos, sino por culpa de un ruido horrísono que fácilmente podía compararse con el de un enjambre de abejas en permanente estado de agitación. El sol aún no se había filtrado en las curvas de los sinuosos cañones, aunque en lo alto, el cielo había adquirido ya ese tono azul intenso tan propio de la media mañana y una fina bruma seguía suspendida junto a la boca de la caverna.

Un par de dragones se dedicaron a realizar un peculiar ejercicio en medio de la

garganta: volaban de un lado para otro y se turnaban a la hora de tirar de lo que tenía pinta de ser un cabo grueso enrollado alrededor de un eje metálico ciclópeo que giraba sin cesar. El otro extremo del eje se hallaba hundido en las profundidades de una cueva solo ahuecada en parte. El zumbido penetrante provenía de esa caverna, y también de ella salían ráfagas de polvo y piedra caliza espolvoreada, moteando la piel de los alados hasta el punto de que parecían ir recubiertos con una gruesa tela ocre. De vez en cuando, los dos ladeaban la cabeza y estornudaban con tremenda fuerza sin perder el ritmo en ningún momento.

Un gran chasquido anunció un avance del taladro y de la pared salieron sueltos guijarros y grandes cascajos que se precipitaron por la boca de la cueva hasta caer sobre un enorme saco estirado en un armazón, allí dispuesto para recoger los cascotes. Los dragones encargados de la perforadora hicieron una pausa en su trabajo y retiraron su herramienta. Uno de ellos se encaramó a lo alto de la garganta, en una zona sin pulir, y aguantó el mecanismo en suspensión; entre tanto, el otro se encaramó al saliente y se puso a sacar guijos, cascajos y demás piedras diseminadas por allí. Un tercer dragón más pequeño huroneó por la garganta y descendió en cuanto la operación hubo terminado para llevarse el saco cargado y dejar que ellos pudieran retomar la tarea.

Trabajaron con denuedo a lo largo de toda la mañana y a mediodía abandonaron sus quehaceres, amontonaron el material de trabajo dentro de la caverna, incluido el enorme taladro, y fueron recogiendo hombres conforme iban ganando altura. Los trabajadores no llevaban ningún tipo de arnés, pero saltaban con total indiferencia y se subían a los lomos, las alas o las patas, aferrándose a las muchas cuerdas o simplemente se sentaban y esperaban ser llevados lejos de la garganta, hacia la zona más habitada.

Seguía sin acudir nadie. Conservaban en los bolsillos algo de galleta y unos cuantos frutos secos, pero en total no había ni para que comiera un hombre. Presionaron a Catherine para que los comiera y aunque al principio se negó con desdén, Dorset insistió y lo planteó como un simple asunto médico.

Los hombres no regresaron, pero una partida de dragones hizo acto de presencia. Los vieron sobrevolar el lado opuesto de la garganta. Cada uno llevaba una gran carga de madera y la dejaron caer sobre una hoguera no menos grande. Uno de ellos agachó la cabeza y sopló una llamita para encender la hoguera. Tal vez no fuese un gran chorro de fuego, y de hecho no lo era, pero nadie iba a increparle por eso.

—Es una lástima —dijo Chenery, quitándole importancia.

Se apenaron mucho más cuando aparecieron otros dos congéneres y trajeron lo que, a juzgar por su aspecto, eran pedazos de tres o cuatro elefantes; venían ya troceados y ensartados en largos espetones de hierro con el fin de poder asarlos. El viento soplaba en su dirección, trayendo todo el olor a las cuevas. Laurence tuvo que

enjuagarse los labios un par de veces con el pañuelo, pero ni siquiera al fondo de la caverna había refugio contra el tormento de un olor tan delicioso. Resultó descorazonador ver cómo los dragones, una vez terminó de hacerse la carne, lanzaron los trozos churruscados y partidos a la densa selva que cubría el suelo del fondo. Los desanimó aún más oír los gruñidos y rugidos de satisfacción que la comida levantó entre la espesura, donde debía de haber leones o tal vez perros salvajes: un nuevo obstáculo ante cualquier intento de fuga.

Transcurrieron unas dos horas más por el reloj de arena que Turner había logrado salvar tras el desastre de la captura y empezó a oscurecer. Los dragones se acercaron a muchas de las sencillas bocas de cueva próximas con aparejos llenos de hombres y los dejaban caer en ellas exactamente igual que había ocurrido con los aviadores.

Los dragones tenían una suerte de truco consistente en apoyar las patas traseras sobre los lados de la cueva y fijar las delanteras en unos resaltes tallados encima de la abertura mientras los jinetes desenganchaban el aparejo; de ese modo, no tenían que meterse en ninguna de aquellas cavernas más pequeñas. La solución guardaba una cierta similitud con los pasajeros de dragones que Laurence había visto en China, salvo por un desprecio absoluto hacia la comodidad de los pasajeros en las redes.

Cuando terminaron todas esas entregas, un dragoncito descendió hacia donde estaban ellos con muchas cestas colgadas en el lomo. Se detuvo en todas y cada una de las entradas de las cuevas, dejando unos cuantos fardos en cada una hasta que, por fin, llegó a la suya. Había un único hombre sobre su lomo. Su cometido consistía en evaluar el número de cautivos y desatar algunas cestas, en su caso fueron tres, antes de echar a volar de nuevo.

Cada una contenía una fría y densa masa de gachas de sorgo cocinada con leche. Llenaba el estómago aunque no fuera gran cosa y la cantidad fuese menos de lo deseable.

—Una cesta por cada diez hombres. En esa cueva grande de ahí debe de haber unos cincuenta presos —concluyó Harcourt tras efectuar un recuento de cuevas—. Deben de tener unos mil hombres diseminados por aquí.

—Una verdadera Newgate[12], pero menos húmeda, lo cual es de agradecer —apuntó Chenery—. ¿Supones que tienen intención de vendernos? Sería una solución estupenda si conseguimos que nos envíen a El Cabo y no a un puerto francés. Si a ellos no les viniera mal…

—Quizá vayan a comérsenos —sugirió Dyer con aire pensativo. Su voz aflautada sonó con absoluta claridad en toda la cueva y aunque todo el mundo tenía la atención fija en la cena, se quedaron todos quietos.

—Ese es un pensamiento de lo más morboso, señor Dyer —repuso Laurence, desconcertado—. No quiero oír más especulaciones de esa naturaleza.

—Señor, sí, señor —contestó el cadete con sorpresa, pero se centró de inmediato

en la comida sin ningún signo especial de consternación. En cambio, otros jóvenes alféreces se pusieron verdes y necesitaron más de un minuto antes de que el apetito voraz se impusiera a sus escrúpulos del momento.

El sol proyectaba una marca de luz en la pared de enfrente y dicha línea iba subiendo con el correr de las horas hasta que desapareció en lo alto. La oscuridad llegaba pronto a la estrecha garganta. Se tendieron a dormir a falta de nada mejor que hacer a pesar de que el sol todavía brillaba en el cielo azul.

Tras pasar una noche incómoda en aquella oscuridad, a la mañana siguiente el terrible zumbido del taladro quedó amortiguado de repente.

—Señor, señor —le llamó al oído Dyer con voz entrecortada.

Kefentse estaba ahí. Había metido la cabeza todo lo posible en la cueva, y con eso había impedido el paso tanto de la luz como del ruido. La señora Erasmus le acompañaba, aun cuando resultaba difícil reconocerla ataviada con ropas nativas y tan cargada de adornos como si hubiera peligro de que saliera volando: pendientes, ajorcas con forma de serpientes enroscadas en las muñecas y los antebrazos, un gran collar hecho con piezas de oro, marfil, jade verde oscuro y rubí, cuyo valor rondaría las cincuenta mil libras por lo menos, y una esmeralda del tamaño de un huevo fijada con hilo de oro a su gran turbante de seda.

Habían visto muchas mujeres nativas desde la boca de la cueva, la mayoría de las veces mientras acarreaban agua y ponían ropa a tender sobre las escaleras. Vestían una falda de cuero que les llegaba hasta la rodilla e iban con los pechos al aire, más que suficiente para centrar el interés de los jóvenes oficiales. Tal vez la ropa fuera diferente o ella había logrado convencerlos para que le dieran otras prendas más púdicas, pues lucía una larga falda de sencillo algodón blanco y encima de esta una blusa de brillantes colores elaborada con mucho detalle a la altura de los hombros.

Requirió una mano que la ayudara a bajar del lomo de Kefentse.

—Me habrían hecho ponerme más cosas si eso no me hubiera impedido andar. Es propiedad de la tribu —explicó al ver las miradas fijas en su apariencia. Se trataba de una evasiva, y la incomodidad de su expresión lo confirmaba. Tras un momento de pausa, añadió en voz baja—: Lo siento. Kefentse ha venido para llevar a nuestro líder a presencia del rey.

Harcourt empalideció, pero se recompuso enseguida.

—Yo soy la oficial superior, señora. Pueden llevarme.

—Antes puede irse al diablo el dragoncito ese —saltó Chenery—. Laurence, ¿lo echamos a suertes tú y yo?

Chenery echó mano a una ramita de junco, la partió en dos y las puso una en cada mano: eran iguales a la vista, pero una más corta que la otra en la parte oculta por la mano.

Al menos fue bastante más cómodo verse transportado en la zarpa del dragón, y

no como antes, en el aparejo. Laurence tenía la sensación de presentarse ante el rey de forma decorosa, pues la inactividad y el calor solo le habían dejado una cosa: tiempo, y gracias a ese estanque tan conveniente, había dispuesto de agua para humedecer la casaca lo mejor posible, lavar los pantalones y la camisa de lino. No iba afeitado, pero no podía hacer nada a ese respecto.

El rugido de la cascada aumentó a ritmo constante, al igual que la frondosidad de la jungla situada debajo hasta que doblaron por fin una curva de la garganta muy próxima a las cataratas, donde se extendía un gran atrio con una anchura tres veces superior a la de las otras entradas, y, de hecho, el acceso contaba con pilastras de sujeción. Kefentse se lanzó hacia abajo, se metió dentro e hizo una parada lanzándolo de manera poco ceremoniosa, al hundir las garras en el suelo húmedo, donde depositó con mucho más cuidado a la señora Erasmus.

Laurence ya se había preparado para alguna indignidad de ese tipo, así que se puso en pie sin irritarse demasiado, y una nueva preocupación se llevó todo posible enfado: habían instalado hacía poco, o eso parecía, una improvisada mesa de trabajo junto al muro derecho de la cámara, al lado del cual descansaban los rifles arrebatados a los aviadores y entre sesenta y setenta mosquetes más dispuestos sobre esteras de junco en diferentes estadios de montaje y reparación, y lo que era peor, cañones de seis libras. Un reducido grupo de hombres trabajaba con las armas; apartaron un mosquete y en voz baja pero áspera formularon preguntas a un hombre sentado con desánimo en un escabel puesto delante de la colección. Estaba de espaldas al capitán inglés, por lo que este veía perfectamente la espalda cubierta de verdugones ensangrentados sobre los que se arracimaban un montón de moscas.

Un joven alto supervisaba el trabajo con gran atención, pero cuando se posó Kefentse desatendió su quehacer y se acercó hacia ellos. Una sombra de pesar parecía cubrirle el rostro alargado, pero esa impresión la causaba el ángulo de los pómulos, como los de un sabueso, y no una emoción real. La nariz parecía esculpida y tenía una boca grande rodeada por una barba negra bien recortada. Contaba con una pequeña escolta de guerreros de pecho descubierto, ataviados con unas faldas cortas de cuero y armados con azagayas de mango corto. Él se distinguía de los demás por la capa de piel de leopardo y un grueso collar de oro con flecos hechos con garras de algún gran felino. Era un hombre hercúleo y muy perspicaz a juzgar por la mirada.

Laurence le hizo objeto de una reverencia, pero el joven le ignoró y miró al lado opuesto del gran *hall* cuando entró procedente de una cámara contigua una gran criatura de piel dorada y broncínea con la parte inferior de las alas revestidas de púrpura, el color de la realeza. Venía tan preparada para la batalla como un cruzado: pesadas placas de hierro le cubrían los puntos vulnerables del pecho y protegía el vientre con una fina malla; asimismo, unas fundas metálicas le cubrían las púas de la columna y las garras, aun cuando las últimas presentaban pequeñas manchas de

sangre. La señora Erasmus le puso en antecedentes: ese era el rey Mokhachane y su hijo mayor Moshueshue.

¿Rey o reina? Laurence estaba hecho un lío. Se hallaba a una distancia de medio cuerpo y el soberano se parecía bastante a una hembra sentada en el suelo como una esfinge con la cola enrollada alrededor de los flancos. Mokhachane clavó sus fríos ojos ambarinos en Laurence.

Trajeron un trono de madera y lo situaron junto a la dragona, para que el joven Moshueshue tomase asiento. Varias mujeres mayores se situaron detrás y se sentaron en escabeles de madera, lo cual las identificaba como esposas del rey.

Kefentse humilló la cabeza en señal de respeto y comenzó a hablar. Estaba dando su versión de la captura y el viaje, era obvio. La señora Erasmus mostró un enorme coraje al atreverse a discutir algunos puntos en defensa de los aviadores al tiempo que intentaba hacer comprender a Laurence la naturaleza de las acusaciones formuladas contra ellos. El hecho de haber robado medicinas cultivadas para uso de los súbditos del rey era la menor de todas. Los acusaban de haber invadido el territorio en compañía de sus ancestros, pues Kefentse tenía por tales a los dragones ingleses, y estaban en connivencia con los enemigos de la tribu para raptar niños, y una de las pruebas de esta acusación era que viajaban en compañía de un hombre de Lunda, y eran todos unos notorios esclavistas.

La señora Erasmus se calló durante unos instantes y luego aclaró con voz quebrada:

—Se refiere a mi marido.

No continuó traduciendo de inmediato. Se llevó un pliegue del vestido al rostro y Kefentse se agachó ansiosamente para mirarla y dijo algo con voz melodiosa, y siseó al inglés cuando este le ofreció el brazo para que se apoyara.

—Nos llevamos la medicina movidos solo por la necesidad, pues nuestros dragones estaban enfermos, e ignorando en todo momento que esos hongos estaban cultivados —alegó el británico, sin saber muy bien cómo defenderse.

Habían llevado dragones hasta allí y era un oficial en acto de servicio, eso no podía negarlo. Todo aquel montaje parecía preparado para hacer una reivindicación territorial. Tanto británicos como holandeses iban a llevarse una sorpresa mayúscula al saber que hasta la llegada de la formación de dragones su colonia no merecía atención alguna y si la invadían era de manera fortuita.

Y él tampoco tenía modo de justificar la práctica de la esclavitud ni de negar que esta existía entre el hombre blanco, aun cuando sí aprovechó para rebatir algunas acusaciones formuladas contra ellos.

—No, por Dios, por supuesto que no nos los comemos.

Pero no podía hacer mucho más.

El terrible incidente del *Zong*, cuyo capitán arrojó a más de cien esclavos por la

borda para ahorrar dinero, eligió tan inoportuno momento para venirle a la mente, y su país le hizo sentir tanta vergüenza y culpa que le salieron coloretes en las mejillas, y ese sonrojo hizo pensar a sus interlocutores que les mentía, si es que no lo pensaban ya de antes.

Laurence solo podía repetir que él no era esclavista, pero tampoco le sorprendió descubrir que esta alegación no causaba demasiado efecto en ellos, ni siquiera después de que la señora Erasmus les hubiera hablado de la completa inocencia de su esposo. La censura ante la esclavitud superaba en mucho a la valoración de conductas personales. No levantó compasión ni la enfermedad dragontina que los había empujado a buscar el remedio. Laurence percibió que les importaba tan poco como merecía la causa, ya que ellos no distinguían entre los británicos y sus dragones, y todos los intentos del militar por explicárselo solo conseguían hacerles enfadar más.

Mokhachane se volvió y en respuesta a una seña hecha con el rabo, los guardias condujeron al aviador al fondo de la estancia, donde estaba esa mesa baja de gran tamaño, pues aunque no le llegaba a la rodilla, tenía casi cuatro metros de longitud y un espacio hueco con una hondura de unos treinta centímetros, algo así como una vitrina, en cuyo interior descansaba una extraña escultura con la forma del continente africano. Aquello era un mapa, ocupaba la mesa un enorme mapa donde los relieves más gruesos representaban las altas mesetas; las dunas estaban hechas con polvo de oro, las montañas con bronce, los bosques con esquirlas de jade y los ríos con plata. Y con gran desánimo se percató de un plumón blanco usado para representar las cataratas: estaban casi a medio camino entre la punta del continente, donde se hallaba Ciudad del Cabo, y la aguda prominencia del Cuerno de África. Ni en sus peores pesadillas había imaginado que los habían llevado tan al interior.

No le permitieron examinar esa parte durante mucho tiempo y en vez de eso le llevaron al otro extremo del mapa, ampliado recientemente a juzgar por la madera más oscura y porque muchas secciones solo estaban dibujadas con cera. Al principio, no acertó a adivinar de qué se trataba, pero poco a poco, guiándose por la posición relativa, cayó en la cuenta de que el óvalo de agua situado sobre África debía ser el Mediterráneo. Entonces comprendió que aquello pretendía representar a Europa. Los contornos de España, Portugal e Italia estaban desfigurados y todo el continente en sí se hallaba apretujado. La propia Inglaterra no era sino unos bultitos blancos en la esquina superior. La representación en relieve de los Alpes y los Pirineos era correcta a grandes rasgos, pero el Rin y el Volga serpenteaban de un modo extraño y tenían una longitud inferior a la que él estaba acostumbrado a ver en los mapas.

—Le piden que lo dibuje correctamente —le tradujo la señora Erasmus.

Uno de los hombres del príncipe le tendió un estilete. El aviador se lo devolvió. El hombre repitió las instrucciones en su propia lengua de forma muy exagerada, como si Laurence fuese un niño corto de entendederas y de nuevo intentó que cogiera

el estilete.

—Le pido perdón, pero no voy a hacerlo —insistió el oficial, quitándose de encima la mano.

El hombre habló a voz en grito y de pronto le cruzó la cara. Laurence apretó los labios y no dijo nada a pesar de que el corazón le latía desbocado a causa de la furia. La señora Erasmus se volvió y habló con urgencia a Kefentse, pero este negó con la cabeza.

—Me han hecho prisionero en lo que debo considerar un acto de guerra. En semejantes condiciones, debo negarme a responder todo tipo de preguntas —explicó Laurence.

Moshueshue meneó la cabeza mientras el rey dragón bajaba la suya y fulminaba con la mirada al aviador desde tan cerca que este pudo apreciar que lo que había tomado por colmillos en Kefentse eran una especie de joyas: unos anillos de marfil ribeteados de oro fijados en el labio superior como si fueran aretes. La dragona abrió la boca: le soltó un chorro de aire caliente y le enseñó los dientes, pero Laurence estaba demasiado acostumbrado a Temerario como para que eso le asustara lo más mínimo. Mokhachane echaba chispas por los ojos cuando echó hacia atrás la cabeza.

El rey habló con frialdad y la viuda del reverendo tradujo:

—Fuiste apresado en nuestro territorio como ladrón y como esclavista, vas a responder… o le azotarán, capitán —añadió ella.

—Ni la brutalidad ni otras malas prácticas van a alterar mi determinación —respondió el aviador—. Y le pido perdón si se ve usted forzada a presenciarlo, señora.

Esta respuesta solo sirvió para provocarla más. Moshueshue apoyó una mano en la pata del rey y le habló en susurros, pero el pelaje de la dragona se erizó de impaciencia y se desentendió de él para continuar hablando. Soltaba un ruido sordo que la señora Erasmus solo era capaz de entender y traducir en parte.

—¿*Tú* nos hablas de malas prácticas?, invasor, secuestrador… Vas a contestar u os daremos caza y romperemos todos los huevos de vuestros ancestros —concluyó, e hizo resonar su cola contra su propio lomo antes de impartir órdenes.

Kefentse extendió una pata de delante para que subiera la señora Erasmus, esta dirigió a Laurence una mirada de preocupación antes de que se la llevaran a toda prisa. A él le habría encantado pensar que se trataba de una medida innecesaria, pero enseguida le sujetaron por los brazos y le rasgaron la casaca y la camisa para dejar al descubierto el centro de la espada; luego, le obligaron a arrodillarse con los jirones todavía colgando de los hombros.

Fijó la mirada más allá del arco de la entrada, desde donde se advertía uno de los más hermosos panoramas que había contemplado en la vida: más allá de las cataratas, el sol naciente aún flotaba bajo en el cielo y refulgía pequeño y desdibujado tras los jirones de la neblina. Los blancos chorros de agua pulverizada rugían sin cesar más

allá del borde, las ramas de los árboles, entrelazadas unas con otras, se estiraban en busca del líquido elemento desde las paredes del cañón donde habían echado raíces y una gasa de color parecía insinuar un arcoíris que se negaba a dejarse ver, pero seguía allí, en el filo de lo visible. Los hombros le dolieron cuando empezaron a azotarle.

Había visto a hombres capaces de encajar doce latigazos sin proferir ni una sola queja, muchas veces los habían azotado por orden suya. Casi todos eran marineros rasos y si ellos habían aguantado, él también. Se lo recordaba después de cada azote, pero, sin embargo, cuando la cuenta llegó a diez, el argumento perdió solidez y lo pasó fatal para soportar el castigo en silencio, algo que hizo de un modo más instintivo y animal, pues el dolor no cesaba entre un latigazo y otro, solo iba y venía. De pronto, el flagelador hizo un mal movimiento y golpeó al hombre que sujetaba el brazo derecho de Laurence. A juzgar por cómo chasqueó, debía de haberle dado en la mano. El tipo maldijo de buena gana al verdugo. El látigo no desgarraba la piel, pero los verdugones estallaron al cabo de un tiempo, y la sangre le corrió por las costillas.

El aviador permanecía consciente cuando otro dragón le llevó de vuelta a la caverna, pero se hallaba en otra realidad, con la garganta en carne viva e incapaz de articular palabra. Laurence lo agradeció, o debería haberlo hecho, pues de lo contrario hubiera vuelto a gritar cuando le pusieron las manos encima y le depositaron en el suelo boca abajo, incluso aunque no le tocaran la espalda desgarrada. Le dolía hasta el último nervio. No logró conciliar el sueño y se sumió en un torpor intelectual que le nublaba el pensamiento hasta dejarle al borde del colapso.

Le humedecieron los labios con agua y Dorset le ordenó beber con voz tajante. El hábito de la obediencia le llevó a hacer el esfuerzo. Luego, volvió a sumirse en aquel sopor, consumido por un calor sofocante. Le pareció que le dieron de beber en un par de ocasiones más antes de amodorrarse de nuevo. Soñó que se le llenaba la boca de sangre salada y se puso a jadear hasta que acabó despertándose a medias, justo a tiempo de ver a Dorset queriendo administrarle un caldo frío a través de un improvisado embudo. Se durmió una vez más y erró entre los sueños de la fiebre.

—Laurence, Laurence —le llamó Temerario, cuya voz apagada se abrió paso entre la niebla.

Ferris empezó a sisearle al oído:

—Despierte, capitán, *debe* despertarse, él le cree muerto, señor.

Había tal carga de miedo en la voz del teniente que Laurence intentó hablar para consolarle un poco, aunque los labios se negaban a articular bien las sílabas, pero el sueño le atrapó de nuevo en medio de un terrible rugido.

Le pareció que temblaba la tierra.

Y después todo se sumió en la confortable negrura de la inconsciencia.

Capítulo 12

Su siguiente noción del mundo fue el semblante de Emily Roland con una copa de agua clara en las manos. Dorset permanecía arrodillado al lado de Laurence y le tomó de la cintura para ayudarle a incorporarse. El aviador se las arregló para rodear el cristal con los dedos y llevárselo hasta los labios; bebió un poco y derramó otro poco. Tomó conciencia de estar desnudo de cintura para arriba y hallarse tumbado boca abajo en un fino camastro de paja cubierta por varias camisas. Además, tenía un hambre de lobo.

Le tendieron de lado para facilitarle la tarea de comer.

—Poquito a poquito —le instó el médico, dándole pequeños sorbos de gachas frías, uno tras otro.

—¿Y Temerario? —quiso saber de pronto, soslayando el involuntario y desesperado ataque de glotonería, preguntándose si habría o no soñado.

El herido no podía mover los brazos con libertad por culpa de las postillas de la espalda, pues saltaban si se estiraba demasiado hacia un lado y volvía a sangrar.

Dorset no le contestó de inmediato.

—¿Está aquí? —insistió el capitán con severidad.

—Laurence —le habló Harcourt, arrodillándose junto a él—, Laurence, haz el favor de no angustiarte. Has estado enfermo una semana. Él estuvo aquí, pero me temo que ellos le han obligado a huir. Te aseguro que Temerario se encuentra bastante bien.

—Suficiente por ahora. Debe dormir —exigió el cirujano.

Y por mucha voluntad de que hiciera acopio, no fue capaz de resistirse a la orden de Dorset; de hecho, ya se estaba amodorrando otra vez.

Cuando despertó de nuevo la luz del día brillaba en el exterior de la cueva casi vacía, a excepción de Dyer, Tooke y Roland. Esta le explicó la razón:

—Se han llevado a los demás a trabajar en los campos, señor.

Le dieron un poco de agua y luego, ante su insistencia, pero no de buena gana, accedieron a su petición de ayudarle a caminar. Se apoyó en los hombros de los cadetes para poder avanzar con paso titubeante hasta el borde de la cueva y así poder mirar al exterior.

El lienzo del otro lado de la garganta presentaba grietas y manchas oscuras de sangre de dragón, que parecían llamas anaranjadas sobre las paredes estriadas.

—La sangre no es de Temerario, señor, o no mucha —se apresuró a aclarar Emily, alzando los ojos hacia su capitán.

La joven no estaba en condiciones de decirle nada más: ni cómo había sido capaz de localizarlos, ni si estaba solo, ni cómo se encontraba. No había habido tiempo para tener una conversación. El Celestial había pasado desapercibido durante unos minutos entre el barullo debido al elevado número de dragones que volaban a todas horas en las gargantas, pero era demasiado grande y de color muy señero como para no llamar la atención y habían dado la voz de alarma en cuanto metió la cabeza en la gruta para verlos.

Temerario había llegado tan lejos solo porque los captores de Laurence no habían anticipado que una incursión de dragones llegara hasta el corazón de su fortaleza, pero ahora había un guardia apostado encima de su celda. Si hacía caso omiso al dolor de cuello cuando levantaba la cabeza y miraba directamente hacia arriba, podía ver su cola colgando desde lo alto de la angostura.

—Eso significa que Temerario los ha esquivado —aseguró Chenery aquella tarde cuando regresaron los demás a última hora del día, en un intento de mostrarse reconfortante—. Normal, si les da sopas con honda a medio Cuerpo. Estoy seguro de que va a darles esquinazo, Laurence.

A Laurence le gustaría creerlo más de lo que lo hacía. Habían transcurrido tres días desde el cese de su delirio y si Temerario había sido capaz de hacerlo una vez, estaba convencido de que iba a protagonizar otro intento a pesar de toda oposición.

A la mañana siguiente, Laurence no acompañó a los demás. Los ingleses trabajaban con el resto de los prisioneros de guerra en los campos de elefante, extendiendo excrementos, para gran satisfacción de las jóvenes sobre las que habitualmente recaía tan ingrata tarea.

—Tonterías, me avergonzaría si no fuera capaz de arreglármelas con esto cuando todas esas chiquillas pueden hacerlo —dijo Catherine cuando le ofrecieron dispensarla de acudir—. La mayoría de ellas son capaces de sacar más tarea que yo y no es que yo me haya criado escondiendo el hombro. Además, soy muy fuerte y me encuentro mucho mejor que antes. Sin embargo, tú, Laurence, has estado muy grave y vas a escuchar al doctor Dorset, así que vas a tumbarte y quedarte en la cama cuando vengan a buscarnos.

La capitana se mostró muy firme, tanto como el médico, pero había transcurrido poco más de una hora cuando otro dragón vino en busca de Laurence. El jinete se puso a hacer señas y dar órdenes en tono perentorio. Dyer y Roland estaban dispuestos a llevar a su capitán al fondo de la cueva, pero iba a ser un esfuerzo inútil: el dragón era una criatura esmirriada, no mucho mayor que un mensajero, y podía llegar hasta dentro con suma facilidad. Laurence se incorporó a duras penas y en aras de la decencia se puso una de las camisas sudadas y manchadas de sangre con que habían hecho su camastro, aun no siendo una prenda con la que estuviera presentable.

Le llevaron de vuelta al gran salón del trono, mas el rey no estaba allí, solo los

trabajadores de fundición, cuya tarea supervisaba muy de cerca el príncipe Moshueshue. Los herreros se afanaban en la fabricación de cartuchos con la ayuda de otro dragón, encargado de mantener vivo el fuego de la forja, lanzando pequeñas llamaradas de forma regular con el fin de conservar encendidos los carbones a una temperatura adecuada para lograr poner el metal al rojo vivo. De algún modo se las habían ingeniado para adquirir varios moldes de bala y ahora tenían todavía más mosquetes apilados sobre el suelo; en las culatas de los mismos tenían huellas de dedos marcadas con sangre. En la estancia reinaba un calor sofocante a pesar de que dos dragones manejaban con gran energía grandes abanicos para mover el aire. El príncipe parecía satisfecho.

Moshueshue volvió a llevarle hasta el mapa, donde ya se habían aplicado algunas mejoras y en el oeste habían realizado una incorporación del todo nueva: habían añadido una distancia imprecisa para poder poner el Atlántico y luego habían dibujado de forma aproximada los contornos del continente americano. Vio especialmente resaltada la posición del populoso puerto de Río y las islas de las Antillas estaban situadas al norte un poco al azar. Laurence se alegró al apreciar que no contaban con ninguna de las precisiones necesarias para hacer posible la navegación. No obstante, estaba muy lejos de sentir aquella complacencia de los primeros momentos de su captura con la que había subestimado a sus captores como una amenaza para la colonia. Allí había demasiados dragones.

También habían hecho venir a la viuda del misionero y Laurence se preparó para un interrogatorio más a fondo, pero el príncipe no repitió las exigencias del rey ni su violencia. Sus criados sirvieron al inglés una bebida muy dulce, una mezcla de fruta exprimida, agua y leche de coco. Las preguntas de Moshueshue versaron sobre cosas generales y el comercio entendido en un sentido muy amplio. El joven mostró al aviador un rollo de tela, era algodón estampado procedente de las fábricas de tejido de Inglaterra, de eso no cabía duda alguna, y algunas botellas de whisky peleón y barato a juzgar por el olor, también de manufactura extranjera.

—Tú vendes estas cosas a los lunda. ¿Y eso también? —preguntó el príncipe, señalando los mosquetes con un ademán.

—Acaban de librar una guerra contra ellos —se apresuró a aclarar la señora Erasmus, añadiendo una explicación de su cosecha al hilo de la traducción. Habían ganado una batalla a dos días de vuelo de las cataratas—. Al noroeste, tengo entendido —añadió.

Acto seguido, pidió permiso a Moshueshue para mostrarle el territorio en el gran mapa del continente. Señaló un punto ubicado al noroeste, y todavía en el interior, pero a una distancia sorprendentemente corta de los puertos de Luanda y Benguela.

—Señor, no había oído hablar de los lunda hasta hace dos semanas —respondió Laurence—. Deben de obtener esta clase de bienes de los mercaderes portugueses, en

la costa.

—¿Y vosotros? ¿Solo queréis cautivos o aceptáis otras cosas en el trueque? Bienes como las medicinas que robasteis o…

A una señal del gobernante, una de las mujeres trajo un cofre repleto de joyas de una munificencia tan rayana en lo absurdo que hubieran dejado boquiabierto al mismísimo nizam de Hyderabad, pues las esmeraldas pulidas estaban jaspeadas como los mármoles con diamantes, y el cofre mismo era de oro y plata. Otra trajo un jarrón muy alto hecho con tela metálica, a veces los alambres del trenzado estaban unidos por cuentas en un intrincado diseño sin figuras zoomórficas ni antropomórficas. Una tercera acudió con una máscara casi tan grande como ella, tallada en madera oscura con incrustaciones de marfil y joyas.

Laurence se preguntó si todo aquello no llevaría implícito algún otro tipo de persuasión o estímulo.

—Un comerciante estaría muy favorablemente predispuesto a cualquiera de estos trueques, señor, de eso estoy convencido, pero yo no lo soy. Nosotros estaríamos contentos, de veras que sí, de poder pagaros a cambio de las medicinas en el tipo de bien que prefiráis.

El príncipe asintió y se llevaron el tesoro.

—¿En… cañones? —Moshueshue utilizó la palabra inglesa y su pronunciación fue aceptablemente correcta—. ¿Y los botes con los que cruzáis el océano?

—Son muy valorados por la enorme dificultad de su construcción, señor, y os servirían de muy poco sin unos hombres capaces de comprender su mecánica, pero tal vez podrían encontrarse a algunos marineros dispuestos a serviros y ese arreglo sería factible si hubiera paz entre nuestros países.

Laurence pensó que en buena ley no sobrepasaba ningún límite con esta oferta, y debía hacerla, máxime cuando en la diplomacia uno debía efectuar estos intentos, y tenía la corazonada de que no iba a ser mal recibida. El príncipe no había disimulado sus intenciones. No era de extrañar que él más que el rey hubiera corrido a abrazar las ventajas del armamento moderno, que en la escala de un mosquete, resultaban más fáciles de comprender por los hombres que por dragones, y tuviera interés en tener acceso a esas armas.

Moshueshue apoyó la mano sobre la mesa del mapa y la miró con aire pensativo antes de hablar.

—Tú no te dedicas a este negocio, dices, pero otros de tu tribu sí lo hacen. ¿Puedo saber quiénes son y dónde puedo encontrarlos?

—Lamento decirle, señor, que hay demasiados hombres dedicados a la trata de esclavos como para que yo me sepa sus nombres o sus señas —contestó Laurence con torpeza.

Deseó con toda el alma poder decirle sin mentir que acababan de prohibirlo, pero

en vez de eso, solo pudo añadir que confiaba en que iban a abolirlo muy pronto. Moshueshue acogió esa afirmación con mucha más satisfacción de la que había esperado.

—Nosotros nos encargaremos de prohibirlo —aseguró el príncipe con un tono de voz de la que había excluido cualquier nota de amenaza, y eso era lo más ominoso de todo—, pero eso no va a satisfacer a los ancestros —Moshueshue hizo una pausa—. Sois cautivos de Kefentse y él desea cambiaros por más gente de su tribu. ¿Podéis arreglar un trueque de esa naturaleza? Lethabo asegura que no.

—Les he explicado que no va a ser posible encontrar a la mayoría —añadió la señora Erasmus en voz baja—. Ocurrió hace casi veinte años.

—Tal vez una investigación permitiría localizar a los supervivientes —repuso Laurence, lleno de dudas—. Debería haber recibos y justificantes de venta e imagino que algunos deberían seguir en las mismas fincas y con los mismos dueños a los que los vendieron por primera vez, ¿no lo cree usted?

—Entré a trabajar en una casa cuando me vendieron, pero en esos campos nadie vivía mucho. Sobrevivían unos pocos años, diez a lo sumo. Apenas había esclavos viejos.

La mujer habló como si eso fuera irrevocable y él no quiso discutírselo, pero tuvo la impresión de que Hannah tampoco traducía sus propias palabras, probablemente para protegerle a él de la rabia que podían suscitar entre aquellas gentes. Aun así, dijo lo suficiente para convencer a Moshueshue de la imposibilidad de esa opción. El joven meneó la cabeza.

—Sin embargo, estaríamos encantados de pagar nuestro rescate —ofreció el aviador—. Bastaría con establecer contacto con nuestros compañeros en El Cabo y luego nosotros llevaríamos vuestro mensaje a Inglaterra para establecer relaciones pacíficas. Me gustaría dar mi palabra a título personal de que cualquier cosa que pudiera hacerse para devolverle su gente a Kefentse…

—No —le atajó el príncipe—, nada puedo hacer en este tema ahora mismo, ahora, no. Los ancestros están muy alterados. Kefentse no es el único expoliado y quienes han perdido niños están muy enfadados. Mi padre era colérico de hombre, pero de dragón es iracundo. Tal vez más adelante.

Moshueshue no añadió nada más después de esas palabras, pero dio órdenes a los dragones que le asistían y uno de ellos cogió al capitán y se lo llevó sin darle ocasión de decir ni pío.

El dragón no voló de regreso al presidio de la cueva, sino que giró hacia las cascadas, se elevó hasta salir de la garganta y ponerse al nivel de la meseta basáltica sobre la que fluía el gran río. El alado había formado una especie de canasta con las garras sobre la cual viajaba Laurence mientras iban junto a las orillas del río y pasaban por encima de otro gran rebaño de elefantes, aun cuando volaban demasiado

deprisa para saber si alguno de sus compatriotas figuraba entre los trabajadores que iban detrás para aprovechar el excremento como fertilizante. Se alejaron lo bastante como para que el sonido de la cascada disminuyera, pese a que la fina nube de agua pulverizada permanecía visible en perpetua suspensión como marca indeleble de su localización. A sus pies no había camino alguno, pero el aviador empezó a descubrir mojones de piedras apiladas dentro de círculos sin vegetación a intervalos regulares que tal vez servían como señales indicadoras. Viajaron otros diez minutos antes de que el dragón posara las patas traseras en un vasto anfiteatro.

Según su propia experiencia, no era posible compararlo con nada, salvo el Coliseo de Roma. Estaba construido enteramente con bloques de piedra tan bien ensamblados que no se necesitaba mortero para mantenerlos unidos. El recinto exterior tenía una forma ovalada con unas pocas entradas en la base y estaba formado por grandes losas de piedra superpuestas una sobre otra, como Stonehenge y los otros viejos círculos de piedra en Inglaterra. Se erguía en medio de un prado rebosante de hierba, en calma, tal y como cabía esperar de unas ruinas antiguas sin uso aparente. Solo había unos nimios indicios de que los hombres habían cruzado a pie esos accesos, la mayoría procedentes del río, donde había unas estacas clavadas en el suelo y un puñado de botes amarrados a ellas.

Sobrevolaron los muros y pasaron al interior, donde no se veía indicio alguno de desuso. Los constructores habían seguido el mismo método de mortero seco para levantar una serie de terrazas techadas y niveladas con más losas de piedra extendidas sobre el suelo y dispuestas de forma irregular. Las escaleras dividían los asientos en secciones en lugar de hacerlo en gradas. Los grupos de palcos estaban destinados para uso humano y en ellos era posible ver bancadas y escabeles de madera, algunos de ellos bellamente labrados, y alrededor de los mismos había grandes butacas destinadas a los dragones. Los niveles más altos se hallaban un tanto más simplificados, venían a ser tarimas a cielo abierto cuyas secciones estaban delimitadas con cuerdas nada más. En el centro de todo esto había un vergel ovalado sin edificación alguna, salvo tres grandes plataformas de piedra, y en una de ellas había un prisionero con la cabeza gacha.

Temerario.

El dragón dejó a Laurence a unos cuantos metros con la poca delicadeza habitual, y la espalda se le resintió bastante. Temerario soltó un grito ahogado, sofocado. Era un sonido extraño: profundo y contenido. Le habían amordazado con un horripilante bozal de hierro sujeto a la cabeza con muchas correas gruesas de cuero que no le permitían abrir demasiado las mandíbulas, no lo suficiente para rugir. Le retenía en esa posición un grueso collar de hierro en lo alto del cuello sujeto con tres enormes sogas que, según pudo ver, estaban hechas de hilo trenzado y cuerda, y que a su vez estaban sujetas a tres grandes anillos fijados al suelo, equidistantes unos de otros, de

forma que si Temerario se acercaba para aflojar uno de ellos, los otros le ahogasen.

—Laurence, Laurence —exclamó el Celestial, y ladeó la cabeza hacia él todo cuanto le dejaban las cuerdas.

El aviador habría corrido hacia el cautivo sin dudarlo, pero el dragón que le había traído hasta allí plantó una pataza entre ellos. No se le permitía aproximarse.

—No te hagas daño, amigo mío. Me encuentro perfectamente —le aseguró a voz en grito y se irguió un poco para parecer más entero, pues le agobiaba que se hiciera daño al moverse, no fuera a clavársele el collar en la carne, donde ya había indicios de que había empezado a hundirse—. Espero que no estés muy incómodo, ¿eh?

—Bah, no es nada —replicó Temerario jadeante a causa de la argolla clavada en el cuello, pero sus palabras dejaban traslucir una gran angustia—, nada ahora que vuelvo a verte. Es solo que no puedo moverme mucho y nadie viene a hablar conmigo, así que no sabía nada. Ignoraba si estabas bien o te habían herido, y la última vez que te vi te comportaste de modo un tanto extraño.

El dragón retrocedió un paso, despacio y con cuidado, se sentó, todavía resollando, y sacudió la cabeza todo lo que se lo permitían las cadenas, que resonaron como los tirantes de la caballería de un carruaje.

—¿Seguro que estás bien? No tienes muy buen aspecto.

—Lo estoy… Me alegro mucho, mucho, de verte —dijo Laurence con tono formal, aun cuando estaba haciendo de tripas corazón para mantenerse de pie—, aunque déjame decirte que me sorprende. Estábamos seguros de que nunca nos encontrarían.

—Eso dijo Sutton —convino el Celestial en voz baja, muy enojado—. Nos auguró que íbamos a vagar por toda África para luego tener que regresar a Ciudad del Cabo, pero yo le contesté que eso era una sandez, porque aunque era difícil encontraros en el interior del continente, aún lo era más si regresábamos a Ciudad del Cabo, así que les pedimos indicaciones…

—¿Indicaciones? —replicó Laurence, perplejo.

Habían consultado a algunos dragones locales que al vivir tan al sur no eran tan suspicaces con el tema de las razias de los negreros y se mostraron dispuestos a no comportarse con hostilidad.

—Al menos no después de que les hubiéramos hecho unos regalos, en especial unas vacas estupendas que, lamento decírtelo, Laurence, cogimos sin permiso, de las tierras de un colono. Supongo que podemos pagarlas a nuestro regreso —añadió Temerario, como si ningún obstáculo se interpusiera desde las cataratas hasta Ciudad del Cabo—. Hacerles entender lo que deseábamos resultó un poco más difícil, sobre todo al principio, pero algunos de ellos entendían la lengua de los xhosa, y Demane y Sipho me enseñaron algo, y he aprendido un poco la de los dragones africanos al tener trato con ellos, no es muy difícil, y existen muchas semejanzas con el durzagh.

—Pero… perdóname, y no es que quiera parecer desagradecido —repuso Laurence—, ¿y los hongos? ¿Y qué hay de la cura? ¿Queda alguno?

—Ya habíamos subido a bordo de la *Fiona* todos los que llevábamos encima y si con eso no bastaba, Messoria e Immortalis podían llevar el resto sin que les hiciésemos falta —concluyó el dragón, desafiante—, así que Sutton no tenía ningún derecho a quejarse si nos queríamos ir… Y de todos modos, al infierno con las órdenes.

Laurence no discutió con él, pues no deseaba aumentar la angustia de Temerario y en cualquier caso, la recompensa a su insubordinación era que se había salido con la suya. Sin duda, no iba a mostrarse receptivo a oír ninguna crítica sobre ese tema. Era la clase de aventura vertiginosa y alocada coronada por el éxito o el fracaso, sin término medio, suponía Laurence. La velocidad y el descaro respondían a su propia ética.

—En tal caso, ¿dónde están Lily y Dulcia?

—Ocultas ahí fuera, en las planicies —respondió Temerario—. Los tres estuvimos de acuerdo en que primero debía intentarlo yo, porque soy lo bastante grande para llevaros a todos, y además, si algo se torcía, siempre quedaban ellas —agitó la cola con un sentimiento donde se mezclaban irritación e incomodidad—. En ese momento, parecía tener mucho sentido, pero no comprendí que algo iba a salir mal de verdad y no estaría en condiciones de planear nada —añadió de forma lastimera—. No sé qué se proponen hacer ahora, aunque algo se les ocurrirá.

Pero lo dijo de un modo que evidenciaba que lo dudaba mucho. Y también Laurence.

Una oleada de dragones había acudido al anfiteatro mientras conversaban, acarreando grandes cestos de mimbre o llevando sobre el lomo a hombres, mujeres e incluso niños, y todos iban instalándose en los estrados. Era un grupo mucho más grande de lo que Laurence había sospechado. La gente se ubicaba en los sitios siguiendo una jerarquía de riqueza: los ocupantes de las filas inferiores vestían prendas de mayor calidad, exhibiendo pieles y joyas en una amplia muestra de chabacanería.

Los dragones tenían una gran variedad de formas y tamaños, pero a la hora de sentarse no parecía haber un criterio, al menos no por razas, pero, tal vez, sí una tendencia hacia un color similar o a unos diseños parecidos en las marcas. En todo caso, había una constante: la forma en que agachaban la cabeza para mirar a Laurence y Temerario desde todos los ángulos. Temerario desplegó la gorguera todo cuanto le permitían las fatigosas correas.

—No tienen por qué mirarme todos de esa manera —masculló—, me parecen unos cobardes por tenerme así encadenado.

A continuación entraron dragones con más armas que ornamentos y trajeron

consigo soldados. Muchos de ellos llevaban manchas de sangre en el equipamiento; no es que hubiera signo alguno de desaliño, sino que no habían quitado esas señales por orgullo, se enorgullecían de esa sangre recién vertida en la batalla a la que había hecho referencia la señora Erasmus. Ocuparon sus puestos sobre el suelo, formando líneas uniformes al sentarse. Entre tanto, los criados empezaron a cubrir con pieles de león y leopardo la gran tarima central y el trono de madera. Hicieron acto de presencia los tambores y Laurence agradeció de corazón su redoble ensordecedor, pues todos los ojos dejaron de estar clavados en ellos para fijarse en la novedad: el rey y el príncipe habían llegado.

Los soldados golpearon los escudos con las lanzas de mango corto y los dragones soltaron su propio saludo, consistente en una batahola de sonidos que se sucedían por oleadas, mientras la realeza se sentaba en la tarima central. Una vez que hubieron ocupado los puestos de honor, un dragón pequeño con una suerte de collar de pieles alrededor del cuello se colocó junto al estrado y se puso de pie sobre los cuartos traseros antes de aclararse la garganta. El gentío enmudeció con celeridad sorprendente y absoluta, hasta el punto de que su siguiente respiración resultó perfectamente audible. Entonces, se lanzó a algo situado a medio camino entre la canción y el relato, estaba canturreando, sí, pero no tenía más ritmo que el suave golpeteo del tambor que le marcaba los tiempos.

Temerario ladeó la cabeza e intentó sacarla, pero el dragón de guardia les dirigió una mirada horrorizada y eso le hizo desistir, avergonzado, sin haber pronunciado ni una sola palabra. El cántico finalizó con el día y caía el crepúsculo cuando volvió a estallar una ovación cerrada. Entre tanto encendieron antorchas para iluminar los alrededores de la tarima. Por lo que el Celestial había sido capaz de colegir, aquello había sido una suerte de panegírico del rey y sus ancestros, y más en general de las numerosas tribus congregadas, cuya lista había sido recitada completamente de memoria, lo cual tenía su mérito pues comprendía siete generaciones.

De ese modo se concluyó la apertura de la ceremonia y se procedió enseguida a dar paso a una sucesión de discursos y soflamas, saludadas con rugidos de aprobación y el atronador golpeteo de los escudos con las lanzas. Laurence sentía el corazón en un puño ante los posibles propósitos de aquella aglomeración.

—Eso es mentira —gritó Temerario con indignación una de aquellas veces cuando logró entender un par de frases.

Un dragón negro y gris lleno de condecoraciones, un peso medio emperifollado con una gruesa collera hecha con piel de tigre y ribeteada con hilo de oro, se acercó hasta ellos y se situó delante del Celestial, a quien señaló de forma harto significativa.

—¿Para qué iba a querer yo a tu tripulación? Ya tengo la mía.

Él y Laurence figuraban en la mayor parte de esas exhortaciones como evidencia material y prueba fehaciente de la existencia de la amenaza y de su magnitud, eso era

obvio.

Otro dragón muy viejo acudió arrastrando los espolones por el suelo. Tenía unos ojos con ese tono típico de los enfermos de cataratas. Iba precedido por una pequeña escolta de hombres de semblante severo. El palco del alado quedó vacío cuando él lo abandonó. No tenía familia. Nadie habló mientras el dragón subía hasta la plataforma a duras penas y se incorporó una vez en ella. Alzó su cabeza temblorosa antes de hablar. Su discurso fue un lamento quebradizo pronunciado con voz débil, pero silenció al gentío allí congregado e hizo que las madres atrajeran a sus hijos junto a ellas y los dragones curvaran las colas alrededor de los miembros de su tribu con ansiedad. Uno de los escoltas rompió a llorar en silencio y se cubrió el semblante con la mano. Sus compañeros tuvieron la cortesía de fingir que no se daban cuenta.

Una vez que hubo concluido y regresado muy despacio a su sitio, varios soldados se adelantaron para lanzar sus arengas. Subió a la palestra un hombre de pecho fornido, un general impaciente que se quitó la piel de leopardo drapeada mientras iba de un lado para otro con tal ímpetu que se le perló la piel de gotas de sudor, centelleantes a la luz de las antorchas, arguyendo con voz poderosa a fin de llegar a las gradas situadas en lo alto, a las que dirigía gestos a menudo, golpeando un puño en la palma de la mano, y señalando de vez en cuando a Temerario. Su discurso recogió algo más que aplausos, logró el beneplácito y la aceptación del público, que asintió sombrío. Les estaba avisando de que vendrían muchos más dragones si no actuaban ahora mismo.

La larga y deprimente noche fue transcurriendo poco a poco. Las madres y algunos dragones se llevaban a los niños conforme se sumían en un sueño inducido por la fatiga. Los restantes oradores hablaban desde hileras más alejadas y ahora que había más huecos entre el respetable, las voces sonaban más ásperas. Laurence estaba tan exhausto que dejó de sentir miedo. Además, contra ellos solo habían utilizado palabras. Aún no les habían lapidado ni les habían hecho objeto de ninguna violencia. No obstante, la espalda le dolía, le picaba y le consumía, minándole las fuerzas incluso para notar el pánico. No resultaba nada fácil permanecer allí de pie mientras era objeto de befa, incluso aun cuando era incapaz de comprender la mayor parte de las acusaciones de que eran objeto. Se conformaba con estar lo más erguido posible y mantener la vista fija en las gradas del fondo. Pero miraba sin ver, estaba con la mente puesta en otra cosa, por eso no se percató al primer golpe de vista de que Dulcia se hallaba encaramada en los asientos del fondo, arriba del todo, ahora vacíos. Fue necesario un gesto suyo con el ala para que advirtiese su presencia.

La Cobre Gris era lo bastante pequeña y su coloración verde moteada lo bastante común como para pasar por uno del grupo, cuya atención estaba fija en los oradores. La dragona se incorporó cuando vio que había atraído la atención del aviador y sostuvo en alto con las patas delanteras una especie de rasgado pliego gris. Laurence

no tenía ni idea de qué podía ser, pero entonces se lo imaginó: era un trozo de piel de elefante con tres agujeros hechos minuciosamente. Dulcia utilizaba el lenguaje de las banderas de señales. «Mañana», ese era todo el mensaje. El capitán la miró y asintió una vez que lo hubo comprendido, entonces, la dragona volvió a desvanecerse en la oscuridad.

—Vaya, espero que vengan y me liberen primero —murmuró Temerario, fastidiado por la perspectiva de ser rescatado en una operación de la que no sabía nada—. Hay demasiados dragones. Espero que no cometan alguna imprudencia.

—Eso espero yo también —dijo Harcourt, presa de la ansiedad, cuando Laurence les dio la noticia, pues al término de la ceremonia, le trajeron de vuelta a la cueva de su encierro, ridiculizado a conciencia y bien cubierto de escupitajos.

La capitana anduvo hasta la boca de la cueva para mirar al centinela, pero, por desgracia, el dragón seguía ahí, despatarrado sobre el reborde y con la cabeza colgada hacia abajo. Los tambores sonaban a lo lejos en una celebración que prometía durar hasta bien entrada la madrugada.

Los británicos solo podían hacer unos preparativos muy generales para la fuga, pues desconocían los detalles. Bebieron todo lo posible y se lavaron, pero se aplicaron a esas tareas con más energía de la necesaria.

—¡Caray, se mueve otra vez! —exclamó Harcourt mientras se apretaba los mechones húmedos para escurrírselos. Se llevó la mano al final de la espalda y se la frotó. El embarazo se había empezado a hacer notar de la forma más inoportuna. Ahora, debía llevar los pantalones desabrochados y se los sujetaba con un trozo de cuerda de corteza; se dejaba la blusa suelta por encima para ocultar dicho acomodo —. Que sea una niña, por favor. Nunca, nunca volveré a ser tan descuidada.

Por suerte, durmieron a pierna suelta y hasta tarde. Los albañiles no reanudaron el trabajo al día siguiente. Tal vez les habían dado un día libre o quizá no se habían despertado al alba. Ningún dragón vino tampoco a llevárselos a los campos, y eso era bueno, pero tenía un lado malo, ninguno vino a darles de comer, así que iban a tener que intentar la fuga con el estómago vacío. A lo largo de todo el día hubo un elevado número de dragones volando de un lado para otro en las gargantas, aunque el tránsito decayó al atardecer, cuando las mujeres regresaron cantando a las cavernas con las cestas de ropa limpia apoyadas en la cabeza.

El rescate iba a producirse durante la noche, o eso esperaban todos, pues era lo más racional, pero no tenían ninguna certidumbre, así que el día estuvo lleno de una tensión y una ansiedad crecientes, y la urgencia siempre los impulsaba a mirar por la boca de la cueva, una mala práctica que solo podía levantar sospechas. La llegada del crepúsculo creó entre ellos una atención enfebrecida; todos contenían el aliento y nadie decía nada hasta que poco después de hacerse de noche se oyó un ruido semejante al flamear las velas por influjo del viento, y eso solo una cosa podía

causarlo: las enormes alas de Lily a lo lejos en el silencio del cielo.

Todos esperaban que el sonido se aproximara más y ver la cabeza de la dragona de un momento a otro, pero Lily no se acercó. Solo se escuchó un estornudo, y luego otro, y después un tercero. Aquella sucesión de estornudos terminaron en una tos quejosa, y después de eso, las alas se alejaron. Laurence miró a Harcourt lleno de perplejidad, pero esta se había acercado al borde de la salida y ahora les hacía señales a él y a Chenery para que acudieran. Se oía un suave chisporroteo, como el del beicon en una sartén demasiado caliente, y de pronto entró un agudo olor a vinagre. Unas gotas de ácido burbujeaban en la entrada de la cueva, haciendo unos pequeños agujeros.

—Mirad —instó Catherine en voz baja mientras señalaba hacia la pared del precipicio donde se levantaban unos hilos de humo apenas visibles—. Lily nos ha hecho asideros para las manos.

—Bueno, me atrevo a decir que nos las arreglaremos para descender, pero ¿qué haremos una vez abajo? —quiso saber Chenery, mucho más optimista que Laurence.

Y había una buena razón: mientras todos los demás estaban habituados a subir y bajar como si nada desde hacía veinte años, él había tenido que aprender alpinismo en Loch Laggan con Celeritas, y había progresado lo suficiente como para encaramarse al lomo de un dragón sin mucho desdoro por su parte, pero recordaba la experiencia con poco entusiasmo, siempre estaba apretujado, debía mover primero un pie y luego una mano, y se había sentido como un escarabajo al reptar, pero al menos en los entrenamientos contaban con mosquetones por si se caían.

—Si logramos salir de la garganta y alejarnos de las cataratas, seguro que cruzamos las fronteras de su territorio —afirmó Catherine—. Luego, los dragones van a tener que encontrarnos a partir de ahí, supongo.

La espera se convirtió en una verdadera agonía. No podían empezar a bajar hasta que el ácido no hubiera horadado la piedra. Solo el estropeado reloj de arena y la Cruz del Sur girando en el firmamento podían darles una noción real del paso del tiempo. Laurence miró por dos veces a Turner para asegurarse de que no se le había pasado darle la vuelta cuando se hubiera acabado la arena, solo para descubrir que el bulbo superior estaba casi lleno todavía. Entonces, hizo acopio de voluntad para no mirar, así que cerró los ojos y se cruzó de brazos de forma que dejó las manos pegadas a los costados a fin de mantenerlas tibias, pues era la primera semana de junio y la noche se había vuelto inesperadamente fría.

—Las nueve, señor —anunció por fin Turner en voz baja.

El siseo del ácido había cesado. Metieron una ramita en uno de los agujeros creados por Lily junto a la entrada y así pudieron calcular la profundidad: medía más de cincuenta centímetros. Además, el palito estaba casi intacto, salvo en la punta, donde humeaba un poco.

El cadete Dyer asomó la cabeza para echar un rápido vistazo al dragón de guardia, situado encima de ellos.

—No ha movido el rabo, señor —informó con un hilo de voz.

—Bueno, creo que voy a poder hacerlo —anunció Catherine mientras tanteaba alrededor con la mano envuelta en un trapo—. Señor Ferris, vaya usted primero. Caballeros, se acabaron las conversaciones. Ni voces ni susurros.

El teniente se había atado las botas por los cordones y se los había echado al cuello para que no le estorbaran. Recogió unos puñados de paja del suelo de la caverna y se los metió en la cintura para aminorar el efecto abrasivo del roce con la piedra, luego, apoyó la cabeza sobre el borde y se fue dejando resbalar con cautela. Miró hacia arriba y asintió antes de pasar una pierna al otro lado y enseguida se desvaneció. Laurence se arriesgó a echar un rápido vistazo por encima del filo. Ferris ya solo era un borrón oscuro sobre la superficie de la pared cinco metros por debajo de su posición, y se movía con la flexibilidad característica de la juventud.

No hubo señales con la mano ni voces desde el fondo, pero todos aguzaron los oídos. Turner mantuvo el reloj delante de él. Transcurrieron quince minutos, y después veinte, sin que se oyera el estrépito de algún desastre. Entonces, Libbley, el primer teniente de Chenery, se dirigió al borde y se descolgó de modo parecido. Y tras él marcharon los alféreces y los guardiadragones aún más deprisa; salían dos o tres cada vez, pues Lily había esparcido ácido a conciencia y había asideros en abundancia a lo ancho de la pared.

A continuación Chenery se marchó y poco después Catherine hizo lo propio en compañía de su guardiadragón Drew. La mayoría de los jóvenes aviadores ya se habían ido.

—Yo bajaré con usted y guiaré sus pasos, señor —le aseguró en voz baja Ezekiah Martin, que había oscurecido su brillante pelo amarillo con tierra y agua a fin de pasar más desapercibido—. Páseme sus botas.

Laurence asintió en silencio y se las entregó. Martin las ató y se las echó al cuello con las suyas.

Martin puso la mano en el tobillo de Laurence para guiarle al primer asidero, estrecho como todos; era un tosco hueco raspado en la roca pulida donde solo cabían las puntas de los dedos. Se movió a la derecha: apoyó el pie mientras con una mano buscaba a tientas un asidero debajo del reborde de la cueva, pero no podía ver la pared, porque su propio cuerpo bloqueaba la tenue luz de las estrellas, con lo cual solo quedaba confiar en el sentido del tacto. La piedra estaba fría al roce con su mejilla y a su juicio el eco de su respiración sonaba demasiado fuerte, y además tenía ese timbre extraño y amplificado característico de cuando uno está bajo el agua. Cegado y ensordecido, se apretó contra la piedra todo lo posible.

Hubo un momento terrible cuando Ezekiah le tocó el tobillo de nuevo y aguardó a

que lo levantara del asidero. Laurence pensó que no iba a ser capaz de hacerlo. Deseaba efectuar el movimiento, mas no sucedía nada, pero entonces respiró hondo y al final movió el pie. Martin lo llevó con suavidad hacia abajo, a pesar de lo cual las puntas de los pies rasparon la roca, hasta el siguiente asidero.

Luego fue el segundo pie, y la otra mano, y el pie, y la mano, y así sin cesar de forma mecánica. Fue más fácil continuar una vez que se hubo puesto en movimiento siempre y cuando no se permitiera quedarse quieto en una posición. Lentamente se le empezó a formar un dolor entre los hombros y en los muslos. Las yemas de los dedos le ardían un poco conforme avanzaba. El sudor ácido le humedecía la piel y le caía sobre los ojos, pero él no confiaba lo suficiente en su habilidad para agarrarse como para intentar secárselo, así que no sirvió de nada el trapo que se había sujetado al cinto.

Bailes, encargado del arnés de Dulcia, estaba casi a su altura. Era un hombre corpulento que se tomaba la bajada con precaución, pues los tripulantes de tierra no solían participar en el combate y, por tanto, tenían menos práctica en la escalada. De pronto, el tipo profirió un gruñido hondo de lo más extraño y se le soltó una mano. Laurence vio el semblante boquiabierto del hombre mientras profería por lo bajinis un alarido reprimido. Se aferraba al asidero como un loco, pero la mano se le consumía, y el capitán pudo ver el destello blanco de los huesos, descarnados a la altura de las yemas. Bailes perdió el asidero y se precipitó hacia el suelo. Durante unos instantes fue posible ver sus dientes apretados como gesto para no gritar a pesar del dolor.

Las ramas se rompieron debajo de ellos. Martin había vuelto a poner la mano en el tobillo de su capitán para guiarle, pero no la movió y se echó a temblar. Laurence no intentó levantar la vista, se limitó a aguantar pegado a la pared y respirar lo más suavemente posible. No habría nada que hacer si perdían los nervios y los detectaban, el dragón de guardia los barrería de allí con un simple zarpazo.

Al final, reanudaron la marcha, otra vez hacia abajo. Laurence captó en la superficie el brillo de una piedra traslúcida: el ácido de Lily se había acumulado allí, pero no había consumido lo que podía ser una veta de cuarzo. Eso explicaba el accidente.

Un dragón pasó como exhalación por las inmediaciones no mucho después y se perdió en la noche. Volaba muy por encima de sus cabezas y Laurence solo sintió su avance por la bofetada de viento y el sonido de su aleteo. Los dedos helados y en carne viva se le estaban entumeciendo cuando empezó a localizar brotes de hierba al tantear la pared y poco después encontró una ladera, aun casi cortada a pico; enseguida pisó con el talón las raíces de un árbol. Ya prácticamente habían bajado del todo: pisaban tierra y les golpeaban las ramas de los arbustos. Martin le palmeó el tobillo, así que se dieron la vuelta y se dejaron resbalar sobre el trasero hasta que fue

posible ponerse las botas y seguir a pie. Por debajo de su posición podía oírse el correteo del agua. La jungla era una maraña de hojas de palmera y enredaderas de tacto áspero que colgaban en medio del camino. Olía a agua fresca en movimiento, a tierra fresca, a plantas humedecidas por el rocío. No tardaron en tener las camisas empapadas y la carne de gallina a causa del frío, pero avanzaron por un mundo completamente diferente al polvoriento universo marrón y ocre que se extendía en lo alto de la catarata.

Todos se habían mostrado conformes en no esperar a nadie por mucho tiempo. La opción elegida era seguir adelante en pequeños grupos, ya que si los atrapaban durante la primera fase de la huida, siempre podría escapar alguno. Winston, uno de los encargados del arnés de Temerario, le esperaba un poco más adelante; permanecía en cuclillas, aunque se levantaba de vez en cuando para estirar las piernas; ahí estaba también el joven Allen, nervioso, y bostezando junto a él su amigo, el alférez Harley. Los cinco continuaron juntos, siguiendo el curso de la pared. La tierra era suave y la vegetación más llena de vida y más dúctil; era mucho más fácil avanzar por allí que a través de la maleza seca, si bien de vez en cuando aparecía alguna rama que les hacía caer.

Allen tropezaba de continuo, pues el último estirón le había dejado un tanto larguirucho y torpón con esas alargadas patitas de potro que se le habían quedado. No pudieron evitar hacer algo de ruido, como tampoco siempre les resultaba posible atajar, así que de tanto en tanto se veían obligados a tirar de las enredaderas para llevarlas a un lado y tener suficiente espacio para pasar entre ellas, lo cual provocaba no pocos crujidos por parte de las ramas de las que colgaban.

—Oh, oh —Harley se quedó de piedra y espiró muy bajo.

Los fugitivos miraron y volvieron a mirar esos ojos verdes de felino. Contemplaron al leopardo tan fijamente como este a ellos, y nadie se movió hasta que el depredador ladeó la cabeza y se perdió entre el follaje de la selva, solitario y desinteresado.

El quinteto reanudó la caminata a paso más vivo, siguieron todavía el cauce hasta que la vegetación frondosa empezó a ralear y dio paso a un punto donde el curso del río se dividía en dos cauces que tomaban direcciones separadas, pero logró ver a Lily y Temerario, ocultos entre la vegetación de ese último trecho de selva, que esperaban allí con ansiedad, sentados con una pata en cada lado de la orilla y riñendo un poco.

—¿Y qué habría ocurrido si hubieras fallado? —murmuraba el Celestial, un poco desconsolado y algo más crítico mientras alargaba el cuello para echar un vistazo en la selva—. Podrías haber dado en la entrada de la cueva o a alguien de nuestras tripulaciones.

Lily le miró con sus ojos de color naranja, abochornada.

—No necesito estar cerca para darle a una pared —replicó con ánimo de acabar

cuanto antes con aquella conversación.

Entonces se inclinó entusiasmada hacia delante y Harcourt apareció en su ángulo de visión, descendiendo a trompicones por una húmeda ladera.

—Catherine, Catherine, ¿estás bien? ¿Está bien el huevo?

—Olvídate del huevo —dijo la capitana mientras apoyaba la cabeza contra el hocico de Lily—. Solo ha sido una molestia, pero me alegro mucho de verte. ¡Qué lista eres!

—Sí —repuso la dragona con satisfacción—. Y en verdad ha sido mucho más fácil de lo que pensaba. No había nadie que pudiera reparar en mí, salvo el dragón de la colina, y estaba dormido.

Temerario olvidó todas sus quejas y también hocicó a Laurence con agradecimiento. Para su enorme disgusto, aún llevaba el grueso collar del cuello, y del mismo colgaban unos cuantos cables, renegridos y quebradizos en los extremos, allí donde el ácido de Lily había debilitado el metal lo suficiente como para que entre los dos pudieran romperlo.

—No podemos irnos sin la señora Erasmus —le dijo Laurence en voz baja.

Pero en ese momento Dulcia se posó entre ellos con la mujer sobre su lomo, aferrada a su arnés.

Volaron rumbo a Ciudad del Cabo con cautela, pero sin perder un minuto. La rica campiña les proveyó de recursos con generosidad. Temerario, letal y velocísimo, cayó sobre una manada de elefantes y abatió a varios. Los dragones encargados de su pastoreo, más pequeños, le cubrieron de insultos, pero no se atrevieron a seguirle cuando él les hizo descender con su rugido. Lily recuperó la mejor versión de sí misma cuando pasaron cerca de una aldea y un peso pesado les salió al paso, dando gritos de desafío. La dragona lanzó un salivazo de ácido con su precisión de siempre y acertó a una rama de un baobab de enorme y desplegado ramaje, la rama se partió y cayó sobre el lomo del dragón, que saltó y se lo pensó dos veces antes de darles caza. Al mirar hacia atrás, pudieron verle empujar con el hocico la rama, cuyo tamaño era casi el de un árbol, para sacarla del claro de la aldea.

Los aviadores usaron hierbas para tejer cordajes improvisados con los que atar las extremidades al arnés y así sujetarse, por eso cada vez que se detenían para proveerse de agua, avanzaban con paso vacilante, saltaban y se masajeaban los muslos para combatir el picor experimentado cuando recobraban la circulación. Sobrevolaron el desierto de rocas amarillentas y arenas azafranadas sin efectuar pausa alguna. Los animalillos sacaban la cabeza por los agujeros del suelo, espoleados por la curiosidad y la esperanza de que lloviera, confundiendo la sombra de los dragones con el paso de las nubes. Temerario se había hecho cargo de toda la tripulación de Dulcia, salvo del propio Chenery, y también de la de Lily, y de ese modo los tres podían ir tan deprisa como cabía imaginar, y así, el sexto día de vuelo, en la hora previa al alba,

llegaron a las montañas de la estrecha provincia costera de los colonos y vieron las llamaradas de fuego allí donde tronaban los cañones de El Cabo.

Las finas columnas de humo recortadas contra la Montaña de la Mesa se volvieron negras cuando ellos pasaron en dirección a la bahía para entrar en la ciudad. Había incendios en todas partes. Las naves salían del puerto a remo, pues tenían el viento en contra, iban a la desesperada, y si les resultaba posible, se arriesgaban a navegar de bolina[13]. Las baterías del castillo abrían fuego sin cesar y los cañones de la *Allegiance* soltaban fragorosas andanadas que lanzaban al aire vaharadas de pólvora gris y esta flotaba hasta cubrir la cubierta.

Maximus luchaba en el cielo por encima de la nave. Aún estaba más delgado de la cuenta, pero los dragones enemigos le tenían respeto y le guardaban las distancias y, por supuesto, huían de sus cargas. Messoria e Immortalis le flanqueaban. Nitidus aprovechaba la cobertura de los tres para hostigar al enemigo en retirada con su velocidad fulgurante.

Hasta ahora, habían preservado el barco, pero la posición era insostenible y su único interés era aguantar todo lo posible para dar tiempo a salir a las naves del puerto, atestado de botes bamboleantes que hacían todo lo posible por ponerse al amparo de la *Allegiance*.

Berkley les hizo señales desde el lomo de Maximus en cuanto se acercaron: «Aguantamos bien, salvad a la dotación», así que pasaron como una exhalación y se dirigieron a la costa, donde el castillo soportaba un asalto cerrado por parte de un nutrido cuerpo de lanceros acuclillados y parapetados tras grandes escudos de hierro y cuero de buey. Muchos asaltantes yacían muertos en las inmediaciones, terriblemente destrozados por botes de metralla y las descargas de fusilería. También había bastantes cuerpos en el foso. El adversario había fracasado en su intento de tomar la muralla al asalto, pero los supervivientes habían logrado llegar a los escombros de las casas próximas al emplazamiento del cañón, y ahí, al abrigo de las balas, aguardaban pacientemente a que se abriera una brecha en el muro.

Despanzurrado sobre los campos de entrenamiento yacía el cuerpo sin vida de un dragón de colores castaño y amarillo, abatido por una bala rasa. Tenía los ojos turbios y la mitad de las tripas en el suelo a resultas del impacto, que le había abierto un verdadero boquete en el costado; podían verse jirones ensangrentados de su cuerpo en cien metros a la redonda.

Sobrevolaban el castillo unos treinta dragones más, pero ahora efectuaban sus pasadas a mucha altura, desde donde, a falta de bombas, dejaban caer sacos de estrechas hojas triangulares planas y muy afiladas en los bordes, capaces de hundirse en la propia roca. Cuando Temerario se posó en el patio, Laurence pudo verlas clavadas en el suelo, era como si lo hubieran sembrado de púas. En las almenas había muchos soldados muertos.

El rey Mokhachane se hallaba lejos del alcance de las balas, en las faldas de la Montaña de la Mesa, desde donde lo observaba todo con aire sombrío y de vez en cuando movía las alas con ansia, cada vez que resultaban alcanzados un hombre o un dragón. Ella era una dragona de poca edad y todos los instintos le empujaban a lanzarse al campo de batalla. Laurence pudo ver soldados a su lado y otros yendo y viniendo con órdenes para el grupo de asalto apostado ante los muros del castillo, mas no pudo apreciar si el príncipe estaba a su lado.

La ciudad propiamente dicha había salido incólume, pues el único objetivo del ataque parecía ser el castillo, aun cuando las calles estaban abandonadas y ahora podían verse por los rincones grandes piedras redondas con manchas de sangre que habían dejado a su paso muchos ladrillos aplastados y rojos debajo de la capa de pintura amarilla. La mayoría de la guarnición se hallaba en los muros, sudando la gota gorda mientras cargaban y disparaban sin cesar, y una muchedumbre de colonos, hombres, mujeres y niños, se apiñaba al abrigo de los barracones, a la espera de que volvieran los botes.

La señora Erasmus se soltó del lomo de Temerario en cuanto se posaron en el suelo y se bajó sin apenas poner una mano en el arnés. El general Grey, que venía corriendo a saludar a los recién llegados, la miró asombrado cuando la mujer pasó a su lado sin decir ni una palabra.

—Ha ido a por sus hijas —le explicó Laurence mientras descendía de su puesto —. Debo sacarle de aquí enseguida, señor. La *Allegiance* no podrá defender el puerto mucho más.

—Pero ¿quién diablos es esa mujer? —quiso saber Grey. Entonces, Laurence comprendió que el vicegobernador no era capaz de identificarla vestida con sus ropas nativas—. Y malditos sean estos salvajes, sí. No podemos alcanzar a ninguno de esos bichos, ni con los cañones de pimienta. Vuelan demasiado alto. Si la plaza no cae al asalto, no tardarán en derribar los muros. Este sitio no se pensó para contener a tres compañías de dragones. ¿De dónde han salido todos?

Pero se volvió sin dar ocasión de responderle y se puso a dar órdenes a sus ayudantes para organizar el repliegue, una retirada formal y ordenada, donde los artilleros inutilizaban los cañones antes de marcharse, aunque solo unos pocos cada vez, y arrojaban al foso los barriles de pólvora.

Por suerte, el señor Fellowes ya había ido con el resto de la tripulación de tierra a la herrería a por el equipo de combate. Acudieron deprisa con todos los mosquetones disponibles.

—No podemos manejar la coraza si él no viene y la levanta, señor —anunció, jadeante, mientras sus hombres se ponían a ajustar algunas cinchas de los aparejos de Lily y del Celestial. Dulcia había vuelto al cielo y sus fusileros, ahora armados con fusiles de pimienta, abrían fuego a discreción para mantener agachado al enemigo al

menos un poco más.

—Dejen el equipo —ordenó Laurence.

Necesitaban más la velocidad que la protección de una coraza, máxime cuando los asediadores de ahí fuera no disponían de cañones.

Temerario se agachó para que el primer grupo de soldados pudiera subirse a su aparejo. Los hombres acudían dando tumbos, guiados por sus oficiales, muchos de ellos estaban pálidos y sudaban a causa del miedo, otros parecían confundidos por el ruido y el humo. Ahora, Laurence se arrepentía amargamente de no haberle pedido al señor Fellowes a su vuelta de Oriente llevar más arneses de seda chinos, pues eso les habría permitido llevar a más gente de la prevista para una retirada. El número de viajeros para un peso pesado estaba estipulado en treinta, pero si hubiera habido un equipo adecuado, Temerario estaba en condiciones de llevar a más de doscientas personas en una sola carrera.

En vez de eso, lograron apretujarse de mala manera unos cincuenta hombres, y todos cruzaban los dedos para que el arnés aguantase un vuelo tan corto.

—Vamos a… —empezó a decir Laurence, cuya intención era garantizarles que tenía intención de regresar a por el resto, pero Dulcia profirió un grito de aviso.

El Celestial saltó justo a tiempo.

Tres alados enemigos habían usado una malla de soga gruesa para transportar una piedra bulbosa del tamaño de un elefante hasta dejarla caer sobre la delicada bovedilla del campanario, que se vino abajo en medio de un resonante repique; luego, el proyectil rodó hasta precipitarse contra el corto corredor de la entrada, aplastando mortero y ladrillo a su paso. El rastrillo gimió al combarse, y luego se precipitó hacia el suelo.

Temerario voló raudo hacia la *Allegiance* y dejó a los hombres en la cubierta de dragones, y tan pronto como le fue posible regresó a la costa. Los lanceros empezaban a atravesar el estrecho pasaje obstruido con cascotes y se lanzaban a la carga una y otra vez, arrostrando el cerrado fuego de fusilería congregado allí por Grey. Se disgregaron en grandes grupos y fueron rodeando los emplazamientos todavía defendidos hasta lanzarse sobre ellos y matar a los defensores con golpes secos y rápidos de lanza, cuyas hojas quedaron humedecidas y entintadas con sangre. Los cañones fueron silenciados uno tras otro y los dragones comenzaron a sobrevolar la zona como cuervos, a la espera de que sofocaran el último y así poder descender.

Temerario se encaramó a lo alto de un tejado y derribó a una docena de asaltantes con un simple revés de la pata. Soltó un gruñido.

—Los cañones, Temerario —le indicó Laurence a voz en grito—. Aplasta los cañones que han capturado…

Los atacantes se habían apoderado de tres cañones antes de que los inutilizaran los defensores y ahora intentaban disparar el primero de ellos contra el patio, donde

podían alcanzar a Lily y a Temerario; este se limitó a plantar una de las patas delanteras en los edificios y lanzó el cañón y a seis hombres al otro lado de las castigadas almenas de ladrillo. La pieza salió volando por los aires y se hundió en las aguas del foso, los guerreros, impertérritos, se dejaron caer y luego subieron a la superficie y se pusieron a nadar.

Lily se posó detrás de ellos para llevarse a más fugitivos y soltó un gargajo de ácido: el segundo cañón comenzó a sisear y humear; el tubo se desplomó sobre el suelo, pues las gualderas y las cureñas sobre las que se apoyaba eran de madera, y esta se disolvía más deprisa que el metal, y empezó a rodar libremente como un bolo letífero, pues iba derribando hombres y extendiendo por todas partes el ácido, cuyas salpicaduras empezaron a sisear sobre la tierra y el ladrillo.

De pronto, la tierra se estremeció bajo sus pies con tal violencia que el Celestial dio un traspié y se vio obligado a apoyarse con las cuatro patas en el patio. Habían lanzado desde lo alto otra descomunal piedra y esta había destrozado una sección del muro exterior, en el extremo más alejado del patio, uno que, además, no estaba defendido. Una nueva oleada de asaltantes surgió de entre los restos de la muralla desmoronada y se fue a por los defensores, pero los hombres de Grey no eran lo bastante rápidos como para darse la vuelta y salirles al paso. Los lanceros cargaron contra los exiguos defensores de la entrada al castillo. Los fusileros acomodados en el lomo de Temerario mantuvieron un fuego granizado contra la avalancha de lanceros hasta que estos irrumpieron como una riada entre las filas inglesas y se enzarzaron en combate contra los soldados, que se defendían a bayonetazo limpio. A partir de ese momento se hizo un silencio extraño y los gemidos de los heridos y los moribundos así como el tenue gruñido de los hombres jadeando y forcejeando solo se vieron interrumpidos por algún disparo ocasional de mosquete o de pistola.

Una gran confusión imperó en el patio de armas, donde no estaban claras las líneas de retirada ni la de batalla, y por eso los hombres corrían en todas las direcciones: unas veces intentaban rehuir la batalla, otras pretendían trabar combate en un escenario atestado de bueyes, caballos, vacas y ovejas, todos muy asustados y mugiendo sin cesar. Los habían traído al castillo con la expectativa de que el asedio durase más, y los habían encerrado en un segundo patio más cercado, pero habían conseguido liberarse, enloquecidos por el estruendo de la lucha y el paso incesante de dragones por encima de sus cabezas. Ahora cruzaban el campo de batalla a toda velocidad y sin dirección fija. Una bandada de gallinas se desperdigó entre los combatientes, cacareando hasta que aquellos acabaron partiéndoles el cuello o las patas en el transcurso de sus forcejeos, salvo unas pocas que lograron salvarse al encontrar, por azar, una salida a los campos de entrenamiento.

Laurence se llevó una gran sorpresa al ver entre el gentío a Demane. El muchacho aferraba con auténtica desesperación la novilla que él le había prometido, pero esta

mugía con fuerza y cargaba contra su frágil figura, empujándole hacia la melé de combatientes. Sipho se hallaba en la arcada de comunicación entre los dos patios de la fortaleza, con el rostro crispado por el terror, mordiéndose el puñito sin saber qué hacer, y luego, con repentina decisión, salió corriendo detrás de su hermano; este, mientras tanto, había alargado la mano en busca del ronzal del animal y tiraba del mismo.

Dos soldados estaban cosiendo a bayonetazos a un enemigo muerto cuando la novilla pasó arrastrándole. Uno de ellos se irguió y se limpió la sangre de la boca con una mano.

—Maldito ladronzuelo —gritó con voz entrecortada—, no puedes esperar a que seamos unos fiambres, ¿eh?

Demane lo vio, soltó la vaca, se lanzó en plancha y cubrió a su hermano con el cuerpo justo cuando la bayoneta iba a por ellos. No hubo tiempo de formular ninguna queja. El curso de la batalla llevó a los soldados en otra dirección y dejó a los dos cuerpecillos acurrucados en el suelo, cubiertos de sangre.

—Señor Martin —dijo Laurence en voz muy baja.

Martin asintió y palmeó el hombro de Harley. Juntos se soltaron del arnés y se lanzaron como balas al campo de batalla. Tomaron a los dos chicos y los llevaron hasta el aparejo para que los subieran. Demane estaba desmadejado mientras que Sipho, todavía embadurnado con la sangre de su hermano, sollozaba suavemente sobre el hombro de Harley.

Un puñado de lanceros había logrado llegar hasta los colonos congregados en los barracones y ahora estaba llevándose a cabo una matanza terrible y caótica: a veces, los atacantes separaban en masa a mujeres y niños, los inmovilizaban contra las paredes y los quitaban de en medio, por decirlo de alguna manera, y sin el menor reparo luego continuaban acumulando muertos a sus pies. Los colonos a su vez echaron mano a mosquetes y rifles y empezaron a disparar a todo lo que se movía, sin reparar en que fueran amigos o enemigos.

Los marinos acudieron con los botes vacíos en busca de más pasajeros, pero, viendo aquello, vacilaron a la hora de seguir, a pesar de las furibundas palabrotas del timonel, cuyas blasfemias flotaron sobre las olas hasta ser perceptibles desde tierra.

—Señor Ferris —gritó Laurence—, señor Riggs, hagan el favor de despejar ese espacio de ahí.

Y él mismo se deslizó al suelo para ocupar el puesto del teniente Ferris y hacerse cargo del embarque de los soldados fugitivos. Alguien le hizo entrega de una pistola y una cartuchera, todavía pringosas por la sangre del cuerpo al que se las habían quitado. Laurence se puso la segunda por encima del hombro y se apresuró a rasgar el papel de cartucho con los dientes. Un lancero acudió a la carrera y le encimó. Laurence desenfundó el sable y aprestó la pistola cargada, mas no tuvo ocasión de

apretar el gatillo. Temerario se percató de la amenaza y chilló su nombre poco antes de acuchillar al hombre con las zarpas, aun cuando con ese movimiento hizo caer a tres soldados que intentaban sujetarse a su arnés.

Laurence apretó los dientes y optó por ocultarse detrás de las filas cerradas de su tripulación de tierra. Entregó la pistola al señor Fellowes para acelerar la subida a bordo de hombres ahora desesperados, pues los apremiaban por todos los lados, en el aparejo, ahora demasiado estirado.

Lily no podía transportar a tanta gente, así que despegó antes, se alejó un poco y cubrió de ácido al torrente de hombres que atravesaban el muro en ruinas, llenando el espacio vacío de humo y cuerpos que se retorcían aun después de muertos, pero ella debía dirigirse al barco y los supervivientes empezaron a derribar los muros para echar más escombros sobre los restos de ácido.

—Hemos embarcado a todos los colonos, señor, creo… —dijo Ferris, jadeando mientras regresaba. Llevaba una mano pegada al cinto y un corte profundo de color guinda brillante le corría por todo el brazo—. A los que quedan, quiero decir.

Laurence y los suyos habían despejado el patio y Temerario había causado una carnicería para cubrir a quienes aún usaban los cañones, pese a que solo quedaba un puñado de artilleros en activo, pero su fuego, aunque irregular, aún mantenía lejos a los dragones enemigos.

Los botes de la *Allegiance* se alejaban de la costa a toda velocidad, pues los marineros se estaban dejando la piel en los remos y remaban como posesos. Las barracas estaban cubiertas de sangre y los cadáveres de blancos y negros subían y bajaban en una espuma rosácea al ritmo marcado por el chapaleo de las olas sobre la arena.

—Suba a bordo al general, señor Turner —ordenó Laurence—, y haga el favor de señalizar «retirada total».

El capitán se volvió y ofreció la mano a la señora Erasmus para ayudarla a subir a bordo. Ferris la escoltaba por detrás y sus hijas seguían aferradas a las faldas de su madre, pero sus pichis estaban manchados de tierra y con marcas de hollín.

—No, capitán, gracias —rehusó ella. Él no la comprendió en un principio y se preguntó si no habría resultado herida o no había entendido que los botes se habían marchado, pero la viuda negó con la cabeza—. Kefentse está de camino. Le dije que iba a encontrar a mis hijas y le esperaría aquí, en el castillo, esa es la razón de que me dejara ir.

Él la miró fijamente, anonadado.

—Kefentse no puede perseguirnos, señora, no tan lejos, no más allá de la costa. Si acaso teme ser capturada otra vez…

—No —repitió ella con sencillez—. Nos quedamos, no tema por nosotras —añadió—: Los guerreros no van a hacernos daño, sería un deshonor manchar sus

lanzas con la sangre de una mujer y, de todos modos, estoy segura de que Kefentse llegará aquí enseguida.

La *Allegiance* ya estaba levando anclas y sus cañones soltaban una andanada tras otra con renovados bríos para despejar los cielos antes de hacerse a la mar. En tierra, los últimos artilleros de las almenas habían abandonado sus puestos en las piezas y corrían como posesos hacia Temerario o hacia los últimos botes, aún a la espera, para escapar de una muerte segura.

—Debemos irnos, Laurence —dijo el Celestial en voz baja pero resonante al tiempo que giraba la cabeza de un lado para otro. Tenía la gorguera completamente extendida e incluso a pesar de estar en el suelo, tomaba oxígeno a bocanadas, dilatando el pecho en cada honda respiración—. Lily no puede contenerlos a todos ella sola. Debo acudir en su ayuda.

La Largario era toda su protección frente a los dragones enemigos; estos se mostraban muy cautos tras ver los efectos de su ácido a corto alcance, pero la estaban rodeando y en cuestión de unos momentos la harían aterrizar o alejarse de ahí, de forma que podrían caer todos juntos sobre Temerario mientras se quedaban en tierra, donde era vulnerable.

Un torrente de nuevos lanceros irrumpió en el patio a través de los terrenos conquistados. Se mantenían fuera del alcance del Celestial, por supuesto, pero se extendían a lo largo del muro más lejano formando un semicírculo alrededor de Temerario y aunque uno a uno no suponían peligro alguno para él, si cargaban todos a la vez con las azagayas podrían obligarle a levantar el vuelo y, muy astutamente, con esa previsión, los dragones enemigos maniobraban alrededor de Lily para perfilarse en posturas adecuadas y a más baja altura, listos para recibirle con las garras. No había tiempo para convencerla de lo contrario y, de todos modos, cuando la miraba a la cara tampoco tenía claro que persuadirla fuese a ser tarea fácil.

—Señora, su marido…

—Mi esposo ha muerto —replicó ella con aire tajante—, y mis hijas crecerán aquí como hijas orgullosas de los tsuana y no como pordioseros en Inglaterra.

No pudo replicar a eso. Ella era una viuda y solo debía velar por sus intereses. Él no tenía derecho a imponerle nada. Miró a las pequeñas pegadas a las faldas de su madre, estudió sus rostros demacrados y chupados, estaban demasiado cansadas como para tener miedo por más tiempo.

—Hemos acabado, señor —anunció Ferris a la altura de su hombro, mirándolos con ansiedad.

Ella dirigió al silencioso capitán un asentimiento de despedida y se inclinó para aupar a la pequeña a su regazo mientras pasaba un brazo por encima del hombro de la mayor. Las llevó en busca del abrigo que proporcionaba el porche cubierto de la residencia del gobernador, que se alzaba extrañamente intacta en medio de los restos

sangrientos de la batalla, y con cuidado se fue abriendo camino entre los cadáveres desmadejados que abarrotaban los curvos escalones.

—Muy bien —aceptó Laurence, se dio la vuelta y subió a bordo de Temerario.

No había tiempo para más. El Celestial se encabritó sobre las patas traseras y mientras despegaba del suelo soltó un rugido para hacerse hueco. Los alados africanos se dispersaron alarmados ante el viento divino. Los más próximos chillaron de dolor mientras caían; entre tanto, Dulcia y Lily se unieron a él para describir juntos una curva que iba a llevarlos hacia la *Allegiance*, cuyas velas solo eran ya una amplia mancha de lona blanca recortada en el océano, pues la nave había abandonado el puerto y se adentraba en el Atlántico.

En el patio, los dragones habían empezado a posarse en las ruinas para apoderarse del ganado que corría libre. La señora Erasmus permanecía de pie, muy erguida, en lo alto de las escaleras, estrechaba a las niñas pequeñas entre los brazos y las tres miraban hacia lo alto, pues Kefentse ya volaba sobre las aguas en dirección a ellas y las llamaba a gritos con voz jubilosa.

Tercera Parte

Capítulo 13

—¿Me permite que le moleste un momento? —preguntó Riley con cierta torpeza.

No podía llamar con los nudillos a la puerta porque no la había. Vivía a bordo un gran número de mujeres, refugiadas todas ellas, y habían desmontado los camarotes y retirado las mamparas para contribuir a su comodidad, ya de por sí escasa. Ahora, una simple lona de vela rasgada separaba la litera de Laurence de la de Chenery.

—¿Puede acompañarme a la cubierta de dragones?

Laurence y él habían hablado con anterioridad, por descontado, pues resultaba inevitable que todos los oficiales unieran fuerzas en aquellas primeras horas de locura para imponer sentido común a siete dragones, niños lloriqueantes, hombres heridos, cientos de pasajeros incómodos y toda la confusión imaginable en una nave de dimensiones tres veces mayor a las de un navío de línea que, sin comerlo ni beberlo, se había topado con un vendaval de frente, y encima teniendo a sotavento una costa en la que le estaba esperando el enemigo, y una cubierta llena de unas grandes piedras con forma de herradura usadas por el enemigo a modo de misiles.

En medio de todo aquel caos, había visto a Riley buscar con la mirada entre los recién llegados y respirar visiblemente aliviado cuando vio a la capitana Harcourt dar órdenes a su tripulación, pero cuando tuvo ocasión de observarla unas cuantas veces, su aspecto de sosiego pasó a reflejar primero perplejidad y luego recelo. Por último, subió a la cubierta de dragones con la excusa de cambiar de posición a los alados, pues iba a llevar la nave un poco más a popa y de ese modo pudo ver mejor a Catherine. Laurence se había dado cuenta de que ese era su objetivo cuando la petición de Riley consistió en poner a Maximus en el extremo de la cubierta con Lily justo detrás y Temerario estirado junto a la barandilla de babor, lo cual, de haberse llevado a cabo, habría terminado con la mitad de los dragones en el agua y la nave dando vueltas.

—De buen grado —contestó Laurence en el presente.

Subieron en silencio, lo cual era necesario en cierta medida pues el aviador debía seguir al capitán del barco en fila de a uno por los estrechos callejones de la nave, cuyo espacio interior se había visto muy reducido, y subir por unas escalerillas. Los atestados pasajeros tenían libertad para pasear por el alcázar y la usaban para estirar las piernas y disfrutar de algo de luz, en cambio, la cubierta de dragones era el sitio de mayor privacidad de toda la nave, siempre y cuando a uno no le importara ser escuchado por la concurrencia interesada de los dragones.

No obstante, por el momento, era un sitio de gran inactividad, pues Temerario,

Lily y Dulcia estaban extenuados después de un vuelo a la desesperada durante tantas jornadas y así como del alboroto de su accidentado final. Maximus hacía vibrar el estay con la resonancia de sus profundos y sonoros ronquidos. Les venía muy bien que estuvieran lo bastante cansados como para dormir sin comer, en tanto que no tenían muchas provisiones y la cosa iba a seguir así mientras no hicieran escala en algún puerto para reaprovisionarse. Al despertarse, los dragones iban a tener que pescar para comer.

—Quizá deberíamos hacer aguada en Benguela, me temo —anunció Riley con cierta inseguridad mientras paseaban junto a la barandilla—. Lamento mucho que eso pueda ocasionarle algún trastorno, aunque estoy considerando si no deberíamos probar suerte en Santa Elena.

Santa Elena no era un puerto esclavista, pero se hallaba bastante alejado de su rumbo. Laurence se mostró muy perceptivo a las disculpas implícitas en esta oferta.

—No me parece lo más recomendable —contestó de inmediato—. Los vientos subtropicales del este podrían desviarnos fácilmente y a lo mejor acabábamos en Río, y no debemos demorarnos, pues aunque tanto la cura como la noticia de la pérdida de El Cabo nos preceden, sigue siendo urgente que nuestra escuadra regrese a Inglaterra.

A su vez, Riley se mostró muy agradecido por ese gesto y siguieron paseando juntos por cubierta con mucha más comodidad.

—No podemos perder un instante, por supuesto, y yo, por mi parte, tengo razones para desear estar en casa otra vez e iremos todo lo deprisa que se pueda, o eso pensaba yo hasta que me di cuenta de que ella iba a obstinarse, así que, Laurence, te ruego que me perdones por hablar con franqueza —le tuteó—, estaré encantado de tener viento de proa toda la travesía si eso significa que no podemos llegar antes de que ella se haya casado conmigo.

Los demás aviadores ya habían empezado a referirse al comportamiento quijotesco de Riley en términos poco caritativos. Chenery fue bastante lejos al decir: «Habría que hacer algo si no deja de poner a la pobre Harcourt en una posición tan embarazosa, pero ¿cómo sigue insistiendo?». Laurence había mostrado bastante más compasión ante la petición del marino. Le sorprendía la reacción de la capitana, había rechazado la propuesta matrimonial como si quemase cuando le estaba sirviendo en bandeja la elección normal. A la fuerza se acordó del difunto reverendo Erasmus, pues seguramente él hubiera podido aportar esa calidez gentil y ese consejo convincente a favor del matrimonio. El señor Britten, capellán de Riley por designación del Almirantazgo, no sería capaz de sostener un argumento moral ante nadie, si es que permanecía sobrio el tiempo suficiente para exponerlo, claro.

—Al menos está ordenado sacerdote —terció Riley—, así que no habría dificultad alguna, todo sería legal, pero Catherine no va a hacer caso, aunque, en buena ley, ella no va a poder decir que esto ocurre porque soy un sinvergüenza al no

intentar hablar antes, no es como si… yo no fui quien… —Riley se apresuró a no desvelar más intimidades y en vez de eso continuó más lastimeramente y admitió—: No sabía cómo empezar, Laurence. ¿No habrá alguien de su familia capaz de convencerla?

—No, está completamente sola en el mundo —admitió Laurence—, pero Tom, debes saber una cosa: ella no puede abandonar el Cuerpo, no podemos prescindir de los servicios de Lily.

—Vale, si no hay nadie más para hacerse cargo de la bestia… —dijo Riley a regañadientes. Laurence no se molestó en intentar desengañarle. El marino siguió—: Pero eso no importa. No soy tan monigote como para abandonarla. Y el gobernador ha tenido la amabilidad de decirme que la señora Grey estaría encantada de protegerla, una oferta más generosa de lo que cabría esperar, y seguramente le facilitaría mucho las cosas, una vez de vuelta en Inglaterra. Están muy bien relacionados en los mejores círculos, pero, por supuesto, no hasta que estemos casados. Y ella no atiende a razones.

—A lo mejor teme la desaprobación de tu familia —repuso Laurence, más para ofrecerle algo de consuelo que por convicción. Estaba convencido de que Catherine no había perdido ni un segundo pensando en los sentimientos de la familia de Riley, ni lo haría tampoco si decidía casarse.

—Yo ya le he prometido que harán todo como es debido, y lo harán —replicó Riley—. No pretendo decir con eso que esta sea la clase de enlace que mis padres hubieran buscado para mí, pero dispongo de mi capital y al menos puedo casarme sin verme obligado a soportar ninguna acusación de imprudencia. A mi padre va a darle igual, a menos que sea niño, pues en los últimos cuatro años la esposa de mi hermano solo le ha dado niñas, con todo lo que eso implica —concluyó, casi a punto de levantar los brazos.

—Pero todo eso es una tontería, Laurence —dijo Catherine, igualmente desesperada cuando él la abordó—. Espera de mí que renuncie al servicio.

—Creo haberle convencido de que eso es imposible y él se pliega a esa realidad, aunque no le hace mucha gracia, pero —agregó él— también tú debes hacerte cargo de las implicaciones y la importancia material del *entailment*.

—Pues no las veo, la verdad —replicó ella—. ¿Guarda relación con la herencia de su padre? ¿Qué tiene eso que ver conmigo o con el niño? ¿Acaso no tiene un hermano mayor casado y con hijos?

Laurence la miró, no estaba lo bastante versado en derecho sucesorio ni en las restricciones de transferibilidad como para comprenderlas enseguida, pero las pensó y se apresuró a explicarle que la sucesión era patrilineal y el patrimonio hereditario de los Riley, por tanto, iba de varón en varón, y como el hermano de Riley solo tenía hijas, si ella alumbraba un niño, el patrimonio pasaría del tío al sobrino.

—Si rehúsas, le estás negando al niño su patrimonio, que, según tengo entendido, es sustancial, y todo por una relación a distancia que solo afecta a las sobrinas de Riley.

—Es una forma estúpida de llevar las cosas, pero eso sí lo veo, y supongo que sería un destino muy severo para el niño crecer sabiendo todo lo que podía haber sido, pero yo espero que no sea niño, sino niña, y entonces, ¿de qué le servimos ella o yo? ¡Oh, demonios! Supongo que siempre puede divorciarse de mí. Vale, muy bien —y añadió con decisión—: Pero si nace una niña, será una Harcourt.

La ceremonia de boda se pospuso unos días ante el deseo de obtener algunas cosas necesarias para hacer un buen banquete.

El 15 de junio, mientras se acercaban a Benguela, pasaron junto a un par de barcos destartalados y aparejos tan descuidados que hubieran avergonzado incluso a una nave pirata. Los tomaron por otros refugiados de Ciudad del Cabo que habían optado por dirigirse a Santa Elena. La *Allegiance* no les ofreció la posibilidad de ponerse al pairo, ya que, después de todo, no tenían reservas de comida ni de agua para compartir, y en cualquier caso, las pequeñas naves huyeron de ellos, como si temieran una exigencia de provisiones o tripulantes, y no sin motivo.

—Ahora mismo cerraría un acuerdo y daría comida a cambio de diez marinos cualificados —aseguró Riley, y no bromeaba, mientras los observaba arfar en el horizonte.

No mencionó cuál sería su oferta por un buen bidón de agua clara. Los dragones ya se habían puesto a lamer el rocío de las velas por la mañana y el resto ya andaba con medias raciones.

Primero atisbaron en lontananza las columnas de humo saliendo de entre los rescoldos aún humeantes de la ciudad, reducida a un montón de madera húmeda apilada en hogueras descomunales; luego, cuando se acercaron al puerto, se encontraron esquivando los cascos de las naves volcadas que el oleaje había devuelto a la playa. Quedaban a la vista poco más que recias quillas y genoles amadrinados a las varengas; parecían costillares pelados de leviatanes varados que se hubieran lanzado a la playa para morir. Las fortificaciones de la colonia holandesa habían quedado reducidas a escombros.

No había señal alguna de vida. Los artilleros abrieron las portillas de los cañones y los dragones estaban alerta a la menor señal de peligro antes de enviar a la costa los botes llenos de toneles de agua. Regresaron todavía más deprisa a pesar de ir más cargados. El oficial responsable de la tarea, el teniente Wells, entró a informar al camarote del capitán con cierto desasosiego.

—Me atrevería a decir que ha ocurrido hace más de una semana, señor. Hay comida podrida en algunas de las casas y todo cuanto queda en la fortaleza está completamente frío. Encontramos una enorme fosa común en el campo situado detrás

de la fortaleza. Los muertos debían de rondar el millar.

—Esto no puede ser obra de la misma banda que se lanzó contra Ciudad del Cabo —aventuró Riley cuando hubo terminado—. No puede serlo. ¿Podrían los dragones haber volado hasta aquí tan deprisa?

—¿Dos mil kilómetros largos en menos de una semana? No, no si al final del trayecto tienen intención de luchar. Me parece muy improbable —evaluó Harcourt mientras tomaba medidas en el mapa desde su silla, pues Riley se las había arreglado para darle el gran camarote de popa durante el viaje de regreso—. De todos modos, tampoco necesitan meterse esa paliza. En las cataratas había dragones suficientes para formar otro ejército de las mismas dimensiones, u otros diez, ya puestos.

—Bueno, lamento parecer un pájaro de mal agüero —sentenció Chenery—, pero no veo ni una puñetera razón por la que no deberían ir a por Luanda, ahora que se han puesto a ello.

Otro día más de singladura los acercó lo suficiente como para que los dragones pudieran volar al segundo puerto. Dulcia y Nitidus despegaron batiendo las alas enérgicamente para regresar al cabo de ocho horas, encontrando a la *Allegiance* en la oscuridad gracias a las luces colocadas en lo alto de los mástiles.

—Lo han quemado todo hasta los cimientos —informó Chenery, mientras volvía a poner la copa de grog para que se la rellenaran de nuevo—. No se ve un alma y han emponzoñado todos los pozos con mierda de dragón, y disculpad mi lenguaje.

Poco a poco empezaron a calibrar la verdadera magnitud del desastre: habían perdido no solo Ciudad del Cabo, sino también dos de los mayores puertos de África. El enemigo habría necesitado apoderarse de todo el territorio circundante si su propósito hubiera sido conseguir el control de los puertos, pero su único deseo era devastarlos, y para arrasar una plaza no hacía falta ninguna labor previa de desgaste. Los dragones podían sobrevolar con facilidad cualquier defensa o llevar tropas a cualquier sitio al no tener enfrente a una fuerza aérea para plantarles cara. Resultaba fácil ir directamente al objetivo y llevar con ellos infantería ligera, y entonces gastaban toda su energía contra la indefensa ciudad que había incurrido en su ira.

—Los cañones han desaparecido —agregó Warren en voz baja—, y también la munición. Encontramos vacíos los cajones donde la habían conservado. Se habrán llevado también la pólvora, supongo, pues no hemos visto que se hayan dejado nada atrás.

Las humaredas de los incendios y la devastación jalonaron su viaje de regreso junto a la costa, precedidas por los heraldos del desastre: barcos de velámenes destrozados y renegridos por las llamas que navegaban de mala manera en busca de un puerto seguro. La *Allegiance* no hizo intento de atracar en ningún otro puerto y optó por enviar a los dragones en vuelos cortos con el fin de aprovisionarse de agua fresca, y así, tras dos semanas de navegación de cabotaje, llegaron a Cape Coast.

Riley se consideraba en la obligación moral de hacer al menos un recuento de bajas en el puerto británico, aun cuando todos albergaban la esperanza de encontrar algunos supervivientes, ya que las fortificaciones eran más antiguas y amplias que las de los demás puertos.

El castillo destinado a cuartel general del puerto estaba hecho de piedra y permanecía intacto en su práctica totalidad, salvo por el tejado requemado y lleno de agujeros. Todos los cañones emplazados hacia el mar, que habían resultado inútiles para defender la plaza, habían desaparecido, así como también los montones de balas rasas guardados en el patio de armas. La *Allegiance* se hallaba sujeta a las vicisitudes del viento y la corriente, y, por tanto, no podía mantener el ritmo regular de los dragones, razón por la cual se movía más despacio que la ola de atacantes. Habían pasado tres semanas desde el asalto a Ciudad del Cabo.

Mientras el capitán del barco organizaba a la tripulación para realizar el terrible trabajo de exhumar las fosas y contar los muertos, Laurence y los otros capitanes se dividieron las boscosas lomas situadas al norte y alrededor del pueblo devastado con la esperanza de asegurar caza suficiente para todos, pues necesitaban carne fresca con desesperación: las provisiones de tocino del barco habían menguado rápidamente y los dragones siempre tenían hambre. De entre todos ellos, solo Temerario estaba satisfecho con la pesca, pero incluso él había expresado el deseo de comer otra cosa.

—Solo por variar, estaría bien un antílope tierno —había dicho—, aunque lo mejor de todo sería un elefante. Están riquísimos.

Pero llegado el momento debió conformarse con un par de escuchimizados búfalos de pelambrera roja para satisfacer su apetito mientras los fusiles abatían media docena más de ejemplares, tantos como el Celestial podía llevar entre las garras con comodidad.

—Estaban un poquillo correosos —comentó Temerario con aire pensativo mientras se mondaba los dientes con los cuernos de sus presas, lo cual hacía un ruido molesto—, pero muy sabrosos. Quizá Gong Su pueda asarlos con algún fruto seco.

Entonces, erizó la gorguera y anunció:

—Me parece que viene alguien.

—Por amor de Dios, ¿son ustedes hombres blancos?

El tenue grito venía del bosque, y enseguida entraron en el claro dando traspiés un puñado de hombres sucios y exhaustos. Recibieron con lastimeras muestras de agradecimiento sus cantimploras de grog y *brandy*.

—Apenas podíamos dar crédito a nuestros oídos cuando escuchamos los fusiles —dijo su jefe, un tal George Case de Liverpool, quien, junto a su compañero David Miles y un puñado de ayudantes, no había logrado escapar a tiempo del desastre.

—Nos hemos ocultado en el bosque desde que descendieron los monstruos —explicó Miles—. Se apoderaron de todos los barcos que no escaparon lo bastante

deprisa y los quemaron o los hundieron antes de irse otra vez. Nosotros estábamos aquí fuera y apenas nos quedaban balas. Empezábamos a desesperar. Suponíamos que iban a morir todos de hambre si pasaba otra semana más.

Laurence no le entendió hasta que Miles los llevó a un improvisado redil oculto en los bosques, donde quedaba una última hilera de unos doscientos esclavos.

—Comprados y pagados al contado. Un día más y los hubiéramos subido a bordo —comentó Miles, y escupió al suelo con asco, intentando tomárselo con flema.

Un famélico y desnutrido esclavo con los labios agrietados ladeó la cabeza hacia el interior de su aprisionamiento e hizo una muda petición de agua con la mano. El olor a mugre echaba para atrás. Antes de ser vencidos por la flojera, los esclavos había intentado excavar una fosa dentro del cercado para hacer allí sus necesidades, pero estaban engrilletados unos a otros por los tobillos, y eran incapaces de moverse mucho. Un arroyo discurría no muy lejos de allí, a cuatrocientos metros, antes de desembocar en el mar. Case y sus hombres no parecían sedientos ni demasiado hambrientos, de hecho, había restos de antílope en el espetón a seis metros escasos del cercado.

—Si aceptarais el pago a crédito de nuestro pasaje, lo haríamos efectivo en Madeira —ofreció Case, y luego, dándoselas de generoso, añadió—: siempre podríais comprárnoslos directamente. Os haríamos un buen precio, de eso podéis estar seguros.

Laurence hizo de tripas corazón para contestar, pues le habría encantado noquear a aquel tipo. Temerario no tenía esa clase de miramientos y sin decir ni una palabra se limitó a arrancar la puerta con las patas de delante y tirarla al suelo, jadeando de pura rabia.

—Señor Blythe —ordenó el capitán en tono grave—, haga el favor de quitar las cadenas a esos hombres.

—Sí, señor —contestó el aludido, y fue a por sus herramientas.

Los esclavistas se quedaron boquiabiertos.

—Pero ¡Dios de mi vida! ¿Qué va a hacer usted? —inquirió Miles.

Entre tanto, Case gritaba histérico, asegurando que le pondrían un pleito, e insistió en que iban a demandarle. Al final, Laurence se cansó y se encaró con ellos.

—¿Debo dejarles aquí para que discutan el asunto con estos caballeros? —sugirió fríamente y en voz baja.

Esa posibilidad les hizo cerrar la boca de inmediato.

La liberación fue un proceso largo y muy desagradable. Los esclavos estaban encadenados unos a otros con grillos de acero en los pies y en grupos de cuatro con grilletes en el cuello. Unos pocos tenían cepos de madera en los tobillos, por lo cual les resultaba prácticamente imposible incluso ponerse de pie.

Temerario intentó hablar con los esclavos conforme Blythe los liberaba, mas los

desgraciados hablaban muchas lenguas diferentes y se encogían de miedo cuando el dragón bajaba la cabeza. No pertenecían a ninguna tribu de los tsuana, sino a alguna tribu local que no mantenía el mismo tipo de relación con los dragones.

—Denles la carne —le dijo Laurence a Fellowes en voz baja, e hizo un gesto que no necesitó de traducción alguna.

Los más fuertes de entre los antiguos cautivos empezaron a avivar los fuegos de cocina y sostuvieron a los más débiles para que pudieran roer la galleta que Emily Roland y Dyer estaban distribuyendo entre ellos con la ayuda de Sipho. Muchos esclavos optaron por huir de inmediato a pesar de su manifiesta debilidad y antes de haber puesto la carne en el espetón, casi la mitad de ellos se había desvanecido en la selva para emprender el camino de vuelta a casa lo mejor posible, suponía Laurence. No había forma de saber lo lejos que estaban los sitios de donde los habían traído ni en qué dirección.

Temerario se envaró bastante cuando los esclavistas subieron a bordo, pero como no cesaron de murmurar en ningún momento, chasqueó los dientes delante de ellos y los increpó de forma amenazante.

—Hablad otra vez así de Laurence y os dejaré aquí abandonados. Deberíais avergonzaros de vosotros mismos y si no tenéis suficiente sentido común para eso, al menos podríais quedaros calladitos.

La tripulación también los miró con notoria desaprobación.

—Cabrones desagradecidos —murmuró Bell mientras les acondicionaba unas improvisadas cinchas de cuero.

Laurence se alegró de deshacerse de ellos en cubierta y verlos desaparecer entre los demás pasajeros de la *Allegiance*. Los demás dragones habían regresado con mejor suerte de sus cacerías y Maximus depositó con aire triunfal un par de elefantes pequeños, de los cuales él ya se había zampado tres, y aseguró que tenían un sabor excelente. Temerario soltó un pequeño suspiro, pero los destinaron de inmediato a la boda, aunque el festejo debía ser necesariamente discreto debido a todas aquellas circunstancias, pero tampoco podía demorarse mucho más, pues la novia debía ser capaz de caminar por la cubierta de un barco bamboleante.

Tal vez todo anduviera algo revuelto, pero Chenery, con esa sutil forma suya de saltarse a la torera los buenos modales, se había asegurado de la sobriedad del oficiante: la noche anterior a la ceremonia tomó a Britten por la oreja y le arrastró sin miramientos hasta la cubierta de dragones, donde dio instrucciones a Dulcia de que no le dejara mover ni un músculo. Y así fue como a la mañana siguiente el sacerdote estuvo completamente sobrio. Los cadetes de Harcourt le trajeron una camisa limpia y el desayuno a la cubierta, y también le cepillaron la ropa allí mismo, de modo que el capellán no tuvo ocasión de escabullirse para tonificarse con unos buenos tragos que le devolvieran a la insensibilidad.

Surgió otro imprevisto: a la novia no se le había ocurrido que iba a necesitar un vestido y al novio no se le había pasado por la imaginación que a ella se le iba a olvidar algo así, lo cierto fue que, a resultas de todo eso, ella tuvo que casarse con los pantalones y el sobretodo del aviador, dando a la ceremonia un aspecto bastante extraño. La señora Grey y otras respetables matronas de Ciudad del Cabo asistentes al enlace se pusieron coloradas. El propio Britten parecía encontrarse muy confuso sin el confortable velo de torpor que le producía el licor, y se trabucó en tres de cada cuatro palabras al leer sus frases. Para rematar las cosas, cuando invitó a los allí presentes a expresar posibles objeciones, Lily, a pesar de las múltiples conversaciones tranquilizadoras sobre el tema que había tenido con su cuidadora, asomó la cabeza por encima del borde de la cubierta de dragones, para alarma de los invitados, y preguntó:

—¿Y yo no puedo decir nada?

—¡No, no puedes! —contestó Catherine.

Lily profirió un suspiro de contrariedad y volvió los ojos de un vivo color naranja hacia el novio, a quien advirtió:

—En tal caso, muy bien, pero te prevengo: como trates mal a Catherine pienso arrojarte al océano.

Quizá no era la entrada más propicia a su nuevo estado de casados, pero eso sí, la carne de elefante estaba realmente deliciosa.

El vigía vio la luz del faro de Lizard Point el 10 de agosto, cuando por fin navegaban en aguas del Canal de la Mancha. Vista por el través de la amura de babor, Inglaterra era una masa oscura, pero entonces vio unas cuantas luces que pasaban junto a ellos hacia el este. No eran naves del bloqueo. Riley ordenó apagar sus propias luces de posición y navegar rumbo sureste mientras se ponía a estudiar con cuidado las cartas de navegación. A la mañana siguiente experimentaron un sentimiento encontrado de alegría y pena, pues si bien la mañana los había conducido directamente a la popa del convoy de ocho naves —seis naves mercantes y una escolta de dos fragatas, cuyo destino era, sin lugar a dudas, Le Havre—, no era menos cierto que había sus buenas sesenta millas de distancia y cuanto avistaron a la *Allegiance* se apresuraron a largar más trapo y enseguida empezaron a cobrar más ventaja.

Laurence se acodó en la barandilla junto a Riley y observó cómo se alejaban con aire meditabundo. No habían lavado ni lijado la nave como estaba establecido, y del fondo emanaba un olor hediondo, pero en cualquier caso, aun cuando eso los retrasara, la *Allegiance* no alcanzaría los ocho nudos en su mejor condición, mientras que la fragata que protegía la retaguardia del convoy navegaba a once.

La gorguera del Celestial vibró cuando este se incorporó para observar las naves en fuga.

—Estoy seguro de que podemos alcanzarlos, naturalmente que podemos, al menos por la tarde.

—Han sacado las arrastraderas —informó Riley al mirar por el catalejo.

La fragata aparentemente lenta imprimió mucha más velocidad, pues, como era evidente, había aguardado solo hasta que las naves escoltadas hubieran avanzado.

—No con este viento, Temerario —le explicó Laurence—. O mejor dicho, tú podrías, pero los demás no. Y no tenemos equipo de combate para ti. En todo caso, tampoco podríamos retener esas naves. Verás, no íbamos a verlas durante la noche desde la *Allegiance* y huirían sin que nos diéramos cuenta al amparo de la oscuridad, pues no tenemos gente para poner en ellas una tripulación de barco apresado.

Temerario suspiró y apoyó la cabeza sobre las patas otra vez. Riley plegó el catalejo con fuerza.

—Rumbo nornoroeste, señor Wells, haga el favor.

—Sí, señor —respondió Wells con tristeza.

Pero entonces, de pronto, la fragata destacada en posición de vanguardia cambió el rumbo y viró de forma acusada hacia el sur; además, a través del catalejo podía verse una frenética actividad de marineros en los aparejos. El convoy estaba virando, como si ahora tuviera intención de ir al puerto normando de Granville, junto a las islas Jersey, y eso le parecía correr un riesgo bastante tonto. Laurence no lograba imaginar la razón de semejante maniobra, a menos, claro está, que hubieran avistado alguna nave del bloqueo. De hecho, le maravillaba que hasta ahora no hubieran visto ninguna, a menos que una galerna hubiera obligado a refugiarse a todas las naves.

La *Allegiance* tenía ahora la ventaja de navegar para interceptarles el paso en lugar de ir directamente a su rebufo.

—Podemos ir tras ellos un poco más —anunció con calma estudiada, y aproó la nave hacia el convoy, ante la manifiesta pero no verbalizada satisfacción de la tripulación.

Necesitaban rapidez. Bastaba con que la otra nave, la que aún no habían visto, fuese lo bastante veloz para conseguirlo. Una simple fragata podría ser suficiente, y, dadas la cercanía y la presencia de la *Allegiance*, de mayor potencia, siempre que la *Allegiance* estuviera en el horizonte con actitud de combate, esa otra nave tendría que compartir con ellos la recompensa por cualquier presa.

Habían escrutado el océano una y otra vez con los catalejos, embargados por una gran ansiedad, hasta que Nitidus, encargado de volar a intervalos, se posó y anunció sin aliento:

—No se trata de un barco. Son dragones.

Hicieron todo lo posible por verlos, pero los alados que se aproximaban permanecían entre las nubes casi todo el tiempo. Solo había una cosa segura: volaban a gran velocidad y el convoy volvió a cambiar de dirección antes de que hubiera

transcurrido una hora. Ahora, las naves en fuga solo pretendían encomendarse a la protección de algunas baterías francesas emplazadas en la costa, y para ello estaban dispuestas a arriesgarse a navegar con el viento soplando por popa y la costa a sotavento.

La *Allegiance* había acortado la distancia a treinta millas.

—¿Ahora ya podemos ir? —quiso saber Temerario, mirando a su alrededor.

Todos los dragones estaban muy atentos, por mucho que se agazaparan sobre la cubierta por razones de visibilidad, mantenían la cabeza erguida al final de sus cuellos y seguían intensamente los lances de la persecución.

Laurence plegó el catalejo y se volvió para impartir órdenes.

—Señor Ferris, embarque a la tripulación de vuelo —Emily extendió las manos para recoger el largavistas y llevárselo. Laurence bajó los ojos, la miró y dijo—: Cuando lo haya guardado, Roland, confío en que usted y Dyer puedan serle de ayuda al teniente Ferris con los vigías.

—Sí, señor —respondió ella, reprimiendo un chillido de alegría, y se marchó corriendo para guardar el catalejo.

Calloway les dio a la muchacha y a Dyer sendas pistolas, y Fellowes les entregó un mosquetón para que se enganchasen al arnés antes de que los dos subieran a bordo con dificultad.

—No veo por qué he de ir el último —se quejó Maximus con cierta petulancia mientras las tripulaciones de Lily y Temerario subían a bordo a la rebatiña. Dulcia y Nitidus ya estaban volando, Messoria e Immortalis se hallaban preparados para ser los siguientes.

—Porque eres un grandullón de lo más torpe y no hay espacio para colocarte el aparejo hasta que la cubierta no esté despejada —le explicó Berkley—, así que siéntate. Todos deben despegar antes.

—Dejad algo de lucha para cuando yo llegue —les gritó Maximus.

Pero el estruendo de su vuelo apagó el profundo bramido del Cobre Regio.

Temerario estaba forzando sus límites y dejaba atrás a los otros, aunque, por una vez, Laurence no tenía intención de refrenarle, pues, al fin y al cabo, tenían muy cerca el barco de apoyo, así que no había razón para desaprovechar su velocidad. En realidad, solo necesitaban hostigar al convoy lo suficiente como para retrasarlo un poco con el fin último de hacer avanzar la persecución que debería acabar, sin duda, consiguiendo que el enemigo arriase el pabellón.

Temerario acababa de dar alcance al grupo de naves cuando una súbita erupción similar a una llamarada disipó las nubes acumuladas encima de la fragata e Iskierka se lanzó en picado tras ese destello ocre sobrenatural. Se le engancharon en las espinas jirones de humo y niebla. La dragona soltó un arco flamígero humeante sobre la proa del barco. Arkady y sus montaraces se lanzaron en avalancha detrás de ella,

dando alaridos como una manada de gatos. Pasaron junto al convoy, volando de un lado para otro, soltando risas y gritos, golpeando aquí y allá, mostrándose al alcance de los cañones de las embarcaciones, pero lo que parecía una temeridad en realidad no lo era, porque iban tan deprisa que la oportunidad de abatirlos con una bala solo podía obedecer a la más absoluta de las casualidades y tenían tanta fuerza en las alas que dejaron todos los mástiles temblando.

—Caramba —exclamó el Celestial, lleno de dudas, cuando pasaron a su lado raudos como balas, e hizo una pausa, manteniéndose inmóvil en el aire, para contemplar aquello.

Entre tanto, Iskierka volaba en espiral sobre la fragata, mientras le ordenaba rendirse, porque si no lo hacían, iba a reducir el barco y a la tripulación a cenizas, y para darle énfasis a la amenaza, soltó otro borbotón de llamas que impactó directamente en el agua y levantó una sibilante y descomunal columna de vapor.

La nave arrió el pabellón enseguida y el resto del convoy la imitó poco después. Donde Laurence había anticipado problemas por falta de tripulaciones de barco apresado, no hubo ninguno. Los dragones salvajes actuaron de forma tan práctica como eficiente a la hora de guiar a sus presas, obrando como perros pastores con un rebaño de oveja. Chasqueaban las mandíbulas delante de los timoneles y golpeaban en las amuras para animarlos a poner rumbo a Inglaterra. Los montaraces más menudos, como era el caso de Gherni y Lester, se posaban directamente sobre los barcos enemigos, dando un susto de muerte a los pobres marineros.

—Todo esto es de su propia invención —informó Granby a regañadientes mientras estrechaba la mano de Laurence en la proa de la *Allegiance*, después de que las naves estuvieran agrupadas y hubieran reanudado la singladura con rumbo a Dover—. Se negaba a ver por qué la Armada se quedaba con todas las presas. Me temo que ha sobornado a todos esos malditos montaraces. Estoy convencido de que, en secreto, los tiene a todos patrullando el Canal de la Mancha sin informar a los demás y cuando le vienen con el cuento de que han avistado a uno, ella finge que se le acaba de meter en la cabeza ir en tal o en cual dirección. Los montaraces son tan buenos como cualquier tripulación de barco apresado. Pones uno a bordo y los marineros son complacientes como doncellas.

El resto de los montaraces seguían volando en las alturas, donde cantaban animando en su propia lengua y hacían bufonadas de pura satisfacción. Iskierka sin embargo se hizo sitio entre la formación, y en especial se hizo con un hueco junto a la amura de estribor, el lugar predilecto de Temerario para echar algún que otro sueñecito. La dragona había crecido, y no precisamente poco. En el intervalo de los meses en que no la habían visto, había completado todo su desarrollo. Ahora era extremadamente larga y bastante ancha. Los pesados anillos de su cuerpo serpentino eran, al menos, tan largos como los de Temerario, a cuyo costado se colocó sin

preocuparse de lo que tuviera en su camino de la forma menos oportuna.

—Aquí no hay suficiente espacio para ti —le soltó el Celestial con poca amabilidad, mientras se quitaba de encima el anillo que le había puesto sobre la espalda y retiraba la pata de otro que la dragona había deslizado junto a él—. No veo por qué no puedes volar de vuelta a Dover.

—Vuela tú si quieres —replicó ella, agitando la punta de la cola con aire desdeñoso—. Yo he volado toda la mañana y, de todos modos, voy a quedarme con mis trofeos. Mira cuántos hay —añadió ella, exultante.

—Son de todos —le recordó Temerario.

—Tal y como está estipulado, supongo que tendré que compartirlos contigo —aceptó con aire condescendiente—, pero tú no hiciste nada, salvo llegar tarde y mirar.

Temerario se dio cuenta de que eso era cierto y lo aceptó en vez de discutírselo, y agachó la cabeza para amustiarse en silencio, pero Iskierka le golpeó con el hocico, pues le apetecía echar más leña al fuego.

—Mira mi capitán, va como un pincel —añadió.

El comentario avergonzó mucho al capitán Granby, pues de tan fino que iba, resultaba casi ridículo: llevaba botones dorados y la empuñadura del sable era de oro, rematado con un absurdo gran diamante en el pomo, visible por mucho que el oficial intentara ocultarlo todo lo posible con la mano.

—Cada vez que atrapa una pieza montaría un numerito como ese durante días si yo la dejara —murmuró Granby, colorado hasta las orejas.

—¿Cuántas ha apresado? —inquirió Laurence, con cierta desconfianza.

—Cinco desde que empezó esto en serio. Algunas veces han sido convoyes como este —contestó Granby—. Se le rinden en cuanto les suelta una llamarada. La verdad es que no ofrecen mucha resistencia. Ah, por cierto… Imagino que no lo sabes: no hemos podido mantener el bloqueo.

Laurence y el Celestial prorrumpieron en exclamaciones de alarma al oír aquello.

—¡Son esas malditas patrullas francesas! No sé cómo, pero juraría que tienen en la costa cien dragones más de los que debería haber allí. Hasta la fecha, no hemos logrado efectuar un cálculo aproximado. Esperan a que desaparezcamos para ir a por los barcos del bloqueo, y les lanzan de todo. No tenemos suficientes dragones para proteger a nuestros barcos todo el tiempo, por eso la Armada les ha ordenado permanecer juntos, pues así tienen potencia de fuego suficiente para repelerlos. Vuestro regreso es una noticia estupenda.

—Cinco presas —rezongó Temerario en voz baja.

Y su humor no mejoró ni un ápice cuando llegaron a Dover, donde Iskierka había hecho construir un gran pabellón de piedra renegrida en lo alto de un promontorio desde el cual se dominaban los acantilados. Debía de hacer un calor estival en el interior del mismo a causa de las emanaciones de sus púas. No obstante, Temerario se

sintió ultrajado, en especial después de que ella, muy ufana, se colocara en el umbral para que sus anillos de intenso color rojo y violeta resaltaran en contraste con el tono oscuro de la piedra, y le informase de que estaba invitado a dormir allí si se sentía incómodo en su claro.

El dragón se pilló un enfado considerable y contestó con frialdad:

—No, gracias.

Y se retiró a su propio claro sin tener siquiera el consuelo habitual de frotarse el peto, así que metió la cabeza debajo del ala y permaneció de esa guisa, enfurruñado.

Capítulo 14

HORRENDA MATANZA EN EL CABO

¡*Miles de víctimas*! ¡*Cape Coast devastado*!

Luanda y Benguela, reducidos a cenizas.

Va a ser necesario un plazo mayor hasta poder disponer de datos completos y fidedignos, pero estos confirmarán tanto los peores temores de familiares y acreedores de todos los puntos de Inglaterra, como la magnitud del desastre, que implica, por desgracia, la ruina de algunos de nuestros más egregios ciudadanos, pues esto ha supuesto la destrucción de sus intereses. Todo lo anterior nos sume en el duelo sin saber a ciencia cierta cuál ha sido el destino de nuestros valientes aventureros y nuestros nobles misioneros. A pesar de las disputas territoriales asociadas a la actual guerra con Francia, que últimamente nos ha convertido en enemigos, debemos enviar nuestras más sentidas condolencias al otro lado del Canal de la Mancha a las familias que hoy guardan luto en el reino de Holanda, pues en algunos casos han perdido a todos sus familiares próximos, hasta hace poco colonos en Ciudad del Cabo. Todas las voces muestran una repulsa unánime y condenan un ataque tan horrendo como injustificado, al no mediar provocación alguna, por parte de una horda de bestias salvajes y violentas azuzadas por los nativos de las tribus, resentidos ante los progresos significativos de la honesta tarea cristiana de evangelización…

Laurence dobló el periódico de Bristol y lo lanzó junto a la cafetera. Al caer, quedó boca arriba la caricatura de una criatura abotargada y con los colmillos salientes manchados de sangre. La viñeta estaba presidida por un rótulo: «África». Habían pretendido dibujar un dragón, era obvio, y a varios nativos desnudos caracterizados con unos rostros negros dominados por unas sonrisas rijosas. Los salvajes amenazaban con lanzas a un grupito de mujeres y niños, empujándolos hacia las fauces abiertas del dragón. Las desdichadas víctimas alzaban las manos en señal de oración y decían «No tenéis misericordia» en un gran bocadillo salido de las bocas de todos ellos.

—Debo ir a ver a Jane —anunció—. Preveo que van a enviarnos a Londres esta misma tarde. Espero que no estés cansado.

Temerario aún jugueteaba con el último novillo, no muy seguro de si lo quería o no. Después de las raciones escasas de a bordo, se había zampado tres de muy buena gana.

—No me importa ir —dijo el Celestial—, pero quizá podríamos salir un poquito antes y ver nuestro pabellón. Ahora ya no puede haber razón para no pasar cerca de los campos en cuarentena, ¿verdad?

Otros navíos más veloces habían llegado antes y los aviadores iban a dejar pasar lo mejor si no eran los primeros en dar noticia de todo el desastre. Antes de que ellos desembarcaran, nadie en Inglaterra tenía la menor idea acerca de la identidad del misterioso e implacable enemigo que había barrido la costa africana de forma tan meticulosa y aplastante. Harcourt, Laurence y Chenery habían redactado sus respectivos despachos en cuyas líneas habían descrito sus experiencias y los habían entregado a una fragata con la que se habían cruzado en Sierra Leona y otra en Madeira, pero al final, estas solo les habían precedido en unos pocos días. En cualquier caso, los despachos formales, incluso los de mayor detalle y extensión, escritos con el sosiego de haber pasado un mes en alta mar, no estaban pensados para satisfacer los apremiantes requerimientos de información hechos por el gobierno a fin de poder hacerse una idea global de la magnitud del desastre.

Al menos Jane no les hizo perder el tiempo contando una historia que ya sabía.

—Estoy segura de que vais a tener bastante con sus señorías —dijo—. Vais a venir los dos, y también Chenery, aunque puedo pedir que te dispensen, Harcourt, dadas las circunstancias…

—No, señor —contestó la capitana, colorada—. No deseo recibir ningún trato especial.

—Pues muy bien, pero yo tengo intención de aceptar todos los tratos especiales que nos sea posible, y a manos llenas además —repuso Jane—. Al menos así, a lo mejor conseguimos que nos den sillas, y lo espero de veras, porque tienes muy mala cara.

Jane había mejorado mucho desde la última vez que Laurence la vio, pero lucía algunas hebras plateadas y canosas en la melena. No obstante, no tenía las mejillas tan chupadas y se notaban tanto los cuidados recibidos como el retorno a los vuelos, pues el viento le había devuelto un color muy saludable a las mejillas, aunque le había agrietado los labios. La almirante observó a Catherine con gesto pensativo. La joven siempre tenía la tez requemada por el sol y rojiza como una langosta, pero ahora estaba pálida y se advertían ojeras debajo de sus ojos.

—¿Aún tienes náuseas?

—No muy a menudo —contestó Harcourt sin excesiva franqueza. Laurence y el resto del grupo la habían visto salir a cubierta con regularidad para vomitar por encima de la borda—. Estoy segura de que voy a estar mejor ahora que no estamos en el mar.

—A los siete meses yo me encontraba tan bien como no he vuelto a estar en mi vida —recordó Jane, negando la cabeza en señal de desaprobación—. No has ganado

el peso suficiente. Este es un combate como otro cualquiera en la vida, Harcourt, y debemos estar seguros de que estás en buenas condiciones para librarlo.

—Tom desea que me vea un médico de Londres —comentó Catherine.

—Tonterías —arguyó Jane—. Lo que tú necesitas es una comadrona prudente. La mía aún está por aquí, en Dover. Voy a buscarte su dirección. Yo quedé realmente satisfecha con ella, lo aseguro. Fue una jornada de veintinueve horas.

—Vaya —dijo Catherine.

—Dime, ¿sientes…? —empezó Roland.

Laurence saltó de la silla como impulsado por un resorte y concentró todo su interés en el mapa del Canal de la Mancha desplegado sobre la mesa de Jane, haciendo ímprobos esfuerzos para no oír el resto de la parrafada.

El mapa no era tan angustioso al primer golpe de vista, aunque tal vez eso era un indicio de falta de sensibilidad por su parte, porque representaba unas circunstancias tan desafortunadas como cabía imaginar. Toda la costa gala estaba repleta de banderines azules, representativos de compañías de hombres, y blancos, indicativo de dragones individuales. Había cincuenta mil hombres acantonados en torno a Brest y otros tantos en Cherburgo; en Calais se reunía la mitad de esa cifra. Había unos doscientos dragones dispersos entre esos grandes núcleos de fuerzas.

—¿Son exactas esas cifras? —quiso saber Laurence cuando ellas terminaron la conversación y se unieron a él en la mesa.

—No, y es una pena. Napoleón tiene aún más dragones… Esas solo son las estimaciones oficiales. Powys insiste en que no puede alimentar a tantos animales, no si están todos congregados, y menos cuando le hemos bloqueado los puertos, pero yo sé que están ahí, maldita sea. Dispongo de demasiados informes de nuestros espías: hay más dragones de lo que ellos son capaces de ver a la vez y la Armada me asegura que no huelen el pescado, que ni se lo ofrecen, así que han tenido que ponerse a pescar ellos mismos, y el precio de la carne está por las nubes. Nuestros propios pescaderos deben acudir a remo para venderles sus capturas.

»Pero debemos estar agradecidos. Si la situación no fuera tan desesperada, estoy segura de que os tendrían un mes en Whitehall respondiendo a preguntas sobre este espinoso asunto en África. Tal y como está la cosa, seré capaz de sacaros de ahí tras un par de días de suplicio.

Catherine se marchó y Laurence se quedó. La almirante le escanció otra vez el vaso de vino.

—A ti también te vendría bien un mesecito en la costa, mírate cómo vienes —observó Jane—. Has tenido que pasarlo realmente mal, por lo que veo. ¿Te quedas a cenar?

—No puedo, lo siento. Temerario desea ir a Londres mientras todavía hay luz.

Laurence pensó que tal vez se estaba disculpando él mismo, pues en realidad,

albergaba el deseo de quedarse a hablar con ella y al mismo tiempo no sabía lo que quería decir, y no le apetecía permanecer allí de pie, como un pasmarote. Ella le sacó del embrollo, diciendo:

—Por cierto, te estoy muy agradecida por la recomendación de Emily. La he enviado a Powys del Mando Aéreo para que los confirme a ella y Dyer como alféreces; en principio, no veo problemas, el ascenso debería ser pan comido. Supongo que no tienes el nombre de ningún chico en mente para sustituirlos.

—Pues sí —contestó Laurence, armándose de valor—, si te parece bien, los que traje de África.

Demane se había pasado delirando las semanas posteriores a la retirada de Ciudad del Cabo. El costado donde había recibido el bayonetazo se había hinchado debajo de la costra como si bajo la piel hubiera una vejiga inflamada. Sipho estaba demasiado afligido incluso para hablar; se había negado a abandonar el lecho del enfermo y solo salía en busca de agua y de gachas, con las que, cucharada a cucharada, alimentaba a su hermano. La costa sur del continente se deslizaba a toda prisa por estribor, llevándose cualquier tipo de esperanza de que los muchachos pudieran regresar a sus hogares mucho antes de que el cirujano de a bordo se presentase ante Laurence para informarle de que el chico iba a recuperarse.

—Es mérito suyo, señor —le había contestado Laurence mientras se preguntaba qué iba a hacer ahora con ellos. Para aquel entonces, la *Allegiance* había visto en qué estado había quedado Benguela, y la opción de regresar ni se planteaba.

—Nada de eso —había replicado el señor Raclef—. Una herida como esa en los órganos vitales es mortal de necesidad, o tendría que serlo. Solo cabía hacer una cosa: que se sintiera cómodo.

Y se alejó farfullando, vagamente ofendido porque se hubieran atrevido a cuestionar su diagnóstico.

El paciente persistió en su desafío e hizo valer la resistencia propia de la juventud. Había perdido más de diez kilos durante su convalecencia, pero los recuperó enseguida, e incluso uno más por añadidura. Demane abandonó la enfermería antes de que hubieran cruzado el Ecuador y los dos hermanos fueron instalados en los camarotes de pasajeros, en un minúsculo compartimento sin cortinas con el espacio justo para colgar un pequeño coy. La precaución del hermano mayor hizo que no durmieran los dos al mismo tiempo, sino que montaran guardias por turnos.

No obraba sin justificación, pues la multitud de refugiados de El Cabo venía con los ánimos muy alterados y echaba chispas siempre que veía a los muchachos, a quienes como representantes de los cafres culpaban de la destrucción de sus hogares. Resultó tarea inútil explicar a los colonos que Demane y Sipho eran de una nación completamente diferente a la que había lanzado el ataque. El alojamiento de los dos hermanos entre ellos suscitaba una gran indignación, en especial entre un anciano

tendero y un peón de granja cuyos respectivos dominios se habían reducido en dieciocho centímetros por su culpa.

A eso le siguieron, como era de prever, unas cuantas escaramuzas bajo cubierta con los hijos de los colonos, pero aquello terminó en un abrir y cerrar de ojos; por mucho que Demane estuviera aún convaleciente, se hizo evidente que un muchacho cuya subsistencia había dependido años y años de su habilidad como cazador y que se había visto obligado a luchar contra hienas y leones por su comida no era un rival conveniente para muchachos sin otra experiencia que las riñas en el patio del colegio. Entonces, recurrieron a los pequeños tormentos propios de niños más pequeños, como pellizcarles o darles codazos de tapadillo, o dejarles junto al coy maliciosas trampas untadas de grasa o de excremento, y apelaron también a un uso ingenioso de los gorgojos. La tercera vez que Laurence encontró a los muchachos durmiendo en la cubierta de dragones, acurrucados junto al costado de Temerario, no les ordenó regresar a su pequeño compartimento.

Temerario se familiarizó pronto con la soledad de los chicos y como era el único capaz de chapurrear un poco su lengua, no tardó en espantar los fantasmas de los muchachos y más aún, dado que evitaban a sus atormentadores estando junto al dragón. Al poco ya eran capaces de subirse a su lomo en sus juegos con la misma agilidad que cualquiera de los jóvenes oficiales, y gracias a la tutela del Celestial, empezaron a adquirir un uso razonable del inglés, así que algo después de que abandonaran Cape Coast, Demane estuvo en condiciones de encararse con Laurence y preguntar:

—¿Ahora somos tus esclavos?

El muchacho hablaba con voz firme, pero la fuerza con que agarraba la barandilla delataba su nerviosismo. El aviador se le quedó mirando fijamente sin salir de su asombro.

—No dejaré que vendas a Sipho sin mí —añadió Demane con actitud desafiante, pero con una nota de desesperación en la voz donde se evidenciaba que el africano comprendía que no tenía mucho poder para evitar que su hermano y él corrieran semejante destino.

—No —dijo el aviador de inmediato, a pesar de que era un golpe terrible descubrir que le consideraban un esclavista—. Desde luego que no, sois… —no fue capaz de seguir, pues la incómoda posición de los muchachos carecía de nombre y al final, se vio obligado a concluir sin convicción—: No sois esclavos, en absoluto. Tenéis mi palabra de que nadie os va a separar.

Esas palabras no parecieron causar mucho consuelo a Demane.

—Por supuesto que no sois esclavos —dijo Temerario en tono displicente para causar mejor sensación—, sois miembros de mi tripulación.

Esa asunción nacía de esa posesividad instintiva del dragón, que, sin alterarse lo

más mínimo, los hacía suyos a pesar de que un arreglo como ese rayaba lo imposible, pero aun así, tuvo la virtud de obligarle a ver la realidad: no veía otra solución, porque no la había, para darles la respetabilidad que se habían ganado ante su propia tribu por los servicios realizados.

Nadie iba a esperar de ellos unos modales caballerosos ni por nacimiento ni por educación y Laurence albergaba la convicción de que si bien Sipho era un niño dócil y bien predispuesto, Demane tenía un carácter demasiado independiente y probablemente reaccionaría con obstinación, cuando no con beligerancia, cuando alguien desease cambiar sus modales, pero esa dificultad no tenía la magnitud suficiente como para que él se quitase de en medio. Él se los había llevado de su hogar, los había alejado de los posibles parientes, y les había privado de toda la posición que pudieran tener. Si al final todo había sucedido de modo que le resultaba imposible devolverles a donde pertenecían, no podía eludir su responsabilidad cuando se presentasen las dificultades. Él había contribuido voluntariamente a ello para obtener un beneficio material para el Cuerpo y la culminación de su misión.

—Los capitanes pueden elegir a quienes deseen, por supuesto, siempre ha sido así —contestó Roland—, pero esta decisión va a traer cola, no te lo voy a ocultar. Puedes tener la seguridad de que en cuanto se publiquen los ascensos de Dyer y de Emily en la *Gazette*, van a venir a verme docenas de familias. En este momento tenemos más chicos entrenando que plazas para ellos, y a sus ojos tú te habrás ganado la reputación de un buen maestro de escuela, incluso aunque no les guste ver a sus retoños a bordo de un peso pesado como Temerario. Pero militar en tu dragón es un camino seguro para conseguir la tenencia si los muchachos no cortan la cincha y se caen antes, claro.

—Seguramente debo otorgar prioridad a quienes lo han dado todo a nuestro servicio, y Temerario ya los considera de su propia tripulación.

—Sí, ya, aunque los críticos van a acusarte de habértelos quedado para tu servicio personal, o, en el mejor de los casos, como tripulación de tierra —le advirtió ella—. Pero al infierno con todos ellos. Vas a tener a los muchachos, y si alguien se pone a cacarear con su alta cuna, siempre puedes declararles príncipes en su país de origen sin miedo a que alguien pueda demostrar que eso es falso. De todos modos —añadió —, yo voy a consignar sus nombres en los libros sin hacer ruido y a ver si hay suerte y la cosa pasa desapercibida. ¿Me dejas asignar un tercer hombre? Las dimensiones de Temerario te lo permiten.

El capitán accedió, por supuesto, y ella asintió.

—Perfecto —asintió Jane—. Voy a enviarte al nieto más joven del almirante Gordon. De ese modo se convertirá en tu mejor abogado en vez de tu enemigo más crítico. Nadie tiene más tiempo para escribir cartas y armar follón que un almirante retirado, si lo sabré yo.

Laurence se reunió con los hermanos después de esa conversación y les comunicó

que habían sido admitidos. Sipho estaba muy predispuesto a quedar complacido con la noticia, pero su hermano se mostró algo más receloso.

—Entonces, ¿nuestro trabajo consiste en llevar mensajes e ir a bordo del dragón? —inquirió Demane, no muy convencido.

—Y en hacer otros recados —añadió Laurence.

—¿Qué son recados?

El aviador no sabía muy bien cómo explicárselo, y Temerario no ayudó mucho a reducir las suspicacias cuando soltó:

—Son todos los trabajos aburridos que no le apetece hacer a nadie.

—¿Cuándo voy a tener tiempo para cazar? —inquirió el muchacho.

—No espero de ti que lo hagas —contestó el aviador, a quien la pregunta le pilló con la guardia baja, y solo después de un pequeño intercambio de miradas llegó a la conclusión de que el muchacho no había comprendido aún que iban a alimentarle y a vestirle, por cuenta de Laurence, claro está, ya que ellos no tenían una familia que los apadrinase y los cadetes no recibían paga alguna—. No iréis a pensar que os vamos a dejar morir de hambre, ¿no? ¿Qué habéis estado comiendo hasta ahora?

—Ratas —contestó Demane sucintamente. Los guardiamarinas del barco se habían quejado de la inusual escasez de ese manjar que eran las ratas de agua dulce. Ahora, con retraso, Laurence conocía el motivo—, pero ahora estamos en tierra otra vez y ayer por la noche pude coger dos de esas criaturas pequeñas —explicó, y con un ademán dibujó unas orejas largas.

—¿Conejos? ¿En los terrenos del castillo? —aventuró Laurence, haciendo una deducción lógica: no iba a haber muchos más en las inmediaciones, no con el olor a dragón tan fuerte—. No vuelvas a hacerlo o te atraparán y te acusarán de caza furtiva.

No tenía la seguridad de haber convencido a Demane, pero al menos se apuntó una victoria en su fuero interno y durante un tiempo puso a ambos bajo la supervisión de Roland y Dyer a fin de que les dieran indicaciones sobre cómo hacer sus tareas.

El vuelo a los campos de cuarentena era corto y el pabellón causaba un buen efecto en un valle tan protegido, sacrificaba perspectiva a cambio de gozar de una buena barrera contra el viento. No estaba vacío: dormían en él dos ejemplares exhaustos y agotados de Tánator Amarillo, ambos tosían de vez en cuando, y un pequeño y desmadejado Abadejo Gris, no era Volly, sino Celoxia, y junto a ella se encontraba el capitán Meeks.

—Volly está en la ruta de Gibraltar, creo —dijo Meeks, y luego añadió con cierta amargura—: Bueno, si no ha sufrido otro colapso. No es mi intención criticarte, Laurence, Dios sabe que habéis hecho lo que habéis podido y más, pero en el Almirantazgo parecen creer que esto está chupado y nos quieren a todos recorriendo de nuevo las viejas rutas. Ya. Hemos ido y vuelto a Halifax, haciendo escala en Groenlandia y en un transporte anclado a cincuenta grados latitud Norte, y claro, se

había formado agua en las amuras. Está tosiendo otra vez, pues claro que sí —y palmeó el hocico de la dragoncilla, que tosió lastimeramente.

Al menos el suelo era muy cómodo y cálido, las losas cuadradas de piedra estaban a buena temperatura gracias al fuego de leña, y si bien humeaba un poco más de la cuenta, la estructura abierta era una excelente salida de humos. Se trataba de una construcción sencilla y práctica, sin florituras ni adornos, y Temerario podría haber dormido allí sin ningún problema, aun cuando si se consideraba desde su escala, el interior no merecía el calificativo de espacioso. El dragón lo contempló con creciente decepción, y no estaba de ánimo para demorarse allí mucho tiempo: la tripulación ni siquiera tuvo la oportunidad de desmontar antes de que el Celestial manifestara su deseo de marcharse, dejando el pabellón detrás de ellos, y avanzó con la gorguera caída.

Para consolarle, Laurence insistió en los muchos dragones enfermos allí cobijados, incluso en lo más duro del verano.

—Jane me ha contado que en ocasiones, durante el invierno, tan frío y húmedo, ha llegado a albergar hasta diez dragones a un tiempo. Los cirujanos están convencidos de que ha salvado una docena de vidas.

—Bueno, me alegra que haya servido para algo —se limitó a murmurar Temerario desairadamente. Esos logros obtenidos en su ausencia y después de tantos meses no le satisfacían lo suficiente—. Esa colina es muy fea, y esa otra también. No me gustan —sentenció, dispuesto a mostrarse disgustado incluso con el paisaje, y eso resultaba anómalo, pues por lo general solía mostrarse entusiasmado por lo que fuese que se saliera de lo normal, y estudiaba con verdadera alegría cosas que a Laurence no le despertaban interés alguno.

Las colinas eran extrañas; tenían un trazado irregular y estaban completamente recubiertas de hierba, pero eran extrañas y atraían las miradas de los aviadores mientras las sobrevolaban.

—Oh —dijo de pronto Emily desde su puesto de vigía adelantado, y alargó el cuello por encima de la paletilla de Temerario para mirar hacia el suelo, y luego se apresuró a cerrar la boca, repentinamente avergonzada ante la incorrección de haber hablado sin tener ningún aviso que dar.

Temerario aminoró el ritmo de su aleteo.

—Oh —dijo el dragón.

No eran colinas, sino túmulos levantados allí donde los dragones habían exhalado el último suspiro. El valle estaba lleno. Aquí y allá podían verse un cuerno o un colmillo, y de vez en cuando, en aquellos puntos donde el viento se había llevado la tierra, desnudando lo de debajo, el níveo y curvo hueso de una mandíbula. Nadie dijo nada. Laurence vio a Allen agacharse y crispar las manos sobre los mosquetones, donde se enganchaban al arnés. Continuaron volando en silencio por encima de la

verde frescura de los prados abandonados. La sombra de Temerario fluía y se ondulaba sobre las espinas y las oquedades de los muertos.

Continuaban callados cuando Temerario se posó en el cobertizo de Londres y durante el proceso de descarga del equipaje. Los hombres apilaron los paquetes al borde del claro y fueron a por otros y los encargados del arnés se hicieron cargo de la parte inferior del aparejo sin su habitual cháchara llena de bromas. Wilson y Porter se fueron juntos en silencio.

—Señor Ferris —llamó Laurence, alzando la voz a propósito para que todos le oyeran—, dé usted permiso a todos hasta la comida de mañana en cuanto las cosas estén razonablemente en orden. Eso excluye los deberes urgentes, claro.

—Sí, señor —contestó el primer teniente, intentando sonar con el mismo tono.

No iba a llevarles mucho tiempo realizar las tareas, pero la tripulación hizo el trabajo algo más deprisa. Laurence confiaba en que una noche de farra facilitaría mucho que los hombres se liberaran de esa sensación de opresión.

El aviador se situó junto a la cabeza del Celestial y apoyó la mano en el hocico para confortarle.

—Me alegra que haya servido para algo —repitió Temerario en voz baja y se hundió un poco más sobre el suelo.

—Venga, vamos, voy a buscarte algo de cenar —dijo Laurence—. Come algo y luego, si te apetece, te leeré un poco.

El Celestial no halló mucho consuelo en la filosofía, ni tan siquiera en las matemáticas, y anduvo picoteando la comida hasta que, de pronto, alzó la cabeza y la protegió con la pata delantera inmediatamente antes de que Volly entrara dando tumbos en el claro, levantando a su paso una tremenda polvareda.

—¡Temer! —exclamó Volly muy feliz, le dio un suave topetazo en el costado, y luego miró con nostalgia la vaca de Temerario.

—Fuera de ahí —le reprendió James mientras bajaba de su posición—. No hace ni un cuarto de hora que has cenado, mientras esperaba los correos de Hyde Park. Y te has zampado una buena oveja, además. ¿Cómo estás, Laurence? Razonablemente moreno, por lo que veo. Esto es para ti, si me haces el favor.

Laurence aceptó de buen grado el paquete de cartas para su tripulación, cogió la primera de todas, enviada a su atención, y lo entregó al primer teniente para que las repartiera.

—Señor Ferris… Gracias, James. Espero que estéis bien los dos.

Volly no tenía tan mal aspecto como el informe de Meeks le había hecho temer, aunque presentaba algunas pequeñas cicatrices en las fosas nasales y tenía la voz un tanto rasposa, lo cual no le impidió ponerse a divagar en su charla con Temerario, a quien le enumeró las ovejas y cabras devoradas en los últimos días y le narró su éxito a la hora de fertilizar un huevo antes de la reciente hecatombe.

—Caramba, eso es estupendo —dijo Temerario—. ¿Y para cuándo la eclosión?

—En noviembre —contestó Volly con gran alegría.

—Eso es lo que él dice —intervino James—, aunque los cirujanos no tienen la menor idea, pues el huevo aún no se ha endurecido y noviembre tal vez sea un poquito pronto, pero estas criaturas a veces parecen saberlo, así que bueno, están esperando un chico para esas fechas…

A continuación iban a la India.

—Mañana o tal vez al día siguiente, siempre y cuando el tiempo se mantenga bueno —explicó el capitán James sin darle importancia.

Temerario ladeó la cabeza.

—¿Crees que podrías llevar una carta mía, capitán? A China.

El interpelado se rascó la cabeza al oír semejante petición. El Celestial era único entre los dragones británicos en lo tocante a escribir cartas, al menos hasta donde Laurence sabía, máxime cuando no muchos aviadores se manejaban con soltura en ese tema.

—Puedo llevarla hasta Bombay —contestó—, e imagino que algún mercader va a seguir rumbo a China, pero no irán más allá de Cantón.

—Estoy seguro de que el gobernador chino se hará cargo de su entrega si la carta llega a sus manos —respondió Temerario con una confianza más que justificable. Lo más probable era que el gobernador lo considerase una orden imperial.

—Pero no deberíamos demorarte con correo personal, ¿no? —dijo Laurence con una punzada de culpabilidad. James parecía tomarse un poco a la ligera sus fechas de entrega.

—Oh, no te preocupes —contestó James—. Aún no me gusta el sonido de su respiración, y como los del Almirantazgo no están dispuestos a preocuparse por eso, pues yo tampoco en lo tocante a su calendario. Me demoraré unos cuantos días en el puerto, así podrá engordar un poco y dormir bien.

James palmeó el costado del dragón y luego le llevó a otro claro, el pequeño Abadejo Gris le siguió, pisándole los talones como un perro entusiasta, aunque el can en cuestión tenía el tamaño de un elefante medio.

La carta era de su madre, pero venía en papel timbrado, un pequeño pero significativo detalle de significado inequívoco: el envío contaba con la aprobación de su padre. La misiva respondía a su último mensaje:

Tus noticias desde África nos han dejado estupefactos. En muchos aspectos exceden a todo lo que aparece en los periódicos y rezo por el solaz y la dicha de las almas cristianas atrapadas en esa atrocidad, pero no podemos silenciar del todo un cierto agrado, aun aborreciendo una violencia tan horrible, porque el precio de los pecados no siempre vaya a pagarse el día

del juicio final y quienes tuercen la voluntad de Dios puedan tener la certeza de que van a purgar sus pecados incluso en esta vida terrenal. Lord Allendale lo considera un juicio por el fracaso de la moción. Tu informe le ha gustado mucho y se pregunta si tal vez la abolición de la esclavitud podría aplacar a los tsuana (no sé si lo he escrito correctamente). Albergamos la esperanza de que este periodo de obligada necesidad para tan diabólico comercio sirva para lograr una condición más humana para los pobres desdichados que aún sufren bajo el yugo.

La carta concluía de manera más desacertada:

Me he tomado la libertad de adjuntar una chuchería con la carta. Me apeteció comprármela, pero luego no iba a ponérmela, y como tu padre me ha comentado que te habías tomado interés en la educación de una joven dama, te la envío por si te parece adecuada.

La baratija en cuestión era una fina sarta de granates engarzados en oro. Su madre había criado tres hijos, pero solo tenía una nieta, una niña de cinco años, y ahora cinco nietos, y le había escrito ese párrafo final para que leyera entre líneas.

—Es muy bonito —alabó Temerario, mirándolo desde arriba con ojos codiciosos, a pesar de que no le habría cabido alrededor de una de sus garras.

—Sí —coincidió Laurence con tristeza, e hizo venir a Emily para hacerle entrega del collar.

—Te lo envía mi madre.

—Es muy amable de su parte —convino la joven Roland, complacida aunque un tanto perpleja, y lo bastante feliz con el regalo como para olvidar su extrañeza y disfrutar del obsequio. Lo sostuvo en las manos y lo admiró, entonces, tras pensarlo un segundo, preguntó con indecisión—: ¿Debo escribirle?

—Tal vez sea mejor que yo le dé las gracias de tu parte en mi próxima carta.

Lo más probable es que a su madre no le disgustara recibir esa carta, pero eso propiciaría el malentendido y solo iba a servir para que su padre lo mirase todo con desaprobación y analizase hasta el último detalle pensando en que eran gestos dirigidos a conseguir el reconocimiento formal, y no parte de su sentido de la responsabilidad hacia una niña ilegítima. Además, tampoco había una forma fácil de explicarles que esa preocupación carecía de todo fundamento.

Se sentó a contestarle a su madre con tristeza e inquietud, ya que en la misiva de respuesta debía evitar echar más leña al fuego de la confusión y no podía caer en la grosería de omitir los hechos desnudos: había recibido el regalo, lo había entregado y la destinataria lo había agradecido, todo lo cual solo revelaba una cosa: había visto a

Emily recientemente y a juzgar por la velocidad de la contestación, daría la sensación de que la veía con asiduidad.

También se preguntaba cómo explicaría la situación a Jane. Albergaba la vaga sospecha de que la idea iba a hacerle gracia e iba a opinar que no había nada que debiera tomarse demasiado en serio. Pero llegado a este punto empezó a fallarle el pulso y al final dejó de escribir, enfrascado en sus pensamientos, ya que, por supuesto, era la madre de una hija nacida fuera del matrimonio, no era una mujer respetable y el deber de secreto del Cuerpo no era el único motivo por el que no le había hablado de Jane abierta y francamente a su madre.

Capítulo 15

—¿Quieres casarte conmigo, Jane? —preguntó Laurence.

—Vaya, pues no, cielo, ya sabes… Sería un lío darte órdenes si hubiera hecho voto de obediencia. No iba a resultar muy cómodo, pero es estupendo que me lo hayas ofrecido —añadió mientras se levantaba y le besaba con ganas antes de ponerse el sobretodo.

El capitán no pudo decir nada más, pues alguien llamó tímidamente a la puerta. Uno de los mensajeros de Roland venía a decirle que el carruaje los esperaba a las puertas del cobertizo y que debían salir ya por fuerza.

—Cómo voy a alegrarme de estar otra vez en Dover. ¡Menudo humedal! —comentó Jane, limpiándose la frente con una manga nada más salir de la barraca.

La posición de Londres añadía a las atracciones de un calor sofocante y una gran humedad en el aire, la pestilencia incomparable de toda ciudad y los hedores entremezclados de los corrales con el acre de los pequeños cobertizos, que en aquel momento eran muladares llenos hasta los topes de excrementos de dragón.

Laurence efectuó un par de comentarios generales sobre el calor y le ofreció su pañuelo de forma mecánica. No sabía a ciencia cierta cómo sentirse. Pedírselo había sido más un impulso profundo que una decisión consciente, pues él no pretendía hablar, aún no, y no de esa manera, eso por descontado. Había elegido un momento casi absurdo para formular la cuestión, era casi como si deseara ser rechazado, pero no se sentía aliviado, ni mucho menos, para nada.

—Supongo que van a tenernos hasta la hora de comer —comentó Roland, refiriéndose a los lores del Almirantazgo.

Esa era una opinión muy optimista en opinión de Laurence; a su juicio, era muy probable que los hubieran tenido allí varios días de no ser porque Bonaparte estaba dispuesto a invadir la isla en cualquier momento.

—Debo ir a echar un vistazo a Excidium antes de irnos. No ha comido nada de nada la última noche, nada, y debo despertarle a ver si hoy lo hace mejor.

—No hace falta que me regañes —murmuró el Largario sin abrir los ojos—. Tengo mucha hambre.

Pero apenas fue capaz de salir del aletargamiento ni para responder a la caricia de su capitana.

Excidium fue uno de los primeros en recibir el preparado del hongo enviado desde Ciudad del Cabo a bordo de una fragata, por supuesto, mas aún no se hallaba ni mucho menos recuperado de su ordalía, pues, en su caso, la enfermedad estaba muy

avanzada cuando llegó la cura y solo en las últimas semanas habían estimado seguro para él abandonar los pozos de arena que habían sido su hogar durante más de un año. Sin embargo, el dragón se había empeñado en llevar a Jane hasta Londres en vez de dejar que Temerario los llevase a ella y a Laurence, y ahora estaba pagando el precio de su orgullo con un estado de postración. Habían llegado la tarde anterior y desde entonces solo había hecho una cosa: dormir.

—Bueno, pues entonces intenta comer un poco mientras estoy aquí, solo para mi tranquilidad —insistió Jane, y se echó atrás para no mancharse los pantalones ni su mejor sobretodo con las manchas de sangre que iban a llover por allí, pues el pastor del cobertizo trajo una oveja a toda prisa y la sacrificó y la troceó allí mismo, delante de las fauces de Excidium, que fue comiendo los trozos conforme se los iban lanzando a la boca.

Laurence aprovechó la oportunidad para escaparse un segundo y visitar el claro vecino, donde, a pesar de lo temprano de la hora, Temerario estaba muy atareado escribiendo una carta en dos mesas de arena. El alado trabajaba en un compendio sobre la enfermedad y su tratamiento con la intención de enviárselo a su madre en China con el señor Hammond como su apoderado, obraba así con la intención de evitar que algún día pudiera darse un rebrote de la enfermedad.

—Tal y como está ahí escrito, ese *lóng* tiene más pinta de ser un *chi*[14]—dijo el señor Hammond, mirando por encima del hombro el trabajo de sus secretarios: Emily y Dyer.

Los dos estaban bastante descontentos, pues se habían dado cuenta de que el exaltado rango de alférez no los relevaba de la obligación de hacer los deberes. Demane y Sipho acudían con ellos, pero al menos ellos no tenían la desventaja de tener que aprenderse el alfabeto chino.

«Debí habérselo pedido el otro día, una vez zanjamos el destino de los chicos», se le ocurrió de pronto a Laurence. Habían estado juntos a puerta cerrada y sin interrupciones durante cerca de una hora, y además, en cualquier caso, ese hubiera sido un momento mucho más oportuno para hablar, pues en el recinto de la oficina se eliminaba cualquier escrúpulo a tratar cualquier cosa. O podían haber hablado ayer por la noche cuando dejaron durmiendo a los dragones y se retiraron juntos al barracón, o mejor todavía, debía haber esperado unas cuantas semanas hasta que se hubiera pasado un poco el primer revuelo levantado por su llegada. Quedaba muy claro, visto todo en perspectiva, que lo mejor que podía haber hecho era aplazar el tema hasta que no lo tuviera del todo decidido.

El rechazo de Jane había sido demasiado rápido y había tenido un tono demasiado práctico como para darle ánimos para intentarlo en un futuro, y en una situación normal lo habría considerado punto final a su relación, pero había respondido muy vivaracha, demasiado para sentirse ofendido, o para insistir desde una línea de

argumentación moralizante. Aun así, era consciente de su desánimo e insatisfacción. Había jugado un papel decisivo en la decisión de casarse adoptada por Catherine, donde había oficiado como abogado a favor del matrimonio, y ahora había hecho lo mismo en su caso, pero sin saber siquiera dónde tenía puesto el corazón o sus convicciones.

El Celestial concluyó la línea en la mesa de arena y levantó la pata para permitir a Emily cambiarla por la otra mesa. Miró a Laurence por el rabillo del ojo.

—¿Te vas? ¿Vendrás muy tarde? —inquirió.

—Sí —contestó Laurence. Temerario agachó la cabeza y le miró con aire indagador. El aviador le palmeó el hocico—. No importa, no es nada, te lo contaré más tarde.

—A lo mejor no deberías ir —sugirió Temerario.

—Mi asistencia no puede cuestionarse —repuso el capitán—. Roland, tal vez esta tarde debería ir a sentarse un rato con Excidium. A ver si le convence usted de que coma algo más, haga el favor.

—Sí, señor, ¿puedo llevarme a los niños? —Emily se consideraba mayor a sus doce años y llamaba «niños» a Sipho y Demane, este ladeó la cabeza con indignación al oír la palabra—. Ahora he de enseñarles a escribir por las tardes —añadió, dándose aires de importancia.

Laurence se horrorizó, anticipando el resultado de aquellas lecciones, pues la caligrafía de Emily era espantosa y muchos de sus textos parecían un hilo enredado.

—Muy bien, siempre que no les necesite Temerario —repuso Laurence, abandonándolos a su destino.

—No, casi hemos terminado, y entonces Dyer puede quedarse a leerme —terció el Celestial—. Laurence, ¿crees que tenemos suficientes reservas de hongo como para que pueda enviar una muestra con mi carta?

—Espero que sí. Dorset me ha dicho que han conseguido encontrar el modo de cultivarlos en unas cuevas de Escocia, así que no van a guardar el sobrante para atender necesidades futuras.

El landó era viejo y no muy cómodo, pues se había embolsado mucho calor al ir cerrado y traqueteaba de forma horrorosa por las calles, ninguna de las cuales era demasiado buena al estar tan cerca del cobertizo. Dentro del carruaje cubierto iban un Chenery tan sudoroso como silencioso, él, que no se callaba ni debajo del agua; Harcourt, extremadamente pálida, aun cuando ella tenía una excusa de lo más prosaica para justificarlo, y a medio camino pidió con voz ahogada que detuvieran el vehículo para que pudiera detenerse a vomitar en las calles.

—Vaya, ya me siento mejor —dijo ella al entrar, y se recostó sobre el respaldo.

Harcourt parecía un poco temblorosa cuando bajó del landó, pero rehusó el brazo de Laurence para realizar el corto trayecto que atravesaba el patio y conducía hasta

las oficinas.

—¿Qué tal si tomas un vaso de vino antes de entrar? —le sugirió Laurence en voz baja.

—No —Catherine movió la cabeza—. Prefiero tomarme un chorrito de *brandy*.

Y se humedeció los labios con un frasquito que llevaba encima.

El primer lord del Almirantazgo y otros comisionados los recibieron en el salón de actos. El gobierno había vuelto a cambiar durante su estancia en África, probablemente por el asunto a la Emancipación católica[15], supuso Laurence, y los tories habían vuelto al poder una vez más, por eso, era Lord Mulgrave quien presidía la mesa ese día. Era un hombre de carrillos hinchados, expresión seria y algo estirado. Los tories no pensaban mucho en el Cuerpo bajo ninguna circunstancia.

Sin embargo, Horatio Nelson también se hallaba en la sala y decidió desafiar la atmósfera allí imperante: se levantó en cuanto ellos entraron y permaneció de pie hasta que, avergonzados, varios de los caballeros sentados a la mesa se removieron en sus sillas y acabaron incorporándose también. Entonces, Nelson se acercó a Laurence, le estrechó la mano y del modo más elegante posible, le pidió ser presentado.

—Estoy realmente admirado —declaró, dirigiéndose a Catherine, a quien le hizo una reverencia—, y leer su informe ha sido para mí una lección de humildad, capitana Harcourt. Me he acostumbrado a tener una excelente opinión de mí mismo —añadió con una sonrisa— y me gustan los elogios. Soy el primero en admitirlo. Sin embargo, su coraje es un ejemplo muy superior a cualquier comportamiento que, hasta donde me alcanza la memoria, yo haya podido tener en toda una vida de servicio, y ahora le hacemos estar de pie, y seguro debe querer algo de beber.

—Oh, no, nada, nada —contestó Catherine, a quien se le encendió tanto el rostro que se le pusieron coloradas hasta las pecas—. Gracias, señor, pero no ha sido nada, se lo aseguro, no es nada que otro no hubiera hecho, ni que mis compañeros capitanes no hicieran también —añadió, rechazando los elogios y el refrigerio al mismo tiempo.

Lord Mulgrave no parecía demasiado satisfecho de que le hubieran usurpado el privilegio de tomar la palabra en primer lugar. Había que ofrecer una silla a la dama y a todos los demás porque no quedaba otro remedio. El roce de los pies sobre el suelo siguió a la afirmación del presidente mientras los aviadores se alineaban muy apretados en una fila junto a la mesa; los almirantes seguían mirándolos de frente, pero, de algún modo, ya no tenía ese aire de corte marcial ante la cual los testigos prestaban su testimonio de pie.

Primero tuvieron que soportar una tediosa recapitulación de hechos y luego la concordancia de datos. Así, por ejemplo, Chenery había cifrado la duración del vuelo desde su apresamiento hasta la llegada a las cataratas en diez días, Laurence había

dado otro dato, doce días, y Catherine, otro distinto, once. Esa disimilitud consumió más de una hora y exigió que los secretarios rebuscaran en los archivos hasta traer varios mapas, pero ninguno de ellos coincidía con precisión en la escala del interior del continente.

—Señor, sería mejor que recurriéramos a los dragones para este tipo de hechos —concluyó Laurence cuando levantó la cabeza del cuarto mapa. Solo habían sido capaces de coincidir de manera concluyente en que había un desierto en algún punto no determinado de África, situado a menos de nueve días de vuelo—. Doy fe de que Temerario es de sobra capaz de evaluar las distancias en vuelo y, dado que no nos siguieron directamente durante nuestra huida, al menos estoy bastante seguro de que él es capaz de indicarnos dónde estaban las fronteras de ese desierto que cruzamos y del mayor de los ríos.

—Ya —repuso Mulgrave de un modo poco halagüeño, y pasó la hoja del informe que tenía delante de él—. Dejémoslo por ahora y vayamos al asunto de la insubordinación. Creo haber comprendido correctamente que las tres bestias desobedecieron la orden del capitán Sutton de regresar a Ciudad del Cabo.

—Llámelo insubordinación si le place —repuso Roland—. Ya me parece magnífico que se quedaran a escuchar los tres en vez de lanzarse a la selva de inmediato cuando habían raptado a sus capitanes. Eso es una disciplina admirable, se lo aseguro, y más de lo que yo habría esperado en esas circunstancias.

—En tal caso me gustaría saber de qué otro modo se le puede llamar al desacato de una orden directa —intervino Lord Palmerston desde una silla del fondo.

—Oh, vamos... —Jane amagó un gesto de impaciencia con la mano, pero no llegó a hacerlo—. Solo hay un medio para convencer a un dragón de veinte toneladas para que haga algo: la persuasión, si lo sabré yo. Y si ellos no valorasen tanto a sus capitanes como para obedecerlos, no aceptarían ninguna orden. Eso es así y no sirve de nada quejarse. Sería lo mismo que decir de un barco que se insubordina porque no ha avanzado cuando no sopla el viento. Mandas tanto en el primero como en el segundo.

Laurence clavó la vista en la mesa. Él había visto dragones en China comportarse con perfecta disciplina sin tener capitán ni cuidador de ningún tipo, y por tanto sabía que esa defensa tenía grietas. Él mismo no conocía otro nombre más preciso que el de insubordinación y no estaba dispuesto a desestimarlo a la ligera, y en el fondo, sugerir que los dragones no sabían hacerlo mejor le parecía más insultante que otra cosa. No le cabía duda alguna de que Temerario sabía cuál era su deber, estaba seguro de eso. El Celestial había desobedecido deliberadamente las órdenes de Sutton porque no le gustaba seguirlas, así de simple. Lo más probable es que hubiera considerado esa desobediencia justificada y natural, algo que no era preciso ni explicar, e incluso le habría sorprendido que alguien hubiera esperado de él otra cosa,

pero él jamás había negado su responsabilidad.

Laurence estimó poco prudente sacar un tema tan espinoso ante una audiencia hostil y con ello inducirlos tal vez a exigir un castigo irracional, máxime cuando incluso él se sentía predispuesto a contradecir a Jane en esa posición. Permaneció en silencio mientras tenía lugar un breve debate dialéctico sobre el tema y quedó sin resolver cuando Jane dijo:

—Estoy dispuesta a echarles una buena bronca al respecto si ustedes lo desean o presentarles ante una corte marcial si es que eso les parece sensato, y preferiría aprovechar ahora el tiempo que tenemos.

—En lo que a mí respecta —empezó Nelson—, ninguno de los aquí presentes va a sorprenderse si digo que la victoria es la mejor de las justificaciones y contestarla con reproches me parece repulsivo. El éxito de la expedición demuestra su mérito.

—Un éxito memorable, sin duda —arguyó el almirante Gambier aceradamente—, un éxito cuyo saldo no es una colonia perdida, sino en ruinas, y la confirmación visual de la destrucción de todos los puertos a lo largo de la costa africana. Es un logro de lo más meritorio.

—Nadie puede esperar que una compañía de siete dragones defienda todo el continente africano contra una horda de varios centenares, bajo ninguna circunstancia, y haríamos bien en mostrarnos agradecidos por la información conseguida gracias a la exitosa fuga de nuestros oficiales.

Gambier no contradijo a Jane abiertamente, pero bufó y retomó la indagación sobre otra pequeña discrepancia en los informes. Sus propósitos y los de Lord Palmerston fueron desvelándose poco a poco conforme discurría la sesión e iban mostrándose sus respectivas líneas de interrogatorio: pretendían levantar sobre los aviadores la sospecha de que habían provocado deliberadamente la invasión mientras eran prisioneros y, por consiguiente, se habían conchabado entre ellos para ocultar el acto. No estuvo claro cómo iban a unir ambos hechos ni tampoco los posibles motivos hasta que por fin Gambier añadió con tono irónico:

—Y por supuesto, luego está el comercio de esclavos que cuestionan con tanta virulencia, aunque, como todo el mundo sabe, es una práctica instituida por los nativos del continente desde tiempos inmemoriales, mucho antes de la llegada de los europeos a sus costas, o tal vez debería decir que lo que cuestionan no es el comercio, sino a quien lo practica. Tengo entendido, capitán Laurence, que usted tiene opiniones bien formadas sobre el tema. Espero que no encuentre el comentario fuera de lugar.

—No, señor, en absoluto —se limitó a decir Laurence, y no añadió comentario alguno. No iba a dignificar la insinuación con una defensa.

—¿No hay nada más apremiante para que debamos malgastar el tiempo de todos nosotros especular con la posibilidad de que un nutrido grupo de oficiales haya

dispuesto las cosas para ser capturados y que muera una docena de buenos hombres con el fin de poder ir a una nación extranjera donde nadie habla una palabra de inglés y allí ser lo bastante ofensivos como para hacerles convocar una asamblea, reunir doce escuadrones de dragones y lanzar un asalto inmediato? —preguntó Jane—. Y supongo, además, que encima deberían ser capaces de montar algo así de la noche a la mañana… Solo Dios sabe las enormes dificultades que hay a la hora de proporcionar soporte logístico a un centenar de dragones.

Prosiguieron hurgando en minucias de forma agotadora, pero el interrogatorio acabó hoscamente al cabo de otra hora, cuando no logró forzar ninguna confesión. No existían razones objetivas para un consejo de guerra, dado que no se había perdido ningún dragón, y si lo que buscaban los lores del Almirantazgo era un juicio por la pérdida de El Cabo, iban a tener que procesar al general Grey, y no había un clima favorable para semejante investigación judicial.

A los lores no les quedó otro remedio que sentirse profundamente insatisfechos y a los aviadores les tocó permanecer sentados y escuchar sus quejas.

Se propusieron varias medidas para recuperar los puertos, todas ellas sin el menor viso de éxito, y Jane se vio obligada a recordar a los lores, ocultando a duras penas su desesperación, la sucesión de fracasos con que se habían saldado todos los intentos de establecer colonias con el fin de organizar hostilidades aéreas: la de España, en el Nuevo Mundo; la completa destrucción de la colonia de Roanoke; los desastres de Mysore en la India.

—Para tomar El Cabo y asegurar el castillo, si es que no lo han demolido, se necesitaría el número de barcos suficiente para lanzar veinte toneladas de metal y seis escuadras de dragones, y cuando eso se haya hecho, deberían dejar dos escuadras allí, además de cañones de primera calidad, y me resulta difícil calcular cuántos soldados harían falta, y también habría que idear un modo de avituallarlos todos los meses, siempre y cuando al enemigo no se le ocurriera la brillante idea de atacar las naves de aprovisionamiento más al norte.

Dejó de haber propuestas.

—Milores, ya conocen ustedes las cifras de la almirante Roland y no veo posibilidad alguna de rebatirlas —dijo Nelson—, aunque no soy tan pesimista sobre nuestras posibilidades de tener éxito allí donde nuestros intentos del siglo pasado salieron mal, pero aunque sea muy difícil reunir la mitad de la fuerza propuesta, y no siendo posible que ese movimiento pase desapercibido, tampoco puede transportarse desde ningún puerto civilizado a una provincia de África sin el conocimiento de la Armada ni, por supuesto, su colaboración en la materia. Eso puedo garantizarlo.

»Si no estamos en condiciones de reconquistar El Cabo ni de establecer ninguna posición firme en la costa del continente africano, tal vez debamos contentarnos con lograr que tampoco lo haga ninguna otra nación. Francia no puede aspirar a ello,

desde luego. No voy a negar que Napoleón puede conquistar el lugar que le plazca del mundo entre Calais y Pekín mientras pueda ir a pie, pero si pone un pie en el mar, está a nuestra merced.

»E iré más lejos, ya lo creo. Hemos sufrido una terrible pérdida en vidas y propiedades por culpa de este bárbaro ataque no provocado, y eso nos ha causado un dolor que no pretendo pasar por alto, pero, como una cuestión de pura estrategia, me declaro muy feliz de permutar todas las ventajas de poseer El Cabo a cambio de no necesitar defender esa posición. En estos mismos salones hemos hablado antes de ahora, caballeros, del enorme gasto y la dificultad de mejorar las fortificaciones y las patrullas de la vasta línea costera contra la incursión francesa, ese desembolso y ese esfuerzo van a tener que hacerlo ahora nuestros enemigos.

Laurence no tenía la menor intención de ponerse a discutir con él, pero al principio le costó comprender por qué el Almirantazgo había llegado a temer una incursión de semejantes características. Los franceses jamás habían demostrado la menor ambición por apoderarse de Ciudad del Cabo, que, si bien era un puerto valioso, resultaba absolutamente innecesario para sus intereses en tanto en cuanto retuvieran el control de Île de France, lejos de la costa africana y una nuez muy difícil de partir. Francia ya tenía cuanto necesitaba para defender sus posesiones no continentales.

El presidente frunció la nariz, mas no efectuó comentario alguno.

—Almirante Roland —dijo al fin, y a regañadientes, como si le costase pronunciar el cargo—, ¿tendría la amabilidad de describirnos la fuerza actual de nuestras defensas en el Canal de la Mancha?

—He emplazado ochenta y tres dragones de Falmouth a Middlesbrough como fuerza de lucha, y podrían salir a volar veinte más en caso de necesidad, diecisiete de ellos son pesos pesados y hay tres Largarios, y contamos también con el concurso del Kazilik y el Celestial. Disponemos de otros catorce en Loch Laggan: están recién salidos del cascarón, pero ya tienen edad suficiente para volar y los estamos entrenando. Hay más alados junto a la costa del Mar del Norte, por supuesto; apenas tendríamos capacidad para alimentarlos si la acción durase más de un día, pero en un momento dado podríamos contar con ellos.

—¿Cuál es su estimación acerca de nuestras posibilidades si Bonaparte hiciera otro intento de invadir la isla por medio de zepelines como los usados en la batalla de Dover? —preguntó Nelson.

—Podría aterrizar en suelo inglés si no le importara perder la mitad de los efectivos en el océano, señor, pero yo no se lo recomendaría. La milicia podría prenderles fuego en cuanto nos hubieran rebasado. La respuesta es no, pedí un año, y aunque no ha pasado entero, la cura lo ha compensado todo, y tenemos de vuelta entre nosotros a Lily y a Temerario. Los dragones no pueden venir por aire.

—Ah, sí, la cura —dijo Nelson—. Confío en que esté a salvo. ¿No podrían robarla? Me ha parecido oír hablar de un incidente…

—Le ruego que no inculpe a ese pobre muchacho —contestó Jane—. Tiene catorce años y su Winchester estaba muy grave. Lamento decir que ha habido algunos rumores de lo más deplorable según los cuales andábamos cortos de existencias y no iba a haber bastante para todos. Eso se debe a que comenzamos un poco despacio para determinar lo grandes o pequeñas que debían ser las dosis antes de empezar a administrárselas. No se causó ningún daño y el culpable confesó inmediatamente cuando reuní a todos los capitanes. Después de eso, pusimos un guardia ante la reserva con el fin de evitar futuras tentaciones, y nadie ha metido las narices por allí.

—Pero ¿y si se produjera otro intento? —insistió Nelson—. ¿No podría aumentarse la guardia y llevar la reserva a algún sitio fortificado?

—Queda muy poco que robar, si alguien lo pretendiera, después de haber alimentado hasta el último de los dragones de Inglaterra y las colonias —contestó Roland—, a menos que los caballeros de la Royal Society se las hayan arreglado para convencer a alguien de que arranquen las raíces en Loch Laggan, y en cuanto a eso, si a alguien le apetece probar suerte y robarlas de su sitio, en medio del cobertizo…, bueno, le invitamos a intentarlo.

—Excelente, así pues, caballeros —dijo Nelson, volviéndose hacia los demás comisionados—, pueden ver que, como resultado de todos estos hechos, deplorables en sí mismos, podemos contar con la relativa seguridad de tener la cura bajo control, al menos hasta donde somos capaces de saber.

—Le pido disculpas, pero ¿existe alguna razón para creer que la enfermedad se ha extendido al continente? ¿Están enfermos los dragones franceses?

—Eso esperamos —repuso Nelson—, pero aún nos falta la confirmación sobre el terreno. ¿Recuerdan el correo espía que capturamos? Hace dos días enviamos a la Plein-Vite de vuelta a casa. Esperamos la noticia de que ha contagiado la enfermedad de un momento a otro.

—Es el único arcoíris que hemos tenido después de estas malditas tormentas —observó Gambier, y el comentario levantó un asentimiento general—. Será un pequeño consuelo verle la cara al pequeño cabo corso cuando sus propios dragones estén escupiendo sangre.

—Señor —logró decir el capitán de Temerario mientras a su lado el semblante de Catherine cobraba una palidez cadavérica a causa del espanto y ocultaba la boca con el dorso de la mano—. Señor, debo protestar contra… este… —Laurence no pudo seguir, le faltaba el aire, se ahogaba al recordar al pequeño Sauvignon, que había hecho compañía a Temerario durante aquella semana horrible, cuando todo parecía perdido, y él temía que su dragón empezara a escupir sangre de un momento a otro.

—Debí imaginármelo, maldita sea. Por eso enviaron a la criatura a Eastbourne,

supongo, y no a alguno de los otros campos de cuarentena. Allí, en la costa sur, un lugar perfecto desde el que extender la enfermedad. ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Meteremos en su puerto una nave con peste? Díganmelo, por favor. O tal vez envenenaremos sus convoyes de grano… ¡Menuda panda de peleles!

Mulgrave se retrepó sobre el sillón, indignado, y le soltó a Roland:

—Esto es inadmisible, señora.

—Esto es lo que pasa cuando una… —empezó Gambier.

—Maldita sea, Gambier, salga de detrás de esa mesa y dígamelo a la cara —replicó Jane, echando mano al sable.

La habitación se llenó enseguida de gritos y desprecios, hasta el punto de que los guardias de la puerta asomaron tímidamente la cabeza.

—No pueden estar haciendo esto de verdad. Su Gracia —apeló Laurence a Nelson—, usted ha conocido a Temerario, ha hablado con él. Son criaturas pensantes, no puede verlo de otro modo, no son carne de matadero…

—Menuda blandenguería femenina… —censuró Palmerston.

—Es el enemigo —replicó Nelson a grito pelado para hacerse oír por encima de la algarabía—, y debemos aprovechar la oportunidad que se nos ha presentado de nivelar la desigualdad entre nuestras fuerzas aéreas y las suyas…

Habían llevado todo aquello de tapadillo, lo cual demostraba bien a las claras que los lores habían previsto oposición y habían optado por evitarla, pero tampoco estaban dispuestos a soportar una filípica después de hacerlo y habían alcanzado los límites de la tolerancia cuando Jane empezó a hablar con la voz un poco más alta.

—Bonaparte va a suponer lo ocurrido en cuanto vea enfermar a sus dragones y entonces no va a esperar, va a cruzar el Canal inmediatamente, mientras aún puede, y es lo que hará si no es tonto de remate, y entonces ustedes me harán ir con la lengua fuera hasta Dover para que con dos Largarios y nuestro Celestial defienda todo el maldito Canal de la Mancha, tan accesible para él como Rotten Row[16].

Mulgrave se levantó e indicó mediante señas a los guardias que abrieran las puertas.

—En tal caso, no debemos demorarla ni un segundo —sentenció y antes de que la almirante Roland volviera a hablar, añadió con bastante más frialdad—: Puede retirarse, señora.

Y le tendió las órdenes formales para la defensa del Canal de la Mancha. Jane arrugó los papeles en el puño mientras salía hecha un basilisco.

Catherine se apoyó pesadamente en el brazo de Chenery antes de salir, blanca como la pared, pero con los labios rojos de tanto mordérselos. Nelson siguió a Laurence y le puso una mano en el brazo antes de que pudiera ir detrás de sus compañeros y le habló largo y tendido de una expedición proyectada con rumbo a Copenhague para atrapar a la flota danesa, aunque el aviador no fue capaz de seguir

el hilo de todo lo que decía.

—Me alegraría contar con usted, capitán, y con Temerario, si puede usted, y si la defensa del Canal puede pasar sin su concurso durante una semana.

Laurence le miró fijamente, sintiéndose estúpido y triste, perplejo ante la desenvoltura y la labia de Nelson. Había conocido a Temerario, había hablado con él, no podía alegar ignorancia. Tal vez no había sido el ideólogo ni el instigador de aquel experimento, pero tampoco se había opuesto a él, y su oposición podría haberlo sido todo, seguramente lo habría sido.

—Usted está como nuevo después de un largo viaje, pero yo estoy muy cansado de tanto interrogatorio —dijo Nelson con mayor altivez—. Me ha parecido una pérdida de tiempo desde el principio. Volveremos a hablar mañana, iré por la mañana al cobertizo, antes de que deba usted regresar.

Laurence se tocó el ala del sombrero. No había nada que él pudiera decir.

Salió del edificio y se adentró en las callejas, tan alterado y descompuesto que era incapaz de ver nada. Se llevó un susto mayúsculo cuando le dieron un codazo y se encontró mirando a un hombre pequeño vestido con ropas gastadas. La expresión de Laurence debía dar algún indicio serio de su agitación interior, pues esbozó una ancha sonrisa apaciguadora que dejó al descubierto una boca llena de dientes amarillentos antes de entregarle un legajo de papeles y se inclinó para marcharse acto seguido sin decir ni una palabra.

Laurence lo desdobló mecánicamente y leyó: era una demanda por daños que ascendía al importe de diez mil trescientas libras, el valor de doscientos seis esclavos valorados a cincuenta libras cada uno.

Temerario dormía iluminado por la luz veteada del crepúsculo. Laurence no le despertó y se sentó frente al dragón en un asiento de roca toscamente tallado al abrigo de los pinos e inclinó la cabeza hacia delante en silencio. Jugueteó entre los dedos con un pulcro rollo de papel de arroz que Dyer le había entregado hacía un rato. Llevaba un sello rojo de tinta. No se permitiría el envío de la carta por las elevadas posibilidades de que fuera interceptada, suponía él, o que pudiera encontrar el camino hasta las garras de alguien como Lien, si es que todavía conservaba algunos aliados en la corte china.

El claro estaba desierto, pues la dotación seguía de permiso. El martillo de Blythe aún resonaba sin parar en la pequeña forja situada detrás de los árboles, donde el armero golpeteaba las hebillas del arnés de Temerario. El repiqueteo era un débil sonido metálico muy similar al de uno de esos pájaros africanos que trinaban junto al río. De pronto, el aviador sintió que el polvo en suspensión del claro se le espesaba en las fosas nasales y le recordaba vívidamente el olor a cobre de la sangre, el olor a polvo, el hedor a vómito. Sintió una fuerte rozadura en el rostro similar a una cuerda apretada con fuerza sobre la piel y se frotó la mejilla con la mano como si pudiera

encontrar allí una marca, aunque ya no quedaba ninguna huella, salvo, tal vez, una cierta dureza, una impresión de la malla del dragón africano sobre la piel.

Jane se unió a él al cabo de un rato. Se quitó el lujoso sobretodo y el lazo del cuello, que ocultaba manchas de sangre de la blusa. Se sentó en el banco y se inclinó hacia delante con aires hombrunos, apoyando los codos en las rodillas. Aún llevaba el pelo recogido hacia atrás, pero las hebras más finas ya le caracoleaban sobre el rostro.

—¿Puedo pedirte un día de permiso? —preguntó Laurence al final—. Debo ver a mis abogados en la City. No puede llevarme mucho, soy consciente de ello.

—Un día —contestó ella mientras se frotaba las manos con aire ausente, a pesar de que no hacía nada de frío, incluso cuando el sol se ocultaba ya tras los barracones —. Ni un minuto más.

—Los franceses van a mantener a la dragona en cuarentena, ¿verdad? —preguntó Laurence con un hilo de voz—. El capitán vio nuestros campos de cuarentena y debe de haber comprendido que está enferma nada más verla. Jamás expondría al contagio a otros dragones.

—No temas, lo han planeado todo a conciencia —repuso Jane—. La dragona ha visto partir al chico en bote y le han dicho que el muchacho era enviado al cobertizo situado a las afueras de París, donde tiene su centro el servicio imperial de mensajería. Me atrevería a decir que la dragona voló directamente entre sus propias filas. Uf, qué asunto tan nauseabundo. La enfermedad está muy extendida a estas horas, estoy segura. Los correos salen cada cuarto de hora y entran casi con la misma frecuencia.

—Jane, los correos de Napoleón van a Viena, a Rusia y a España, y atraviesan toda Prusia. Los dragones prusianos están afincados en los campos de cría franceses, los prusianos, los aliados a quienes abandonamos en su hora de máxima necesidad… Acuden incluso a Estambul… ¿Adónde no va a extenderse la enfermedad desde el Bósforo?

—Sí, muy astutos —concedió ella, esbozando una sonrisa apergaminada y rígida en las comisuras de los labios—, la estrategia es irrebatible. Nadie puede ponerle objeción alguna. Un solo golpe maestro nos lleva de ser la fuerza aérea más débil de Europa a la más fuerte.

—Mediante el asesinato. No tiene otro nombre, asesinato al por mayor —precisó Laurence.

Tampoco existía razón alguna para que aquella pandemia devastadora terminase en Europa. En su mente, el aviador vio cómo volvían a desplegarse todos los mapas sobre los que había trabajado en el último medio año de viaje desde China hasta Inglaterra. No necesitaba de su presencia física para verlos. El sinuoso curso de su viaje ahora se convertía en un sendero por el cual regresaba la muerte. Estrategia, una estrategia que conduciría a la victoria. La infantería y la caballería chinas difícilmente

podrían soportar el castigo de la artillería británica si las legiones imperiales resultaban diezmadas. Los reinos de los diferentes rincones de la India caerían bajo su control. Japón recibiría una buena humillación. Tal vez podrían entregarle otro dragón enfermo a los incas, y entonces por fin se abrirían a los europeos las fabulosas ciudades de oro.

—En los libros de historia encontrarán un nombre mucho más rimbombante, de eso estoy convencida —dijo Jane—. Ya sabes, solo son dragones. No deberíamos darle la misma importancia que si estuviéramos hablando de prenderle fuego a una docena de barcos en el puerto, algo de lo que nos alegraríamos bastante.

Laurence agachó la cabeza.

—Así es como deben librarse las guerras.

—No, así es como se ganan —le rectificó ella, fatigada. Luego, apoyó las manos en las rodillas, y se impulsó hasta ponerse de pie—. No puedo quedarme. Me voy ahora mismo hacia Dover en un dragón mensajero. He convencido a Excidium de que me deje irme. Mañana por la noche voy a necesitarte.

Ella colocó la mano sobre el hombro de Laurence durante un momento y se fue.

Él no se movió durante un buen rato, y cuando por fin alzó la cabeza, Temerario estaba despierto y le miraba con sus ojos de pupilas rasgadas convertidos en un débil destello en la oscuridad.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Temerario en voz baja.

Y el aviador se lo contó, también en voz baja.

Atinadamente, el Celestial no se enfadó, sino que escuchó con más atención que rabia y se fue agazapando.

—¿Qué vamos a hacer? —se limitó a preguntar cuando Laurence hubo terminado.

Laurence manoteó de forma vaga sin comprenderle, pues había previsto otro tipo de respuesta, algo más intenso que aquello.

—Vamos a ir a Dover —contestó al fin.

Temerario echó hacia atrás la cabeza y tras un momento de extraña inmovilidad, dijo:

—No, no me refiero a eso, para nada.

Se hizo el silencio.

—No hay nada que hacer. Ni protestar. Ya la han enviado a Francia —respondió Laurence al final, sintiendo la lengua espesa e inútil—. Se espera la invasión de un momento a otro, así que vamos a montar guardia en el Canal de la Mancha.

—No —le interrumpió Temerario a voz en grito. Su voz reverberó con gran fuerza y los árboles circundantes se estremecieron—. No —repitió—. Vamos a llevarles la cura. ¿Cómo podemos hacerlo? Podemos regresar a África si es preciso.

—Estás hablando de traición —le advirtió Laurence, pero lo hacía sin tener

sensación de que fuera así, le invadía una extraña calma. Las palabras no pasaban de ser un recitado lejano.

—Muy bien —convino Temerario—, si soy un animal y se me puede envenenar como a una rata molesta, no puedo esperar, y no voy a hacerlo, que alguien se preocupe, pero no puedes decirme que me quede cruzado de brazos.

—¡Es traición! —insistió Laurence.

Temerario enmudeció y se limitó a mirarle.

—Es traición —repitió el exhausto aviador en voz baja—. No es desobediencia ni insubordinación. No se puede… No existe otro nombre aplicable a esto. El gobierno no es de mi partido y mi rey está enfermo y loco, pero aun así, sigo siendo su súbdito. Tú no has hecho ningún juramento, pero yo sí —Laurence hizo un alto—. He empeñado mi palabra.

Volvieron a guardar silencio cuando se alzó un clamor entre los árboles: algunos miembros de la tripulación de tierra regresaban de su día de permiso con el alboroto de quien lleva alguna copa de más. Mientras entraban en los barracones, escucharon algún jirón de la canción entonada a voz en grito.

Qué bien dotada.
estaba esa fulana…

Y luego unas carcajadas.

Después, las luces de los faroles desaparecieron.

—En tal caso, debo ir solo —concluyó el dragón desconsolado en voz tan baja que, por una vez, resultó realmente difícil entender las palabras—: Iré solo.

—No —dijo Laurence.

Y dio un paso adelante para poner la mano sobre el costado de Temerario.

Capítulo 16

Le escribió a Roland la más sencilla de las cartas, pues ninguna disculpa podría bastar y no iba a insultarla pidiéndole comprensión, y por último añadió:

… y quiero dejar constancia de que en ningún caso he dado a conocer mis pensamientos ni he recibido ayuda de mis oficiales, mi tripulación u hombre alguno; y no mereciendo ni solicitando excusa alguna por mi parte, suplico efusivamente que se me haga a mí único responsable de toda la culpa relacionada con estas mis acciones y no recaiga sobre aquellos que, en ocasiones similares, serían merecedores de una culpabilidad involuntaria; mi resolución ha tomado forma escasos minutos antes de que la tinta de mi pluma se posara sobre esta carta, y será llevada a cabo en cuanto la cierre.

Habiendo perdido ya toda esperanza de entereza, no insistiré más abusando de la paciencia de la que temo haberme ya aprovechado. Y solo le pido que me crea a pesar de las actuales circunstancias,

Su seguro servidor, etc.

La dobló dos veces, la selló con especial cuidado, y la depositó sobre el catre perfectamente hecho, con la dirección hacia arriba; y dejó su calderilla, andando entre una hilera de hombres que roncaban para salir otra vez al exterior.

—Puede irse, señor Portis —dijo al oficial de guardia, que estaba dando cabezadas al filo del amanecer—. Me llevaré a Temerario a dar una vuelta; no volveremos a tener un vuelo tan tranquilo en mucho tiempo.

—Muy bien, señor —contestó Portis, con los ojos inyectados en sangre y apenas conteniendo un bostezo, y no necesitaba que le convencieran de irse. No estaba borracho, pero volvió al barracón con paso vacilante y desgarbado.

Aún no eran las nueve. Iban a echarlos de menos en una hora, dos a lo sumo, según calculó Laurence; se liberó de los escrúpulos de prohibir a Ferris que abriera la carta, dirigida a Jane, hasta que empezó a sufrir un alto grado de ansiedad, que le duraría otra hora, pero después la persecución prometía ser furiosa. Había unos cinco mensajeros en la espesura durmiendo por ahora; y más en el Parlamento, algunos de los más veloces de toda Gran Bretaña. No solo tenían que dejarlos atrás en dirección a Loch Laggan, sino también en dirección a la costa: cada batería de las orillas desde

Dover a Edimburgo se levantarían para bloquearles el paso.

Temerario le estaba esperando con la gorguera extendida, nervioso, aun cuando se agazapaba un poco para disimularlo. Puso a Laurence en su cuello y levantó el vuelo rápidamente, dejando Londres a lo lejos, una colección de lámparas y faroles y el humo amargo de diez mil chimeneas mientras las luces de los barcos se deslizaban con suavidad por las aguas del Támesis. No había más sonido que el apagado susurro de las ráfagas de viento. Laurence cerró los ojos hasta que se acostumbraron a la incipiente luminosidad, después consultó su brújula para indicarle a Temerario la dirección: seiscientos cincuenta kilómetros al norte, dirección noroeste, hacia la oscuridad.

Resultaba extraño volver a estar solo en el lomo de Temerario, únicamente por el placer de volar. La ronda ordinaria de obligaciones no se lo permitía muy a menudo. Aliviado por la ligereza del peso de Laurence y del arnés tan desnudo, el Celestial se estiró y le condujo a lo alto, hasta el límite donde el aire se volvía fino; unas nubes pálidas pasaron por debajo de ellos sobre un fondo oscuro, y el viento silbaba con fuerza a su espalda, a esa altura hacía frío incluso a mediados de agosto. El aviador se subió el sobretodo de cuero y se lo puso más cómodo: metió las manos debajo de los brazos. Temerario iba muy rápido; aleteaba con brío las alas, ahuecadas para tomar más aire, y cuando Laurence miró por encima del hombro vio el mundo borroso bajo ellos.

El capitán dirigió la vista hacia occidente: en lontananza se insinuaba un brillo fantasmagórico que iluminaba la curvatura de la tierra, como, si el sol intentara salir escupiendo humo: adivinó que era Manchester, y sus molinos, así que habían avanzado unos doscientos cincuenta kilómetros en menos de siete horas. Temerario iba a una velocidad de entre veinte y veinticinco nudos por hora, calculó.

Poco después del alba, el Celestial aminoró el ritmo, se posó en la orilla de un pequeño lago sin decir una palabra, metió buena parte de la cabeza en el agua y se puso a beber con tanta avidez que el cuello se convulsionaba mientras los tragos le bajaban por la garganta. Se detuvo, suspiró, y bebió un poco más.

—No, no estoy cansado, bueno, no mucho, solo estaba muy sediento —aseguró el alado con voz pastosa, volviendo la cabeza hacia atrás. A pesar de sus valientes palabras se agitó completamente, y parpadeó para que desapareciera su expresión aturdida antes de preguntar, en un tono más normal—: ¿Te bajo un momento?

—No, estoy muy bien —repuso Laurence. Se había metido en el bolsillo el frasco de grog y un poco de galleta, pero no la había probado. No le apetecía nada. Tenía un nudo en el estómago y era incapaz de ingerir algo—. Lo estás haciendo muy bien, querido amigo.

—Sí, lo sé —añadió Temerario con amabilidad—. No hay nada más placentero que volar los dos solos deprisa y con buen tiempo. Nada me gustaría tanto —añadió,

mirando a su alrededor con pena—. No me gusta que estés triste, Laurence.

Al oficial le habría gustado reconfortarle, mas no podía. Tal vez habían pasado por encima de la orilla de Nottingham durante la noche, y, en tal caso, habrían sobrevolado su casa, bueno, la casa de Lord Allendale. Le acarició las escamas del cuello antes de decir con un hilo de voz:

—Debemos irnos, de día se nos ve demasiado.

Temerario se puso un tanto mustio y no respondió, pero despegó hacia lo alto de nuevo.

Llegaron a Loch Laggan a la hora de la cena, después de otras siete horas de vuelo. Temerario no se anduvo con miramientos y se lanzó en picado sin avisar a los campos de alimentación, donde no esperó a ningún pastor y cayó sobre dos vacas, a las que sacó del redil demasiado deprisa como para que pudieran mugir, pues el descenso había sido vertiginoso incluso para ellas. Veloz como el rayo, las llevó a un saliente desde el cual podían verse todos los vuelos de entrenamiento y procedió a zampárselas una tras otra casi sin masticar. Después soltó un suspiro de alivio y un eructo de satisfacción, el típico de cuando estaba lleno. Luego, empezó a lamerse las garras con mucha delicadeza antes de soltar un respingo de culpabilidad: alguien los observaba.

Celeritas permanecía tumbado de cara al pálido sol vespertino con los ojos entrecerrados. Allí, recostado sobre el borde, tenía un aspecto avejentado como no le habían visto durante el tiempo de su adiestramiento. Parecía haber pasado un siglo, y sin embargo, solo habían transcurrido tres años, pero las marcas de color jade habían perdido su lustre como ropa lavada en agua demasiado caliente y el amarillo se había oscurecido hasta alcanzar un tono broncíneo.

—Has crecido un poco, por lo que veo —comentó, y tosió de forma un tanto abrupta.

—Sí, ahora mido lo mismo que Maximus —repuso Temerario—. Bueno, él me saca muy poco. En cualquier caso, soy un Celestial —agregó con petulancia.

La anterior amenaza de invasión, la de 1805, era tan fuerte que Laurence y Temerario habían abandonado el entrenamiento con Celeritas sin saber en aquel momento cuál era la verdadera raza de Temerario ni su particular habilidad con el viento divino. Le consideraban un Imperial, una raza de lo más valiosa, pero no tan extremadamente rara.

—Eso he oído —repuso Celeritas—. ¿Qué hacéis aquí?

—Esto, bueno… —empezó Temerario.

Laurence se deslizó sobre el lomo del Celestial y se adelantó.

—Le pido perdón, señor. Venimos desde Londres a por algunos musgos de muestra. ¿Puedo preguntarle dónde se guardan?

Los dos habían llegado a la conclusión de que una carga frontal era la mejor

posibilidad de éxito, incluso aunque ahora Temerario parecía arredrado.

Celeritas bufó.

—Están cuidando esas cosas como si fueran huevos. Las tenéis en el piso de abajo, en los baños. Encontraréis en su despacho al capitán Wexler, creo, ahora es el comandante de la plaza.

El veterano dragón se volvió hacia Temerario y le dedicó una mirada inquisitiva, este se acuclilló. A Laurence no le gustaba nada dejarle solo en semejante trance. Su antiguo maestro iba a desplegar una curiosidad tan amistosa como desprevenida y el Celestial se vería obligado a soportar todo el dolor de mentirle a la cara, pero no quedaba tiempo para hacerlo de otra manera. Celeritas empezaría a preguntarse de un momento a otro por qué no venían con tripulación y ni el más redomado de los embusteros podría ocultar una traición tan flagrante por mucho rato.

Resultaba extraño recorrer de nuevo aquellos corredores. Se le antojaban más familiares que ajenos. Aún podía oír por los rincones la alegre verborrea de las mesas de los comedores comunes cuyo sonido incesante y caótico era como el de una catarata lejana: acogedor y aun así inaccesible. Ya se sentía excluido. No había criados en los vestíbulos, a excepción de un muchacho que corría con una pila de servilletas y que no se molestó en mirarle dos veces, probablemente estaban demasiado ocupados con la cena.

Laurence no se presentó ante el capitán Wexler. Su excusa no iba a soportar la falta de órdenes o de una explicación que se tuviera en pie, así que fue directamente a la estrecha y húmeda escalera que conducía a los servicios. En el vestidor se desprendió del sobretodo y las botas, dejó ambas cosas en una estantería, al igual que su sable. Se dejó puestos los pantalones y la camisa. Anduvo tan deprisa que apenas vio a ninguna de las pocas figuras soñolientas y bostezantes, pero tampoco era fácil distinguir rostro alguno entre las nubes de vapor. Nadie le habló hasta que prácticamente hubo llegado a la puerta del fondo, donde un tipo con el rostro cubierto por una toalla la levantó y se dirigió a él.

—Perdone —dijo.

—¿Sí? —repuso Laurence, envarándose. No le conocía. Tal vez era uno de los tenientes veteranos o uno de los capitanes más jóvenes. Lucía un bigote poblado que goteaba agua por las puntas.

—Si va a entrar, por favor, sea buen chico y cierre enseguida —pidió el hombre, y volvió a cubrirse el rostro.

Laurence no le comprendió hasta que abrió la puerta de acceso a la gran sala de baño del fondo y se vio abrumado por el denso hedor a hongo entremezclado con el cáustico olor a excremento de dragón. Se apresuró a cerrar la puerta y cubrirse el rostro con la mano. A partir de ahí respiró profundamente solo por la boca. La estancia se hallaba casi desierta. Al fondo del todo, seguros detrás de una verja de

hierro forjado, relucían acuosos en sus nichos los huevos de dragón, perlados por gotas de humedad, y debajo de ellos, en grandes tiestos llenos de oscura tierra fértil moteada con excremento rojizo de dragón como fertilizante, los musgos sobresalían como botones redondos.

Había apostados dos infantes de marina, de poca antigüedad en el servicio, sin duda. Parecían muy desdichados a juzgar por su aspecto y sus mofletes estaban tan colorados que casi rivalizaban con el rojo de sus casacas. Estaban empapados en sudor a juzgar por el hecho de que el pantalón blanco del uniforme estaba lleno de rayas y manchas, pues la casaca se estaba destiñendo. Miraron al recién llegado casi con esperanza, como si al menos fuera una distracción. Laurence se acercó a ellos, los saludó con un asentimiento y les dijo:

—Vengo de Dover a por más hongos. Hagan el favor de traerme hasta aquí uno de los tiestos.

Los guardias se miraron entre ellos, dubitativos.

—Se supone que no debemos hacerlo, señor —se aventuró a contestar el de mayor edad—, a menos que nos lo diga el comandante en persona.

—En tal caso, les ruego que me disculpen por la irregularidad, pero mis órdenes no decían nada de eso. Vaya a confirmar mis órdenes, por favor. Si les parece bien, esperaré aquí —le dijo al soldado más joven.

No hizo falta que se lo dijera dos veces: el muchacho cazó al vuelo la ocasión de salir de allí, para indignación de su compañero de más edad, a quien no le dijo nada, pues era él quien tenía la llave colgando del cinto, así que Laurence no podía permitir que se ausentara.

Laurence esperó a que la puerta se abriera, esperó a que uno de ellos se fuera, esperó a tener a su adversario de espaldas, y cuando volvió a cerrarse con un golpe similar a un repique de campana, asestó un porrazo fortísimo al infante debajo de la oreja mientras el hombre todavía estaba mirando a su compañero con cara de pocos amigos.

El hombre cayó sobre una rodilla y se volvió, boquiabierto y sorprendido. Laurence le asestó otro golpe, tan duro que él vio las estrellas de tanto como le dolían los nudillos y el guardia tenía manchas de sangre en el pómulo y la mandíbula. El soldado se desplomó como un saco de patatas y se quedó inmóvil. Laurence se arrodilló para verificar que respiraba, aun cuando lo hacía de forma agitada. Luego, procedió a maniatarle las manos antes de quitarle las llaves.

Observó a su alrededor los tiestos. Los había de varios tamaños, aunque casi todos eran grandes e inmanejables. Algunos de ellos eran toneles de madera partidos en dos y llenos de tierra. Laurence eligió el más pequeño y lo ocultó en los pliegues de su toalla, que ya estaba caliente y empapada de tanta humedad como reinaba en los baños. Se dirigió a la puerta del fondo e hizo todo el circuito a la inversa para

llegar por fin al vestidor, todavía desierto, pero iba pasando la hora de la cena y los hombres abandonaban la mesa cuando les parecía oportuno, así que cabía esperar una interrupción en cualquier momento, y más pronto todavía si el joven guardia se mostraba más proclive a cumplir su deber con diligencia en vez de tomárselo con calma e informaba a su comandante. Laurence se calzó las botas y se vistió el sobretodo de cualquier manera, encima de sus cosas mojadas, y subió la escaleras con el tiesto puesto en equilibrio sobre el hombro mientras con la otra mano se aferraba a la barandilla. No pensaba cometer ninguna imprudencia a la hora de llevar a cabo este cometido, no iba a fallar. Salió al vestíbulo y se dirigió ipso facto detrás de una esquina para alisar un poco sus ropas. Si no ofrecía una imagen manifiestamente desaliñada, no sería un espectáculo que atrajera la atención de todo el mundo, o al menos, eso esperaba, a pesar, eso sí, de llevar al hombro tan extraña carga. La tela de lino no sofocaba del todo el hedor, que quedaba flotando en el aire.

El jaleo del comedor había disminuido notablemente. Oía voces más cerca, en los pasillos, y vio pasar a un par de criados cargados con los platos sucios. Se asomó para mirar a otro corredor que se cruzaba con el suyo a tiempo de ver a un par de guardiadragones que corrían de una puerta a otra, jugando y gritando felices como niños, pero un instante después escuchó unos pasos a la carrera, el impacto seco de las botas contra las baldosas y los nuevos gritos tenían un cariz del todo diferente.

Abandonó todo intento de circunspección y corrió torpemente con el tiesto, moviéndolo de un lado para otro, hasta que apareció de pronto en la cornisa. Celeritas le miró con una sombra de perplejidad y duda en sus oscuros ojos verdes.

—Perdóname, por favor. Todo esto es una cortina de humo —le soltó Temerario de sopetón—. Vamos a entregárselo a los franceses para que no mueran todos los dragones de ese país. Diles que Laurence no quería hacerlo, en absoluto, pero yo le insistí mucho.

Lo confesó todo de forma atropellada, sin hacer pausa alguna para respirar ni darle la menor inflexión a las frases. Luego, tomó a Laurence entre sus garras y se lanzó al cielo momentos antes de que llegaran corriendo a por ellos cinco hombres mientras las campanas repicaban enloquecidas. Temerario estaba poniendo a Laurence sobre su cuello cuando encendieron la almenara y los dragones salieron de los campos circundantes al castillo como el humo.

—¿Vas seguro? ¿Te has abrochado ya? —bramó el Celestial.

—Vuela, sigue adelante ahora mismo —le contestó el aviador, también a voz en grito, mientras sujetaba las cinchas del arnés en torno al tiesto en vez de atarse él.

Temerario salió disparado, volando a todo volar, pues detrás de ellos se estaba montando una enconada persecución. Laurence se volvió, mas no vio ningún dragón conocido: en cabeza iba un Caza Alado de aspecto larguirucho y unos cuantos Winchester, poco idóneos para un acoso, pero tal vez podrían interferir su vuelo lo

justo para que otros los alcanzaran.

—Laurence, debo subir más. ¿Vas lo bastante abrigado?

El aviador estaba helado y con la piel de gallina tras el vuelo de todo el día, a pesar de que aún calentaba el sol.

—Sí —contestó, y se arrebujó en su sobretodo.

Un banco de nubes rodeaba la parte media de las montañas. Temerario se lanzó hacia ellas. La humedad de la niebla se aferró a ellos, los impregnó, y no tardaron en formarse gruesas gotas en las hebillas y en el cuero aceitado del arnés, y en las escamas relucientes de Temerario. Los dragones perseguidores se llamaron unos a otros con rugidos y se lanzaron tras él. El velo de la niebla los envolvía en sus extraños repliegues y los convertía en lejanas sombras oscuras, así que el Celestial se descubrió ganando altura sin dirección precisa en medio de un extraño fondo informe, seguido por las imágenes espectrales de sus buscadores.

Al salir de la niebla se encontró con la pared de una imponente montaña blanca recortada contra el azul del cielo y Temerario rugió cuando estuvo encima, lo cual supuso un verdadero golpazo contra la apelmazada pared de hielo y nieve. El aviador se aferró al arnés cuando Temerario se puso a remontar la pared cortada a pico y voló casi en vertical a más y más altura. Los hostigadores salieron de entre las nubes solo para tener que retroceder ante el retumbo de la avalancha que se les venía encima como la suma de todas las nevadas de una semana concretada en un solo latido. Todos los Winchester chillaron alarmados y se desperdigaron como una bandada de gorriones.

—Al sur, rumbo al sur —indicó Laurence, llamando a Temerario, y le señaló el camino cuando llegaron a la cima y la dejaron atrás, distanciando definitivamente a sus perseguidores.

No obstante, el capitán podía ver el relumbre de las almenaras a lo largo de toda la línea de la costa. Por lo general, estaban ideadas para alertar de una invasión procedente de la dirección opuesta, del este, del continente. Estarían alerta todos los dragones de todos los cobertizos, aun sin saber con exactitud la naturaleza de la alarma e intentarían interceptar su vuelo, claro. No había dirección que no los condujera a las inmediaciones de algún cobertizo y les cortarían el paso en cuanto los vieran, y acabarían siendo atrapados entre dos fuerzas. Por eso, su única esperanza consistía en dar un rodeo e ir por la costa del Mar del Norte, que estaba mucho menos protegida, y acortar por Edimburgo, pero aun así, debían intentar cruzar el mar desde el punto más próximo a Europa, pues Temerario se hallaba muy cansado.

Pronto se haría de noche. En tres horas se acogerían a la seguridad brindada por la negrura. Tres horas. Laurence se enjugó el rostro con la manga y se acurrucó en su posición.

Temerario se posó seis horas después. Su ritmo había ido decayendo poco a poco,

el lento y acompasado movimiento de sus alas se asemejaba al avance de un reloj que se había quedado sin cuerda, pero el dragón siguió hasta que Laurence miraba a uno y otro lado sin ver titilar ni una sola luz, ni el fuego de un pastor ni una antorcha hasta donde alcanzaba la vista.

—Desciende, amigo mío —dijo al fin—, debes descansar un poco.

Pensaba que seguían en Escocia, o tal vez en Northumberland, pero no estaba seguro. Se hallaban muy al sur de Edimburgo y de Glasgow, eso sí lo sabía, en algún lugar de un valle poco profundo. Escuchaba el correteo de una corriente de agua en algún lugar no muy lejano de allí, pero los dos estaban demasiado cansados como para ir en su busca. Sintió un hambre voraz de forma repentina: devoró toda la galleta de sus bolsillos y apuró hasta el último trago de grog. Luego, se acomodó junto a la curva del cuello de Temerario, extendido de cualquier manera lejos del cuerpo y de las alas desplegadas, pues el dragón se había dormido tal y como se había posado.

Laurence se desvistió y depositó las prendas empapadas junto al costado del Celestial con el fin de que el calor natural del cuerpo del dragón pudiera secarlas; luego, se envolvió con su capa y se tendió a dormir. Soplaba un viento helado procedente de las montañas, y era lo bastante frío como para que estuviera con la carne de gallina. A Temerario le hicieron ruido las tripas y se removió. A lo lejos se oyó un susurro y el chacoloteo de unos cascos: algún animal corría despavorido, pero el dragón no se despertó.

Laurence no supo nada más hasta el día siguiente. Al abrir los ojos vio las fauces ensangrentadas de Temerario devorando un ciervo y tenía otro sobre el suelo. Tragó el primer ejemplar y miró a Laurence con cierta ansiedad.

—Crudo está bastante rico también y puedo cortártelo en trocitos, aunque tal vez puedas usar el sable, ¿no? —sugirió el dragón.

—No. Comételo todo, por favor, a mí no me espera un trabajo tan agotador como a ti —repuso Laurence, que se levantó para lavarse la cara en un hilito de agua, cuyo curso discurría a diez pasos escasos de donde se habían desplomado la noche anterior.

Luego, el aviador fue en busca de su ropa. Temerario había hecho lo posible por desplegarlas con las garras sobre una roca caldeada por el sol. En todo caso, ya no estaban excesivamente húmedas, pero sí bastante castigadas. Al menos los rasgones no mostraban demasiado siempre que llevara puesto el largo sobretodo.

Laurence bosquejó en el suelo el contorno de las costas del Mar del Norte y Europa después de que Temerario terminase el desayuno.

—No podemos arriesgarnos a ir mucho más al sur de York —le informó Laurence —. El campo está muy poblado en cuanto pasamos las montañas. Nos verán de inmediato durante el día y tal vez también por la noche. Debemos seguir volando sobre las montañas hasta llegar cerca de Scarborough, en Yorkshire, pasar por encima de la localidad durante la noche y luego dirigirnos hacia Holanda, nuestro objetivo

final al otro lado del mar. La campiña allí se encuentra lo bastante despoblada como para que no supongamos una amenaza inmediata, o eso espero. Y luego, basta con seguir la línea de la costa hasta llegar a Francia, donde solo cabe esperar que no nos peguen un tiro sin dejarnos decir ni una palabra.

Enarboló la camisa hecha jirones en lo alto de un palo a modo de bandera blanca para dejar claro su ánimo de parlamentar y la agitó con fuerza desde su posición en el cuello de Temerario cuando entraron en Dunquerque. La alarma se había desatado a sus pies, en el puerto, entre los barcos franceses cuando los marineros vieron aparecer a Temerario, lo cual demostraba que la fama del Celestial por el hundimiento de la *Valérie* había llegado hasta tan lejos, y empezaron a cañonearle sin cesar, por mucho que fuera un intento inútil, pues se hallaba demasiado alto como para que pudieran alcanzarle.

Los dragones franceses formaron una nube y, con gran determinación, lanzaron una furiosa carga. Muchos de ellos ya estaban tosiendo y la mayoría no estaba de humor para grandes conversaciones hasta que tuvieron que arrostrar el rugido de Temerario, y eso los dejó desconcertados. Entonces, el Celestial aprovechó la ocasión para proclamar a voz en grito:

—*Ârret! Je ne vous ai pas attaqué; il faut que vous m'écouter: nous sommes venus por vous apporter du médicament*[17].

Consiguieron sembrar una duda en el primer grupo, que se puso a dar vueltas a su alrededor, pero sin solución de continuidad apareció otro desde el cobertizo, bramando gritos de desafío. La confusión aumentó más y más entre ambos grupos. Los capitanes hablaban unos con otros a través de las bocinas hasta que al final se impuso el uso de banderas y fueron escoltados hasta el suelo por una guardia de honor de lo más recelosa y nutrida: seis dragones a cada lado y otros tantos en vanguardia y retaguardia.

Una vez que se hubieron posado en una amplia y agradable pradera, se armó un gran revuelo lleno de idas y venidas por todas partes. No había miedo, pero sí preocupación y tanto los dragones como sus oficiales hablaban en murmullos, presas de la ansiedad.

Laurence desató el tiesto y soltó los mosquetones que le sujetaban al arnés, para cuando terminó los soldados ya se arremolinaban a ambos costados de Temerario, y le encañonaron cuando se puso de pie. Un joven teniente entornó los ojos y les habló en un inglés cargado de acento francés.

—Rendíos.

—Ya lo hemos hecho —contestó el capitán de Temerario con hartazgo, y extendió los brazos, ofreciéndole el tiesto de madera. El joven le miró sin salir de su asombro y luego arrugó la nariz—. Son la cura para la tos, para la *grippe des dragonnes* —insistió, señalando a uno de los dragones estremecido por la tos.

Tomaron el tiesto con un enorme recelo, pero lo aceptaron, no como el tesoro inestimable que era en realidad, pero sí al menos con cierto grado de respeto. En cualquier caso, lo perdió de vista y de ese modo quedó también más allá de su preocupación, y una vez hubo cumplido su misión, se apoderó de él una gran flojera, y descendió a tientas, con más torpeza aún de lo que solía ser habitual cuando se soltaba las cinchas del arnés. Se deslizó por el aparejo y bajó de un salto cuando le faltaba poco más de un metro para llegar al suelo.

—Laurence —chilló el Celestial con urgencia y se inclinó hacia él, pues otro oficial francés se había adelantado, había aferrado a Laurence por el brazo, y había tirado de él antes de ponerle en el cuello la boca de una pistola, fría y de tacto grumoso por culpa de los granos de la pólvora.

—Estoy bien —dijo Laurence, conteniendo una tos a duras penas. No deseaba sacar la pistola—. Estoy bien, Temerario, no es necesario que…

No le permitieron decir nada más. Un sinnúmero de manos le agarró por todas partes y los oficiales se congregaron en torno a él como cuando se asegura un nudo para conducirle de malas maneras por el prado hacia la tensa y expectante línea de dragones franceses como a un prisionero. Temerario profirió un grito inarticulado de protesta cuando se lo llevaron a rastras.

Capítulo 17

Laurence pasó la noche en una incómoda y aislada celda situada en las entrañas del cobertizo; el calabozo era caluroso, bochornoso y no tenía ni un mísero respiradero, pues por el estrecho ventanuco con barrotes que miraba a los campos de entrenamiento solo entraba polvo. Le dieron un poco de gachas con aguachirle, otro poco de agua y otro poco de paja sobre la que dormir en el suelo, pero no mostraron ese mínimo interés gracias al cual habría podido comprar unas cuantas cosas que le hubiera hecho la situación más llevadera, y eso que tenía algo de dinero en los bolsillos.

No le robaron, pero ignoraron por completo sus intentos de soborno para obtener un poco más de comida. La fría sospecha del resentimiento brillaba en los ojos de sus captores, cuyos comentarios pronunciados entre dientes parecían hechos para que los entendiera a pesar de su limitado francés. El británico sospechaba que la noticia había corrido entre ellos y estaban al tanto de la naturaleza y la virulencia de la enfermedad, y los ánimos eran poco proclives a la indulgencia. Los guardias eran todos ellos aviadores viejos, en su mayoría antiguos miembros de la dotación de tierra, un grupo de lisiados mancos o con patas de palo; su puesto de carcelero debía de ser una sinecura, como el puesto de cocinero a bordo de los barcos ingleses, aunque Laurence no lograba recordar a ninguno que hubiera rechazado un soborno por una taza de sus brebajes, ni aun cuando hubiera sido el mismísimo diablo.

Aun así, no se lo tomó de forma personal. No hubo margen para ello. Abandonó el intento y se dejó caer sobre el sucio jergón, donde se arrebujó con el sobretodo y durmió un sueño profundo y sin pesadillas hasta que le despertó el estruendo de los carceleros a la hora de entregarle el aguachirle del desayuno, observó el cuadrado de luz dibujado en el suelo por el sol que entraba a chorros por el ventanuco, limpiamente dividido por la sombra de los barrotes, y luego cerró los párpados otra vez, sin molestarse en ponerse de pie e ir a por el desayuno.

Por la tarde, le aferraron con rudeza y le llevaron a otra sala, donde se enfrentó a una serie de oficiales de alto grado con semblante avinagrado, todos ellos dispuestos junto a una larga mesa. Le interrogaron con cierta brusquedad sobre la naturaleza de los musgos, la enfermedad y su propósito al traer la cura, si es que era la cura. Laurence se vio obligado a dar explicaciones una y otra vez, y a hablar más deprisa cuando se ralentizaba con su francés mal trabucado, pues se perdía y se equivocaba cuando conversaba a mayor velocidad y ellos se le echaban encima a la mínima discordancia y le zarandeaban como a un monigote hasta sacarle las pocas fuerzas

que le quedaban.

Esa primera ronda solo fue el comienzo, pues luego se consideraron con derecho a sospechar de él como instrumento de algún truco y no como el que actuaba para evitarlo. A él se le hizo muy difícil soportarlo. Entonces empezaron a formularle otro tipo de preguntas relacionadas con la posición de los barcos en el Canal de la Mancha y las fuerzas del cobertizo de Dover. Al principio no respondió nada, pero luego se le escaparon algunas cosas por culpa de la fatiga y por el hábito de replicar a todo, antes de encerrarse en un mutismo absoluto.

—Podríamos ahorcarle por espía —dijo uno de los oficiales fríamente cuando Laurence se negó a hablar—. Ha venido sin bandera ni uniforme.

—Hice la bandera blanca con mi camisa, pero si a usted no le gusta, sea tan amable de conseguirme otra —contestó el capitán inglés, preguntándose si su siguiente oferta iba a ser azotarle—. Y lo de la horca, prefiero ser colgado por espía inglés que por uno francés.

Las gachas frías le estaban esperando cuando le devolvieron a la celda, y esa fue su cena, la tomó mecánicamente y se fue a mirar por la ventana, aun cuando no había nada que ver. No tenía miedo, solo estaba exhausto.

Los interrogatorios se prolongaron durante una semana, pero se fueron dulcificando de manera gradual y sus captores pasaron de la sospecha a la prevención y de esta a una especie de gratitud teñida de asombro, en especial conforme avanzaban las pruebas que hacían con los hongos. Los oficiales franceses no sabían cómo tomarse los actos de Laurence ni siquiera cuando se hubieron convencido de que la cura era en realidad de lo más efectiva contra la gripe de los dragones. Entonces, volvieron a preguntarle una y otra vez, y cuando el inglés les repetía que solo había venido a traer la cura y salvar la vida a los dragones, le preguntaban:

—Sí, pero ¿por qué?

Le tenían por un quijote cuando no era capaz de darles una respuesta mejor, y eso no podía rebatírselo. Lo cierto es que sus carceleros se ablandaron lo suficiente como para poder comprar pan blanco y cocido de ave. Al final de la semana le pusieron grilletes en los tobillos antes de permitirle salir al exterior para ver a Temerario, instalado en el cobertizo conforme a un estatus donde se demostraba un respeto a la deferencia merecida por el Celestial. Estaba vigilado por un Petit Chevalier de corpulencia similar a la suya que no dejaba de moquear por la nariz. El contenido de un tiesto pequeño no iba a servir para curar a todos los infectados, por supuesto, y aunque el cultivo del ejemplar de muestra había sido encargado a varios bretones especializados en el cultivo de setas, muchos dragones aún tendrían que sufrir varios meses antes de que se generalizara la cura. La pandemia podía extenderse más allá de los países ya afectados, Inglaterra y Francia, donde ya se disponía de una cura. Y en buena lógica cada uno la entregaría a sus aliados, y la codicia de los encargados de

cuidar del hongo los extendería aún más.

—Me encuentro perfectamente —le informó Temerario—. Tienen una carne de vaca estupenda y hasta cocinan para mí, ¿lo sabías? Los dragones de este país están más que dispuestos a probar comida cocinada, y Validius, aquí presente —prosiguió, señalando con el hocico al Petit Chevalier, que le devolvió el gesto con un estornudo —, tenía idea de que era posible cocinar la carne al vino. Jamás se me había pasado por la cabeza que fuera tan agradable, ya que siempre lo estáis bebiendo, pero ahí lo he hecho y sí, su sabor es muy agradable.

Laurence se preguntó cuántas botellas habían tenido que emplear para satisfacer el apetito de dos enormes dragones. Tal vez serían las de una mala añada, pensó el aviador, y confiaba en que los alados no se hubieran hecho a la idea de beber los licores no adulterados para la cocina.

—Me alegra que te hayan instalado con tanta comodidad —dijo, y no efectuó queja alguna sobre su alojamiento.

—Sí, y a ellos les gustaría adjudicarme cinco huevos, todos de dragones muy grandes —añadió Temerario, muy pagado de sí mismo—, y uno de ellos de un lanzafuego, aunque les dije que no podía hacerlo —concluyó con pesar—, ya que, por supuesto, ellos les enseñarían francés a los dragonetes y les harían atacar a nuestros amigos en Inglaterra. Les sorprendió mucho mi negativa.

Esa era una de las muchas cosas que le tocaba afrontar. Lo peor de todo era que podían tomarle por un renegado con todas las de la ley; de hecho, había despertado una gran curiosidad que no se ofreciera a pasarse de bando, a ser un traidor. Se alegraba de ver a Temerario contento, y además de corazón, pero él regresó a su celda aún más desanimado, consciente de que Temerario iba a ser allí tan feliz como en Inglaterra, tal vez incluso más.

—Si puedo pagarlo, le agradecería que me diera una camisa y unos pantalones nuevos —contestó Laurence— No deseo nada más.

—Insisto en que me permita solucionar lo de su ropa —repuso De Guignes—, y veremos qué puedo hacer para alojarle mejor. Me avergüenza que haya sufrido semejante vejación, Monsieur —agregó, y se volvió para dirigir una mirada por encima del hombro a los carceleros que escuchaban y miraban desde la puerta.

—Es usted muy amable, señor —repuso Laurence, haciéndole la venia con un asentimiento de cabeza—, pero no tengo queja alguna respecto al trato recibido, y agradezco mucho el honor que me hace usted al venir desde tan lejos —agregó en voz baja.

Se habían conocido en circunstancias muy diferentes, en un banquete celebrado en China, donde De Guignes encabezaba la legación napoleónica y Laurence la del rey. Era un enemigo político, pero resultaba imposible tenerle inquina. Sin saberlo, Laurence ya se había granjeado el afecto del caballero algún tiempo después, ya que

se tomó ciertas molestias para preservar la vida de su sobrino, hecho prisionero en un intento fallido de abordaje. Por todo ello, el encuentro había sido de lo más cordial en el terreno de lo personal.

La presencia del diplomático era una muestra de acusada amabilidad: el aviador se sabía un cautivo de escasa importancia y menor rango, excepto como garante del buen comportamiento de Temerario. La embajada inglesa había fracasado, pero no así la francesa, que se había apuntado el tanto de atraer a Lien hasta la causa napoleónica y traerla con él de vuelta a Francia. Según tenía entendido Laurence, De Guignes había sido ascendido por tal motivo a algún departamento importante en el servicio diplomático. Era algo honorífico, con más peso nominal que efectivo, desde luego, pero el francés mostraba ahora todos los signos de prosperidad y posición, con los dedos llenos de anillos preciosos y la elegancia ejemplificada en su chaqueta de seda y lino.

—Todo es poco para corregir lo que ha sufrido aquí. No he venido solo por iniciativa propia, sino para asegurarle en nombre de Su Majestad que pronto va a percibir la gratitud de Francia, que tan merecidamente se ha ganado.

Laurence se mantuvo en silencio. Hubiera preferido permanecer encerrado en su celda, malcomido y vestido con harapos antes que verse recompensado por aquellas acciones, pero el destino de Temerario le selló los labios, pues en Francia había al menos alguien que lejos de albergar sentimientos de gratitud hacia el Celestial, tenía todos los motivos para odiarle y desearle lo peor: la propia Lien, que, según decían los rumores, gozaba de la confianza de Napoleón y muy gustosamente vería sufrir a Temerario los tormentos de los malditos. Laurence no pensaba desdeñar la protección que pudiera ofrecerle la gratitud imperial.

Y esta surtió efecto inmediato, eso fue cierto: le llevaron a otros aposentos en cuanto De Guignes salió por la puerta y de una celda pasó a unas hermosas cámaras en el piso de arriba, eran sencillas en apariencia, pero tenían algunos elementos de comodidad: una plácida vista del puerto, donde un bosque de mástiles se mecía con alegría. Por la mañana se materializaron la chaqueta y la camisa de lino y lana cosidos con hilo de seda; le trajeron además calcetines limpios de lino y por la tarde le enviaron un lujosísimo sobretodo de cuero negro con faldones largos hasta las botas y unos botones de oro tan puro que muchos ya no eran ni circulares para reemplazar al suyo, manchado y desgastado.

Temerario admiró los resultados de tanto cambio cuando los dos se reunieron para su traslado a París, y, salvo una queja motivada por el hecho de que no le permitieran llevar a Laurence, se mostró perfectamente satisfecho con el cambio de aires. Eso sí, fulminó con la mirada a la pequeña y temblorosa Pou-de-Ciel que le servía de transporte, como si sospechase de ella que planeaba llevarse a Laurence para los más nefarios propósitos, pero la precaución habría sido prudente incluso si Laurence

hubiera quedado libre bajo palabra de no fugarse, ya que el Celestial era capaz de imprimir al vuelo una velocidad imposible de igualar para el resto de su escolta, aun cuando, eso sí, los hubieran puesto en apuros. Temerario los aventajó en todo momento, salvo en los inicios y en los finales del vuelo, y a menudo tuvo que volver sobre sus pasos y hablar con Laurence a voz en grito para hacerse oír, pues la distancia era grande. La mayoría de los restantes dragones mostraba ya los primeros síntomas de la enfermedad y llegó prácticamente exhausta cuando surgió ante ellos el río Sena.

Laurence no había estado en París desde el último periodo de paz, en 1801, jamás la había contemplado a vista de dragón, pero a pesar de estar tan poco familiarizado con la capital, no se le pasó por alto la transformación a semejante escala. Una ancha avenida, la mitad de la cual estaba cubierta simplemente por tierra, cruzaba el corazón de la ciudad y se abría paso por la fuerza entre los viejos callejones medievales. Se extendía desde las Tullerías hasta la Bastilla y seguía el trazado de la avenida de los Campos Elíseos, a la cual dejaba reducida a la categoría de agradable paseo campestre, pues la nueva avenida tenía una anchura que podía ser la mitad que la enorme plaza de Pekín, situada delante de la Ciudad Prohibida, y muchísimo más larga. Los dragones sobrevolaban por encima de ella, dejando sobre el trazado de la vía grandes montones de losas.

Estaban erigiendo un arco del triunfo a escala monumental en la plaza de l'Étoile, aun cuando en aquel momento era en gran parte todavía un prototipo de madera, y nuevos terraplenes en la orilla del Sena, y ya de forma más prosaica, habían practicado zanjas de gran hondura en el suelo, donde habían construido nuevas cloacas con adoquines unidos con argamasa. Una sucesión de mataderos se alzaba en las afueras de la ciudad, se reclinaban sobre una muralla recién levantada, con una espaciosa plaza abierta en el medio, donde asaban en espetones un elevado número de vacas. Un dragón allí sentado comía una sin prisa, la sostenía sobre el espetón como si fuera una espiga.

Justo debajo de ellos se extendía el jardín de las Tullerías, recientemente agrandado: había ganado casi cuatrocientos metros hacia el norte desde la ribera del Sena, devorando el contorno de la plaza Vendôme; y dominando la orilla del río, en el lado derecho de palacio, se alzaba un gran pabellón de roca y mármol, un edificio de estilo romano, pero a una escala diferente, y en el patio cubierto de hierba acondicionado junto a él descansaba adormecida a la sombra la fina y blanca silueta serpentina de Lien. Se la distinguía con facilidad de los demás dragones ubicados a su alrededor, sí, pero a una distancia respetuosa.

Los hicieron descender en uno de esos jardines, no donde dormía la dragona, sino en otra plaza ubicada delante de palacio, con un improvisado pabellón de madera y lona de vela levantado apresuradamente en su honor. Laurence apenas tuvo tiempo de

ver acomodado a Temerario antes de que De Guignes le tomara del brazo y le invitara a entrar con una sonrisa, pero por mucha sonrisa que hubiera, le sujetaba con firmeza y los guardias aferraban los mosquetes con fuerza. Era huésped de honor y prisionero al mismo tiempo.

Le condujeron a unas estancias dignas de un príncipe. Si le hubieran vendado los ojos, habría podido estar andando a ciegas durante cinco minutos sin darse con una pared, pero al aviador dicha escala descomunal le resultó más molesta que lujosa, pues estaba acostumbrado a espacios muy reducidos. Se le antojaba una molestia el paseo que debía darse para ir del vestidor al orinal y la cama, suave en exceso y rodeada de colgaduras con el fin de mantener el calor, resultaba agobiante. Cuando se encontró allí solo, debajo del alto techo lleno de pinturas murales, se sintió un actor interpretando una obra de tercera del que se mofaba todo el público.

En un rincón había una mesa de escritorio donde tomó asiento por ponerse en algún sitio, más que nada, y levantó la tapa, donde halló varias cuartillas, buenas plumas y tinta, al abrir el bote descubrió que era reciente y estaba en buen estado. La cerró. Estaba en la obligación de redactar seis cartas, pero jamás iba a escribirlas.

Se hacía de noche en el exterior y desde su ventana podía ver el pabellón de la ribera, iluminado por una miríada de linternas de colores. Los trabajadores se habían marchado. Ahora, Lien se hallaba en lo alto de la escalinata con las alas plegadas a la espalda, contemplando el reflejo de las luces en el agua. Era una silueta más que una figura. La dragona volvió la cabeza. Laurence siguió la dirección de su mirada y vio a un hombre que se dirigía hacia ella por un amplio sendero y luego ascendía hasta entrar en su pabellón. El caminante iba escoltado. Las linternas iluminaron los uniformes rojos de los guardias, que se quedaron al pie de las escaleras mientras él ascendía los escalones.

De Guignes acudió a la mañana siguiente después del desayuno, prodigando amabilidad y buenos sentimientos con fuerzas renovadas. Juntos fueron a ver a Temerario con la compañía de una escolta no muy nutrida. El dragón estaba despierto y movía la cola de un lado para otro en un estado próximo a la indignación.

—Lien me ha enviado una invitación —se quejó en cuanto Laurence se hubo sentado—. No sé qué se propone, pero no voy a ir a hablar con ella, eso desde luego.

La invitación consistía en un texto de caracteres chinos hermosamente escritos sobre un rollo de papel atado con una borla de grana y oro. No era muy largo, se limitaba a requerir la presencia de Lung Tien Xiang en el pabellón de los Siete Pilares para tomar el té en apacible reposo a mediodía.

—No veo nada manifiestamente falso en el manuscrito. Tal vez ella lo considere un gesto de reconciliación —sugirió el aviador, aun cuando no creía que hubiera muchas posibilidades.

—No, ni por asomo —afirmó el Celestial con aire sombrío—. Estoy seguro de

que si voy, el té va a ser horroroso, al menos el mío, y voy a tener que beberlo para no parecer maleducado, o se pondrá a hacer comentarios inofensivos en apariencia, hasta que me vaya y me ponga a darle vueltas y vueltas, o volverá a intentar matarte mientras yo no estoy ahí. Tú no vas a ir a ninguna parte sin un guardia y si alguien intentase algo, solo tienes que gritar muy, muy fuerte para que yo te oiga —añadió—. Estoy seguro de ser capaz de tirar una pared de ese palacio si fuera necesario para llegar junto a ti.

De Guignes compuso una de sus habituales caras inexpresivas al oír aquello, pero enseguida recobró el aplomo y dijo:

—Le aseguro con todo mi corazón que no hay en toda Francia nadie tan sensible con vuestra generosidad. Madame Lien ha sido uno de los primeros en recibir la cura que nos habéis entregado.

—Vaya —repuso el Celestial, contrariado.

—Y os da la bienvenida con los brazos abiertos, como toda la nación —continuó De Guignes valientemente.

—Memeces. No me creo nada —respondió Temerario—. De todos modos, ella no me gusta incluso si es eso lo que pretende, así que puede guardarse sus invitaciones y su té, y también su pabellón —añadió en voz baja, retorciendo la cola con envidia.

El francés tosió y no hizo ningún otro intento por convencerle, se limitó a decir:

—Presentaré las pertinentes disculpas en tal caso. De todos modos, los dos vais a estar bastante ocupados con los preparativos del acto de mañana por la mañana: Su Majestad desea conoceros y expresaros la gratitud de toda la nación. Desea haceros saber que le entristecería mucho que las formalidades de la guerra salieran a relucir en una audiencia de estas características, y el emperador, por su parte, os recibe como hermanos, no como prisioneros —añadió con una mirada elocuente, llena de tacto y significado: se insinuaba que no tenían por qué ser prisioneros siempre y cuando ellos así lo eligieran.

Todo ese discurso tan medido y la afabilidad de sus modales tenían una apariencia marcadamente interesada que, para hacer justicia a la humanidad de ese hombre, le confería un aire displicente. Habría bastado un simple asentimiento de cabeza para aceptar. Sin embargo, Laurence ladeó la suya para ocultar una expresión de desagrado. En cambio, Temerario sí intervino:

—Si no le gusta que seamos prisioneros, y siendo como es el emperador, siempre puede dejarnos marchar. No vamos a luchar contra nuestros propios amigos en Inglaterra si es eso a lo que te refieres.

El diplomático esbozó una sonrisa sin la menor muestra de haberse ofendido.

—Su Majestad jamás os invitaría a ningún hecho deshonroso.

El sentimiento era muy noble, pero el aviador estaba dispuesto a confiar en Napoleón tanto como en los lores del Almirantazgo, o sea, nada. De Guignes se

levantó con garbo y dijo:

—Debo atender otras obligaciones, espero que sepáis disculparme. Cuando hayáis terminado la conversación, el sargento Lasalle y sus hombres le escoltarán a sus aposentos para comer, capitán.

El diplomático se quitó de en medio de forma estratégica para permitirles sopesar sus vagas sugerencias en soledad.

Ninguno de los dos dijo nada durante un tiempo. Temerario rasguñó el suelo con las garras.

—No podemos quedarnos incluso aunque no luchemos, ¿verdad? —preguntó el dragón con un hilo de voz, con vergüenza—. Se me ha ocurrido que podríamos volver a China, pero entonces tendríamos que dejar las cosas en Europa como están. Estoy seguro de que podré protegerte de Lien y tal vez podría echar una mano en la construcción de ese camino. O quizá podría escribir libros. Este lugar parece muy agradable. Puedo ir andando por los jardines o por los caminos y encontrarme con gente.

Laurence fijó la vista en las manos, donde no tenía una respuesta a sus cuitas. No deseaba apenar ni hacer sufrir a Temerario, pero él conocía su destino desde el mismo instante en que se embarcó en aquella aventura, así que al final, en voz baja, le dijo:

—Amigo mío, confío en que te quedes y elijas una profesión de tu agrado, o que Bonaparte te expida un salvoconducto para que puedas regresar a China si así lo prefieres, pero yo debo volver a Inglaterra.

—Pero… —Temerario se calló y luego añadió con inseguridad—: Te colgarán.

—Sí —admitió Laurence.

—No te llevaré ni les dejaré llevarte —contestó el dragón—. Laurence…

—He cometido un acto de alta traición y no voy a añadir la cobardía a ese crimen y no pienso permitir que me protejas de sus consecuencias —el aviador miró hacia otro lado, pues resultaba doloroso ver a Temerario, callado y tembloroso—. No me arrepiento de lo que hemos hecho —continuó en voz baja—. No habría llevado a cabo semejante acto si no estuviera dispuesto a morir por ello, pero no tengo intención alguna de vivir como un traidor.

El Celestial se estremeció y se echó hacia atrás, quedándose apoyado sobre los cuartos traseros mientras miraba sin ver los jardines, inmóvil, y al cabo de mucho rato concluyó:

—Nos acusarán de movernos solo por el interés si nos quedamos. Dirán que vendimos la cura a cambio de una recompensa o de una vida acomodada aquí o en China, o tal vez que éramos unos cobardes y pensábamos que Napoleón iba a ganar la guerra, así que optamos por no luchar. Ellos jamás admitirán que se equivocaron y que sacrificamos nuestra felicidad para reparar un desmán que, para empezar, nunca debió haberse cometido.

Laurence no había desarrollado ni articulado tanto una decisión muy instintiva, no necesitaba hacerlo para saber que debía hacerlo. A él, por su parte, le daba igual lo que pensaran de su actuación y así lo dijo.

—Ya sé lo que van a pensar de esto y estoy convencido de que nada de cuanto hagamos va a alterar su forma de pensar y sentir. Si nos hubiera importado algo, no nos hubiéramos ido. No me propongo regresar para llevar a cabo un gesto político, sino porque debo hacerlo si queda algo de honor para preservar después de un acto de semejante índole.

—Bueno, a mí el honor me importa un pimiento, pero me preocupan las vidas de nuestros amigos y esos lores deberían avergonzarse de sus actos, aunque supongo que nunca lo harán, pero otros sí podrían hacerlo si no les dieran una excusa tan conveniente para desestimarlo todo —inclinó la cabeza—. Muy bien, vamos a decir que no. Siempre podemos escaparnos y regresar por nuestra cuenta si Bonaparte no nos libera.

—No, eso es un despropósito, amigo mío —repuso el capitán, retrocediendo—. Harías mucho mejor en regresar a China. Van a mandarte a los campos de cría.

—Ya lo creo que voy contigo, desde luego. ¿No habrás pensado que iba a escaparme y tú no después de lo que has hecho por mí? —Temerario desdeñó la idea—. No, si pretenden matarte, tendrán que matarme a mí también. Soy tan culpable o más que tú, y no pienso dejar que te maten mientras siga con vida, y si no les agrada la idea de ejecutarme, me plantaré delante del Parlamento hasta que les haga cambiar de idea.

Anduvieron juntos a través de los jardines hasta llegar al gran pabellón. El capitán inglés marchaba entre una compañía de guardias imperiales, estaban espléndidos con sus altos chacós negros y casacas azules, aun cuando esos atavíos les hacían sudar mucho. Lien se hallaba en la ribera, observando con aire benevolente el ajetreo del tráfico del río Sena, que discurría ante ella, pero volvió la cabeza cuando ellos hicieron acto de presencia y los saludó con una amable inclinación. El Celestial se envaró y profirió un ruido sordo.

Ella desaprobó los modales de Temerario negando con un gesto.

—No tienes por qué menear la cabeza —le increpó el dragón—. No tengo interés en fingir que somos amigos. Lo que ocurre es que yo no soy ningún embustero, y punto…

—No hay amistad entre nosotros, y los dos lo sabemos, así pues ¿cómo puede haber embustes entre nosotros y quienes son de nuestra confianza? No se llaman a engaño ninguno de los que tienen derecho a saberlo, salvo aquellos que han optado por hacer oídos sordos, pero ahora, con esos modales tuyos de paleto, todos deben darse por enterados y les haces sentirse incómodos.

Temerario siguió murmurando mientras se acercaba todo lo posible a los

guardias, cada vez más nerviosos, en un intento de aproximarse a Laurence. Le trajeron una gran taza de té, la olisqueó con aire desconfiado y al final la rechazó. El aviador no rechazó el vaso con cubitos de hielo. Una suave brisa refrescante venía del río y la exuberante vegetación del parque. El vasto espacio revestido de mármol era agradable. En algún recóndito escondite corría un hilo de agua sobre la piedra, pero el día era muy caluroso incluso a pesar de que aún la mañana no había avanzado mucho.

Alguien dio una voz de aviso para que se cuadraran los soldados y entonces Bonaparte vino por el camino, seguido de guardias y secretarios, uno de los cuales escribía con frenesí, redactando una carta al dictado a pesar de que iba andando al mismo tiempo. El emperador añadió las palabras de despedida mientras todos subían por las escaleras. Entonces, Napoleón se giró, atravesó dos filas de guardias que se quitaban como podían de su camino y tomó a Laurence por los hombros antes de besarle en ambas mejillas.

—Majestad —dijo Laurence con un hilo de voz.

Laurence había visto a Bonaparte una vez con anterioridad, eso sí, de forma fugaz y desde un escondrijo, mientras estudiaba desde un alto el campo de batalla de Jena. En aquella ocasión le habían impresionado la intensidad y la casi cruel anticipación de su expresión, la mirada lejana de halcón que se tensaba antes de saltar. No había menos intensidad en ese momento, aunque tal vez estaba algo más suavizada. El emperador parecía más corpulento y su rostro más redondeado que en aquella cima de Jena.

—Venga, camine conmigo —los invitó Bonaparte, y le tomó del brazo para conducirle junto al río, donde no tuvo que caminar, se limitó a quedarse de pie y dejar que el emperador anduviese arriba y abajo, haciendo gestos, con una energía inagotable—. ¿Qué piensa de mis obras en París? —inquirió, haciendo un ademán hacia la visible nube de dragones que trabajaba en el nuevo camino—. Pocos hombres han tenido la oportunidad de ver mis diseños como usted, desde el aire.

—Es una tarea extraordinaria, Majestad —dijo Laurence, y lamentó ser tan sincero. Era la clase de tarea que, en su opinión, y por desgracia, solo podían acometer los tiranos, y la característica de todas las empresas de Napoleón era aplastar la tradición con una especie de avance hacia ninguna parte. Le habría gustado encontrar los cambios desagradables o poco razonados—. Le dan más carácter a la ciudad.

Napoleón asintió, satisfecho con ese comentario.

—Solo es un espejo para ayudar a expandir el carácter nacional, que es mi objetivo. No voy a permitir que los hombres teman a los dragones. Si es cobardía, resulta deshonroso; si es superstición, de mal gusto, y no hay objeciones racionales. Solo es un hábito y los hábitos deben y pueden romperse. ¿Debería ser Pekín superior a París? Voy a tener la ciudad más hermosa del mundo, tanto de hombres como de

dragones.

—Es una noble ambición —dijo Laurence en voz baja.

—Pero no está de acuerdo con ella —saltó Bonaparte. Laurence se encogió ante lo repentino de aquel ataque verbal, pues casi era palpable—. Y no va a quedarse para verla terminada a pesar de que tiene prueba sobrada de las medidas pérfidas y deshonrosas de ese gobierno de oligarcas, no puede ser de otra manera cuando el dinero se convierte en la fuerza motora del estado. Debe haber algún poder moral por encima, alguna ambición, una meta que no sean solo la riqueza y la seguridad.

Laurence valoraba demasiado poco el sistema de Bonaparte, que consumía la vida y la libertad de los hombres en aras a un insaciable apetito de gloria y poder, pero no intentó discutir: habría sido realmente duro poner en orden cualquier argumento después de semejante monólogo que a su interlocutor no le importaba seguir a falta de una oposición o una respuesta. Luego, divagó largo y tendido sobre principios económicos y filosóficos, la estupidez estéril de los gobiernos religiosos, y entró con todo lujo de detalles en aspectos filosóficos que iban más allá de su comprensión sobre las diferencias entre el despotismo de la monarquía borbónica y su propio estado imperial: los soberanos habían sido tiranos y parásitos que detentaban el poder a través de la superstición para satisfacer sus apetitos personales, pero sin mérito alguno, mientras que él era el defensor de la República y el servidor de la nación.

Laurence solo podía aguantar como una piedrecita en medio de la avalancha y esperar al fin de la tormenta.

—Majestad, soy un soldado, no un estadista —se limitó a decir—, y tampoco soy de gran erudición, pero amo a mi país. He venido porque era mi deber como hombre y como cristiano, igual que ahora mi deber es regresar.

Bonaparte le contempló unos instantes y crispó el rostro, disgustado, y bajó los ojos, pero su mirada revoloteó enseguida por todas partes. Entonces se acercó y tomó a Laurence por el brazo con ánimo persuasivo.

—Se equivoca usted con respecto a su deber. Va a desperdiciar su vida. Puede decir que sí, pues es solo suya, pero no es solo suya. Tiene usted un dragón joven consagrado a los intereses de su aviador y que le ha dado todo su amor y su confianza. ¿Acaso puede un hombre no corresponder a semejante amigo y tan gran consejero libre de todo rastro de envidia o egoísmo? Eso le ha hecho a usted como es. Piense cómo sería su vida sin ese golpe de fortuna que puso el corazón de ese dragón a su cargo.

Seguiría en el mar casi seguro, o tal vez habría vuelto a casa, donde tendría una pequeña finca y tal vez estuviera casado y a lo mejor hubiera tenido ya su primer hijo. Edith Woolvey, Galman de soltera, había dado a luz hacía cuatro meses. Y en lo tocante a su carrera militar, lo más probable era que en ese momento estuviera destinado al bloqueo y navegase entre Brest y Calais, haciendo alguna tarea necesaria

y rutinaria. Habría llevado una vida próspera y honesta, aun cuando sin ninguna posibilidad de hacer nada glorioso, una existencia donde estaría tan lejos de la traición como de la luna. Él nunca había pedido ni esperado nada más.

Tuvo la visión de esa vida alternativa casi al alcance de los dedos, era una imagen idílica, mítica, suavizada por la cómoda ceguera de la inocencia. Podía arrepentirse, se arrepentía ahora mismo, salvo que en esa vida no había espacio en el jardín para una casa donde un dragón pudiera dormir al sol.

—Usted no padece la enfermedad de la ambición —dijo Bonaparte—, así que mucho mejor. Déjeme concederle un retiro honorable. No voy a insultarle ofreciéndole una fortuna, solo lo necesario para mantenerse a usted y a los suyos: una casa en el campo, una manada de vacas. No va a pedírsele nada que no quiera dar —la mano se engarfió con más fuerza a su brazo cuando Laurence quiso alejarse—. ¿Tendrá la conciencia más limpia cuando su dragón haya sufrido cautiverio? Un cautiverio largo he de decir —añadió con dureza—, porque no van a revelarle el momento de su ejecución.

Laurence soltó un respingo, y a través de los dedos de Bonaparte clavados en su carne sintió esa verdad como una brecha en sus líneas.

—¿Acaso piensa que vacilarán a la hora de falsificar su firma en cartas que no ha escrito? No, y usted lo sabe, y en cualquier caso, las leerán en voz alta nada más. Bastarán unas pocas palabras. «Estoy bien», «me acuerdo de ti», «espero que seas obediente». Le tendrán prisionero mejor que con barrotes de hierro. Esperará y alimentará la esperanza durante muchos años, pasando hambre y frío, siendo descuidado mucho después de que le hayan colgado a usted. ¿Puede estar satisfecho de sentenciar a semejante condena al dragón?

El aviador sabía que el origen de todo aquello era una preocupación interesada: si Bonaparte no podía contar con la colaboración de Temerario, ni siquiera para la fertilización de los huevos, estaría contento de privar de su concurso a los británicos, y probablemente tenía la esperanza de persuadirles de hacer más cosas con el tiempo. Ese conocimiento frío e impersonal no daba comodidad alguna a Laurence. No le importaba demasiado el posible interés del emperador, pero lo cierto era que muy probablemente tuviera razón.

—Señor, me gustaría que usted pudiera persuadirle para que se quedara —aseguró con voz desacompasada—. Yo debo volver.

Necesitó de un gran acto de voluntad para pronunciar esas palabras, le salieron como si estuviera sufriendo una constricción por parte de una boa, como quien ha corrido cuesta arriba mucho, mucho rato, desde la conversación con Temerario en el claro, desde que los dos dejaron Londres atrás. Pero la montaña había quedado a su espalda. Había llegado a la cima y permanecía en ella, tomando aire. No había nada más que hacer o decir. Su respuesta estaba tomada. Miró a Temerario, que le esperaba

hecho un manojo de nervios dentro del pabellón abierto. Pensó que podía intentar la fuga y tratar de volver a Inglaterra, donde le esperaba la cárcel. Tampoco habría mucha diferencia si moría en el intento.

Bonaparte leyó esa determinación en su mirada, se alejó y se puso a pasear de un lado para otro con el gesto crispado hasta que al final se volvió:

—Dios me impida torcer una resolución como la suya, capitán. Su elección es la de Régulo, y yo le honro por ello. Será libre, debe ser libre, y aún más: un destacamento de mi vieja guardia le escoltará hasta Calais. La formación de Accendare velará por usted mientras cruza el Canal de la Mancha bajo bandera de tregua y todo el mundo sabrá que al menos Francia reconoce a un hombre de honor.

El cobertizo de Calais estaba atestado: no era fácil poner orden a catorce dragones y la propia Accendare se inclinaba a hablar con brusquedad y se mostraba difícil, irritable y cansada de tanto toser. Laurence permaneció de espaldas a ese caos y solo deseó irse y haber acabado con todo, pero con desánimo. Estaba harto de la hueca ceremonia, las águilas, las banderas, las hebillas pulidas, el azul de las guerreras nuevas de los uniformes franceses. Soplaba viento favorable para navegar hacia Inglaterra. Los esperaban al otro lado del mar, pues ambos países habían intercambiado mensajes para acordar la negociación. Acudirían a buscarle con dragones y cadenas. Tal vez hasta estuvieran Jane, o Granby, o tal vez solo hubiera desconocidos que no supieran nada de su delito. A esas alturas, su familia estaría enterada con todo lujo de detalles.

De Guignes recogió el mapa de África de la mesa y lo enrolló. Laurence le había mostrado el valle donde habían encontrado el suministro de hongos. Los franceses tenían lo que él les había dado. Los hongos estaban creciendo, pero Bonaparte no deseaba esperar o arriesgarse a que saliera mal la cosecha, supuso Laurence. Tenía intención de enviar a por ellos una expedición de inmediato, y de hecho ya se estaban preparando en el puerto dos fragatas de línea elegantes y Laurence tenía entendido que esperaban otras tres procedentes de La Rochelle con la esperanza de que al menos una fuera capaz de eludir el bloqueo y llegase a su destino, donde debía adquirir una cantidad sustancial mediante la negociación o el hurto. Laurence solo esperaba que no los hicieran prisioneros a todos, pero aunque así fuera, suponía que tampoco importaba demasiado. La cura estaba comprobada e iba a extenderse. No morirían más dragones. Eso, al menos, era una pequeña satisfacción, aunque fuera anodina e insustancial.

El aviador había temido un último intento de soborno o seducción, pero De Guignes ni siquiera le pidió que hablara. El diplomático mostró mucho tacto: trajo una polvorienta botella de brandy y le sirvió un vaso con generosidad.

—Por la esperanza de paz entre nuestros pueblos —propuso.

Laurence se humedeció los labios por ser amable, pero dejó sin probar la fría

colación.

Salió en busca de Temerario en cuanto clareó el alba. Este no se había visto mezclado con el clamor general. Se sentaba aparte, agazapado, en cuclillas, mirando al otro lado del mar. Laurence se inclinó junto a él y cerró los ojos. Los latidos de su corazón se oían con la fuerza de la marea en una concha.

—Quédate, te lo pido —dijo Laurence—. Así no vas a servirme ni a mí ni a tu causa. Se interpretará como un caso de lealtad ciega.

—Si me quedo, dirán que te desvié del camino contra tu voluntad —respondió Temerario al cabo de unos instantes—. ¿Fue así?

—Nunca, por amor de Dios —respondió el aviador, envarándose, ofendido de que lo hubiera sugerido siquiera. Demasiado tarde comprendió que el dragón le había llevado hasta la línea de salida.

—Napoleón me dijo que si yo me quedaba, tú siempre podrías decirles eso si te venía bien, pero yo le contesté que tú nunca harías algo así, de modo que no servía de nada quedarme, así que deja de intentar convencerme. Nunca voy a quedarme aquí mientras intentan ahorcarte.

Laurence agachó la cabeza y sintió que era justo. Él no pensaba que Temerario debiera quedarse aunque deseaba que lo hiciera y fuera feliz.

—Tienes que prometerme que no vas a quedarte para siempre en los campos de cría —le aleccionó en voz baja—. No te quedes allí más allá de Año Nuevo a menos que me dejen visitarte en persona.

Estaba convencido de que le ejecutarían el día de San Miguel.

Fragmento de *El reino tsuana*, una breve historia en tres volúmenes

Extractos de una carta publicada en la Philosophical Transactions of the Royal Society, Abril de 1806

De Sipho Tsuluka Dlamini
Londres, 1838, Chapman & Hall, Ltd.

La obra es una historia del reino tsuana desde los orígenes hasta el momento actual, así como un estudio geográfico completo de su territorio, haciendo especial énfasis en Mosi oa Tunya, la capital. Incluye varios comentarios de interés acerca de las tradiciones autóctonas.

El proceso gradual de consolidación de los tsuana y los sotho trajo consigo una laxa confederación de reinos tribales fundados en un principio, si ha de hacerse caso a los historiadores tribales, a lo largo de toda la franja meridional del continente en las postrimerías del primer milenio merced a una migración generalizada y espontánea hacia el sur. No somos capaces de cuantificar la fuerza de este desplazamiento ni tampoco la causa; tal vez se movieran en busca de tierras de caza o de nuevos territorios espoleados por el aumento poblacional tanto de hombres como de dragones.

Se cree que la cría y explotación de rebaños de elefantes debió de dar sus primeros pasos poco antes de que llegara a su término este éxodo, cuando las necesidades acuciantes del hambre ya no podían satisfacerse mediante un mayor desarrollo de las posibilidades de una existencia nómada. Un estudio del arte elaborado en marfil revela el éxito de la cría elefantina: se consiguieron ejemplares más dóciles que las reses bovinas y de tamaño muy superior a los paquidermos salvajes. En la capital se conserva una serie de colmillos donde puede comprobarse como los de cada generación criada en cautividad son mayores que los de la anterior. Fueron tallados con extremada minuciosidad antes de ofrendarlos al rey durante una ceremonia que, en aquel entonces, era muy larga.

(…)

Estas tribus se hallaban unidas únicamente por lejanos vínculos de sangre, lenguas dialectales inteligibles para todos ellos, algunas costumbres comunes y ciertas observancias religiosas, la más notable de las cuales era, por supuesto, la práctica del renacimiento en un dragón, impulsada, en primer lugar, por la necesidad de conseguir una colaboración más estrecha con los alados para atender las necesidades de las manadas de elefantes, que exigían un trabajo muy superior al que era capaz de organizar una sola tribu. (…) [La] demanda creciente de oro y marfil propició una mayor centralización a partir del siglo *XVII*, que se hizo notar en el interior del continente varias décadas antes de la aparición del esclavismo. La demanda de esclavos alcanzó un extremo tan álgido que las tribus esclavistas más agresivas se aventuraron a realizar razias en el territorio dragontino. La centralización también se vio espoleada por otros factores, como el rápido desarrollo de la minería aurífera desde mediados del siglo *XVIII*, una empresa que, según indican las autoridades tsuanas, es más productiva si se lleva a cabo con el concurso simultáneo de diez dragones que si la explotación recae sobre cualquier tribu en exclusiva, y la importancia creciente del comercio del marfil. A comienzos de siglo enviaban a la costa cerca de sesenta mil libras de marfil al año, sin levantar por ello sospecha alguna entre los comerciantes europeos, que se llevaban los dientes de elefantes obtenidos gracias a los dragones que impedían todo acceso del hombre blanco al interior del continente y no a pesar de ellos.

Acerca de Mosi oa Tunya

Todos cuantos han contemplado las cataratas de Mosi oa Tunya las enaltecen, y con toda justicia, pero eso no quita para que sean un asentamiento de lo más inconveniente para los hombres en solitario, cuya capacidad para moverse entre aquellas gargantas es muy limitada. En su estado natural, las cataratas tampoco ofrecían un buen refugio a los dragones salvajes.

El lugar era admirado y visitado de forma ocasional, tanto para solazarse en su contemplación como por motivos religiosos, pero estaba deshabitado y permanecía virgen cuando los primeros grupos de sothos y tsuanas se afincaron en la región e hicieron de las cataratas una suerte de centro ceremonial y un factor de centralización de las tribus más fuerte. (…) El deseo de los dragones ancestros por disponer de cobijos más confortables dio el impulso necesario para llevar a cabo los primeros intentos de horadar cuevas, cuyos restos aún pueden verse en las cascadas, en las cámaras más toscas y también las más sacrosantas talladas en la parte inferior de las paredes de piedra. Su perforación ayudó a desarrollar la técnica empleada más tarde para la explotación de las minas de oro.

La práctica del renacimiento dragontino requiere aquí un mayor ahondamiento en

aras a aclarar todo lo dicho en la prensa británica a raíz de los informes de misioneros bienintencionados que, llevados de su fervor religioso, están muy dispuestos a considerar todo eso como una simple superstición pagana que debe erradicarse tan pronto como sea posible en favor de la Cristiandad… No van a encontrar a ningún tsuana que crea que los hombres se reencarnan en la forma expuesta por los hindúes o budistas, por ejemplo, y si alguien propusiera dejar un huevo de dragón solo en la selva, secundando la ocurrencia del señor Dennis, «para demostrar a los paganos lo extravagante de su costumbre», con el fin de probar que el fruto de esa eclosión no recordaba nada de una vida anterior, ningún miembro de ninguna tribu iba a discutir que eso era un resultado natural, pero lo hubiera considerado un caso flagrante de mala administración y de irreligiosidad, saldado con la pérdida de un huevo de dragón y la afrenta al espíritu del ancestro difunto.

Todos ellos entienden a la perfección que el dragón salvaje de la selva tiene tan poco de humano renacido como una vaca y no consideran esa apreciación contraria a sus creencias. La cuidadosa tarea de persuasión y el ritual son necesarios para, además de conferir unos cuidados adecuados, inducir a un espíritu ancestral a adoptar otra vez una forma material. El dogma de fe consiste en creer firmemente que el dragón es el humano renacido una vez que eso se ha conseguido. Esta creencia resulta mucho más difícil de erradicar, ya que la profesan no solo los hombres, sino también los dragones, y tiene una importancia práctica capital en la vida de la tribu.

Los dragones ancestros sirven de inmediato como fuerza de trabajo y ofrecen poder militar real, y se convierten también en los depositarios de las leyendas y la historia de la tribu, lo cual compensa la falta de la palabra escrita. Y lo que es más, cada tribu va a considerar con sumo cuidado el destino de los huevos de los dragones ancestros, que son una propiedad comunal de la tribu y pueden usarse tanto para la reencarnación de alguno de sus antepasados, siempre y cuando sea digno de tal honor, o lo que es más habitual, para la venta a otra tribu más necesitada. Existe una intrincada red de comunicaciones que informa de la existencia de huevos disponibles a quienes los necesitan. Esta red propicia la unión de tribus que, abandonadas en su aislamiento, se distanciarían más y más del resto. Por otra parte, no se hace caso omiso a las líneas de sangre dragontinas, como cabría esperarse de quien se imagina una creencia al pie de la letra y de forma simplista. Y por otra, este intercambio de huevo se utiliza para establecer una suerte de lejano vínculo parental entre la tribu receptora y la donante, guardando un gran parecido con los matrimonios de estado, pues fortalecen mucho posibles vínculos ulteriores…

Mokhachane I *(h)*, jefe sotho, controlaba un territorio relativamente pequeño, pero con una excelente posición geográfica, pues lindaba con los confines de los territorios de las tribus sotho-tsuana y los de los xhosa en el sur. De ese modo tuvo cumplida noticia del crecimiento de los establecimientos holandeses en la provincia

de El Cabo y mantenía el contacto con los atribulados reinos Monomotapa de la costa oriental africana, constructores del antiguo Zimbabue.

A finales del siglo pasado, el rey estrechó los vínculos con este núcleo de poder a instancias de su hijo Moshueshue I *(h)*, lo cual vino a demostrar la enorme sapiencia que este tuvo desde joven, motivo por el cual su nombre se convirtió enseguida en sinónimo de conocimiento. Estas excelentes relaciones cobraron una importancia decisiva a la muerte de Mokhachane I *(h)* en el transcurso de una incursión acaecida en 1798, momento en que Moshueshue I *(h)* estuvo en condiciones de negociar la adquisición de un gran huevo de los linajes reales monomotapas para el renacimiento de su padre. El estado Monomotapa se hallaba a punto de resquebrajarse bajo el empuje de los buscadores de oro portugueses instalados a lo largo de la costa oriental, razón por la cual necesitaban el oro y los refuerzos militares que Moshueshue I *(h)* podía proporcionarles gracias a sus ventajosos vínculos con los territorios meridionales de los tsuana.

Mokhachane I *(d)* impuso fácilmente su dominio a los dragones ancestros de todas las tribus próximas en el transcurso de las expediciones organizadas por Moshueshue, y entre todos no tardaron en poder tener minas tanto de oro como de metales preciosos en una región antaño inexplorada. El prestigio y las riquezas cada vez mayores le permitieron adquirir una primacía en base a la cual pudo reclamar en 1804 tanto el asiento central de Mosi oa Tunya como el título de rey.

En aquel entonces, los esclavistas llevaban varios años adentrándose en territorio tsuana, donde causaron grandes estragos. Estas razias tuvieron un peso decisivo en la decisión adoptada por muchos pequeños reinos de aceptar formalmente un gobierno central con la esperanza de poder presentar un frente unido a todas aquellas razias y así poder repeler a aquellos atacantes. Moshueshue no dejó de mencionarlo en sus peticiones de fidelidad a otros reyes tribales que, en otro caso, se habrían resistido aunque solo fuera por orgullo. La toma de Ciudad del Cabo y los ataques lanzados en 1807 contra la costa de los esclavos[18]confirmaron tanto de facto como de iure el gobierno de Mokhachane I, y los propios tsuana datan la fundación de su reino en ese mismo año.

Agradecimientos

Entre otras muchas obras, el estudio de numerosas fuentes originales llevado a cabo por el historiador Basil Davidson en *African Civilization Revisited: From Antiquity to Modern Times*, destaca como un recurso de valor incalculable, al igual de la *Historia general de África* de la UNESCO, pues ambos sacan a la luz la historia del continente negro más allá de los lindes de la colonización. También he contraído una deuda enorme con los guías de safari de Ker & Downey en el delta del Okovango, en Botsuana, por compartir toda su pericia y tolerar mi riada de preguntas, y en especial, deseo dar las gracias a nuestro brillante director de campamento de Okuti, Paul Moloseng.

De todos los libros de la saga, *El imperio de marfil* ha sido en muchos sentidos, y con diferencia, el más difícil de escribir. Me veo obligada a agradecer de todo corazón a los lectores de mis borradores el trabajo heroico bajo presión, pues apenas les daba un fin de semana para comentar una versión provisional y ya me había lanzado a las revisiones. Son: Holly Benton, Sara Booth, Alison Feeney, Shelley Mitchell, Georgina Paterson, Meredith Rosser, L. Salom, Kellie Takenaka y Rebecca Tushnet. También estoy en deuda con Betsy Mitchell, Emma Coode y Jane Johnson, mis maravillosas editoras, y con mi agente, Cynthia Manson.

Y siempre, siempre, todo mi amor y mi agradecimiento al primero y al mejor de mis lectores, Charles, y también el más amado.

Notas

[1]«¡Bestia del demonio!, todavía vas a quemarnos a todos», en alemán. *(N. del T.)*<<

[2]El stone («piedra» en español) equivale a 6,35 kilos; se usó en la Inglaterra imperial como unidad de masa y para pesar los artículos agrícolas, aunque perdió validez oficial en 1985. *(N. del T.)*<<

[3]Bota masculina de cuero hasta la rodilla adornada con borlas. *(N. del T.)*<<

[4]«Town-house» en el original. Deriva en «house in town» (casa de la ciudad) y describe las residencias de pares y aristócratas usadas para desplazarse desde el campo, donde vivían casi todo el año, a la capital para asistir al Parlamento y a los actos de la temporada social. Estas mansiones solían estar muy cerca unas de otras. *(N. del T.)*<<

[5]Real Sociedad de Londres para el avance de la Ciencia Natural, la sociedad científica más antigua del Reino Unido. *(N. del T.)*<<

[6]«Te he cogido. No te eches a llorar». *(N. del T.)*<<

[7]«He aquí un bonito cerdo. Tu capitán va a preocuparse si no comes, de verdad». *(N. del T.)*<<

[8]«No me encuentro bien». *(N. del T.)*<<

[9]La kigelia africana recibe este nombre por la forma de sus frutos. *(N. del T.)*<<

[10]También llamada *poshete o poshotte*. Bebida británica de origen medieval que consiste en huevo, leche caliente y otros ingredientes, como cerveza o vino y especias. De ahí procede el ponche de huevo para Navidad. *(N. del T.)*<<

[11]Plural de la voz bíblica *b'hemah*; significa «bestia». A menudo se le identifica con el elefante. *(N. del T.)*<<

[12]Prisión londinense. *(N. del T.)*<<

[13]Navegar en el menor ángulo posible que este forma con la proa. *(N. del T.)*<<

[14]«Dragón», 竜 / «Aire, aliento», 気 *(N. del T.)*<<

[15]Proceso destinado a reducir las restricciones impuestas a los católicos dependientes de la Corona. *(N. del T.)*<<

[16]Famoso sendero situado al sur de Hyde Park, frecuentado por la clase alta para montar a caballo. *(N. del T.)*<<

[17]«¡Deteneos! No os he atacado; debéis escucharme: hemos venido a traeros el medicamento.» *(N. del T.)*<<

[18]Zona del golfo de Guinea donde las tribus del interior llevaban a los esclavos para ser vendidos en los mercados. *(N. del T.)*<<

NAOMI NOVIK es una ávida lectora de literatura fantástica. Estudió literatura inglesa en la Universidad de Brown, y realizó estudios de posgrado en la Universidad de Columbia. Participó en el diseño y el desarrollo del juego de ordenador *Neverwinter Nights: Shadow of Undrentide*. Después se dio cuenta de que prefería escribir a programar. Vive en Nueva York con su marido y seis ordenadores.